DUKE UNIVERSITY LIBRARY
DURHAM, N. C.

Rec'd July 16, 1929
Library Budget Fund

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Duke University Libraries

https://archive.org/details/descripcinypobla01liza

DESCRIPCIÓN Y POBLACIÓN DE LAS INDIAS

POR

Fr. REGINALDO DE LIZÁRRAGA

DOMINICO, OBISPO DE LA CONCEPCIÓN Y DEL PARAGUAY

PUBLICADA EN LA REVISTA

DEL

INSTITUTO HISTÓRICO DEL PERÚ

CON UN PRÓLOGO Y NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

POR

CARLOS A. ROMERO.

LIMA

IMPRENTA AMERICANA
Rastro de San Francisco, 57.

1908

913
L789D

DESCRIPCIÓN Y POBLACIÓN

DE

LAS INDIAS

166469

DESCRIPCIÓN Y POBLACIÓN DE LAS INDIAS

POR

Fr. REGINALDO DE LIZÁRRAGA

DOMINICO, OBISPO DE LA CONCEPCIÓN Y DEL PARAGUAY

PUBLICADA EN LA REVISTA

DEL

INSTITUTO HISTÓRICO DEL PERÚ

CON UN PRÓLOGO Y NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

POR

CARLOS A. ROMERO.

LIMA

IMPRENTA AMERICANA
Rastro de San Francisco, 57.

1908

166469

DOS PALABRAS SOBRE EL LIBRO Y SU AUTOR

Por causas para mí inexplicables, ha permanecido inédita durante tres centurias la *Descripción de las Indias* de Fray Reginaldo de Lizárraga, obra llena de interés histórico, que permite apreciar cuál era el estado del extenso Reino del Perú durante los primeros años de la definitiva organización del Virreinato. El libro no era desconocido, pues lo cita muy frecuentemente el cronista dominicano Meléndez en sus *Tesoros verdaderos de Indias*, dan noticia de su existencia León Pinelo. su adicionador Barcia y otros bibliógrafos, y, además, se han aprovechado de él Barros Arana y otros escritores.

Es esta obra el fruto de las observaciones del autor durante medio siglo de continuo recorrer el inmenso territorio del virreinato, y por eso son doblemente interesantes sus noticias: porque son observaciones propias y porque las apuntaba casi siempre conforme iba realizando sus viajes. "Trataré lo que he visto—dice—como hombre que llegué á este Perú más há de 50 años (el día que esto escribo) muchacho de 15 años con mis padres, que vinieron á Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas ve-

ces lo más y mejor deste Perú. De allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde allí al Reino de Chile por tierra, que hay más de 500, atravesando todo el Reino de Tucumán y Chile, me ha mandado la obediencia ir dos veces: esta que acabo de decir y fué la segunda; y la primera por mar desde el puerto de la Ciudad de los Reyes. He dicho esto porque no hablaré de oídas sino muy poco, y entonces diré haberlo oído más á personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen, palpado con las manos, por lo cual lo visto, es verdad y lo oído no menos" (lib. I, cap. II).

El libro está dividido en dos partes: la primera más de carácter geográfico que histórico; la segunda de carácter histórico. En aquella nos hace la descripción del Perú comenzando por Guayaquil, sigue descendiendo por la costa hasta Lima; de esta ciudad continúa hasta la villa de Camaná, siempre por la costa. Pasa de allí á Arequipa, sale nuevamente á la costa por Arica y se embarca de allí para Chile. Vuelve luego al Norte y comienza la descripción de pueblos y provincias por Quito, Riobamba, Cuenca, Cajamarca, Chachapoyas, Huancavelica, Guamanga, el Cuzco, La Plata, Potosí, etc.

En la segunda parte se ocupa de los prelados eclesiásticos de las iglesias del Virreinato desde Quito hasta el Paraguay; de los vireyes que han gobernado el Perú desde Don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, y de los gobernadores del Tucumán y Chile. Con gran acopio de datos refiere el gobierno del Marqués de Cañete D. Andrés Hurtado de Mendoza, á quien dá el nombre de Padre de la Patria y de quien se declara entusiasta admirador (1), y la in-

(1) Para Lizárraga era el Marqués de Cañete un dechado de virtudes, "de gran ánimo y generoso, nada amigo de derramar sangre, empero de que se hiciese justicia". (Parte II, cap. 17). No está de acuerdo con la verdad histórica esta última afirmación del P. Lizárraga, pues el Marqués fué rigurosísimo con sus turbulentos súbditos, tanto con los parciales de Girón y demás rebeldes, por traidores, cuanto con los mismos servidores del Rey por sus desmedidas exigencias, á quienes, como el autor dice, "les parecía que para cada uno el Perú era poco". Por mano del mismo Marqués sabemos hasta dónde llegó su exceso de rigor, ó si se quiere de crueldad, pues en carta al Rey fechada en esta ciudad á último de febrero de 1557, dice: "La cuenta que de mí puedo dar es que, loado Nuestro Señor, me vá en esta tierra bien de salud, por ser de temple muy buena. De lo demás es tierra tan nueva, que en los ánimos de la gente no cabe paz ni quietud; aunque ya les e dado sobre ello algunas reprehensiones, *pues serán los ahorcados, degollados y desterrados della más de ochocientos después que vine.....*" (*Documentos escojidos del Archivo de la Casa de Alva.*—Madrid, 1891, pág. 216).

fausta entrada de D. Francisco de Toledo á los Chiriguanas, á quien acompañó en ella; sobre cuya expedición consigna noticias no dadas hasta ahora por ningún otro autor.

Entre las noticias de carácter histórico que contiene la *Descripción*, hay dos sobre que no quiero dejar de llamar la atención. La primera es sobre la gruesa muralla de piedra que baja desde el nevado de Vilcanota, cruza el valle y el camino real y asciende por la ladera hasta la cima del cerro fronterizo. Conócese esta muralla y lugar por donde ella pasa con el nombre de *la raya*, y se dice que sirve de límite ó división á los departamentos de Puno y Cuzco. Pues bien; nadie hasta ahora ha explicado, que yo sepa, el origen y significado de aquella muralla, y es el P. Lizárraga quien nos dá la clave. Después de cruentas luchas entre los Incas y los Collas, hechas las paces, se levantó de común acuerdo la muralla, comprometiéndose los unos y los otros á vivir en paz y á no franquearla. Mas, faltando á lo pactado, los Collas rompieron el compromiso, invadiendo el territorio de los Incas y provocando nuevas guerras, de que resultó la conquista de aquellos por los del Cuzco, quedando la muralla para perpetua memoria de la cosa. La otra noticia es la referente á la pila de piedra octógona del antiguo templo del Sol, existente aún en el convento de dominicos del Cuzco, conocida por el *Baño del Inca*, y á la lámina de oro que la cubría, y que en el reparto del botín de la ocupación del Cuzco por los conquistadores, cupo en suerte á Mancio Sierra de Leguízamo. Servía esta pila para la celebración de la fiesta del Raimi, durante la cual la llenaban de chicha, la que desparramaban luego por el suelo por un agujero que tenía en la parte inferior diciendo que el Sol se la había bebido (1). Se ha creído generalmente que lo que tocó á Sierra en el reparto fué la gran efigie del Sol que estaba en el templo de su nombre, y aunque cabía dudar de la veracidad del hecho dada la importancia de esa pieza y la obscuridad del soldado á quien se le adjudicó, faltaba la comprobación. Según Lizá-

(1) Otro autor (*Manuscrito de un seglar* consultado por Las Casas, que se atribuye al P. Cristóbal de Molina, y publicado como apéndice á *Las antiguas gentes del Perú*, Madrid 1892), trae al respecto lo siguiente: "Tenía el primer patio [del templo del Sol] una grande pila de piedra, bien hecha, donde ofrecían chicha, ques un brevaje hecho de maíz, á manera de cerveza, diciendo quel Sol bajaba allí á beber".

El Gobierno ha adquirido esta fuente y pronto será traída al Museo Nacional.

rraga (*Des.* lib. I, cap. LXIII) se cubría la fuente de chicha con una lámina de oro, en la cual estaba esculpido el Sol, y fué esa la que cupo en el reparto á Leguízamo; "que yo conocí—dice nuestro autor—de nación vizcaína, y creo provinciano, gran jugador, jugó la lámina y la perdió." En cuanto á la gran efigie del Sol que estaba en el templo, parece que los indios la ocultaron para siempre, pues en el Manuscrito citado por Las Casas, de que dejo hecha referencia, dice así. "El bulto del Sol tenían muy grande de oro..... Este Sol escondieron los indios de tal modo, que hasta hoy no ha podido haber sido descubierto: dicen que el Inga alzado (Manco) lo tiene consigo".

El juicio que hace de los indios el P. Lizárraga es del todo exagerado: júzgalos del "ánimo más vil y bajo que ha hallado en nación ninguna" (I parte cap. 91). Créelos hechos para servir á los negros; cobardes como pocas razas en el mundo, vengativos, hipócritas, borrachos, rufianes, incestuosos, sodomitas. En fin "la nación más sin honra que se ha visto". Este sombrío cuadro contrasta notablemente con la pintura que de la bondad de carácter y costumbres patriarcales de los antiguos peruanos nos hacen historiadores dignos del mayor crédito. Uno de los conquistadores ya, en el trance de la muerte y en descargo de su conciencia, tiene un sincero arranque de arrepentimiento y en cláusula testamentaria (1) quiere que sepa la Magestad de Felipe II que cuando los españoles conquistaron el Imperio incaico "hallaron estos reinos de tal manera que en todos ellos no había un ladrón, ni hombre vicioso, ni holgazán; ni había mujer adúltera, ni mala, ni se permitía entre ellos, ni gente mala, vivían en lo moral y que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas"; y de la perversión de estas gentes sencillas y honestas echa la culpa al ejemplo que ellos mismos les habían dado con sus apetitos desórdenados y lujuria insaciable. Quizá reconociendo esto mismo, el autor dice en líneas más adelante que durante el gobierno de los Incas, los indios eran otra cosa. No era el P. Lizárraga un prosador del fuste de La Fuente ó del Padre Torres, de modo que su *Descripción*

(1) Mancio Sierra de Leguizama. Véase su testamento en Mendiburu, *Dic. Hist. Biog. del Perú*, T. VII, Documento N.° 1.

está lejos de ser un monumento literario, ni mucho menos; pero el caudal de noticias que contiene hacía indispensable su publicación.

*
* *

El Padre Lizárraga era extremeño, natural de Medellín (1) en la provincia de Badajoz, cuna del insigne Hernán Cortés, de quien era relacionado, y debió venir á este valle de lágrimas allá por los años de 1540, pues en carta que escribió al Rey desde la ciudad de Concepción en 10 de marzo de 1605, le pedía un pequeño beneficio en el convento de su orden en Lima, donde había recibido el hábito, con qué poder subsistir el resto de su vida "que poca puede ser—decía—sobre sesenta y cinco años. Tuvo por nombre de pila Baltazar de Obando; pero al imponerle el hábito Fr. Tomás de Argomedo, Provincial de la orden en el convento de Lima, se lo cambió, según tenía de costumbre hacerlo con los novicios. "Si no era cual ó cual—dice Lizárraga—nos quitaba los nombres y nos daba otros, diciendo que á la nueva vida nuevos nombres requerían".

Vino Lizárraga con sus padres de España á establecerse en Quito hacia el año de 1555, y en aquella ciudad D. Garcí

(1) El lugar del nacimiento del P. Lizárraga, ha sido muy discutido. El cronista dominicano Meléndez le hace vizcaíno, sin indicar el pueblo donde nuestro autor viera la luz (*Tesoros Verdaderos de Indias.* Roma, 1681, T. I. pág. 590) y siguen á este autor Mendiburu (*Diccionario Hist. Biog. del Perú*, Lima 1885, T. V); Errázuriz (*Los orígenes de la Iglesia chilena*, Santiago 1873, pág. 174; y *La Provincia Eclesiástica Chilena*, Friburg 1895, pág. 244). Barros Arana (*Hist. Jen. de Chile* III, pág. 405) dice que era natural de Lizárraga "miserable villorrio de Navarra". Los Echard afirman que era de Cantabria (*Scriptores Ordinis Prœdicatorum*, II, pág. 402); y Fontana (*Sacrum Theatrum Dominicanum*, Roma 1666. pág. 171); el Maestro Gil González Dávila (*Teatro Eclesiástico de las Indias.* T. II. p, 81); Fr. Antonio de Remesal (*Hist. Gen. de las Indias Occidentales y particular de la Gob. de Chiapa y Guatemala*, Madrid 1619, pág. 541; Lozano (*Hist. de la Conq. del Paraguay*, Buenos Aires 1874, III, pág. 502) y Medina (*Dic. Biog. Colonial de Chile*) Santiago 1906, lo hacen natural de Lima.

El mismo Lizárraga nos da el lugar de su nacimiento. Hablando de Alonso Ramos Cervantes y su mujer doña Elvira de La Serna, fundadores de la iglesia de Guadalupe en esta ciudad, y naturales de Medellín, dice: "e yo nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños sacar un Marqués del Valle, D. Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo..... " (Cap. 36).

Diez Arias, primer Obispo de San Francisco de Quito, le impuso la tonsura, cuando apenas contaba 15 años (*Des.* lib. I, cap II). De Quito vino á Lima y en esta ciudad recibió el hábito el año de 1560 en el convento de su orden, de manos del Provincial Fr. Tomás de Argomedo, á quien llama varón doctísimo, de grande ejemplo de vida y gran predicador. Cumplido su año de noviciado, le dió la profesión el Provincial Fr. Gaspar de Carbajal. Desde entonces Fr. Reginaldo ocupó numerosos y elevados cargos en su orden, hasta que obtuvo la mitra del obispado de la Imperial en Chile, y después el de la Asunción del Paraguay, donde acabó sus días. Nombrado vicario de la provincia de Chile, se disponía á emprender el viaje cuando vacó el priorato del convento de Lima y se eligió Prior de él al P. Lizárraga. Desempeñaba este cargo cuando recibió las patentes de Provincial de la nueva provincia de San Lorenzo Mártir de Chile, de reciente creación, siendo Lizárraga, por ende, su primer Provincial. Allí se halló presente á la muerte de Fr. Diego de Medellín, Obispo de Santiago, de quien dice era pariente. Salió Fr. Reginaldo para su provincia haciendo un penosísimo viaje de 800 leguas por tierra, en que tuvo oportunidad de acopiar datos para su *Descripción.* Cuando terminó su oficio de Provincial volvió á Lima, haciendo el viaje por mar y después de desempeñar tan elevado cargo, aceptó otros más humildes, como el de cura de Jauja, en donde escribió buena parte de su *Descripción* (l. I, caps. 43, 71; l. II, cap. 73) y el de Maestro de Novicios en el convento de Lima. Don García Hurtado de Mendoza, que supo aquilatar los merecimientos de Fr. Reginaldo, informó de ellos á Felipe II y el Monarca lo propuso á la Santa Sede para el obispado de la Imperial, en Chile, vacante por muerte del Iltmo. D. Agustín de Cisneros.

Lizárraga recibió la consagración en Lima, el 24 de octubre de 1599, pero el estado de alteración en que estaba su diócesis con motivo de la recrudecencia de la guerra en Arauco, le impulsó á permanecer por largo tiempo en esta ciudad hasta que conminado por enérgicas reales cédulas se trasladó á su Iglesia, á donde llegó hacia fines de 1062. Mas, apenas había llegado á la Imperial, por auto de 7 de febrero de 1603, trasladó la sede episcopal de aquella ciudad, totalmente destruída por los araucanos, á la inmediata de la Con-

cepción. Hacia 1605, Lizárraga pedía al Rey, fundándose en la pobreza de su obispado, que se agregase su diócesis á la de Santiago y que se le diese algún beneficio en Lima. El Rey satisfizo en parte los deseos del Prelado proponiéndole en 1606 para el obispado del Paraguay, que estaba vacante por promoción del Iltmo. D. Martín Ignacio de Loyola al arzobispado de Charcas. Llegó Lizárraga á la Asunción á mediados de 1608 y gobernó su Iglesia hasta fines de 1611 ó principios de 1612, en que pasó de esta presente vida, de edad de más de 70 años.

Fué, según el cronista Meléndez, un obispo de la primitiva Iglesia. "No tenía colgaduras, no gastaba doseles de Damasco en su cámara; en su persona, en su familia, en la mesa usaba de la misma moderación que si fuera un pobre fraile". Apesar de estos benévolos conceptos del cronista de la orden, algunos escritores, especialmente los chilenos, tratan á Lizárraga con dureza. Bien es cierto que el Prelado fué un tanto batallador en defensa de su jurisdicción eclesiástica.

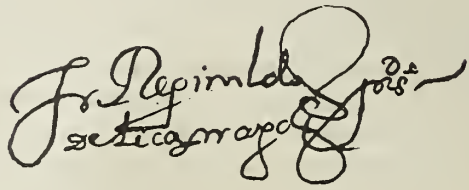
Aparte de la *Descripción de las Indias*, escribió el P. Lizárraga un volumen sobre los cinco libros del Pentateuco; otro de los lugares del Antiguo y del Nuevo Testamento que parecen contradictorios, poniéndolos en concordia; otro de lugares comunes de la Sagrada Escritura; tres tomos de sermones varios y uno comentando los emblemas de Alciato.

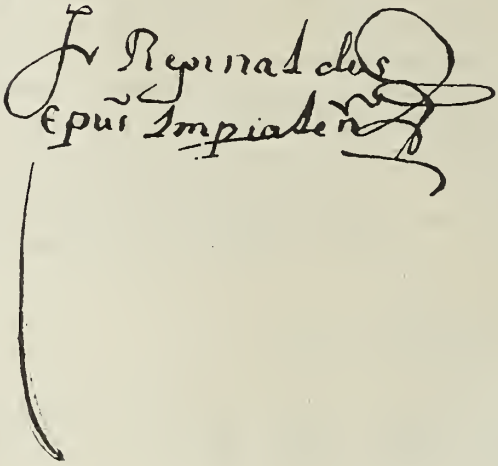
El retrato del P. Lizárraga que vá en este libro, es copia del cuadro que existe en la Recoleta de Dominicos de Santiago de Chile.

Lima, Setiembre de 1907.

Carlos A. Romero

Facsímiles de la firma del Padre Lizárraga.





Fr. REGINALDO DE LIZÁRRAGA

CAPÍTULO I.

DE LA DESCRIPCIÓN DEL PERÚ.—DE QUÉ GENTE PROCEDEN LOS INDIOS

Lo más dificultoso de toda esta materia es averiguar de qué gentes proceden los indios que habitan estos larguíssimos y anchíssimos reinos; porque como no tengan escrituras, ni ellos ni nosotros sabemos quiénes fueron sus predecesores ni pobladores destas tierras, mucha parte dellas despobladas ó por la destemplanza de el calor ó por el demasiado frío, ó por los médanos de arena y llanos estériles por la falta de las aguas. Porque afirmar lo que dice Platón en el libro que intituló Dimeo, que desembocando por el estrecho de Gibralthar en el mar océano, no muy lejos de la tierra firme, se descubría una isla mayor que la Europa y toda la Assia, que contenía en sí diez reinos, la cual con una inundación del mar toda se anegó y destruyó, de tal manera que no quedó más rastro della sino el mar ancho que hay por ventura desde el Cabo Verde al Brasil. Lo cual no es creíble, por no se hallar en ningún autor mención dello, ni es posible. Lo que parece se puede rastrear de los primeros genitores de estos indios descubiertos desde las primeras islas: Deseada, Marigalante, Dominica, y las demás, Santo Domingo, Cuba, Habana, Puerto Rico y la tierra firme, Reino de México y del

Perú, es llegarnos á lo que dice Floriano de Ocampo en la *Historia General* que comenzó de España, que es lo siguiente:—"Que cuando los carttagineses eran señores de algma parte del Andalucía, desembocando con temporal por el estrecho de Gibraltar ciertos navíos de los cartagineses, se derrotaron hasta el occidente, corriendo la derrota que ahora se navega por aquel mar ancho, y no pararon hasta no descubir unas islas, que por ventura son las arriba referidas. Y viéndolas tan fértiles y pobladas de arboledas, ríos y sábanas, que son llanos abundantes de yerba como de vegas de pastos, los más allí se quedaron; volvieron los otros á Cartago, los cuales proponiendo en el Senado lo que habían descubierto y la fertilidad de la tierra, convenía poblar aquellas islas despobladas. Empero, por los senadores carttagineses fué acordado por entonces se dejase de tratar de aquello, mandando con mucho rigor, nadie volviese á aquellas islas, porque tenían por más importante el señorío y riqueza de nuestra España que poblar nuevas tierras. De estos pudo ser que navegando y buscando tierra firme diesen con ella, y dellos se poblasen estos reinos. Y esto no parece dificultoso de imaginar, porque los cartagineses que se quedaron en aquellas islas con algunos navíos (con algunos navíos se habían de quedar), con los cuales pudo ser que navegando para España ó buscando tierra firme se derrotaron y dieron en ella, que por lo menos en aquella derezera dista de las islas cien leguas, y más, y menos, como corre la costa, así de las islas como de la tierra firme. Porque el día de hoy, como me refirió un español que estuvo preso y cautivo en la Deseada, que los indios de ella en sus canoas, que son unas vigas más gruesas que un buey, de madera liviana, cabadas, largas y angostas, atraviesan á la tierra firme, á la Gobernación de Venezuela, cien leguas por mar, y más, cuando hay viento á la vela y cuando les falta, á remo; guiándose de noche por las estrellas que tienen marcadas en aquel tiempo que es verano, donde el pobre remaba como cautivo, hasta que huyéndose al tiempo que las flotas nuestras vienen á Tierra Firme suelen aportar á la Deseada á tomar agua y leña. Fué su ventura buena que, á cabo de pocos días, después de huído y llegado al puerto, surgió la flota en él y le tomaron los nuestros. De día estaba escon-

dido arriba en las copas de los árboles, que son muy grandes y altos, y muy coposos y de ramas espesas, y de noche descendía con no poco temor á buscar algunas raíces de él conocidas, ó algún poco de marisco para comer. Porque si sus amos le hallaran, como luego salieron en echándole menos en busca dél, sin duda le flecharan y luego se le comieran. Son todos estos indios caribes, que quiere decir comedores de carne humana, bien dispuestos de cuerpo, morenotes; así los varones como las mujeres, andan desnudos, como si vivieran en el estado de la inocencia: son grandes flecheros y muy ligeros, y el cuero del cuerpo por el mucho calor muy duro. Estas islas son abundantes de muchas víboras ponzoñosas y culebras muy grandes y gruesas, que llaman boas; tienen muchas aves de monte y críanse en ellas muchos venados". Lo que con mucha verdad podemos afirmar es, que no se sabe hasta hoy, ni en los siglos venideros naturalmente se sabrá, de qué hijos ó nietos ó descendientes de Noé los indios de todas estas islas ni tierra firme, ni de México, ni del Perú hayan procedido.

CAPÍTULO II.

DE LA DESCRIPCIÓN DEL PERÚ

Descendiendo en particular á nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que allegué á este Perú más ha de 50 años (el día que ésto escribo), muchacho de 15 años con mis padres que vinieron á Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor deste Perú. De allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde allí al reino de Chile, por tierra, que hay más de 500, atravesando todo el reino de Tucumán y á Chile, que me ha mandado la obediencia ir dos veces, ésta que acabo de decir y fué la segunda, y la primera por mar desde el puerto de la Ciudad de los Reyes. He dicho esto porque no hablaré de oídas sino muy poco, y entonces diré haberlo oído más

á personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen palpado con las manos, por lo cual lo visto es verdad, y lo oído no menos. Algunas cosas diré que parecerá contra toda razón natural, á las cuales el incrédulo dirá: que de largas vías etc., más el tal dará muestras de su corto entendimiento, porque no creen los hombres sino lo que en sus patrias ven.

CAPÍTULO III.

Este reino, tomándolo por lo que habíamos los españoles, es largo y angosto: comienza (digamos) desde el puerto, ó por mejor decir playa, llamado Manta, ó por otro nombre Puerto Viejo. Llámase Puerto Viejo por un pueblo de españoles así llamado, que dista del puerto la tierra adentro, ocho á diez leguas. No lo he visto, pero sé es abundante en trigo y maíz y otras comidas de la tierra, de vacas y ovejas y es abundante de muchos caballos y no malos: el temple es caliente, aunque templado el calor. Cría la tierra muchas sabandijas ponzoñosas; y con estar en la línea equinoccial, no es muy caluroso: los aires de la mar lo refrescan. Llueve en él, aunque no mucho.

Los indios de este puerto son grandes marineros y nadadores; tienen balsas de madera, livianas, grandes y sufren vela y remo, los remos son canales. Visten algodón, manta y camiseta. Desde este puerto en viendo los navíos que vienen la vueltta de tierra, salen con sus balsas, llevan refresco que venden, gallinas, pescadò, maíz, tortillas bizcochadas. Tienen las narices encorvadas y algún tanto grandes. (Diré lo que ví porque pase por donaire). Cuando veníamos navegando cerca del puertto, llegó una balsa con refrescos, diósele un cabo; traía lo que tengo conferido: un criado de mis padres catando algunas cosas desttas y no queriendo el indio, que el principal piloto era de la balsa (hablan un poco nuestra lengua) quebrar de la platta que pedía por el refresco, díjole: "Oh! qué pesado eres, no pareces sino indio". En oyendo

esto el indio saltó del navío en su balsa y vira la vueltta de tierra: ni por muchas voces que se le dieron para que volviese no lo quiso hacer; tan grande fué la afrenta que le hizo y tanto lo sintió.

CAPÍTULO IV.

DE LA PUNTA DE SANTA ELENA

Siguiendo la costta adelante, que toda ella desde la punta de Manglares, que sin duda hay más de 121 leguas, corre norte sur, está la punta llamada de Santa Elena. Tiene pocos ó ningunos indios el día de hoy. Cuando la ví y saltamos en ella eran muy pocos los que allí vivían. En esta punta, aunque es playa, suelen surgir los navíos que vienen de Panamá; toman agua y algún refresco. Hubo aquí antiguamente gigantes y los naturales decían no saber dónde vinieron. Sus casas tenían tres leguas más abajo del surgidero hechas á dos aguas, con vigas muy grandes. Yo ví allí algunas traídas en balsas para hacer un tambo, que allí labraba el encomendero de aquellos indios, llamado Alonso de Vera y del Peso, vecino de Guayaquil.

Ví también una muela grande de un gigante, que pasaba diez onzas y más; refieren los indios por tradición de sus antepasados, que como fuesen advenedizos, no saben de dónde, y no tuviesen mujeres, las naturales no los aguardaban: dieron en el vicio de la sodomía, la cual castigó Dios enviando sobre ellos fuego del cielo y así se acabaron todos. No tiene este vicio nefando otra medicina.

Hay también en este puerto, no lejos del tambo, una fuente como de brea líquida, que mana, y no en pequeña cantidad, de la cual se aprovechan algunos navíos en lugar de brea, como se aprovechó el nuestro, porque viniéndonos anegando entramos en la bahía de Caraques, doblado el cabo de Pasao, ocho leguas más abajo de Manta, de donde se envió el bajel con ciertos marineros á esta puutta por esta brea (creo se llama Copey) y traída, se descargó todo el navío. Diósele lado y con el Copey cocido para que se espesase más,

brearon el navío, y saliendo de allí navegamos sin tanto peligro. Dícese es boníssimo remedio para curar heridas frescas, como no haya rottura de nervio.

CAPÍTULO V.

DEL PUEBLO DE GUAYAQUIL

De aquí por mar en balsas se vá al segundo pueblo de españoles, no sé las leguas que hay, doblando esta punta, á Santiago de Guayaquil, y también se camina por tierra llana y en tiempo de agua es cenegosa.

Este pueblo Santiago de Guayaquil es muy caluroso por estar apartado de la mar. Tiene mal asiento por ser edificado en terreno alto, en figura como de silla estradiota, por lo cual no es de cuadrar; ni tiene plaza sino muy pequeña, no cuadrada por la una parte, y por la otra deste cerro tiene la ribera de un río grande y caudaloso, navegable; empero, no se puede entrar en él si no es con creciente de la mar, ni salir si no es en menguante, tanta es la velocidad y violencia del agua cresciendo ó menguando. Críanse en las casas muchas sabandijas, cuales son culebras y alguna víbora, sapos muy grandes, ratones en cantidad. Están cenando, y en las camas y vénse las culebras correr por el techo tras el ratón, que son como las ratas de España. Al tiempo de las aguas, infinitos mosquitos, infinittos zancudos cantores, de noche infintísimos, no dejan dormir. Otros pequeños que de día solamente pican llamadas rodadores, porque teniendo llena la barriga como no pueden volar, déjanse caer rodando en suelo, y otros, y los peores y más pequeños, que se llaman jejenes y comejenes importuníssimos, métense en los ojos y donde pican dejan escociendo la carne por buen rato, como pequeña comezón.

Es pueblo de contratación por ser el puerto para la ciudad de Quito y por se hacer en él muchos y muy buenos navíos, y por las sierras de agua que tienen las montañas el río arriba, de donde se lleva á la Ciudad de los Reyes mucha y muy buena madera. Tiene otras excelencias notables, la primera la carne de puerco es aquí saludable; las aves bonísi-

mas y sobre todo el agua del río, particularmente la que se trae de Guayaquil el viejo, que es donde se pobló este pueblo. Van por ella en balsas grandes en una marea y vienen en otra. Dicen esta agua corre por encima de la zarzaparrilla, yerba ó bejuco notísimo en todo el mundo por sus buenos efectos para el mal grande, ó bubas por otro nombre, las cuales se verán aquí mejor que en parte de todo el Orbe y sana muy en breve los pacientes, dejándoles la sangre tan purificada como si no hubieran sido tocados de esta enfermedad, con sólo tomarla por el orden que aquí se les manda guardar. Empero, si no se guardan por lo menos 6 meses, tornan á recaer. Yo ví un hombre gajo en un valle, distrito de Quito, llamado Riobamba, que no podía comer con sus manos y lo pusieron en una hamaca para llevarlo á que se curase en este pueblo, y dentro de seis meses le ví en los Reyes tan sano como si no hubiera tenido enfermedad alguna; y otros he visto volver sanísimos, suficiente excelencia para contrapeso de plagas referidas. No se dá trigo en este pueblo, mas dáse maíz muy blanco y el pan que de él se hace es mejor y más sabroso que el de nuestro trigo. Dánse muchas naranjas y limas y frutas de la tierra en cantidad, buenas y sabrosas, y la mejor de todas ellas son las llamadas badeas por nosotros. Son tan grandes como melones; la cáscara verde, la carne (digamos) blanca, no de mal sabor; dentro tiene unos granillos, pero menores que garbanzos, con un caldillo que lo uno y lo otro comido sabe á uvas moscateles; las más finas es regalada comida.

Por este río arriba se sube en balsas para ir á la ciudad de Quito, que dista deste pueblo 60 leguas en la tierra, y tierra fría, las veinte y cinco por el río arriba, las demás por tierra. Al verano se sube en cuatro ó cinco días; al invierno en ocho cuando en menos tiempo, porque cerca de á mulo déjase la madre del río y delineándose sobre mano derecha á las sábanas, que son unos llanos muy grandes, llenos de carrizo, pero anegados del agua que sale de la madre del río; llévanse las balsas con botadores, porque el agua está embalsada y no corre: es cierto que si la tierra no fuera tan cálida y llena de mosquitos, causara mucha recreación navegar por estas sábanas. En ellas hay algunos pedazos de tierras altas, que son como islas, donde los indios tienen sus poblaciones con

abundancia de comidas y mantenimientos de los que son naturales á sus tierras, mucha caza de venados y puercos de monte, que tienen el ombligo en el espinazo; pavas, que son unas aves negras grandes, y estas coloradas y no malas al gusto. Hay también en estas islas tigres, no poco dañosos á los indios, y es cosa de admiración: en estas cabañas hay muchas casas ó barbacoas, por mejor decir, puestas en cuatro cañas de las grandes en cuadro, tan gruesas como un muslo y muy altas, hincadas en el suelo; tienen su escalera angosta por donde suben á la barbacoa ó cañiz donde tienen su cama y un toldillo para guarecerse de los mosquitos. Aquí duermen por miedo de los tigres; muchos de estos indios están toda la noche en peso sin dormir, tocando una flautilla, aunque la música, para nosotros á lo menos, no es muy suave. Estas barbacoas no sustentan más que una persona.

Todo este río, á lo menos en la madre que yo ví, es abundante de caimanes ó lagartos, que son los cocodrilos del río Nilo, muy grandes, de veinte y cinco pies de largo y dende abajo, conforme á la edad que tienen; encima del agua no parecen sino vigas, y son tantos que muchas veces ví á los indios que remaban y guiaban las balsas, darles de palos con los botadores para que nos dejasen pasar.

Y pues habemos venido á tratar destos lagartos ó caimanes, será justo decir sus propiedades, las cuales yo he visto. Tienen la misma figura que un lagarto, pero tan largos como acabo de decir; son velocíssimos en el agua; duermen en tierra y en ella son perezosíssimos, y esto es necessario por ser de cuerpos tan grandes y de barriga anchos, los pies y manos cortos, el sueño es pesadíssimo, por que lo que sucedió con uno destos, en Panamá, é yo le ví muerto en la playa, pasó así: que una mañana de San Juan se salieron tres mujeres enamoradas, las cuales ví en aquella ciudad, con sus hombres á lavarse al río, que es pequeño y cerca del pueblo. El tiempo es caluroso y de aguas por ser el invierno, aunque por San Juan suelen cesar por algunos días, y así se llama el veranillo de San Juan. Llegaron al río y en unas pozas entraron á bañar, en la cual se había un caimán quedado, que con una avenida se subió de la mar por el río arriba y como cesó la avenida no pudo volverse á la mar, donde hay muchos, que en este arroyo no se crían. El caimán esta-

ba durmiendo en tierra; lañáronse estas mujeres y saliendo una á enjugarse, pareciéndole peña el caimán dormido, sentóse encima de él una; y saliendo la otra llamóla, convidándola con la peña blanda. Salió la tercera y convidándola sentóse más hacia la cola, donde los caimanes tienen unas conchas agudas, y como se espinase con ellas, dijo: ¡Oh, qué espinosa peña! y tentando con la mano (no era aún de día) levantó la cola del caimán y conociéndolo dió voces: ¡caimán! ¡caimán! Las demás levántanse no poco alborotadas; llamaron á sus hombres que se habían apartado un poco, el río abajo. Á las voces acudieron, y con sus espadas mataron al caimán antes que entrase en el agua. El mismo día por la mañana le trajeron unos negros arrastrando á la ciudad y lo pusieron en la plaza, donde todo el pueblo lo fué á ver. Conocí y traté á uno de los que iban con estas mujeres, que se halló presente, llamado Brachamonte, de quien y de otros oí lo referido. Tenía de largo 18 pies.

Ví también en esta misma ciudad otro caimán muerto en el portette de ella, á donde los navíos pequeños y fragatas con la marea entran y con ella salen, que unos negros de un vecino de aquella ciudad, llamado Cazalla, viniendo de una isla de su amo á este portete con la crecientte de la marea al caso, le hallaron, que se había quedado en la menguante precedente en la lama (aquí en esta playa de Panamá crece y mengua la mar tres leguas y todo este espacio es lama). Echáronle un lazo y muerto le trujeron por la popa de la fragatta. Este caimán era muy grande; tenía de largo veinte y dos pies; yo le ví medir. Víle desollar, y del buche le sacaron muchas piedras, que me parece habría 3 copas de sombrero, de las comunes, unas mayores y otras menores; y las mayores tan grandes como huevo de gallina. Es cierto comen piedras y con el calor del buche las dijieren; estaban lisas y por algunas partes gastadas. Ví también que debajo de los brazos (seáme lícito decir) del sobaco, le sacaron unas bolsillas llenas de un olor que no parecía sino almizcle: estocuran al sol, y huele como el mismo almizcle. Entonces llegó del Pirú un hombre rico llamado Bozmediano y la piel de este animalazo le dieron. Decía lo había de llevar á España y ponerlo en Santiago de Galicia.

No tienen lengua sino paletilla pequeña con que cubren y abren el tragadero, por lo cual debajo del agua no pueden cómer. Tienen los dientes por la una parte acutíssimos; por la otra encajan unos con otros: hecha presa no la sueltan hasta que la han despedazado.

Es cosa graciosa verlos cazar gaviotas, pájaros bobos y cuervos marinos y otras aves. Cuando éstas se abaten de arriba abajo á pescar, velas venir el caimán y por debajo del agua vá á donde la pobre ave dá consigo en el agua y viniendo con tanta velocidad delinear la caída, como el caballo en medio de la carrera; entonces el caimán, antes que llegue al agua, abre la boca, y pensando el ave dar con el agua dá en la boca del caimán, y pensando cazar la sardina ú otro pez es cazada, y el caimán la abre afuera del agua, levantada y trágase la gaviota ó cuervo marino. El buche de esta bestia es calidísimo; aprovéchanse de él bebido en polvos contra el dolor de hijada; son amicíssimos de perros y caballos y por ésto la balsa donde ván la siguen muchas leguas.

Cuando están cebados y encarnizados en carne humana son muy dañosos y hacén el daño de está manera: para hacer la presa en el indio ó negro que lava en el río, ó coje agua, vienen muy ocultante por debajo de ella, y viendo la suya vuelven con una velocidad estraña la cola y dán con ella un zapatazo en el indio ó negro. Cae el indio en el agua, al cual, al instante, le echa mano con la boca de donde pueden; llévanlo el río, ó mar adelante hasta que lo ahogan y sacándolo á tierra se lo comen. De estos caimanes hay mucha cantidad en otros ríos, así de esta costa como de Tierra Firme y México; como el temple sea caluroso en esta del Perú, no pasan del gran río de Montape adelante.

Por este río de Guayaquil arriba (como hemos dicho) se suben balsas grandes hasta el desembarcadero 25 legnas. Hasta el día de hoy hay recuas de mulas ó caballos que llevan las mercaderías á aquella ciudad y á otros pueblos que de Panamá vienen á Guayaquil. Viven en esta ciudad y su distrito dos naciones de indios llamados Guancavillcas, gente bien dispuesta y blanca, limpios en sus vestidos y de buen parecer. Los otros se llaman Chonos, morenos, no tan políticos como los Guancavillcas. Los unos y los otros es gente guerrera; sus armas arco y flecha. Tienen los Chonos mala

fama en el vicio nefando. El cabello traen un poco alto y el capotte trasquilado, con lo cual los demás indios los afrentan en burlas y en veras, llámanlos perros Chonos, cocottados como luego diremos.

Desde aquí, á pocas leguas andadas, se llega á un convento de San Agustín, fundado en el valle llamado Reque, que tiene por nombre Nuestra Señora de Guadalupe. Por que Francisco Lescano, á quien el Marqués de Cañete, de buena memoria, por ciertos indicios desterró á España é volviendo acá trajo una imagen de Nuestra Sra. del tamaño de la de Guadalupe de España. Púsola en la iglesia del pueblo de aquel valle que los padres de San Agustín tenían á su cargo, dándola este nombre de Nuestra Sra. de Guadalupe.

Luego que se puso hizo muchos milagros, sanando diversas enfermedades, particularmente á los quebrados. Oí decir al padre Fr. Gaspar de Carbajal (el cual me dió la profesión) que siendo muy enfermo, como también le ví para España de esta enfermedad, fué á tener unas novenas y las tuvo en aquel convento, y al cabo de los nueve días se halló sano y salvo de su quebradura, como si en su vida no la hubiera tenido y nunca más padeció aquella enfermedad, viviendo después muchos años.

Ya han cesado estos milagros y aun la devoción de la imagen, por la indevoción de los circunvecinos. El convento es religioso de mucha recreación. Susténtanse en él de 16 á 20 religiosos con mucha clausura y ejercicio de letras.

CAPÍTULO VI.

DEL VALLE DE CHICAMA

Pocas adelante leguas, no creo son dos jornadas, corre el valle de Chicama, abundante. Los hijos de los españoles que nacen en este pueblo, por la mayor parte son gentiles hombres y las mujeres les hacen gran ventaja, y aún á todas las del Perú; créese que el agua es gran parte en este particular, porque donde la hay buena, las mujeres son muy bien dispuestas, que donde no es tal. Esto la experiencia lo dice.

Saliendo, pues, de la ciudad de Guayaquil para la mar en una marea ó poco más menguante, se llega á la isla Lampuna, cuyo nombre corrompido llamado Puná, cuyos indios fueron belicosos mucho; comían carne humana. Estaba bastantemente poblada; produce oro y mucha comida. Toda su costa es abundantísima de pescado; produce también cantidad de sabandijas ponzoñosas, culebras, víboras y otros animales. Por la costa de ella, particularmente la que mira la tierra, se ven muchos caimanes; dista de la tierra firme poco más de ocho leguas.

Estos indios se comieron al primer obispo que hubo en estos reinos llamado fray Vicente de Valverde, religioso de nuestra sagrada Orden, con otros españoles. Fué obispo de más tierra que ha habido en el mundo, porque desde Panamá hasta Chile se prolongaba por mar y por tierra su obispado. Era fama en aquella isla haber un tesoro riquíssimo que los indios tenían escondido: despachóle el Marqués Pizarro desde la Ciudad de los Reyes con poca gente para que lo descubriese y sacase. Los indios eran recién conquistados, los cuales recibiendo á nuestro obispo y á los que con él iban de paz, y sabiendo á lo que venían, los descuidaron y descuidados, dan en ellos, mátanlos y cómenselos: por esto son afrentados de los indios comarcanos, llamándoles perros lampuna, come obispo. Estos indios son grandes marineros; tienen balsas grandes de madera liviana, con las cuales navegan y se meten en la mar á pescar muchas leguas. Vienen á Guayaquil con ellas cargadas de pescado, lizas, tollos, camarones y otros; suben al desembarcadero, que dejamos dicho, del río de Guayaquil. Cuando en este río se encuentra estos indios con los chonos, se afrentan los unos á los otros; los chonos dícenles:—Ah! perro lampuna, come obispo. Los lampunas:—Ah! perro chono cucotarro, notándolos del vicio nefando. Esto ví y oí. Hay en esta isla plateros de oro que labran una chaquira de oro, así la llamamos acá, tan delicada, que los más famosos artífices ni los de otras naciones la saben, ni se atreven á labrar. De éstas usaban las mujeres principales collares para sus gargantas: llevóse á España donde era en mucho tenida. Prolongando la costa y corriendo norte sur pocas leguas adelante—no son 20—llegamos al puerto llamado Túmbez, que más justamente se ha de

llamar playa y costa bravía. Tiene esta playa un río grande y caudaloso de buen agua, pero los navíos que antiguamenmente allí aportaban, no entraban en él por la mucha mar de tumba y olas, unas tras otras, que continuamente quiebran en su boca, viniendo más de media legua de la mar; por lo cual es dificultuoso entrar en él, aún balsas: y son aguas vivas, es imposible so pena de perecer.

El río no tiene otro nombre que río de Túmbez; solía ser mucho más poblado que ahora y los más de los indios tenían su pueblo casi cuatro leguas el río arriba, donde ahora están poblados. Los pescadores vivían en la costa. Eran belicosos y fornidos; llueve rara vez en este paraje, é ya desde esta costa sino es por maravilla no hay lluvias y (como adelante diremos) hasta Coquimbo, el primer pueblo de Chile.

Los que no vivían de pescar tenían por oficio ser plateros de oro. Labraban la chaquira que acabamos decir en el capítulo precedente, tan delicada como los indios de la Puná, y aún más. Lábranla de esta suerte, como lo ví, estando en aquel puertto. El indio que labra, tiéndese de largo á largo, sobre un banquillo, tan largo como él; habrá de un geme alto del suelo: la cabeza tiene fuera del banquillo y los brazos tendiendo una manta y encima ponen sus instrumentos. Fueron no pocos: ahora cuasi no hay algunos, hanse consumido y se van consumiendo: la causa, las borracheras.

CAPÍTULO VIII.

DEL RÍO DE MOTAPE

Pasando la costa adelante y metiéndonos un poco la tierra adentro, por ser la costa muy brava, llegamos veinte leguas andadas, poco más ó menos, al gran río Motape, donde hay un puerto de este nombre. Quien antiguamente gobernaba en esta provincia, que por pocas leguas se estiende, eran las mujeres, á quien los nuestros llaman capullanas, por el vestido que traen y traían á manera de capuces, con que se cubren desde la gargauta á los pies, y el dia de hoy casi en todos los llanos usan las indias este vestido: unas se ciñen por a cintura, otras le traen en bandas. Estas capullanas, que

eran las señoras en su infidelidad, se casaban como querían, porque en no contentándolas el marido, le desechaban y casábanse con otro. El día de la boda, el marido escogido se sentaba junto á la señora y se hacía gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios con grande alegría haciendo burla del pobre.

CAPÍTULO IX.

DEL PUERTO DE PAITA

De aquí al puerto de Paita debe haber 10 leguas, poco más ó menos. Es muy bueno y seguro; no le he visto: es escala de todos los navíos que bajan del puerto de la Ciudad de los Reyes á Panamá y México y de los que suben de allá para estos reinos. Si tuviera agua y alguna tierra fructífera se hubiera allí poblado un pueblo grande, empero por esta falta y de leña hay en él pocas casas. El suelo es arena; traen en balsas grandes el agua de más de diez leguas los indios pocos que allí viven. Las balsas son mayores que las de Túmbez y la Puná; atrévense con ellas á bajar hasta la Puná y hasta Guayaquil y volver doblando el cabo Blanco, que es uno de los trabajosos de doblar, y ninguno más de esta costa del Perú. Aprovéchanse de velas en estas balsas y de remos en calmas.

CAPÍTULO X.

DE LA CIUDAD DE PIURA

De aquí nos metemos un poco la tierra adentro, deben ser otras 17 leguas, á la ciudad llamada San Miguel de Piura. Esta fué la primera que edificaron los españoles en este reino. Era ciudad de rezonables edificios, casas altas y los vecinos ricos, participaban de los indios de los llanos y de la sierra. Llueve en esta ciudad, aunque poco. Es abundante de mante-

nimientos, así de los de la tierra como de los nuestros y de ganados. Es muy cálida por estar lejos de la mar; la tierra produce muchas sabandijas sucias y entre ellas víboras, culebras y arañas. De las frutas nuestras, cuales son membrillos granadas, manzanas y otras de muy buen sabor y grandes son las mejores del mundo, pero tiene esta ciudad un contrapeso notable, que es ser enfermísima de accidentes de ojos y son incurables, porque al que no le salta el ojo, queda ciego con unos dolores incomparables; apenas ví en aquella ciudad hombre que no fuese tuerto. Esta enfermedad es común en todos los valles que de esta ciudad hay á la de Trujillo, aunque no son tan continuos, ni asperos, y á quien más frecuente les dá es á los españoles; á los indios raras veces.

CAPÍTULO XI.

RÍO DE MOTAPE

De aquí camina la tierra adentro á 12 y menos leguas de la costa de la mar hasta la ciudad de Trujillo, que son 80 leguas tiradas; en cuyo camino hay un despoblado de 12 leguas y más sin agua hasta el valle de Jayanca. Este es muy fértil de muchos indios y el gobernador de él muy españolado. Vístese como nosotros. Sírvese de españoles con su vajilla de plata. Es rico y de buenas costumbres. El valle es tan abundante de mosquitos, zancudos cantores y de los rodadores que es como milagro poderlos sufrir los indios ni los españoles. Yo he caminado veces por los llanos y aunque en todos los valles hay mosquitos, no tantos como en éste.

CAPÍTULO XII.

DE LOS LLANOS

Y para que se entienda qué llamamos llanos y sierra adviértase que desde este valle de Jayanca, y aún más abajo desde Túmbez, aunque allí alcanzan algunos aguaceros, hasta Copiapó, que es el primer valle del distrito del reino de Chi-

le, á lo menos desde el valle de Santa, hasta Copiapó, no llueve jamás, ni se acuerdan los habitadores de ellos haber llovido. Todo el camino, diez leguas, en algunas partes 8, en otras 6 y 4 leguas en otras, hasta la costa de la mar, es arena muerta, aunque hay pedazos de arena ó tierra fija en algunas partes y á trechos: entre estos arenales proveyó Dios hubiese valles anchos, unos más que otros, por los cuales corren ríos mayores ó menores, conforme á como tienen más cercano, ó vienen de más adentro de la sierra su nacimiento: la tierra de todos estos valles es de buen migajón, la cual regada con las acequias que los naturales tienen sacadas para regarlas, es abundantísima de todo género de comidas, así suyas como nuestras. Cójese mucho maíz, trigo, cebada, fríjoles, pepinos, etc. Tienen muchas huertas con mucho membrillo, manzana, camuesa, naranjas, olivos que llaman....mucha y muy buena aceituna; la grande mejor que la de Córdova porque tiene más que comer. En muchas de ellas se dá vino muy bueno y la caña dulce se cría, por lo cual son cómodos para ingenios de azúcar, en muchos de los cuales los hay, como en su lugar diremos. Fuera de la abundancia que los valles tienen de mieses, son abundantes de árboles frutales, como son huayabas, paltas, plátanos, melones, ciruelas de la tierra y otras frutas. Mucho algarrobal; con las frutas de los árboles engordan los ganados abundantísimamente, haciendo la carne muy sabrosa, pero hay en algunas partes unos algarrobos parados por el suelo que llevan una algarrobilla, la cual comida de los caballos ó yeguas, luego dan con la crin y cerdas de la cola en el suelo, y porque en el valle de Santa hay más que en otros valles se llama la algarrobilla de Santa, de donde cuando algún hombre por enfermedad se pela, le dicen haber comido la algarrobilla de Santa.

El rey de esta tierra, á quien comúnmente llamamos el Inga, para que en estos arenales no perdiesen los caminantes el camino, tenía puestas de trecho á trecho unas vigas grandes, hincadas muy adentro en la arena, por las cuales se gobernaban los pasajeros. Ya esto se ha perdido por el descuido de los corregidores del distrito, por lo cual es necesario guía. Entrando en el valle por una parte y otra iba el camino real entre dos paredes, á manera de tapias, hechas de barro de mampuesto, de un estado en alto derecho como

una vira, porque los caminantes no entrasen á hacer daño á las sementeras, ni cogiesen una mazorca de maíz ni una huayaba, so pena de la vida, que luego se ejecutaba. Estas paredes están por muchas partes ya derribadas y los caminos no en pocas partes van por detrás de las paredes. En tiempo del Inga no se consintiera ir por los arenales; ya dijimos no se puede caminar sin guía, y lo más del año se ha de caminar de noche por los grandes calores del Sol. Los guías indios son tan diestros en no perder el camino de día ni de noche, que parece cosa no creedera.

Lo que llamamos y es sierra, son unos cerros muy altos, muchos de los cuales por su altura, aunque están en la misma línea Equinocial, como es Quito y mucha parte de aquel distrito, y desde allí á Potosí, que son 600 leguas incluídas entre el Trópico de Capricornio, porque Potosí está en veinte grados, es muy frío; y en partes, y no pocas, las sierras llenas de nieve todo el año y otros lugares por el frío inhabitables, lo cual los antiguos filósofos tuvieron por inhabitable, respecto del mucho calor por andar el Sol entre estos dos trópicos de Cáncer á la parte del Norte y de Capricornio á la parte del Sur, 22 grados y medio apartado cada uno de la línea.

En esta tierra hay muchas y muy grandes poblaciones en valles que hay y en llanos muy espaciosos, como son los del Collado. Corre esta cordillera comúnmente de 17 á 20 leguas de la mar, y lo bueno deste Perú es esta tierra que dista de la Cordillera á la mar y aún de Chile, como diremos.

CAPÍTULO XIII.

DEL CAMINO DE LA COSTA

Volviendo á nuestro propósito, desde Jayanca á Trujillo, ahora tres años, pocos más ó menos, se caminaba á la tierra adentro ocho leguas y diez de la costa de la mar, ó se declinaba á la costa. Yo vine por la costa, donde las bocas de los ríos eran pobladas de muchos pueblos de indios muy abundantes de comida y pescado; aquí hallamos gallinas, cabritos y puercos de valde, porque los mayordomos de los encomenderos que en estos pueblos vivían no nos pedían más

precio que tomar las aves y pelallas, y los cabritos desollarlos, y el maíz desgranarlo. Todos estos indios se han acabado, por lo cual ya no se camina por la costa, que era camino más fresco y no menos abundante que el otro. Los indios que quedaban, porque totalmente no faltasen, los han reducido el valle arriba, donde los demás vivían.

Era realmente para dar gracias á Nuestro Señor, ver unos pueblos llenos de indios y de todo mantenimiento, el cual se daba á todos de gracia; la causa de la destrucción de tanto indio, diré cuando trataré de sus costumbres y para que aquí sea suficiente decir, las borracheras. Bajando pues de Jayanca á la costa y caminando por ella se venía á salir á siete leguas de Trujillo á un valle llamado Licapa.

CAPÍTULO XIV.

DE LOS DEMÁS VALLES

Volviendo pues á Jayanca y continuando el camino la tierra adentro, á pocas leguas unos de otros, se vá de valle en valle, lo cual, si bien se considera, no parece sino que desde Jayanca á Trujillo es todo un valle en diversos ríos; empero, todos de muy buena agua que los fertiliza en gran manera. Entre ellos hay uno llamado Saña abundantíssimo, adonde pocos años á esta parte se ha poblado un pueblo de españoles de no poca contratación por los ingenios de azúcar y corambre de cordobanes, y por las muchas harinas que de él se sacan para el reino de Tierra Firme. El puerto no es muy bueno: dista del pueblo algunas leguas; ni en toda esta costa desde Paita á Chiloé, que es lo último poblado de Chile, los hay buenos; los más son playas. Con el que tienen embarcan sus mercaderías para la Ciudad de los Reyes y para Tierra Firme. Esta población de Saña destruye á la ciudad de Trujillo, porque dejando sus casas los vecinos de Trujillo se fueron á vivir á Saña.

CAPÍTULO XV.

DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Abundante, ancho y largo, donde había muchos indios doctrinados por religiosos de nuestra orden, encomendados al Capitán Diego de Mora, varón muy principal en este reino. Entre otros religiosos nuestros de mucha virtud y cristiandad que en la doctrina de aquel valle se han ocupado, fué uno el padre Fr. Benito de Xarandilla, el cual, después que entró en él, nunca de él salió para vivir en otra parte. Aquí se consagró á Nuestro Señor predicando el Evangelio á los indios con admirable austeridad debida en todo lo tocante á su profesión, sin jamás se conocer en él cosa de mal ejemplo, sino gran celo á la conversión de aquellos naturales, donde vivió más de 55 años y ha pocos años, no han dos cuando esto escribí que Nuestro Señor le llevó, como piadosamente creemos, á pagarle sus trabajos. Los indios de este valle tienen dos lenguas que hablan: los pescadores una y dificultosíssima, y la otra no tanto. Pocos hablan la general del inca. Este buen religioso las sabía ambas, y la más dificultosa mejor. Su caridad para con los indios era muy grande, porque curarlos en sus enfermedades, repartir con éllos su ración y quedarse ó contentarse para su mantenimiento con un poco de maíz tostado ó cocido, era como natural. Varón de mucha oración y penitencia, doquiera que estaba se había de levantar á media noche á rezar maitines, y á cualquiera hora que le llamaban para confesar al enfermo, con toda el alegría del mundo se levantaba, y aunque el río viniese muy crecido no le temía más que si no llevara agua, y es muy grande al verano. Este es común lenguaje entre los indios, que decían pasaba el río en un macho que la orden le había concedido por sobre el agua á cualquier hora, y cuando más agua traía el río. Esto no lo escribo por milagro sino como cosa comúnmente dicha entre los indios.

En el valle tiene nuestra sagrada religión un convento priorato que este religioso venerable fundó, donde se sustentan de 8 á 10 religiosos y favoreciéndolo Nuestro Señor se sustentarán más, porque las haciendas ván en crecimiento. El

valle es abundantíssimo de pan, vino, maíz y demás mantenimientos; críanse en él admirablemente los olivos que cargan de aceitunas muy buenas. Los demás mantenimientos á la tierra naturales, boníssimos. Es famoso por un ingenio de azúcar que allí plantó el Capitán Diego de Mora. Una cosa que por ser peregrina la diré: que los valles de los llanos abundan en moscas y las hay dentro y fuera de las casas de los indios y de los españoles; en la casa que llaman del azúcar y donde se hacen las conservas y están las tinajas llenas de todo género de ellas, no se halla una, ni se ven; helo visto por eso lo digo, pues la miel y el azúcar son madres de moscas.

CAPÍTULO XVII. (*)

DE LA CIUDAD DE TRUJILLO

Dista la ciudad de Trujillo del valle de Chicama cinco leguas tiradas. La primera vez que la ví era muy abundante y muy rica; los vecinos conquistadores, unos hombrazos tan llenos de caridad para con los pasajeros, que en viendo en la plaza un hombre no conocido ó nuevo en la tierra (que llamamos chapetón), á mía sobre tuya, lo llevaban á su casa, hospedaban, regalaban y ayudaban para el camino, si allí no le daba gusto hacer asiento. Un vecino de aquellos cuando salía de su casa ocupaba toda la calle; no había mezón entonces ni en muchos años después, ni carnicería; á todos sobraba lo necesario y aun más y el que no lo tenía no le faltaba, porque los encomenderos les enviaban el carnero, vaca, y lo demás cada día. Liberalíssimos para con los pobres: sus casas muy hartas y sus cajas muy llenas de oro y plata: ya todo ha cesado y sus hijos han quedado pobres, porque no siguen la cordura y raras veces hinchen las sillas de sus padres.

Dista esta ciudad del puertto, si así se ha de llamar siendo costa brava, dos leguas. Surgen los navíos más de legua y media de la playa. En el desembarcadero hay mares de tumbo

(*) Así en el original, del capítulo XV pasa al XVII; probablemente por error de numeración del mismo autor.

unos tras otros con tanta violencia cuanta experimentan los que allí se desembarcan. Aquí hay un pueblezuelo que del puerto toma el nombre, llamado Huanchaco; los indios son grandes nadadores y pescadores, no temen las olas por más que sean. Entran y salen en unas balsillas de juncos gruesas llamados enea, que no sufren dos personas, y las que las sufren han de ser muy grandes; en llegando á tierra cuando vienen de pescar, toman la balsa á cuestas y la llevan á su casa, donde, ó en la playa, la deshacen y enjugan, y cuando se quieren aprovechar de ella, tórnanla á atar. Conocí en esta ciudad, entre otros vecinos y encomenderos, al capitán Don Juan de Sandoval, hombre muy amigo de pobres, gran cristiano, muy rico, casado con una señora muy principal, de no menores partes que su marido, nacida en el mismo pueblo, llamada Doña Florencia de Valverde, hija del capitán Diego de Mora y de Doña Ana de Valverde. Este caballero tenía antes que muriese capellanías instituídas en todos los monasterios. Su enterramiento escogió en el de San Agustín, cuya capilla mayor edificó, aunque no quiso el althar mayor fuese suyo. Al lado del Evangelio hizo un althar, advocación de los ángeles, que adornó con retablos famosos y muy ricos ornamentos labrados en España; dejó mucha renta y poca carga de misas, con la cual se vá edificando el convento, ó por mejor decir, se ha edificado. En el convento de nuestro Padre Santo Domingo se le dice perpetuamente la misa de Nuestra Señora todos los sábados del año y cada día la salve cantada después de completas, como es antiguo uso en la orden desde su fundación. Dejó bastante renta; en el convento de San Francisco también tenía su memoria de misas y dejó renta para que se pague la limosna dellas. Mucho tiempo del que vivió tenía en el puerto desta ciudad indios pagados á su costa para que, en llegando el navío al surgidero, que ya dije es de la playa más de legua y media, saliesen sus balsillas, fuesen al navío y avisasen saliesen ó no saliesen á tierra, porque como el navío surge tan lejos, no quebrasen con las olas en tierra, y avisados no corren riesgo. Antes que este caballero tuviese pagados indios para esta bonísima obra perdíanse muchos bajeles y los que en ellos venían, porque viniendo á desembarcar metíanse en tierra no viendo el peligro. Es esta ciudad, como las demás de los llanos, combatida

de terremotos, aunque no tan recios como desde el..... para arriba.

CAPÍTULO XVIII

DE LA GUACA DE TRUJILLO

Hállanse en estos reinos, particularmente en los llanos, unos enterramientos comúnmente llamados guacas, que son unos como senos de tierra amontonada á manos, debajo de la cual los señores destos llanos se enterraban, y con ellos, según es fama, y aún experiencia, ponían gran suma de tesoros de oro é plata, y la mayor cantidad de plata, tinajas grandes y otras vasijas y tazas para beber, que llamamos cocos. La guaca más famosa era una que estaba por más de media legua de la ciudad de Trujillo, de la otra banda del río, de un edificio en partes terrapleno, en partes de ladrillos grandes, ó por mejor decir, de adobes pequeños. Este edificio era muy alto y debía tener (si como marineros nos es lícito hablar) poco menos de media legua. Quién lo edificase no hay memoria, ni los indios tal oyeron decir á sus antepasados: para edificarlo es imposible sino que se pasaran muchos años y labraran en él suma de indios. Si no se vé, no se puede creer: siempre se entendió era enterramiento, y aún enterramientos ó sepultura de muchos señores, cuales fueron los señores de aquel valle de Trujillo, que se entiende fueron mucho antes que los Ingas y poderosíssimos, así en riquezas como en ánimos para sugetar mucha parte deste reino; porque á cuatro leguas de la ciudad de Guamanga se ha hallado otro edificio, aunque diferente, pero figuras de indios como las de los deste valle de Trujillo: de donde se colige hasta allí haber llegado el señorío destos señores y aún pasado hasta el Collao, porque en un pueblo deste Collao, Tiaguanuco, se vé otro edificio de cantería y piedras muy grandes, muy bien labradas, semejantes á éste cerca de Guamanga, que los que allí hacen noche lo iban á ver á maravilla. La primera vez que por allí pasé, habrá 29 años, con otros dos religiosos, lo vimos y nos admiramos, porque no teniendo estos indios picos, ni escotas, ni escuadras para labrar aquellas piedras, verlas labradas co-

mo si canteros muy finos la hubieran labrado, causaba admiración. Había puertas de tres piedras y grandes, las dos que servían á los lados, la otra de umbral alto. Vimos allí una figura de sola una piedra que parecía de gigante, según era grande, corona en la cabeza y talabarte, como los anchos nuestros con su hebilla. Preguntar qué noticia se tiene desta gente no hay quien la dé, y porque este edificio es semejante al de junto á Guamanga, se cree haberlo hecho un mismo señor y que éste era señor de Trujillo, que para memoria suya donde le parecía lo mandaba edificar. Cosa cierta no hay Los señores principales deste valle de Trujillo se llamaban como propio nombre Chimu, y de uno hasta el día de hoy hay memoria deste nombre, añadiéndole otro como por sobrenombre, Cápac, que junto se nombraba Chimo Cápac, que quiere decir Chimo riquíssimo. Lo que se colige es que destos Chimos era la guaca de Trujillo enterramiento. Los vecinos de Trujillo viendo aquel famoso edificio y teniendo noticia haber allí gran tesoro enterrado, sin que hubiese rastro ni memoria quién allí lo puso, ni á qué herederos les hubiesse de venir, juntáronse algunos vecinos de indios y no vecinos y hecha compañía, determinaron de cavar á la ventura, como dicen. Dieron en algunos aposentos debajo de tierra y finalmente dieron en mucho tesoro y no en el principal, como se tiene por cierto. Cúpoles á más de ciento y sesenta mil pesos, pagados quintos, pero no sé que se tenía aquella plata que ninguno la gozó: fuéseles como en humo. Verdad sea que gastaban á su albedrío y sin orden alguna. Ottros cavaban en otras partes; sacaron alguna plata, no tanta como los de esta compañía. Comenzando á sacar plata desta guaca, todos los valles de los llanos se hundían cavando guacas y registrando; sacaron plata de la bolsa, pagando jornaleros, cavadores y mucha tierra; nunca, empero, hallaron lo que deseaban. Hubo en este tiempo en el valle de Lima un famoso hereje, creo inglés, que junto al pueblo de Surco, que es un pueblo, él sólo cavaba una guaca que llaman de Surco y por lo que después cuando preso y descubierto ser hereje se entendió aguardaba otros de su herejía que habían de venir. Allí se estaba de día y de noche cavando y sacando la tierra, él propio, mal vestido. Venía á la ciudad, que dista de la guaca una legua, pedía por amor de Dios y llevaba poco que comer, hasta que se des-

cubrió ser hereje. Preso por el Santo oficio justíssimamente lo quemaron en el primer autto que los señores inquisidores hicieron.

CAPÍTULO XIX

DEL VALLE DE SANCTA

Desde esta ciudad de Trujillo, 18 leguas más adelante la costa en la mano, llegamos al valle y puerto llamado Sancta, abundante mucho de todo género de mantenimientos, donde se comienzan á hacer trapiches de azúcar y muy buenos. Muy cerca del puerto se ha poblado un pueblo de españoles, el cual si tuviera indios de servicio fuera en mucho crecimiento. Tiene pocos indios naturales, bájanlos de la sierra de la provincia que llamamos Guailas. Es en notable daño de los indios, son serranos y corren gran riesgo sus vidas, como en todas partes y todas las veces que á los llanos bajan. Tiene muchas y muy buenas tierras todas de riego, con acequias de un río de boníssima agua y muy grande, que pocas veces se deja vadear. Pásase en balsas de calabazos, y es lo más seguro. Estas balsas las hacen los indios mayores ó menores, como es la gente ó hato que se ha de pasar. Los calabazos son muy grandes y redondos; pónenlos en una red á la larga 8 ó 10, otros tantos en otra y así lo ensanchan conforme son los que han de balsear. Hácenla de seis, siete y ocho hileras de calabazos; las redes atan unas con otras; atadas, encima echan leña y rama; se meten las personas y el hatto. Luego dos indios, grandes nadadores, como lo son todos los de los llanos, atan una soga á la balsa y ciñéndosela por el hombro toma cada uno su calabazo grande y echándose sobre él nadan, y desta suerte llevan y pasan la balsa de la otra parte del río por poco precio que se les dá. Este río desemboca, viniendo de Trujillo, un poco más abajo del puerto, por cuya boca no se puede entrar ni tomar agua, empero de la acequia principal que pasa por cima del pueblo, sale una pequeña que cae en la playa del puerto.

CAPÍTULO XX

DE LOS DEMÁS VALLES Á LOS REYES

Deste valle al de Chancay ponen 50 leguas, en las cuales pasamos por seis valles, todos abundantíssimos, si los naturales no hubieron faltado, que los labraban para todo género de mantenimientos con bastante riego de sus acequias sacadas, pero ya perdidas. El primero es Casma la baja y Casma la alta, donde han quedado pocos indios, que apenas pueden sustentar un sacerdote. De aquí vamos á Guarmey, mejor valle y de más indios, con puerto no muy seguro por la mar de tumbo al desembarcar. Tiene mucho pescado, mucha arboleda, algarrobas que se llevan á los Reyes. Luego entramos en el de la Barranca, fertilíssimo de trigo é maíz y de tierras muchas y muy gruesas. De aquí se lleva la mayor parte de trigo que en los Reyes se gasta. Hay en él dos ingenios de azúcar boníssimos; el río es no tan grande como rápido y pedregoso, por lo cual en todo tiempo es dificultoso de pasar. Tiene puente tres leguas arriba, á la cual por no ir algunos se han ahogado; aquí hay unos pocos de indios poblados. Pasado el río, luego se sigue el de Guaura, que tiene las mismas calidades que éste con otros pocos de indios, y de donde se lleva mucho maíz é trigo á los Reyes, por mar. Tiene puerto, no muy seguro.

CAPÍTULO XXI.

DEL VALLE Y CIUDAD DE LOS REYES

El valle donde se fundó la Ciudad de los Reyes, llamado Rímac en lengua de los indios, sin hacer agravio á otros, es uno de los buenos, y si dijere uno de los mejores del mundo muy ancho, abundante de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se dá trigo, maíz, cebada, viñas, olivares; á las aceitunas llamamos criollas, son las

mejores del mundo, camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas, tantos é tan buenos como los de Zaragoza. Las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia en todo el año; el agua del río no es tan buena como la de los demás valles de estos llanos, respecto de juntarse con el río principal otro no de tan buena que la daña, pero proveyóle Dios de una fuente á tres cuartos de legua de la ciudad de una agua tan buena, que los médicos no se si quisieran fuera tal. Oí decir á uno de ellos, y el más antiguo que hoy vive, que la fuente desta agua le había quitado más de tres mil pesos de renta cada año, porque después que el pueblo bebe della, las enfermedades no son tantas, particularmente las cámaras de sangre, que se llevaban á muchos. Esta agua se trujo á la ciudad y en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para darla el agua necesaria, pero porque es grande y más sin costa aprovéchase de ella. En los barrios hay sus fuentes como en la plazeta de la Inquisición, en la esquina de las casas del licenciado Renjifo, en el barrio de San Sebastián y en todos los monasterios y en casas de hombres principales y en las cárceles, y en Palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el Marqués Don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros á este pueblo la Ciudad de los Reyes, porque en este día la fundaron. Diéronle, aunque acaso auspicatíssimo nombre, porque si muchos reyes la hubieran ennoblecido en tan breve tiempo como diremos, no hubiera crecido más, ni aun tanto más como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres: Nuestro Señor, por intercesión de los santos Reyes, la ha multiplicado. Es la silla metropolitana de todo este reino, de Quito á Chile. Aquí reside el Virrey con el Audiencia, la Sancta Inquisición y aquí se fundó la Universidad. De todo diremos adelante más en particular lo que á esto toca, cuando trataremos de los virreyes y prelados eclesiásticos.

El río desta ciudad en tiempo de aguas en la Sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido, no tiene madre, como no la tienen los demás destos llanos. Corre por cima de mucha piedra rolliza, antes que tuviese

puente muchas personas se ahogaban en él queriéndole vadear, porque, aunque tenían una puente de madera de horcones hincados en el suelo, estaba tan mal parada que no se atrevían á pasar por ella y no podían pasar sino uno solo, y con sus pies, lo cual visto por el Marqués de Cañete Don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el Limosnero, gran amigo de pobres, dió orden cómo se hiciese puente toda de ladrillo y cal, de siete ó ocho ojos, que comienzase desde la barranca del río, adonde casi llegaban las casas reales y desde los molinos del capitán Gerónimo de Aliaga, secretario que fué de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas reales, al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría más abajo, donde estaba la puente de madera que acabamos de decir, aunque había de ser más larga, porque haciéndola allí el río se iba á su camino sin echarlo á la ciudad, lo cual forzosamente se había de hacer, haciéndola donde el Virrey lo mandaba, y que la barranca era señal evidente ya el río había llegado una vez allí y había de llegar otra por el común refrán: al cabo de los años mil vuelve el río á su carril, respondió la mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo y pliegos de su Magestad de España, por tierra, entrasen á una cuadra de las casas reales donde el virrey viviese, y por la calle derecha á la plaza, una cuadra della; y cuanto á echar el río á la ciudad que no habían de ser los virreyes tan flojos que el río la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano, como lo era. Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el río si los virreyes no tienen ánimo para remediarlo. No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en el número de monasterios ni igualmente á los religiosos que en ellos sirven á Dios, alabándole de día y de noche y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas como esta de los Reyes, habiendo ayudado muy poco ó nada los príncipes y gobernadores destos reinos á la edificación dellos. El más principal y el primero della es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha 68 años que se fundó. El primer fundador fué el padre Fr. Juan de Olias; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano del río. Oí decir á los viejos lo que aquí referiré de su fundación: llegado el Marqués Pizarro con los demás conquistadores á este valle, después de haber preso en Cajamarca á Atabali y habiéndo-

le muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la orden del glorioso padre Sn. Francisco: eligieron para fundar su ciudad el sitio que ahora tiene, que es el mejor del valle, junto al río á la barranca, casi del Oriente, á la del Sur por la parte de arriba, una cequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente á Poniente; por la parte del Poniente el puerto llamado el Callao, dos leguas de la Ciudad de los Reyes carreteras; por la parte del Norte el camino real para Trujillo y donde abajo señalaron sus cuadras y sitios para casas, y á los dos religiosos dijéronles: vosotros no sois más que dos, vivid ahora juntos en este sitio que os señalamos, que es el que tiene ahora nuestro convento. Llana la tierra y conquistados los indios del valle, que á la sazón eran muchos, el que se quisiere quedar con ese sitio se quedará con él; al otro le daremos el que más cómodo le pareciere. Sucedió así, aceptando los dos religiosos ser el partido, que un día vinieron todos los indios del valle y otros llamados sobre los nuestros, los cuales dijeron á los religiosos: padres: vosotros no habéis de pelear; tomad en esa bota vino y bizcocho, y á los que estuvieren cansados y flacos dadles de comer y beber y á los heridos recojedles y lavadles las heridas con vino. Los indios llegaron donde los nuestros los esperaban con gran vocería; así pelean. El padre de Sn. Francisco pareciéndole no le convenía esperar el fin de la batalla ni hacer lo encomendado, que en aquél trance le era muy lícito, puso faldas en cinta, tomó la vía del puerto; llega cansado lleno de polvo, sudando y á los pocos de los nuestros que allí había dejado el Marqués con dos navíos y no muchos soldados con dos caballos dáles nueva que el Marqués y los demás eran muertos y solo se él había escapado. El capitán de los navíos (creo era el capitán Juan Fernández, de quien abajo haremos mención) con los demás hirieron el sentimiento justo, tuvieron por perdido el mejor reino del mundo y perplejos no sabían qué se hacer si por ventura desamparaban el puerto y se volverían á Panamá, ó á Trujillo ó aguardarían otra nueva. El buen padre instaba en ser verdad lo por él afirmado; finalmente resolviéronse en que dos soldados, los más valientes, con sus armas tomasen los caballos y caminando por la ciudad fuesen á ver si era así, y cuando lo fuese, no era posible todos quedasen muertos, algunos escaparían y encontrarían en el camino ó fuera de él

y á estos recojiesen y volviesen al puerto y entónces deliberarían lo que más conviniere. Salen nuestros dos valientes soldados en sus caballos, armados, llenos de tristeza, é no con menos temor en el camino que muy poblado era de arboleda, á lo menos la legua y media. Cada hoja que se meneaba les parecía ejércitos de enemigos, pero prosiguiendo su camino, sin encontrar hombre viviente, llegan á la ciudad y hallan á los nuestros alcanzada la victoria, curando á los heridos, y los sanos descansando del trabajo de la batalla. Su alegría fué muy grande cuando vieron cuán al contrario era lo que el padre de San Francisco dijo, de lo qué por sus ojos vieron. Llegan donde estaba el Marqués, dán cuenta de lo dicho y la razón por qué vinieron, el cual con los demás estaban cuidadosos qué hubiese sido de aquel padre, no imaginando se hubiese huído sino que por ventura los indios se lo hubiesen llevado; empero sabida la verdad del hecho, el Marqués mandó embarcarlo y en el primer navío que despachó á Panamá, lo llevaron con juramento que hizo que mientras viviese no le habían de entrar fraile de San Francisco en su gobernación; y así se cumplió, no siendo bien hecho ni lícitamente jurado. Aquél no fué defecto sino de un fraile particular pusilánime, y por este defecto no se había de perder ni carecer del bien grande que la religión del seráfico padre San Francisco, donde quiera que vive hace. Si los del puerto le desampararan creyendo lo dicho por este religioso, en gran riesgo lo ponían al Marqués y á los demás de perderse; porque como el reino sea muy grande y muchos los indios, si les faltaran navíos con qué enviar á pedir socorro á Tierra Firme, totalmente se perdería. Nuestro religioso puso también sus faldas en cinta, arrebató su bota y bizcocho y á los cansados dábales de beber y un bocado á los heridos. Curaba como mejor podía y así andaba en medio de los que peleaban. Desta suerte quedamos con el sitio que ahora tenemos, el cual entonces pareció el más cómodo: ahora no lo es por no se poder extender tanto es necesario, y por el río que es mal vecino en todas partes. Después muchos años, poblaron los padres de San Francisco y tienen el mejor sitio del pueblo y más que todos los conventos juntos, aunque del río corren un poco de riesgo, como nosotros, y se correrá más si no se remedia.

CAPÍTULO XXII.

DE NUESTRO CONVENTO

Quedando pues, con este sitio, que es de cuadra y media de largo, de ancho no tiene cuadra entera (porque la barranca del río no dá lugar á ello por correr al sesgo), se comenzó á edificar el convento. Empero, quien con más ánimo fué el más valeroso y no menor religioso, gran predicador, gran servidor de su Magestad, Fr. Tomás de San Martín, á quien por otro nombre llamaban el Regente, por haberlo sido en la Española ó isla de Santo Domingo. Este religiosíssimo padre siendo provincial en esta provincia, y el primero, á quien dió por nombre San Juan Bautista, comenzó el dificio de la iglesia de bóveda, de tres naves, e hizo la mitad de la iglesia, dejando los cimientos de lo restante sacados. Oí decir al padre Fr. Antonio de Figueroa, un religioso nuestro muy esencial, gran siervo de Dios, verdadero hijo de Santo Domingo, que fué mi maestro de novicios, que le acaecía á este ínclito religioso, siendo como era provincial, salir de casa por la mañana con un bordón, á pie, é ir una legua, poco más ó menos, á la calera y estar allí todo el día en peso hasta la noche que se venía al convento, sin comer y lo que hallaba en el convento era un poco de capado fiambre, porque entonces no se había multiplicado tanto el ganado nuestro mayor ni menor que hubiese carnero ni se comía en la ciudad, y con tanta alegría pasaba este trabajo como si tuviera todo el regalo del mundo; parecía adivinaba el aumento que Nuestro Señor había de hacer en breve tiempo de religión, cristianidad y letras en aquella casa. Después fué este varón heroico primer obispo de la ciudad de La Plata, aunque no llegó á sentarse en su silla; llevándole la Magestad del muy Alto primero á gozar de su gloria. El día de hoy se ha acabado la iglesia con la buena diligencia del maestro Fr. Salvador de Rivera, hijo deste convento, aplicando justíssimamente todo cuanto puede de los religiosos que se ocupan en doctrinar á los indios y tan bien acabada, que en Indias ninguna mejor: sola una falta se le pone, y sin envidia,

que la capilla mayor es pequeña, la cual tiene un retablo muy aventajado.

CAPÍTULO XXIII.

DE LAS CAPILLAS

La capilla colateral es por la parte del Evangelio, la primera: se llama del Crucifijo. Esta es del capitán Diego de Agüero, varón famoso entre los conquistadores deste reino, el segundo después del Marqués Pizarro. Dotóla vastamente: dícensele dos misas rezadas cada semana, sus vísperas y misa mayor el día de Santiago, en el cual día tiene un jubileo plenísimo y cinco aniversarios. Dejó demás desto la mitad de unas casas para reparos de la capilla, que hoy rentan más de 500 pesos cada año. Su hijo, el capitán Diego de Agüero, la ha ennoblecido mucho, puso en ella un retablo grande á proporción de la capilla, con un crucifijo de muy buena y devota figura, y en el retablo muchas reliquias de santos en sus medallas, que le dió el convento. Luego se sigue la capilla nombrada de San Juan de Letrán, donde tiene su enterramiento junto al althar, al lado del Evangelio, el capitán Juan Fernández, quien dijimos era capitán de los navíos que estaban en el puerto cuando el padre de San Francisco se huyó de la batalla que tuvo el Marqués Pizarro con los indios en la plaza. Dotóla su dueño muy aventajadamente con limosna para dos misas rezadas cada semana y con las octavas de todos Santos, vigilia y misa cantada, y el día de San Juan Bautista vísperas é misa con sermón, con bastante limosna. Y dejó para reparo de la capilla y ornamentos buena renta, que la cobra el convento y la gasta en lo susodicho. El arcediano de la santa Iglesia desta ciudad viene cada año por nombramiento del señor de la capilla á tomar cuenta en qué se distribuye la renta para el ornato de la capilla, y se le dá un tanto señalado por el capitán Juan Fernández por este cuidado y trabajo. Un provincial nuestro, Fr. Salvador de Rivera, con poco acuerdo, y aún con no poca nota, quiso quitar esta capilla y la advocación de ella y darla á no se qué otras personas. Súpolo el

heredero, salió á la contradición, y viendo el provincial el agravio, á lo menos avisado, lo hacía por el señor Arzobispo de México, Bonilla, la volvió á sus herederos. Y no sé cómo tal cosa pretendió hacer y cómo los padres del consejo en ello vinieron, porque oí decir muchas veces al padre Fr. Antonio de Figueroa, que el capitán Juan Fernández trujo en sus navíos la tierra desta capilla desde Roma, porque en ella todos los que quieren enterrar se les dá sepultura de gracias y para que los cuerpos se comiesen pronto trujo esta tierra. Ví un año de catarro pestilencial que la capilla con ser del espacio de dos los que en ella se enterraban, que fueron muchos al tercero día los cuerpos están consumidos: todos los que aquí se entierran ganan indulgencia plenaria y las gracias que los que se entierran en San Juan de Letrán en Roma. Para el día de San Juan Bautista hay jubileo pleníssimo. Muchos años ví que el día deste gloriosíssimo santo, virrey, Audiencia y toda la ciudad venían á nuestra casa á celebrar en este día la fiesta. Luego se sigue la capilla de Santa Catherina de Sena, muy bien aderezada con retablo é imagen desta gloriosa santa. Los tintoreros desta ciudad la tomaron para su enterramiento y la tienen muy bien adornada. Celébrase en ella la fiesta de la gloriosa santa virgen Santa Catherina con mucha solemnidad y con un jubileo pleníssimo. Por la parte del lado de la Epístola es de San Jerónimo; dotóla el capitán Gerónimo de Aliaga con dos misas rezadas cada semana, vísperas y misa el día de San Gerónimo y sus aniversarios. Dejó bastante limosna, y como al tiempo de la rebelión de Francisco Hernández fuese á España por procurador destos reinos y no volviere más á ellos, muchos años la vimos muy mal parada, que no decíamos misas en ella por no tener ornato, hasta que habrá 6 años que una nieta suya, doña Juana de Aliaga, hizo un retablo grande á proporción de la capilla, con una imagen de la Concepción arriba, que le costó más de tres mill pesos, añadiendo paños de seda para las paredes y ornamentos. A esta capilla se sigue la del Rosario, con un retablo hecho en España, bueno, y una imagen de bulto de Nuestra Señora en el cóncavo del retablo, de las buenas piezas que hay en toda España, porque en Indias ninguna llega á la redonda de la imagen, los quince misterios del Rosario

de bulto, cuanto la proporción del retablo lo sufre. En el pedestal, la muerte de los niños inocentes, que parece cosa viva, con la adoración de los Reyes al Niño Jesús en el pesebre; y fuera desto tiene en cuatro encajamentos cuatro santos de la orden, de bulto, de muy galana proporción y figura. Lo alto de la capilla es dorado con unas piñas de yeso pendientes, grandes, todas escarchadas de oro; tiene la capilla tres lámparas de plata grandes, que, por lo menos, la una arde perpétuamente. Todo esto ha hecho la cofradía del Rosario con la industria de los devotos y mayordomos. Los primeros domingos de cada mes se hace una procesión por el claustro, que para los que en ella se hallaren cofrades se les concede indulgencia plenaria. Sácase una imagen de bulto de Nuestra Señora del Rosario, muy devota, que llevan cuatro diáconos; sírvese de mucha cera, concurre mucha gente por la devoción grande que se tiene, particularmente á la imagen puesta en el althar. El segundo domingo se hace procesión con el Niño Jesús por la cofradía de los Juramentos, fundada en nuestra casa, ni puede fundarse en otra parte por concesión de los sumos Pontífices ó con licencia del provincial donde no hubiere convento de la orden, de la imagen de Nuestra Señora puesta en el althar; y si no fuéramos descuidados hubiera muchos milagros escritos que ha hecho. Siendo yo prior deste convento pretendí, dándome los señores inquisidores licencia para ello, sacarlos á la luz, haciendo para ello las diligencias necesarias, empero el provincial que á la sazón era no sé por qué respecto lo impidió.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA CAPILLA DE LAS RELIQUIAS

Luego, más abajo, se sigue la capilla de las Reliquias; llámase así porque tiene un retablo con sus vidrieras tan grandes como un guadameri lleno de ellas, traídas de Roma; trújolo el Rvdmo. Fr. Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán, hijo desta casa, varón docto, que fuímos novicios juntos y condiscípulos en las Artes y Filosophía. Esta capilla de las Reliquias es celebrada por la multitud que dellas hay, ma-

yores y menores, en cantidad de famosíssimos santos. Hay entre ellas un poquito del verdadero Ligmun Crucis, donde Christo murió, y un cabello de Nuestra Señora. Luego se sigue la del glorioso san Jacinto, con retablo dorado y figura del santo muy buena. La capilla bien adornada; hízose solemníssima fiesta el día que en esta ciudad se celebró la canonización del santo, con admirable adorno de la iglesia y más del claustro, con un coloquio amosíssimo de la vida de este santíssimo hermano nuestro. Aquí se ha juntado la imagen de san Raymundo, ahora nuevamente canonizado por Clemente Octavo, que canonizó á san Jacinto, en cuya fiesta fué mucho más el ornato del claustro. Debajo del coro, al uno y otro lado, hay dos capillas, al de la Epístola una de los indios con imagen de Nuestra Señora, de bulto, y otra de los negros, asimismo con imagen de bulto, también de Nuestra Señora! Los mulatos tomaron otra, que es por donde se sale a. claustro, esta es la menos adornada. Será Nuestro Señor servido se adorne á su servicio y de su Santíssima Madre.

CAPÍTULO XXV.

DE LOS PROVINCIALES QUE HAN AUMENTADO EL CONVENTO

Dijimos arriba que el principal fundador deste convento fué el religioso y no menos valeroso Fr. Tomás de San Martín, primer provincial, el cual, después de haber comenzado la obra de la iglesia fué el que buscó y atrajo todos aquellos capitanes y otras personas á que tomasen las capillas y las dotasen; buscó y atrajo al convento mucha renta de otras partes, como fué que á su persuación el capitán Gabriel de Rojas hizo limosna á este convento de 6,000 pesos ensayados con no más obligación de que le encomendasen á Dios Nuestro Señor en los capítulos, lo cual perpetuamente se hace, y en las misas como á principal bienhechor nuestro.

Fray Domingo de Santo Tomás, maestro de santa Teología, fué el primero que imprimió y redujo á arte la lengua general deste reino. Varón de grande entendimiento y prudencia, en nuestro convento no sé que haya aumentado por que siendo provincial le fué forzoso ir á no se qué á España;

pero se conoció tenía poca afición á los bienes temporales, ni para el convento ni para otro alguno, como se experimentó. Y es que había en la ciudad un mercader llamado Nicolás Ocorco, hermano de Juan Antonio Ocorco, el rico; estándose para ir á España con 80,000 pesos y más ensayados, dióle el mal de la muerte: envía á llamar al padre nuestro Fr. Domingo de Santo Tomás, que había pocos días era llegado de España, y dice le confiese y que allí tiene 80.000 pesos y más ensayados, que como le fía el ánima le fía y entrega la hacienda para que haga de ella lo que quisiere, en bien y descargo de su conciencia, porque no tiene heredero forzoso. No creo otro que apostólico varón hiciera lo que este hizo: toda la hacienda repartió entre pobres y particularmente al hospital de los naturales desta ciudad. Bastante argumento es dél poco amor que á la plata tenía. Luego, de allí á poco, le hizo merced su Magestad de la silla episcopal de la ciudad de La Plata.

Lo que allí hizo y su muerte, cuando trataremos de los obispos destos reinos lo diremos.

CAPÍTULO XXVI.

DE LOS PROVINCIALES DE NUESTRA ORDEN

A este excelentísimo varón sucedió el gran Fr. Gaspar de Carvajal, religioso de mucho pecho y no menor virtud, carretera y llana, el cual á todos los conventos que llegaba cuando los iba á visitar, en lo espiritual y temporal, favoreciéndolo el Señor, dejaba augmentados: en su tiempo, en parte dél, fué prior desta casa el muy religioso maestro Fr. Tomás de Argomedo, varón docto y de mucho ejemplo, el cual, el año de 60 me dió el hábito, á quienes si no era cuál ó cuál, nos quitaba los nombres y nos daba otros, diciendo que la nueva vida nuevos nombres requería; yo me llamaba Baltasar, mandó me llamase Reginaldo, y con el que me quedé hasta hoy. Este religiosíssimo varón fué el primero que en nuestro convento comenzó á poner orden en el coro, que hasta entonces no lo había por no haber religiosos que lo sustentasen. En pocos meses tomamos más de treinta el hábi-

to, con los cuales, y los demás sacerdetes del convento, se comenzó de día y de noche, como en el más religioso de España, á guardar la observancia de la religión; y lo mismo se comenzó en los demás desta ciudad porque hasta este año de 60 muy corto era el número de religiosos que había en los conventos.

Para que se vea cuán en breve tiempo la mano del Señor ha venido favorabilíssima sobre todos ellos: dióme la profesión el padre provincial Fr. Gaspar de Carvajal cumplido mi año de noviciado, que ojalá y en la simplicidad que entonces tenía, hubiera perseverado. A este boníssimo varón sucedió el padre Fr. Francisco de San Miguel, venerable por sus canas y vida ejemplar; muy afectado á la virtud. Dióle nuestro Señor este dón; tenía en su mano al auditorio para le alegrar y para le compungir y hacer derramar lágrimas. Después del cual fué provincial el padre Fr. Alonso de la Cerda, hijo deste convento, varón recto, de unas entrañas humaníssimas, gran religioso y de muy buen ejemplo. Siendo prior compró el retablo para el althar mayor, de media talla, de boníssimas figuras, que costó 3500 pesos puesto en el althar; fué el primero que comenzó á edificar el convento, haciendo una enfermería muy buena con muy alegres celdas altas y bajas, como se requieren para el regalo de los enfermos; ayudó mucho á ésto una legítima que dejó siendo novicio el padre Fr. Tomás de Heredia. Todos los que en esta enfermería mueren ganan indulgencia plenaria, como he visto las letras apostólicas. Siendo provincial el padre Fr. Alonso de la Cerda, fué prior el padre Fr. Antonio de Cribas, doctíssimo varón y maestro mío en la Teología, y fué después obispo de Cartagena, en el Reino de Tierra Firme, como diremos.

Volviendo á nuestro provincial Fr. Alonso de la Cerda, en los cargos que en la orden tuvo fué muy bien quisto de los religiosos por su llana condición y bondad. Fué después obispo de Puerto Cabello y luego de Charcas, como escribiremos en su lugar.

Subcedióle en el provincialato el padre Fr. Andrés Vélez, docto y buen predicador, de agudo ingenio; fuése á España y por eso no tenemos nada que tratar del augmento deste convento, á quien sucedió el padre Fr. García de Toledo, va-

rón de bueno y galano entendimiento, pero no amplió en el convento como se pensó y en su elección lo prometió el Virrey don Francisco de Toledo, deudo muy cercano suyo. Acabó su cuatrienio y fué electo el padre Fr. Domingo de la Parra, también varón religioso y muy observante; fué á España y no volvió; mas en acabando, fué electo en el Cuzco el provincial Fr. Domingo de Valderrama, maestro en santa Teología, buen predicador, el cual comenzó la casa de novicios, de las buenas que hay en la orden, y fuera tiene cincuenta celdas altas y bajas.

Acabado el cuatrienio déste, fué electo en provincial el padre Fr. Agustín Montes, presentado en santa Teología, hijo deste convento, donde tomó el hábito de 15 años; varón muy religioso y amigo de ampliar con edificios su casa, el cual acabó la casa de novicios, hizo el claustro bajo, adornándolo con lienzos de figuras é imágenes de santos muy devotos; augmentó la sacristía con ornamentos y mucho servicio de plata y un cáliz todo de oro; augmentó también el retablo del althar mayor; hizo un cofre grande de plata en que en el retablo colocase el Santíssimo Sacramento, porque hasta entonces no estaba sino en una cajita de madera.

A éste subcedió el padre maestro Fr. Salvador de Rivera, hijo deste convento, en el cual tomó el hábito de 17 á 18 años; buen predicador, es hijo de padres nobles de todos los cuatro costados; su padre se llamó Niculás de Rivera, el viejo; su padre fué uno de los de la fama de la isla del Gallo, varón liberal, su casa era hospital de todos los de su patria y enfermería deste nuestro convento. La madre se llamaba doña Elvira de Avalos, de cuya virtud en breve no se puede tratar. En su tiempo se acabó todo el cuerpo de la iglesia con la mayor perfección; hiciéronse paños de terciopelo carmesí bordados con oro, la que cubren de alto á bajo, tan buenos que en nuestra España se hallan pocos iguales. Acabó el claustro y la portería, tan buenos como los mejores de Castilla; sin otras cosas tocantes á la sacristía, todo lo cual hasta aquí augmentado han hecho los provinciales con lo que han aplicado de los salarios de las doctrinas donde viven los religiosos.

Al sobredicho padre subcedió el presentado Fr. Diego de Ayala, hijo también deste convento, el cual por vivir poco é

irse á España, y pasando en Italia murió en Roma, y hay poco que decir dél.

Subcedióle el padre maestro Fr. Juan de Lorenzana, el más docto destos reinos, hijo, creo, de Salamanca; buen religioso, de claro ingenio, el cual, después de haber leído muchos años Teología, fué electo en provincial; gobierna á la hora que esto escribo; lo que haya augmentado no lo sé.

CAPÍTULO XXVII.

DE LOS RELIGIOSOS QUE SUSTENTA

Y porque dije que en muy breve tiempo se ha multiplicado esta casa favoreciéndole la Magestad del muy Alto, el día de hoy sustenta 130 religiosos, lo cual causa admiración, porque no hay en toda la cristiandad conventos de 400 años á esta parte fundados, si no son cuál ó cuál, que sustenten otros tantos. Celébranse en esta casa los oficios divinos de día y de noche con tanto concierto como en el más religioso de la orden; los estudios con todo el rigor posible y las demás ceremonias muy al justo. El coro tiene sillas altas y bajas de madera y de cedro labradas, de media talla los respaldares y de admirables figuras de santos que si fueran doradas no había más que desear: costaron 18,500 pesos de á nueve reales y el oficial perdió mucha plata.

En este breve tiempo han salido deste convento siete obispos, y tres casi á un tiempo juntamente, solo en lo cual excede á todos los conventos, no de nuestra orden, pero de las demás en España.

El primero fué el Revdmo. Fr. Tomás de San Martín, de quien tratamos arriba y trataremos algo más cuando escribiremos sobre los obispos que en este reino he conocido; primer obispo de la ciudad de la Plata, el cual obispado dominaba todo el reino de Tucumán y la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

El segundo, el Revdmo. Fr. Domingo de Santo Tomás, de la misma ciudad.

El tercero, el Revdmo. Fr. Alonso de la Cerda, primer obispo de Puerto de Cabello.

El cuarto, el Revdmo. Fr. Alonso Guerra, primer obispo del Río de la Plata, el quinto el Revdmo. Fr. Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán. Estos tres señores obispos son hijos de este convento y todos tres se vieron obispos juntos en su casa.

El sexto, el Revdmo. Fr. Antonio de Hervías, obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme.

El séptimo, el menor y más indigno, soy yo, á quien la Magestad de Dios levantó á obispo de Imperial, reino de Chile y espero en Nuestro Señor se han de sacar más.

Demás destos señores obispos, ha hecho Nuestro Señor merced á nuestra sagrada religión en nuestros tiempos dándole en estas partes varones apostólicos que con mucho celo del servicio de Nuestro Señor y de las ánimas, han predicado á los naturales la Ley Evangélica con claro ejemplo de costumbre y vida. Uno dellos fué el padre Fr. Melchor de los Reyes, que después de muchos años vino á morir á nuestro convento, y abriéndose su sepultura al cabo de siete años se halló su cuerpo entero y los hábitos y capa de anascote sin lesión alguna, y ésto el señor arzobispo de México, Bonilla, Visitador de la Audiencia Real, lo vió, é yo también, y todo el convento.

El padre Fr. Benito de Xarandilla, verdadero hijo de Santo Domingo, el cual por más de 40 años en el valle de Chicama, 5 leguas de la ciudad de Trujillo, se ejercitó en la conversión de los naturales sin salir de aquel valle, donde vivió con admirable ejemplo.

El padre Fr. Baltasar de Heredia fué un religioso esencial, el cual, aunque no se ocupó tanto en doctrinar los naturales, no obstante se ejercitó en muchas obras de virtud y caridad que le hallaron muerto hincado de rodillas, en una chácara de la ciudad de la Plata, estando para venir al reino de Chile por vicario provincial y visitador, por tierra.

El padre Fr. Antonio de Figueroa, hijo deste convento, fué un varón gran religioso y muy libre de cualquier interés humano; fué muchos años superior deste convento con mucho ejemplo de vida y costumbres; fué mi maestro de novicios, á quien debo más que á mis padres. A todos los referidos padres conocí y traté mucho de vista; otros muchos han habido buenos religiosos, empero estos, conforme á lo que de ellos

conocíamos, son los más aventajados, que para estos defectuosos tiempos son afamados.

CAPÍTULO XXVIII.

DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Hay en esta ciudad otro convento del Seráfico Padre San Francisco que en breves años ha florecido y florece en religión, santidad, letras y número de religiosos con admirable ejemplo, donde yo he conocido famosos varones.

El padre Fr. Luis de Oña, que fué provincial, varón consumado y no menor púlpito (sic). El padre Fr. Gerónimo Villacarrillo; el religiosíssimo Fr. Diego de Medellín, deudo nuestro, obispo de Santiago de Chile, donde murió como un santo, habiendo vivido en la orden con gran religión más de 60 años. Halléme en su muerte, siendo en aquel reino primero provincial de mi orden, no lo mereciendo, y fué Nuestro Señor servido hacerme esta merced. El padre Fr. Juan del Campo, gran varón en opinión de santidad y letras. Todos los cuales fueron provinciales y algunos vicarios generales ó comisarios, como en esta sagrada religión se nombran. Es mucho más moderno que el nuestro, que no creo ha 45 años se fundó, por lo arriba dicho; ha crecido favoreciéndolo la mano del Altíssimo; el edificio de la casa, bueno y alegre, con muchas fuentes y un estanque que llaman.....dado por el Marqués de Cañete el Viejo, de buena memoria, el cual era como casa de recreación del Marqués Pizarro. Sustenta 130 y más religiosos y estudio; han salido della tres obispos. El Revdmo. Fr. Diego de Medellín, de quien poco ha tratamos; el Revdmo. Fr. Juan Izquierdo, obispo de Puerto de Cabello y ahora obispo de Yucatán; el Revdmo. Fr. Fernando Trejo, obispo de Tucumán, los dos últimos hijos de esta provincia, y se espera habrá otros muchos más; el padre Fr. Gerónimo Villacarrillo y el padre Juan del Campo no quisieron iglesias, enviándoles cédulas dellas Su Magestad, tanta era la humildad y religión destos venerabilíssimos padres.

CAPÍTULO XXIX.

DEL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN

El convento de nuestro Padre San Agustín, ó por mejor decir, de nuestro abuelo, es más moderno, empero de buen edificio. Comenzóse la iglesia toda de ladrillo y cal y de muy buena traza. También ha crecido en número de religiosos en breve tiempo, porque no hace cuarenta y cuatro años que se fundó esta orden en este reino; hubiera crecido más si las obras de los edificios dieran lugar á recibir novicios. Sustenta 60 religiosos, y más, con mucha religión, letras y ejemplo: ha habido famosos varones, los cuales yo he conocido. El padre Fr. Juan de San Pedro fué 4 veces provincial, varón de gran opinión y crédito; el padre Fr. Andrés de Santa María, varón muy religioso, murió siendo provincial; el padre Zepeda; el padre Corral, gran predicador, que por predicar la verdad padeció un poco de riesgo en el Cuzco; el padre maestro Fr. Diego Gutiérrez, muchos años lector de Teología en su casa; el padre Fr. Juan de Almaraz, maestro en santa Teología, discípulo deste sobredicho padre, fué catedrático de escritura en la Universidad, murió provincial y electo obispo del Río de la Plata, hijo deste convento. El Revdmo. Fr. Luis López, obispo de Quito, varón docto y predicador, maestro de los que ahora predican y enseñan en su orden, hombre prudente mucho y de gran ánimo, emprendió el edificio de la iglesia todo de ladrillo y cal, como acabamos de decir, siendo provincial y después prior, varón derechamente religioso de gran ejemplo y verdad; el padre maestro Fr. Alonso Pacheco, ahora provincial y lo ha sido otra vez, hijo desta casa, donde tomó el hábito ahora 37 años, siendo de 16, varón de letras, púlpito ejemplar, gran religioso. Otros muchos religiosos tiene que la brevedad no dá lugar á tratar dellos: á su Orden se le quede este cuidado.

La capilla del Crucifijo de los plateros es muy devota; tiene cofradía que siempre es celebrada con mucho concurso de gente y mucha cera.

CAPÍTULO XXX.

DEL CONVENTO DE LA MERCED

El convento de Nuestra Señora de las Mercedes, después del nuestro, es el más antiguo en esta ciudad. La iglesia es bien edificada, aunque no de bóveda, con sus capillas colaterales. Conocí en este convento al padre Orenes y al padre Fr. Juan de Vargas, que fueron provinciales; ambos varones religiosos y de mucho y buen ejemplo. El padre Angulo y el padre Ovalle, catedrático de Prima de Teología en la Universidad, varón religioso. Sustenta este convento 60 religiosos; la sacristía tiene muchos y muy buenos ornamentos.

CAPÍTULO XXXI.

DEL CONVENTO DEL NOMBRE DE JESÚS

En nuestros días, siendo ya sacerdotte, se fundó el colegio del nombre de Jesús de los padres de la Compañía, habrá 30 años. Es para dar muchas gracias á Nuestro Señor y á su Santíssimo nombre ver en cuán breve tiempo ha crecido en número de religiosos y haciendas, porque el día de hoy sustenta más de 80 religiosos, sin la casa de los novicios que tiene fuera de la ciudad. El primer fundador fué el padre Portillo, gran predicador y boníssimo religioso, con otros padres que con él vinieron, á quienes hospedamos en casa y de allí salieron para irse al sitio donde ahora viven, uno de los mejores del pueblo. Ayudóle nuestro convento y acreditóles en todo lo posible, y reconocen la buena obra que se les hizo, porque en llegando nosotros á las suyas no hacen toda caridad. Después la augmentó el padre Acosta, provincial, gran predicador y muy docto, y otros religiosos siervos de Dios y con ánimos de se entrar por la tierra á predicar la ley evangélica sólo con las armas de la fee.

CAPÍTULO XXXII.

DEL CONVENTO DE LOS DESCALZOS

De pocos años á esta parte se ha comenzado á fundar, de la otra parte de la puente y río, no son 14 años pasados, el convento de los Descalzos, con gran abstinencia y cristiandad. Este convento Nuestro Señor lo prosperará como cosa suya y donde se sirve mucho á su Divina Magestad.

CAPÍTULO XXXIII.

DEL MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN

El monasterio de la Encarnación, de monjas, que há se fundó poco más de 45 años por doña Leonor Portocarrero y doña Mencía de Sosa, su hija, es como cosa de milagro ver en cuán poco tiempo lo que ha crecido en toda virtud y en religiosas profesas, con favor del Altíssimo Dios, que el día de hoy sustenta más de 140 monjas, sin más de 40 novicias, con toda religión y ejemplo. Madre é hija fueron las dos principales fundadoras, las cuales han gobernado y ahora doña Mencía de Sosa, abadesa, con tanta prudencia y discreción que parece más que humana. Con madre é hija entraron otras dueñas y doncellas, Antonia de Castro y Antonia Velásquez, doña Juana Girón; dos hermanas, doña Isabel y dona Inés de Alvarado, doña Mariana de Adrada, doña Juana Pacheco, todas cuasi viven el día de hoy. Tiene este convento una excelencia, que no sé si en la cristiandad se halla el día de hoy: el cuidado en celebrar los oficios divinos, la solemnidad y concierto, con tanta música de voces admirables, con todo género de instrumentos, que no parece cosa de acá de la tierra, y sobre todo los sábados, á la salve, donde concurren la mayor parte del pueblo y de las órdenes, muchos religiosos á oírlas. Yó, confieso de mí, que si todos los sábados, hallándome en esta ciudad, me diesen mis prelados licencia para oírla, no la perdería. Los señores in-

quisidores muchos sábados no la pierden y los virreyes hacen lo mismo; ha usado Nuestro Señor con este terrestre convento como el de la Concepción, de su larguíssima misericordia y particular cuidado en conservarlas en su servicio, que con no ser los edificios muy altos, las ha guardado y guarda, de suerte que jamás se ha imaginado cosa que no sea virtud y religión, porque ni duerme ni dormirá el que guarda á Israel. Guardan la profesión y regla de las monjas de San Pedro de las Dueñas de Salamanca, sujetas al ordinario; pretendieron con todas sus fuerzas ser monjas nuestras, empero, nunca pudieron acabar con el padre Fr. Gaspar de Carvajal, de quien arriba brevemente tratamos, siendo provincial, que las recibiese, aunque el prior del convento el padre maestro Fr. Thomás de Argomedo, las favorecía todo lo posible, y por muchos días no perdieron la esperanza, y rezaban el orden de rezar nuestro y guardaban las constituciones de nuestras monjas, hasta que ya perdida tomaron la que tienen y profesan. Celebran en este convento el Tránsito de Nuestra Señora.

CAPÍTULO XXXIV

DEL MONASTERIO DE LA CONCEPCIÓN

El monasterio de monjas de la Concepción habrá 35 años se fundó. Fué fundadora dél doña Inés de Rivera con gran pujanza de haciendas, así en muebles como en raíces; hále augmentado Nuestro Señor mucho á su servicio. Susténtanse en él más de 120 monjas de velo y muchas novicias; hay en él grandes siervas de Dios, grandes religiosas de mucha penitencia, buen gobierno, y entre ellas han gobernado no poco tiempo con título de subprioras (hasta que Nuestro Señor llevó al Cielo la fundadora á pagarle el servicio en su favor hecho, y el que se hace y se ha de hacer) María de Jesús, gran religiosa, después de la cual han gobernado dos hermanas, doña Leonor de Rivera y doña Beatriz de Orozco, ya con título de abadesa, (porque acabando la una de ser abadesa, elejían á la otra), con gran ejemplo, religión, prudencia y blandura y no poca penitencia, con la cual á las demás

animaban al cumplimiento de lo profesado. Veíanlas en los trabajos las primeras, por lo cual nadie se excusaba: hacen lo que Cristo Nuestro Señor;—el mayor entre vosotros sea como menor, y el que manda sea siervo de los demás. Gracias á Nuestro Señor que ansí no se ha dicho deste monasterio como ni del otro. Son sujetas al ordinario. En lo que toca á la celebración de los oficios divinos, si no son iguales en la música al de la Encarnación, vánles pisando los calcañales, y no les hacemos en esto agravio, porque el otro como más antiguo y principio, proveyóle Nuestro Señor de voces y destreza en el canto y todo género de música para alabar á su Magestad. No quiero decir más no me apedreen, aunque es assí que en este convento hay religiosas muy diestras y de voces admirables, y en el órgano famosas.

CAPÍTULO XXXV.

DEL MONASTERIO DE LA TRINIDAD

Fundóse otro monasterio de monjas llamado de la Trinidad habrá 20 años, de la orden de San Bernardo; fundadoras fueron madre é hija, doña Lucrecia de Soto y doña Mencia. Doña Lucrecia fué casada con Juan de Rivas, vecino de la ciudad de la Paz, por otro nombre llamada el Pueblo Nuevo; siendo ambos ya viejos, y la hija viuda, aunque moza, se concertaron marido y mujer que se metiesen monjas madre é hija y fundasen este monasterio con la hacienda que tenían, que era mucha: salieron con su intento la madre é hija. Eligieron por sitio el que dejaron los padres de San Agustín donde gastaron mucha plata en un dormitorio alto y bajo y en sacar los cimientos de la iglesia, de tres naves, y se mudaron á medio de la ciudad, donde no tienen tanto sitio como tenían aquí, que es el sitio muy grande: tiene tres cuadras en largo, una huerta muy espaciosa y buena; eligieron para fundar su monasterio, pared en medio de la parroquia de San Marcelo. Vívese aquí con gran recogimiento; tiene bastantemente lo necesario, pueden recibir seis monjas sin dote y en muriendo alguna de éstas, luego reciben otra. Guardan su profesión al pié de la letra; el locutorio y libratorio se fre-

cuentaba tan poco que no parecía haber en aquella casa monjas. En este tiempo se ha multiplicado porque hay en él más de 30 monjas de velo, y novicias se ván recibiendo. No comen carne en el refectorio perpetuamente; los edificios se ván labrando y Nuestro Señor lo multiplicará todo; no quieren música de canto de órgano: su canto es llano y muy devoto y órgano solamente, y proveyóles Nuestro Señor de una monja tan hábil en la tecla, que es cosa de admiración. En esta Ciudad de los Reyes fué doña Inés de Sosa, hija legítima de Francisco de Talavera, de los antiguos conquistadores, y doña Inés de Sosa, habiendo sido casada dos veces, del segundo marido murió y no dejando hijos, toda su hacienda dejó para que se instituyese un monasterio de monjas descalzas, debajo del título de la Concepción de Nuestra Señora. Edificóse junto á la plazuela de Santa Ana y para él salieron del monasterio de la Concepción las dos hermanas arriba dichas, doña Inés de Rivera y doña Beatriz de Orozco, con otras cuatro ó cinco religiosas, donde guardan la observancia con mucho rigor. Creo es constitución no pueda haber á lo más largo, más que 20 monjas de velo. Espero que á Nuestro Señor se ha de servir aquí grandemente.

CAPÍTULO XXXVI.

DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Fuera desta ciudad, junto al camino de Pachacama, fundó Alonso Ramos Cervantes y su mujer, doña Elvira de la Serna, una iglesia con invocación de Nuestra Señora de Guadalupe, á su costa, por orden y licencia del Reverendíssimo Arzobispo Mogrovejo, á instancia de un religioso de la dicha orden de San Gerónimo del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe de España, cuya primera piedra del fundamento dé la iglesia puse yó, ya consagrado obispo. El fundador es natural de Medellín, é yó nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños, sacar un Marqués del Valle, don Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo, y un fundador de iglesia de Nuestra Señora. Todo esto sea á gloria del Hijo y de la Madre. Es cosa

admirable ver en cuán poco tiempo ha crecido la devoción á aquella iglesia: tiene un retrato al vivo de la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, puesta en el althar mayor que retrató el mismo religioso de San Gerónimo arriba dicho, con muchas piedras preciosas: tiene muchos y buenos ornamentos y cuatro lámparas de plata y dos althares colaterales en el encaje de las paredes. Es mucha la frecuencia de la devoción de los fieles, porque cada día se dicen allí más de doce misas por devoción, con que pobres sacerdotes se sustentan, y algunas veces sobran las limosnas de las misas. Un buen hombre, luego que se puso la imagen, todos los sábados á cuatro sacerdotes dá á cada uno cuatro reales porque canten la salve; y un hermano del fundador, sacerdote, llamado Esteban Ramos, dejó instituída una capellanía en esta iglesia de más de doscientos cincuenta pesos de renta. Es cosa admirable la devoción que los fieles tienen á la advocación de esta iglesia y cómo se vá multiplicando, porque hasta en la mar los que se hallan en tormentas reciben mil favores de Nuesta Señora, y así ningún navío deja de traer limosna á esta iglesia. Un religioso del convento de Nuestra Señora de Monserrat fundó también otra iglesia con la misma advocación.

El Rvdmo. desta ciudad ha hecho otro monasterio con título de Santa Clara en el mejor sitio de ella, con limosna que ha pedido á naturales y á todo género de gentes cuando visita su obispado y con parte de su hacienda. Cuando esto escribo debe estar acabado, pero hasta ahora no sabe hayan entrado en él ningunas monjas; tienen mucho y gran sitio y muy bien cercado. Los clérigos han hecho otra iglesia llamada San Pedro, una cuadra más arriba del convento de San Francisco, donde se entierran los sacerdotes pobres y los curan de sus enfermedades. Entiérranlos con mucho acompañamiento. Fué fundador la cofradía de la Caridad; tiene una casa de recogimiento del mismo nombre, donde se recogen algunas doncellas pobres debajo del gobierno de una matrona honrada y buena cristiana, y se les provee de lo necesario. El día de la Asunción de Nuestra Señora, sacan desta casa seis doncellas y las traen en procesión á la iglesia mayor y aqueste mismo día se les dán maridos y su dote señalado.

La cofradía del Santíssimo Sacramento es muy rica, y acompáñase en esta ciudad, cuando sale afuera, con mucha cera y mucho concurso de gente; tanto como en cualquiera parte del mundo. Las varas del palio llevan sacerdotes con sus sobrepellices y el guión así mismo, y dos maceros con dos mazas grandes de plata delante del Santíssimo Sacramento; á los sacerdotes que llevan las varas, al del guión y á los maceros, les dá la cofradía, por cada vez, á cada uno, cuatro reales de limosna. Esta cofradía está fundada en nuestro convento con las gracias de la Minerva de Roma.

La cofradía de la Veracruz así mismo está fundada en casa nuestra; tiene bastantemente lo que ha menester con su capilla por sí, detrás de la capilla del capitán Diego de Agüero. bien adornada, donde en los días de la Cruz se saca en procesión un pedacito del Lignum Crucis. en que Cristo Nuestro Señor murió, con gran veneración y concurso de todo el pueblo y muchas hachas de cera y de más de á media libra para todos los cofrades.

En otros monasterios hay otras, como en San Francisco la de la Concepción de Nuestra Señora, muy rica; en San Agustín, la de Santa Lucía y la del Crucifijo que tienen los plateros, y todas tienen sus cofrades que llaman veinte y cuatros, los cuales en los días señalados que hacen sus procesiones, llevan cirios encendidos, y cuando alguno destos veinte y cuatros muere, los demás han de acompañar el cuerpo con sus cirios; le han de mandar decir cada uno una misa rezada.

Los negros tienen sus cofradías aparte y veinte y cuatros. Es cosa de ver cuánto cirio sacan en muriendo alguno; yo ví un acompañamiento de una negra que me admiró, es cierto que acompañaban el cuerpo más de treinta cirios, sin la cera menuda. La capilla que llaman de la cárcel, donde los presos así de la cárcel de corte, como los de la ciudad. oyen cada día misa, es una de las buenas cosas que en provecho de los pobres presos se ha fundado en el mundo. Juntáronse algunos para pedir limosna para los pobres de la cárcel, y lo tomaron tan á pecho, que cuando les faltaba, lo suplían desde sus haciendas y casas. Determinaron de entrar á pedir limosna al Marqués de Cañete, de buena memoria. y para hablarle no fué necesario aguardar mucho: luego les mandó entrar; bésanle las manos, suplícanle les mande dar

limosna para los pobres de la cárcel y de primera instancia mándales dar cien pesos, y para cada mes, en adelante, tuviesen cuidado de pedir á su mayordomo cincuenta pesos, que luego los daría, como así fué. Desta suerte los pobres están asistidos y la capilla tiene señalado capellán con muy buen producto, y el capellán ha de ser graduado de doctor para confesar los presos y predicarles, y para los que han de ajusticiar exhortarlos y salir con ellos. Ahora hay señalados mayordomos y oficiales, que tienen por mucha honra ser de los principales desta cofradía. La advocación de la capilla es de San Pedro; celébrase la fiesta el día de su cátedra con mucha solemnidad, y porque en la capilla no cabe el pueblo, cúbrese la plaza, buena parte, con velas de navíos y el púlpito pónese á la puerta de la capilla, de suerte que, en la capilla y plaza cubierta, entra toda la gente que concurre.

CAPÍTULO XXXVII.

DE LA UNIVERSIDAD

Su Majestad el Rey Felipe II, de inmortal memoria, celoso del bien deste reino, como lo son todos los que gobiernan con tanta justicia y cristiandad cuanta ningún rey ha gobernado hasta ahora, mandó se fundase una universidad donde se leyesen las ciencias, y á los que en ella se graduasen les concedía las excepciones que gozan los graduados en Salamanca. Por orden de su Majestad la instituyó y fundó el Visorrey don Francisco de Toledo, donde se lee por muy doctos maestros y doctores, Latinidad, Artes, Lógica, Philosophía, Cánones, Leyes, con suficiente salario, y Escritura Divina; Medicina hasta hoy no se ha leído, ni Retórica ni Astrología. Corren á estudiar de Quito y Chile nacidos en estas tierras buenas habilidades. Con esta universidad ha hecho gran bien y merced su Majestad á los reinos, hálos ennoblecido y há descargado mucho su conciencia real, gratificando y haciendo hombres á los hijos, nietos y tataranietos de los conquistadores y pobladores, á cuyos antecesores no se les había hecho mercedes, y si hecho, no tanta cuanta sus servicios merecían. De los nacidos acá, se han graduado, y con ri-

gurosíssimo examen, algunos doctores y maestros en las facultades dichas, y se graduarán muchos más é ván graduándo, por lo que ni los graduados en otras universidades se desdeñan de incorporarse en esta. También por orden de su Majestad, se fundó un colegio llamado el Real donde sustentan cierto número de colegiales á costa de su Majestad para descargo de su real conciencia, bien y merced de sus vasallos; llámase San Felipe, dáseles lo que se suele dar en otros colegios. El Arzobispo don Toribio Mogrovejo, fundó otro, que es el Seminario que manda el Concilio Tridentino; hay pocos colegiales. Los padres de la Compañía tienen otro colegio, á las espaldas de su casa, donde enseñan solamente latín, nombrado San Martín, á devoción del Visorrey Dn. Martín Enríquez: por cada muchacho que allí entra paga 120 pesos cada año.

CAPÍTULO XXXVIII.

DE LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA

En la provincia del Collao (como en su lugar diremos) hay un pueblo de indios llamado Copacabana; aquí hay una imagen de Nuestra Señora que ha hecho no pocos milagros, ahora en nuestros días; á devoción de esta imagen, en todos los pueblos casi de españoles y en muchos de indios, se han puesimágenes de Nuestra Señora con la mayor devoción. En esta ciudad se hizo una capilla, del Perdón, de la iglesia mayor, con una imagen nombrada Nuestra Señora de Copacabana, la cual debe haber diez años, poco más, se puso donde con gran devoción concurre el pueblo, la cual tiene muy adornanada, y un capellán que sirve en esta capilla y se sustenta muy abundantemente con las limosnas que acuden.

Sustenta esta ciudad cuatro hospitales: uno de españoles llamado San Andrés, por respeto del Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, á quien dejó su hacienda, dió muchas limosnas y crecidas, pasadas de 30.000 pesos, como diremos cuando trataremos de su gobierno y virtudes. Aquí se curan solamente españoles y negros de todas enfermedades con mucho cuidado y regalo. La

enfermería de las enfermedades cotidianas, es á modo de cruz; el un brazo muy cercano á la puerta, sirve de cuerpo de iglesia; los otros tres para los enfermos, en las paredes hechos sus encajes, donde está la cama del enfermo con su cortina delante, y de donde pueden ver misa; el altar se colocó en medio destos brazos. Después acá no sé que virrey le haya hecho tantas limosnas. Fuera destas enfermerías hay otros apartamientos para curar otras enfermedades contagiosas. Quien con más cuidado comenzó á tenerse de los pobres hasta que la edad no le permitió, fué el padre Molina, sacerdote, gran celador de los enfermos y aumentador de las haciendas del hospital con notable ejemplo de vida y cristiandad, con la cual acabó en el Señor.

El segundo se llama Santa Ana, donde solamente se curan indios: fundólo á su costa, así la iglesia como la capilla mayor de bóveda y lo demás de buenos edificios, el Iltmo. y Rvdmo. Fr. Gerónimo de Loayza, primer Arzobispo desta ciudad y reinos, de feliz recordación, dejándole bastantíssima renta, donde murió y está enterrado. El día de su advocación se gana y muchas veces indulgencia pleníssima, mejor diré jubileo pleníssimo. Cúranse aquí los indios de todo el reino que caen enfermos con todo el regalo y cuidado posible, donde ha habido grandes siervos de Dios, seglares, que se han venido ellos mismos y dedicado al servicio de los indios y entre ellos floreció, en nuestro tiempo, el padre Machín sacerdote vizcaíno, y otros muchos.

El tercero es nombrado el Espíritu Santo; aquí se curan solamente los marineros, porque ellos á su costa lo han fundado, han hecho una buena iglesia. Los edificios ván labrándose; cada navío le acude con una soldada, fuera de las limosnas que piden en los viajes, y otras que marineros é pilotos les dejan al tiempo de su muerte. Háse fundado otro, que es el cuarto, llamado San Diego, de convalecientes; este es muy moderno; aquí se dá bastante recaudo á los tales hasta que enteramente han recuperado la salud y puedan trabajar.

CAPÍTULO XXXIX.

DE LA IGLESIA MAYOR

Hasta ahora la iglesia mayor desta ciudad era muy pobre de edificios, solamente la capilla mayor era de bóveda, del Marqués don Francisco Pizarro, dotada por él con una rica capellanía, y al lado del Evangelio, en la pàred, tiene su sepultura. Ahora se ha hecho una muy buena, de cal y ladrillo, de tres naves donde se celebran los divinos oficios con mucha puntualidad y canto de órgano. En esta santa iglesia está fundada la cofradía de las Animas del Purgatorio, en su capilla, con althar privilegiado, donde cadá misa que en él se dice se saca una ánima del purgatorio, y son tantas las que cada día se dicen, que al cabo del año pasan de 4,000, y al sacerdote que la dice, se le dá luego su limosna acostumbrada, de suerte que se sustentan sacerdotes pobres, porque allí tienen la limosna cierta. Hay otras capillas, tal como la de los carpinteros, la de San José, cuya festividad celebran con grande aplauso, y los zapateros, otra con la advocación á San Crispino y Crispiniano, que los celebran como mejor pueden; los negros tienen también otra cofradía, como ya dijimos.

CAPÍTULO XL.

DE LOS EDIFICIOS

Los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde afuera no parece ciudad sino un bosque por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; empero, como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga árbol ni parra. La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadras, tiene los dos frentes cer-

cados de ladrillos y sus corredores encima, ó por mejor decir, doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden el Sol á los tratantes, el cual á su tiempo es muy caluroso. Debajo destos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

Lo que en esta ciudad admira mucho, y aún se había de refrenar, es los vestidos y trajes de las mujeres: son en esto tan costosas que no se sabe cómo lo pueden sufrir sus maridos; no creo yo hay, en lo descubierto del mundo, ciudad en su tanto ni cuatro veces mayor que á tanta soberbia en este particular, como esta nuestra ciudad, llegue. Acuérdome que los años pasados, más há de 38, que llegando un religioso nuestro de España, nacido y criado en Toledo á nuestro convento desta ciudad, cerca de la fiesta del Corpus Christi, tratando della y de la suntuosidad, magestad y riqueza que aquel día en Toledo, en calles y ventanas se mostraba, le decíamos que no nos espantase, porque en nuestra ciudad vería cómo no le hacía mucha ventaja Toledo: llegó la fiesta, vió la riqueza que se mostró en los vestidos de las mujeres, adornos de ventanas, althares y calles, y dijo: que la riqueza de Toledo, en este día mostrada, no hacía ventajas á la desta ciudad; pues es cierto que hay tanta diferencia, de entonces á ahora, en lo que vamos tratando, como de vestidos de aldea á vestidos de corte. Con justo título se podría moderar por los virreyes esta soberbia; pero no sé por qué no se modera, y si sé por qué ni los maridos tienen ánimo para moderarlo ni los gobernadores tampoco.

CAPÍTULO XLI.

DEL ACOMPAÑAMIENTO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Había en esta ciudad una costumbre muy loable, mas ya se vá cayendo por la mucha codicia, y era: que en tocando la campana del Santíssimo Sacramento para se dar á los enfermos, por maravilla quedaba hombre en su casa que no acudiese luego á la iglesia mayor; las tiendas de los mercaderes se ce-

rraban y ellos y sus criados, con gran fervor, iban á acompañar al Señor del cielo y de la tierra, y á todos cuantos llegaban, fueran ó no cofrades, se les daba cera: pues en este particular, gasto tan excesivo, no sé como se puede aguantar siendo así que la cera se trae de España. No conocemos ciudad en ningún reino cristiano, que tal gasto de cera tenga, que hasta las cofradías de los indios y los negros llevan sus imágenes de bulto en andas y con sus hachas de cera; esta cofradía es muy rica, tiene muy buenas posesiones de casas y tiendas en la plaza, hizo una custodia toda de plata de muy buena labor y muchos pilares macizos de plata, poco menos que un estado de un hombre, y para llevarla en hombros el día del Santíssimo Sacramento, son necesarios doce sacerdotes de remuda y se lleva en un carretón. Esta cofradía dimana de la que está fundada en Roma, en la Minerva, que es convento nuestro. Tiene summa de gracias, indulgencias y jubileos más que otra alguna, y justíssimamente por concesión apostólica, tenémosla en nuestro convento. Sucedió, pues, así: viniendo yo en él, recién sacerdote, el domingo siguiente después del jueves que se celebra la fiesta en la iglesia mayor, se celebra en nuestra casa el sábado; antes, tráese la custodia de la iglesia mayor á nuestra casa para sacar en ella, en nuestra procesión el domingo, el Santíssimo Sacramento, la cual se celebra con mucha pompa y alegría, saliendo del convento y andando una cuadra en torno, y una frente de la cuadra es la plaza; la peana desta custodia sobre que se arma toda ella, se fija otra custodia de oro toda, muy bien labrada, con que el Iltmo. Fr. Gerónimo de Loayza, Arzobispo desta ciudad, sirvió á la Magestad del Señor, vale tres mil pesos, encima de la cual, en su beril, se pone el Santíssimo Sacramento. El padre sacristán era un sacerdote muy esencial; yo lo conocí é traté mucho; fuímos novicios juntos, en un bufete puso las andas en la iglesia, en la capilla del capitán Diego de Agüero, de quien habemos arriba sumariamente tratado. Cubriólas con unos manteles de los que hay sobrados para los althares; sudedió, pues, así: que aquella noche quien quiera que fué, notó bien dónde se ponía la custodia, y después ó antes de maitines de media noche, fuése por la custodia, desclavó la de oro y fué Nuestro Señor servido, que con ser la peana gesabada y porque cualquiera de las puertas de los ge-

sabos podía entrar y salir la custodia de oro, no se fija en este lugar ni está en él sino cuando ha de salir en ella el Santíssimo Sacramento. que no acertase aquél infame ladrón á sacarla á hurto ó desclavarla, y no acertó á sacarla. El sacristán era gran siervo de Dios, y de Nuestra Señora muy devoto. llámanla Nuestra Ama, que vió por la mañana la custodia de oro desclavada y que no la pudo sacar aquél más que pérfido ladrón. arrimada á una de las puertas del gesabo, dió muchas gracias á Nuestro Señor y á su Madre Santíssima; y si no fuí el primero fué el segundo á quien lo dijo: este sacrílego ladrón debía de ser algún tiempo luterano.

CAPÍTULO XLII.

DE LA CHRISTIANDAD DE ESTE PUEBLO

Pues porque digamos á gloria de Nuestro Señor lo que resplandece mucho en este pueblo, aunque es así, que en los trajes es demasiadamente soberbio, con todo eso, es muy christiano. La cofradía de la Charidad. casa tantas doncellas como habemos dicho. y fuera desto, como en todos los monasterios haya tantos jubileos, indulgencias y perdones, los más de los que para ganarse, requieren confesar y comulgar, es cosa de gran alegría ver en los monasterios tanta frecuencia en confesiones y comuniones. Son, pues, tantos los jubileos que en esta ciudad, á los monasterios, iglesias y capillas son concedidos, que no sé yo si fuera de Roma hay otra en toda la christiandad de tantos, ni con tanto fervor se acuda á ganarlos, haciendo y tomando los medios que para ganarlos los sumos Pontífices que los concedieron mandan se tome. A toda esta ciudad, por una parte la rodea el río. por las otras tres. huertas y viñas, llenas de árboles frutales; como dejamos escrito de los de la tierra, si no son plátanos, ya cuasi no hay otros, por ser de tan buena fruta como los nuestros. El vino, pan y carne que se gasta, es cosa increíble. Buena población es la que consume en el rastro más de 5,000 carneros. sin los que se gastan en la carnicería; y más de 100 reses vacunas, cada semana; carne de puerco no hay quién se atreva á darle á basto, dán tantos para cada día. Oficia-

les, tanto género de ellos como en Sevilla. El puerto, uno de los mejores y más capaz del mundo, abundantíssimo á su en tiempo de mucho pescado, donde jamás faltan 40 navíos grandes y pequeños, y dende arriba, de Panamá, México, Chile y Guayaquil. Empero, tiene un gran contrario remoroso y enfadoso, y es los temblores de la tierra, que la suelen descomponer, como el año pasado sucedió uno que derribó muchos edificios, mas en breve se han tornado á reedificar muy mejor que antes, y después que se tomó en suerte por abogada la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, ha sido Nuestro Señor servido, por interseción de su Santíssima Madre, no haya venido temblor dañoso. Celebra la ciudad esta fiesta con procesión, que sale de la iglesia mayor, anda en contorno de la plaza con la solemnidad casi que se celebra la del Corpus Christi, y con tanto concurso del pueblo. No sale el Santíssimo Sacramento, ni las cofradías, ni oficiales. En lo demás, la misma solemnidad se guarda.

CAPÍTULO XLIII.

LAS COSAS CONTRARIAS Á ESTA CIUDAD

Es combatida esta ciudad de enfermedades que de cuando en cuando Nuestro Señor, por nuestros pecados, envía, y en otro tiempo lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del río. Como dijimos, después de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado; las enfermedades cotidianas son, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolores de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencia, porque como es de su natural muy frío, en corriendo, son estas enfermedades con nosotros, y en todos los que habitamos de la tierra; y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte ó Sur. El Sur sano, el Norte enfermo; demás desto, como las mercadurías se traían de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y cáusanos mucho daño, y gran disminución de los naturales, como ahora lo causa una enfermedad de viruelas, juntamente con sarampión, llevándose mucha gente de todas naciones, espa-

ñoles, naturales, negros, mestizos y de los demás que en esta tierra vivimos, y escribiendo este capítulo, ahora, actualmente corre otra no de tanto riesgo, acá en la sierra como lo fué en llanos, de sarampión, solo el cual en secando, sacude un catarro, que de los muy viejos é niños deja pocos, y en la Ciudad de los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros; y caen en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, á los cuales oí decir que llegados á este valle, les parecía era imposible morirse, aunque también decían habían oído decir á los indios que no fueran poderosos á conquistarlos, si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte dellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, col y otras de la tierra, en gente desreglada causa grandes calenturas, á los que si les halla un poco faltos de virtud, los despacha, pero desto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo, y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serlo aficionado no lo niego, por tenerla por patria, en lo demás no digo tanto de bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años

CAPÍTULO XLIV.

DE LAS CALIDADES DE LOS NACIDOS EN ELLA

Los que nacen en esta ciudad, meros españoles, son gentiles hombres por la mayor parte, y de buenos entendimientos y animosos, y lo serían más si los ejercitasen en cosas de guerra. Son muy buenos hombres de á caballo y galanos, y para otras cosas que adornan la policía humana, no les falta habilidad. Cuando Don García de Mendoza, Marqués de Cañete, envió contra el inglés tres navíos grandes y otros pataches, yo iba en la almirante, y cuantos criados iban en ella y hombres bien nacidos en entrando en la mar, cayeron como amodorridos y el día que vimos al enemigo, de mareados que estaban no eran hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, lo cual si estuvieran hechos á entrar en la mar no les sucediera. Esto no es falta de ánimo si-

no falta de ejercicio marítimo; que los nacidos en puerto de mar y á la lengua del agua, no sepan conocerla, notable descuido es. De las mujeres nacidas en esta ciudad como en las demás de todo el reino de Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen mucha ventaja á los varones; perdóneme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notíssimo. Dos leguas desta ciudad á la parte de Poniente, demora el puerto desta ciudad llamado el Callao, poblado de muchos españoles y otras naciones, con su jurisdicción. Ha crecido mucho y crecerá más, por ser temple más fresco y más sano que la Ciudad de los Reyes, á causa de ser fundado á la orilla ó costa de la mar; solamente le falta agua, y el suelo todo es cascajo, y si alguna tierra hay es salitrosa, y de leña no tiene sino mucha falta. Tiene su iglesia mayor; sustenta cuatro conventos: Santo Domingo, llamado por otro nombre nuestra Señora de Buena Guía, el cual fundó con authoridad de la orden el venerable viejo Fr. Melchor de Villa Gómez; después se ha augmentado de suerte que es priorato; San Francisco, San Agustín, los padres de la Compañía; y se sustentan razonablemente, aunque con pocos religiosos: los más son los nuestros, que son de seis para arriba, y fué necesario fundarlo para que los religiosos que se embarcan se vayan á sus conventos, y no á casa de seglares que es inconveniente. También es fatigado de temblores de tierra, y de tarde en tarde de inundaciones de la mar, porque cuanto ha que le conozco, que son de más de 50 años á esta parte, sola una ha sucedido, que gobernaba el Conde del Villar, de la cual cuando de él trataremos, diremos lo que le subcedió. Solo una cosa diré por ser tocante á nuestro convento: antes de la inundación ó justamente con ella, vino un temblor de tierra muy grande, que derribó y arruinó muchos edificios. En el althar mayor de nuestro convento está la caja del Santíssimo Sacramento, y encima desta caja, en un tabernáculo, una imagen de Nuestra Señora, de bulto, grande; con el temblor cayó la imagen, saliendo de su lugar. Todos los hombres de la mar tienen singular devoción á esta imagen y convento. Los navíos que salen, llevan sus alcancías para pedir limosna para Nuestra Señora, y cuando vuelven, acuden con la recogida con mucho amor. Tiene el puerto abundancia de pescado al verano, que es desde Noviembre hasta fin de

Abril, luego entran las garúas y hace un poco de frío, y entonces hácense los peces á la mar á buscar abrigo.

CAPÍTULO XLV.

DE LOS VALLES QUE SE SIGUEN

Siguiendo la costa adelante, al Sur, llegamos luego al valle nombrado Pachacámac, no muy ancho, aunque en partes tiene dos leguas y más de fértil suelo. Hay en él muy pocos naturales; las borracheras los han consumido, el día de hoy. A la entrada del valle vemos aquel famoso adoratorio ó huaca, que es un edificio poco menos que el de la huaca de Trujilo, dedicado por los indios al demonio, que les hacía creer era el creador de la Tierra. Es fama en esta huaca haber gran suma de tesoro aquí enterrado y ofrecido al demonio: han algunos cavado en ella, empero, no han dado en él sino sacado plata de la bolsa; hoy la vemos casi cubierta de arena que los aires sobre ella han amontonado. A este valle, cinco leguas adelante, se sigue el valle de Chilca, que son unas hoyas naturalmente hincadas de arena, en las cuales se dá mucho maíz y demás mantenimientos de la tierra; de nuestras frutas, uvas, higos, granadas, membrillos y melones, los mejores del mundo, y las demás frutas muy sabrosas porque la tierra pica en salitre. Este valle ni hoyas tienen agua con que se rieguen, ni del cielo ni de la tierra, pero tiene bastante humedad con el agua que por debajo de la tierra se trasmina, la cual es poderosa para que las comidas crezcan, se multipliquen y lleguen á sazón. Hállanse en estas hoyas fagueyes, que son unos pozos poco hondos, con la mano alcanzamos á ellos, de agua salobre; y hay otros pozos que el agua es un poco mejor, con la cual se sustentan los indios y los españoles, que por aquí caminan. Para sembrar el maíz, usan los indios una cosa extraña: al grano de maíz lo meten en una cabeza de sardina y así lo ponen debajo de tierra; es mucha la que dá esta costa huyendo de los peces mayores. La costa es abundantíssima de pescado, lisas, corvinas, lenguados, tollos y otros; los indios usan sus balsas de junco como los demás desta costa y valles. Puerto ninguno tiene; los naturales se van

consumiendo por la razón en el otro capítulo dicha. Luego á cuatro leguas, se sigue el valle llamado Maza, y por otro nombre Mala, con mucha y muy buena tierra, con un río de la mejor agua destos llanos; es río de oro, de aquí se sacaba. 5 ó 6 leguas más arriba está un pueblo pequeño de 100 indios, casados, poco menos, nombrado Calango que lo doctrina nuestra orden. El valle es fertilíssimo de maíz, trigo y más mantenimientos, todo acequiado. Cultívase poco respecto de haberse consumido los indios por las borrecheras. Dos leguas adelante, poco más, se sigue el de Asia, ó por mejor decir, el de Comillo; tiene pocos indios consumidos por lo dicho y malas aguas: el río se sume más de seis leguas antes de la mar y junto á ella revienta en poca agua en una laguna pequeña que se hace cerca del tambo llamado Asia. Tiene buenas tierras, aunque es angosto, de riego. Fueron los indios deste valle ricos de oro y ellos entre los naturales destos llanos los más nobles de condición; fué muy poblado y ya son muy pocos.

CAPÍTULO XLVI.

DEL VALLE DE CAÑETE

Prosiguiendo la costa adelante, á siete leguas andadas, entramos en el valle ancho y fertilíssimo llamado Guarco de los indios, y de nosotros Cañete, por un pueblo que en él se fundó, llamado Cañete, de españoles, respecto del Marqués de Cañete el viejo, de laudable memoria, que fué quien le mandó poblar. Tiene puerto, aunque no muy seguro; las tierras deste valle son muy apropiadas á trigo y maíz, son boníssimas para viñas, olivares y demás árboles frutales y mantenimientos, así de la tierra como nuestros, no tiene río que por medio dél corra. Riégase con dos acequias sacadas desde el tiempo de los Ingas, grandes, del río de Lunahuaná, y el agua es buena; es abundante de ganados nuestros y de crías de mulas muy buenas. Aquí no hay indios naturales; tiene una fortaleza que guarda el puerto fácilmente. El pan de aquí es de lo bueno del orbe, por lo cual ya es proverbio:—en Cañete toma pan y vete; porque como no hay servicio de indios en

el mesón y muy poco recado para los caminantes, no se puede parar mucho en el pueblo. Pasado este valle hay otro de más de tres léguas de ancho y siete de largo, todo acequiado, de fertilíssimo suelo si lo hay en el mundo, el cual no se labra por se haber perdido una acequia con que todo se regaba, que hizo sacar el Inga á los naturales del río de Lunahuaná. El valle de Lunahuaná, por donde pasa este río, dista un poco más la tierra adentro, cuatro leguas deste valle; es angosto pero abundante de mucho y muy buen vino y frutas nuestras y de la tierra. Aquí se han conservado los indios un poco más que en los otros valles, y con todo eso se ván apocando.

CAPÍTULO XLVII.

DEL VALLE DE CHINCHA

Síguesele á este valle de Lunahuaná el de Chincha, á pocas leguas, muy ancho y espacioso, sino que le falta agua. Cuando los españoles entraron en este reino habían en él 30 000 indios tributarios, ahora no hay 600 y porque no tienen agua suficiente para que todos pudiesen labrar la tierra, el Inca señor destos los tenía repartidos desta suerte: los 10,000 eran labradores, los 10,000 pescadores y los 10,000 mercaderes; los pescadores no habían de labrar un palmo de tierra; con el pescado compraban todo lo necesario; los labradores no habían de entrar á pescar; con los mantenimientos compraban el pescado, y entre estos labradores había algunos oficiales buenos plateros y el día de hoy han quedado algunos. Los mercaderes tenían licencia de discurrir por este reino con sus mercaderías, que las principales eran mates para beber muy pintados y tenidos en mucho hasta la provincia de Chucuito, en el Collao; no se había de entremeter el uno en el oficio del otro, no debajo de menor pena que de la vida. Con este concierto se sustentaban en el valle tanta cantidad de indios varones con sus casas, que por lo menos chicos, chicas é grandes habían de ser más de 100,000; y el día de hoy no se hallan en él 600 indios. A los deste valle les ha cabido en suerte, por la mayor parte, religiosos nuestros, varones muy esenciales que les doctrinasen, y entre ellos dos grandes

siervos de Nuesto Señor, y aún tres. El primero el maestro Fr. Domingo de Santo Thomás, de quien habemos comenzado á tratar, que en este valle doctrinándolos gastó lo mejor de su vida, con admirable ejemplo y obras, y después fué primer obispo de los Charcas: el segundo Fr. Melchor de los Reyes varón apostólico, gran siervo de Dios, libre de todo vicio que es contrario á la predicación del Evangelio, castíssimo abstinentíssimo, varón de grandes partes; el tercero el venerable Fr. Cristóbal de Castro, el cual, aunque no era tan docto como los referidos, no le hacían ventaja en religión y caridad para con los indios; todos tres grandes lenguas. A este padre Cristóbal, cotidianamente y aún hasta que murió el Ilustríssimo Fr. Gerónimo de Loayza, porque conocía la entereza de su vida, le ocupaba en visitar todo su arzobispado, por lo cual los indios le llamaban el hermano del señor Arzobispo. Todos tres acabaron loablemente. Otros religiosos han tenido los deste valle, pero no de tanto nombre; y para dar á entender lo poco que á estos indios les entraba la fé é indómitos que eran, diré lo que pasó al padre maestro Fr. Domingo de Santo Thomás, en la ciudad de los Reyes Este padre maestro, siendo provincial, fué á España á un capitulo nuestro general, donde todos los provinciales se habían de hallar; volvió y llegado á nuestro convento de los Reyes, viniéronle á ver muchos indios de los de Chincha, de los principales; á uno de ellos preguntóle la doctrina; no la supo, ó no quiso responder. Díjole el padre maestro:—pues cómo, ¿no te enseñé la doctrina cristiana y la sabías muy bien? Respondió:—padre enseñándosela á mi hijo se me ha olvidado: he dicho esto para que se vea la calidad desta gente. Los indios particularmente los señores, eran riquíssimos de oro y los que ahora son señores, creo lo son. Tiénenlo enterrado y hay en este valle muchas huacas; en algunas de las cuales españoles han cavado, mas han sacado de ellas tierra, y plata de la bolsa. A cinco ó seis leguas llegamos al valle Humay de las mismas calidades del de Chincha, no tan espacioso; no fué tan poblado y en él hay muy pocos naturales; pasa por él un río caudaloso que pocas veces se vadea.

CAPÍTULO XLVIII.

DEL VALLE DE PISCO

Seis leguas adelante llegamos al valle de Pisco, ancho y espacioso, con puerto y agua bastante sacada en acequias del río de Yumay. Fué poblado de muchos indios, hanse consumido como los demás de los llanos; es abundante de todo mantenimiento y de muchas heredades, donde ya casi está fundado un pueblo de españoles. Abunda también en pescado. Entre este valle y el de Ica puso Dios aquellas hoyas que llamamos de Villacori, muy mayores que las que dijimos haber en Chillca, donde se dá mucho vino, granada, membrillo, higos, melones y demás frutas, sin riego alguno, ni del cielo ni de la tierra, algunas jagueyes de agua razonable porque por la mayor parte es salobre. Vemos aquí hoyas donde se plantan 4000 cepas y es cosa de admiración que en medio de unos médanos de arena muerta pusiese Dios estas hoyas tan fértiles.

En estos arenales de Villacori, desbarató el tirano Francisco Hernández Girón al capitán Lope Martín, y es fama algunas noches oírse pífanos, atambores y grita de batalla, tropel de caballos con cascabeles que pone no poca grima. Por estos arenales no se puede caminar sin guía, yendo ó viniendo á Ica, y de noche por los muchos calores. Los indios de guía oyendo esta grita y voces, animan á los españoles diciéndoles que el demonio por espantarlos causa aquellos rumores.

CAPÍTULO XLIX.

DEL VALLE DE ICA

Otras seis leguas de la costa de la mar, pobladíssimo de muchos algarrobos, con un río no muy grande, de muy buena agua, y fuera mucho mayor sino se trasminara por todo el valle, por lo cual las heredades que hay en él, muchas y

muy buenas de viñas y demás mantenimientos, no tienen necesidad de mucho riego. El vino que aquí se hace, alguno es muy bueno, porque ya es común sentencia entre los caminantes: en Ica hinche la bota y pica. Fundóse aquí un pueblo de españoles, algunos de ellos son ricos de viñas y chácaras, sus casas llenas de todo mantenimiento. Era valle de muchos indios, ahora no hay sino dos ó tres pueblos de ellos: vánse consumiendo como los demás destos llanos por las razones dichas. Todos los llanos y tierra que se habita desde las vertientes de la sierra y cordillera nevada hasta lo último del reino de Chile, es grandemente combatida de temblores de tierra, y este valle lo es mucho, ya dos veces lo ha derribado un temblor, y la iglesia del convento de San Francisco, que era buena, dos veces ha dado con ella en el suelo, lo que desanima mucho para que á cualquier pueblo no se pase adelante. De aquí al vallecillo de Guayuri, se ponen 15 leguas de despoblado y sin agua. A las 5 leguas á la salida del valle de de Ica solía haber un jaguey, y aún una ventilla, que con un temblor cayó y se despobló. Guayuri es muy angosto, de poca agua, pero buena; plantáronse en él solas dos viñas, no hay espacio para más: la una de 500 cepas y la otra 1,500. Cargan tanta uva y de ella se saca tanto vino, que si no se vé no se puede creer. De las 500 se cogen 1,500 botijas de vino y de las otras 4,000. Fuera desto, dánse muy bien nuestros árboles frutales, granadas, membrillos, higos, melones y otras legumbres. El vino es el mejor de todo el reino.

CAPÍTULO L.

DEL VALLE DE LA NASCA

Saliendo deste vallecillo, á nueve leguas adelante entramos en el gran valle de la Nasca, muy ancho y largo. Fué muy poblado de indios, ahora le faltan par las causas arriba dichas. Es fértil como los demás de los llanos de vino y demás cosas, no de mucha agua, pues los indios el tiempo de las secas se aprovechan de pozas hechas á mano á trechos y en lugares altos, como estanques grandes de agua, de los cuales sacan acequias para comenzar á sembrar y sustentarse

de ellas hasta que viene el río. Dista de la mar más de 14 leguas, todas arenales y sin aguas: con todo eso en carretas llevan el vino al puerto, que es seguro.

CAPÍTULO LI.

DE OTROS VALLES SIGUIENTES

Quince leguas se ponen desde este valle hasta Acari, de despoblado, grandes arenales y sin agua, si no es en una pequeña quebradilla, muy angosta, á las siete leguas, de muy poca agua, gruesa y cenagosa. Es Acari buen valle y de las calidades de los demás; había en él muchos indios, hánse consumido como los demás y por la misma razón. Luego se sigue el valle de Atico, estrecho, y no tan abundante como los demás; luego el de Ocaña, angosto, pero de buenas frutas y viñas y abundante de maíz. Los indios son muy pocos y se ván disminuyendo.

CAPÍTULO LII.

DEL VALLE DE CAMANÁ

(Año de 604, víspera de Santa Catalina mártir, lo destruyó un temblor de tierra).

Síguese á éste, ocho leguas adelante, el valle Camaná, de las mismas calidades de los otros, donde se fundó un pueblo de españoles. Su trato es vino, pasas, trigo de lo bueno deste reino; es abundante de pescado. El puerto es playa, pasa por él un río grande que pocas veces se deja vadear; desde aquí á Arica, y aún hasta Chile, ya fenecieron los valles grandes y fértiles y se siguen vallecillos angostos y no de las calidades de los pasados. Desde aquí nos comenzamos á meter la tierra adentro caminando para la ciudad de Arequipa, distante dél veintidos leguas, y más, donde hay dos valles, uno llamado Siguas, angosto, de muy buena agua y mejor vino, ya casi sin indios por se haber consumido como los demás referidos. Cinco leguas delante, entramos en el valle llamado Víctor. Este es más

ancho, donde los más de los vecinos de Arequipa tienen sus heredades; cogen mucho vino y muy bueno, que se lleva al Cuzco, distante 65 leguas, y á Potosí más de 140, y se provee todo el Collao. Esta ciudad fué los años pasados de mucha contratación, hasta que don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, le quitó el puerto y lo pasó á Arica. Conocí en este puerto un hombre extranjero residente en él, que tenía tanta experiencia en la mar, que por distar de tierra donde los navíos daban fondo más de dos leguas, conocía este hombre cuándo con toda seguridad se podía hacer desembarco; empero, en cualquier tiempo, como sean aguas vivas, tres días antes y tres días después es peligroso desembarcar. Tiene este asiento poca agua; una fuentecilla hay en él, que para deshacer la piedra de los riñones, es muy aprobada; es combatido de muchos temblores de tierra y es cosa de admiración que la mar también tiembla. Volviendo á la ciudad de Arequipa, es del mejor temple deste reino por estar fundada á la falda de la sierra, de buen cielo, aunque un poco seco. Dentro del pueblo se dán muchas uvas y todas las frutas nuestras, en particular peras, no mayores que cermeñas: son mal sanas. El agua del río es mal sana por pasar por lugares salitrosos. Fundóse al lado de un volcán llamado de Arequipa, á cuya causa, y por ser la tierra cavernosa, es combatida de frecuentes terremotos y tantos que acaecen tres y cuatro veces al día y otras tantas en la noche, unas veces con más violencia que otros. Los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, sucedió uno y tal que arruinó toda la ciudad; á nuestro convento echó todo por el suelo sin quedar dónde se pudiese vivir ni dónde poder decir misa. Sustenta cinco conventos: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced y los Teatinos, que aunque llegaron tarde, tienen el mejor puesto. Los vecinos viejos eran ricos, sus hijos son pobres porque no siguen la prudencia de sus padres y los nietos de los conquistadores y vecinos serán pauperríssimos.

CAPÍTULO LIII.

DEL PUERTO DE ARICA

Desde esta ciudad al puerto ó playa de Arica hay más de cuarenta leguas, en el camino de las cuales hay algunos valles angostos, donde se dán las cosas que en los demás, pero no en tanta abundancia, por ser estrechos. Viven en ellos algunos españoles que allí tienen sus haciendas, donde como mejor pueden pasan su trabajo; la playa de Arica es muy grande y muy conocida por un morro (que llaman los marineros), ó blanco que de muchas leguas se vé. Es blanco respecto á los muchos pájaros que en él vienen á dormir, cuyo estiércol le ha vuelto tal; es valle muy angosto, de poca agua y no muy buena. Este reino se componía en tres (*): el de los Reyes por todo el distrito de las apelaciones para la Audiencia; el de los Charcas por el suyo, y el de Quito por el suyo; y porque si en Arequipa, que es distrito de la Audiencia de los Reyes, se desembarcaban las mercadurías de las ganancias, por ser dentro de un mismo reino, no se debían desembarcar, por cuyo motivo, pasó don Francisco de Toledo (como ya dijimos) la contratación á Arica, y puso allí caja real y oficiales, á donde ván á parar los azogues para Potosí. Reside allí el corregidor cotidianamente, y es necesario, porque en este pueblo viven de todas las naciones. Aquí hay juegos, figones, hay flamencos y ojalá no hubiese entre ellos algunos ingleses y alemanes luteranos encubiertos, y siendo escala donde los navíos que vienen de Chile paran, y los luteranos, que desde el año 78 han sido (digo han entrado), que han sido tres piratas ingleses que han venido á reconocer y han surgido en él, ¿cómo dejan vivir allí tanto extrangero? En el morro que dijimos está puesta una atalaya y descubre más de 10 leguas de mar por una parte y otra. Antes que llegue cualquier vela al puerto le ha descubierto de más de seis leguas, por lo cual de noche pueden dormir seguríssimos que enemigo no entrará en él: hay en él cuatro ó cinco piezas

(*) Probablemente el copista suprimió la palabra *distritos*.

gruesas de artillería, muy buena, que alcanzan una legua y más, bastante para defender la entrada al enemigo.

Tres leguas el valle arriba se dán muchas uvas y buen vino y frutas de las nuestras muy buenas; el trigo, maíz y harina se trae de fuera, parte, y por esto vale caro; al tiempo del verano es abundante de pescado y bueno; es muy enfermo; siempre hubo en él pocos indios, ahora no creo hay seis.

CAPÍTULO LIV.

DE LOS DEMÁS VALLES HASTA COPIAPÓ

Desde aquí se vá prolongando la costa derecha al Sur con algunos valles angostos en ella, y despoblada de 15 ó más leguas; el camino arenales, y pasadas 60 leguas, luego se entra al valle de Tarapacá. Este solía ser muy buen repartimento y rico de minas de plata, de donde se camina por un despoblado de 80 leguas hasta Atacama, por el cual sin guía no se puede caminar. Los indios de Atacama han estado hasta ahora medios en paz y medios de guerra; son muy belicosos y no sufren los malos tratamientos que algunos hombres hacen á los de acá del Perú. No dán más tributos de los que quieren y cuando quieren. Desde aquí se entra luego en el gran despoblado de 120 leguas que hay desde aquí á Copiapó, que es el primer repartimiento del reino de Chile, el camino es de arena no muy muerta. En este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huído algunos indios pescadores pobres casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos y en muchas partes desta costa beben sangre destos lobos á falta de agua. No alcanzan un grano de maíz, ni lo tienen; su comida solamente es pescado y marisco. Llaman á estos indios camanchacas porque los rostros y cueros de sus cuerpos se les ha vuelto como una costra colorada, duríssimo. Dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos y por esta color son conocidíssimos. Caminando por aquí se llega á un río, que en la lengua de los indios se llama Anchallesllac, que quiere decir, río gran mentiroso, porque verémosle correr particularmente á la tarde y parte de la noche y si luego no se toma el agua

necesaria y dá de beber á los caballos, á poco rato no hay gota de agua, y no es río pequeño: la causa es que con el calor del Sol se derriten las nieves de la cordillera y corre el agua á la tarde y parte de la noche, y cuando resfría la noche cesa la corriente, por lo cual los que piensan á la mañana hallar agua, hállanse burlados y la madre del río seca. Hay otro río que como viene corriendo el agua se vá cuajando en sal; por esta parte se mete mucho la mar hacia la Cordillera y los tres meses dichos del año hace mucho frío y caen nieves. Los indios pocos que habitan las caletillas desta costa, desde Arica á Copiapó, que es el primer pueblo del reino de Chile, salen á pescar en balsas de cuero de lobos marinos llenas de viento. Cósenlos tan fuertemente que no les puede entrar una gota de agua; la costura está para arriba y el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cogen una tripilla de dos palmos de largo por donde la trinchan y luego la revuelven ó tuercen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja desenroscan la tripilla y tornan á trinchar su balsa. En medio deste gran despoblado, desde Atacama á Copiapó, hay un cerro muy conocido, llamado Morro Moreno de los marineros, al cual, llegando por tierra, parece ser el que divide los términos del Pirú de los de Chile. Aquí casi fenecen los arenales y la tierra es ya dura pero inhabitable, por ser muy seca, sin agua, ni leña más de la que habemos dicho: desde este morro comienzan á ventaer á su tiempo los nortes, desde mediados de Abril hasta Noviembre, unas veces un poco más tarde y otras más temprano. Ahora volvamos á las ciudades deste nuestro Perú por el camino de la sierra, y luego trataremos de la calidad de los indios de ella y de sus costumbres.

CAPÍTULO LV.

DE LA CIUDAD DE QUITO

La ciudad de Quito es pueblo grande, cabeza de obispado y donde reside una Audiencia Real; su comarca es fértil, así de trigo como de maíz y demás mantenimientos de la tierra y nuestros, abundantíssima de todo género de ganados, mayo-

res y menores. Dista de la línea equinoccial un tercio de grado y con distar tan poco es muy fría, destemplada y lluviosa; que casi todos los meses poco ó mucho, llueve. Háse aumentado mucho esta ciudad; reside en ella la Audiencia Real, tiene muchos indios en su comarca y las tierras muy abundantes, los campos llenos de ganados mayores y menores, de donde hasta la ciudad de los Reyes, que son más de 300 leguas, traen ganado vacuno, y aún carneros. Lo que han multiplicado yeguas y caballos, parece no creedero. Hay fundados en esta ciudad conventos de todas órdenes y un monasterio de monjas. Nuestros religiosos tienen provincial por sí, y los del glorioso San Francisco, divididos desta provincia del Perú los padres de San Agustín y teatinos sujetos á los provinciales de los Reyes. El convento del Seráfico San Francisco, fué el primero y la ciudad se fundó el día de San Francisco por lo cual se llama San Francisco de Quito. Esta sagrada religión, como más antigua, comenzó á doctrinar á los naturales con mucha religión y cristiandad, donde yo conocí algunos religiosos, y entre ellos, al padre Fr. Francisco de Morales, Fr. Rodoco y Fr. Pedro Pintor. El sitio del convento es muy grande, en una plaza, y á más de enseñarles la doctrina, enseñan también á leer, escribir y contar y tañer flautas. Habían muchachos que tenían muy buenas voces. Conocí en el colegio que tenía el convento de San Francisco un muchacho indio llamado Juan, y por ser bermejo de su nacimiento, le llamaban Juan Bermejo, que podía ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice. Este muchacho salió tan diestro en el canto, órgano, flauta y tecla que le sacaron para la iglesia mayor. Combaten á esta ciudad y toda su comarca grandes temblores de tierra, á causa de que la ciudad, á la parte del Septentrión, tiene uno ó dos volcanes, y el uno dellos que casi siempre humea. Toda aquella provincia tiene tantos que en lo restante del Perú no se vén sino cuál ó cuál y allí á cada paso. Los años pasados, debe haber 23 ó 24, salió tanta ceniza deste volcán cercano á la ciudad que por algunos días no se veía el Sol y el pueblo, campos y paseos llenos de ceniza, por lo cual todos los ganados se venían á la ciudad á buscar comida bramando. Hiciéronse procesiones y muchas rogativas, mediante lo cual fué Nuestro Señor servido, se fuesen descubriendo algunos aguaceros, por donde salía la yerba. Por fin

reventó este volcán y declinando á la mar del Sur arruinó algunos pueblos de indios y se los llevó el agua que salió dél. A la parte del Sur desta ciudad, demora la provincia de los Quijos ó por otro nombre, de la Canela, por se hallar en ella, y de allí se trae ya por estas partes buena y mejor que la que viene de la India, porque como más fresca pica y quema más.

CAPÍTULO LVI.

DE RÍOBAMBA Y TUMIBAMBA

Saliendo de la ciudad de Quito por el camino Real del Inga para venir por acá arriba, á 25 leguas desta ciudad, llegamos al valle llamado Ríobamba, antes del cual hay cinco pueblos de indios, buenos. Este valle no tiene una legua de largo, poco más; de ancho no alcanza á media legua; no era poblado de indios, pero fértil de pastos. Por aquí comenzaron dos ó tres españoles que conocí á hacer sus estancias de ganados, multiplicaban admirablemente, y ahora es un razonable pueblo de españoles, rico de todo género de ganados y de trigo. Es falto de leña y algún tanto destemplado. En este pueblo (gobernando don Francisco de Toledo) andaba un hereje luterano extranjero, en hábito de pobre, y sustentábase de limosnas, que como á tal le hacían, y en este estado vivió 3 ó 4 años, que sin duda debía esperar algunos otros de su secta y como se tardaron, un día de fiesta, estando la iglesia llena de gente oyendo misa, el impío luterano arriba junto á la peana del altar mayor, donde el cura decía misa, así como el sacerdote consagró la hostia y la levantó para que el pueblo consagrada la adorase, se levantó y con un ánimo endemoniado la quitó con sus manos sacrílegas de las manos del sacerdote y la hizo pedazos, echando mano á un cuchillo carnicero que tenía escondido, creo hirió livianamente al sacerdote. El pueblo viendo este sacrilegio, admirado, los que se hallaron más cerca, se levantaron las espadas desnudas y llegando al luterano, diéronle de estocadas y le mataron. Otras 25 leguas más adelante entramos en el valle muy espacioso y abundante, nombrado Tumipampa

donde ningunos naturales dejó el Inga, por que cuando iba conquistando estos reinos llegando aquí, le hicieron mucha resistencia, pero vencidos á los que dejó con la vida, que fueron pocos, los transportó por acá arriba. En el valle de Jauja, que dista deste más de 300 leguas, puso algunos pocos descendientes destos; y de allí á poco sucedió que cuando se alzó toda la tierra contra los españoles, á pocos años después de conquistada y muerto el señor della Atabalipa, tuvieron los indios serranos y yungas cercada la ciudad de los Reyes, no poco trecho, y en el valle de Jauja mataron más de 30 españoles y en otras partes los que podían haber, y al Cuzco también cercaron. Un vecino de Quito, conocido, llamado el capitán Sandoval, encomendero si no de toda esta provincia de la mayor parte de ella, sabiendo el aprieto en que estaban los nuestros, juntó 4 ó 5,000 indios cañares y vino en favor de los españoles. Púsose en camino con ellos y prosiguiéndolo, sabido por los indios cercadores venían los cañares contra ellos, alzaron el cerco, y los cercados saliendo contra ellos, los hicieron volver á sus tierras y desde entonces hasta hoy no se han atrevido á se revelar, aunque lo han procurado. Prosiguiendo el camino adelante del Inga, á 35 leguas, entramos, en el valle donde la ciudad de Loja se fundó, llamado en la lengua del Inga Cusipampa, que es tanto como decir valle de placer, y así lo es realmente. Es alegríssimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un río de saludable agua; casi en todo el año se siembra y coge en él trigo y maíz, uno en un mismo tiempo está en verza otro se siega, en otras partes eran para sembrar. No es muy ancho el valle, pero bastante para sustentar la ciudad que no es muy pequeña: tiene muchos indios de encomienda. La comarca fértil y más templada que la de Quito y más lluviosa; en su distrito caen las minas de oro que llaman de Zaruma. Sustenta tres monasterios de las órdenes mendicantes, aunque no de muchos religiosos: el nuestro es más antiguo. Desta ciudad declinando el Oriente la tierra adentro, se camina á la ciudad de Zamora y gobernación que llamamos de Salinas, donde hay tres ó cuatro pueblos de españoles, algunos de ellos ricos de oro, particularmente lo fué, y ahora no le falta á Zamora, en cuyas minas se hallaron dos granos uno que pesaba 1,600 pesos y la mitad otro 800. Para ir á esta

gobernación se pasan uno ó dos páramos despoblados y muy fríos, los cuales pasados, lo demás es tierra muy cálida, montuosa y de muchas aguas del cielo, llena de sabandijas ponzoñosas. A esta provincia no he visto, por eso trato brevemente della.

CAPÍTULO LVII

DE LA PROVINCIA DE CAJAMARCA

Saliendo desta ciudad y valle por el camino real del Inga, de la sierra, hasta llegar á la provincia de Cajamarca, no sé las leguas que hay, ni las particularidades del camino. No lo he visto. La ciudad de Loja si ví, porque viniendo de Quito para la cindad de los Reyes, desde la de Loja, bajamos á Tumbes, cuyo camino es áspero y de muchas piedras, para ir á Cajamarca, cuestas y algunos despoblados, hasta llegar á esta provincia, donde fué preso Atabalipa, señor de todos estos larguíssimos reinos, desde Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta la ciudad de Santiago de Chile, y aún 18 leguas más adelante y todo el reino de Tucumán. Es bien poblada esta provincia de indios, y abundante de todo mantenimiento, porque aunque es por la mayor parte fría, tiene algunos valles templados, donde cójese mucho maíz y trigo, y en los altos abundante de papas, que son como turmas de nuestra tierra, empero, de mejor nutrimiento. Los padres de San Francisco la han doctrinado desde el principio, y la doctrinan con mucho ejemplo de cristiandad y religión.

CAPÍTULO LVIII.

DE LA CIUDAD DE CHACHAPOYAS

A las espaldas de Cajamarca la tierra adentro, caminando hacia el Oriente, se fundó la ciudad llamada comúnmente Chachapoyas, á los principios rica de oro y poblada de gente más bien dispuesta que la del Perú, más gallarda, pero grandes

ladrones. Es región más cálida que fría, los valles son cálidos, lluviosos y con abundancia de víboras y otros animales sucios y ponzoñosos. En la provincia de Bracamoros, que está más hácia el Norte, se fundó otra cindad llamada Jaén, no tiene mucho nombre porque no es más que abundante de comida, es el paraíso de Mahoma, tiene, las calidades la tierra que la de los Chachapoyas. Saliendo desta ciudad y volviendo al camino real, á 30 leguas andadas, entramos en el valle de Jauja, donde al presente escribimos este breve compendio, uno de los mejores y más poblados. Es abundantíssimo de trigo, maíz y otros mantenimientos de la tierra y carnes. Pasa por medio dél un río grande y caudaloso al tiempo de las aguas, pero el más desaprovechado del mundo, porque no se puede sacar dél una sola acequia para regar los sembrados. Lleva pescado y bueno; susténtanse en él 13 pueblos de indios, los 7 por la una banda, y los 6 por la otra, poblados con sus cuadras; las iglesias de adobes y teja, adornadas de razonables ornamentos. Vánse disminuyendo estos indios, á lo menos los varones, por estar tan cerca de Huancavillca; la causa diré en el capítulo siguiente. Cásanse en algunos pueblos pocas indias solteras, en particular en el que ahora resido doctrinándo los llamados Chongos, porque dicen que si casadas los maridos las han de tratar mal, como lo hacen estando borrachos, que más quieren su libertad y buen tratamiento; y es así que como para los indios varones no hay castigo por las borracheras, por estos malos tratamientos, que á veces llegan á matar las mujeres, como soy testigo, no hay de qué maravillarse. Tiene de largo este valle 9 leguas tiradas, y por lo más ancho dos. Es falto de leña, que si la tuviera ya se hubiera poblado en él un pueblo de españoles; es templado, aunque no sufrè naranjos, ni limones; dánse algunos membrillos y duraznos y de las legumbres nuestras, algunas.

CAPÍTULO LIX.

DE LA VILLA DE OROPESA, POR OTRO NOMBRE GUANCAVILCA

Cuatro jornadas deste valle, no muy grandes, se descubrieron, creo en tiempo que gobernaba el Marqués de Cañete de buena memoria, ó al fin de su gobierno y principio del Conde de Nieva, las minas que llaman del azogue, en un valle llamado Guancavillca, frío, porque está en medio de la Cordillera de las Sierras nevadas que atraviesan todo este reino del Perú y Chile hasta el estrecho de Magallanes, donde se pobló un pueblo de españoles, gobernando don Francisco de Toledo, por cuyo respecto se nombró Oropesa, con título de villa. Descubrieron estas minas unos indios vecinos de Guamanga, en cuyo distrito se hallaron, de donde sacó y se vió prosperíssimo en riqueza, no murió con tanto y su mujer é hijos, ahora padecen necesidad (*). Al principio repartióse el cerro á hombres particulares en minas, como si fueran minas de plata; ellos las labraban pagando su quinto al Rey. Después acá Su Magestad las quitó justíssimamente y aplicó para sí; solo dejó con propiedad de su mina al descubridor, Amador de Cabrera y á sus herederos. Arrienda estas minas Su Magestad á cierto número de españoles con condición que todo el azogue que sacaren lo metan en el almacen y Su Magestad les paga el quintal á cuarenta pesos ensayados. Su Magestad les reparte indios de los comarcanos, pagándoles sus trabajos los arrendadores conforme á lo que el Virrey señala. Este cerro de azogue ha sido la vida deste Perú, porque si no se hubiera descubierto, fuera el más pobre y más costoso del mundo. Con los azogues ha revivido, porque toda la plata que en Potosí y en Porco se saca es por azogue y con azogue. Los que comenzaron á labrar el azogue fueran poderosísissimos de plata si tuvieran juicio para guardar y gastar, faltóles y el día de hoy están alcanzadíssimos, porque como el azogue se vá en humo, así sus riquezas se han resuelto en él. Lo mismo que sucede en este valle, sucede en los de-

(*) Parece que el copista ha omitido aquí el nombre de Amador de Cabrera, descubridor de la mina de Huancavelica.

más, que de más cerca y lejos ván á trabajar á estas minas, y destos son testigos también los repartimentos de Guámanga y en particular el del primer descubridor, era uno de los buenos del reino, del Cuzco para abajo; ahora está menoscabadíssimo, que si al socavar hubieran hecho sus respiraderos se labraran las minas como antes y no padecieran este detrimento la vida de los naturales, lo que viendo los miserables, huyen por no ir á Guancavillca, como es justo se huya de la muerte. No se puede dejar de creer si no que si Su Magestad fuese sabedor de este menoscabo de sus vasallos, que mandaría ó cesar la labor, ó que se labrase como antes, porque el Rey sin vasallos es como cabeza sin miembros, y quien tanto cela el bien destos pobres con tanto amor y christiandad, no es posible no lo mandase remediar, y aún castigaría á quien lo pusiese luego en ejercicio.

CAPÍTULO LX.

DEL ASIENTO DE MINAS DE CHOCLOCOCHA Y POR OTRO NOMBRE CASTROVIRREINA

Quince leguas declinando á los llanos deste cerro Guancavillca, dista un cerro de minas llamado Choclococha, al pie del cual porque se descubrió y pobló gobernando el Marqués de Cañete, por ser casado con la ilustríssima señora doña Theresa de Castro que á estos reinos trujo consigo, le pusieron por nombre Castrovirreina, asiento frigidíssimo más que Potosí, no es tan rico, ni con mucho. Este cerro también ha consumido parte de los indios que se repartieron para la labor de las minas, porque aunque la labor de las minas de plata, no consuma la vida como la del azogue, porque los indios repartidos vienen por tierras frigidíssimas, y aquel asiento lo es y primero que hicieran casas donde guarecerse de las nieves y aguas del cielo, el temple desabridíssimo y malo, los hacía enfermar y morir, como han muerto muchos. Ya esto ha cesado con el reparo de las casas.

CAPÍTULO LXI.

DE LA CIUDAD DE GUAMANGA

Volviendo al camino real (es necesario hacer estas digresiones por no volver á ellas) desde Jauja á la ciudad de Guamanga, ponen 36 leguas, no de muy buen camino, en el cual no hay pueblo ninguno de indios, si no son los tambos, con servicio de naturales para los pasajeros, donde se halla recado de pan, vino, maíz, carnero y caballos de alquiler de jornada en jornada, como ya casi en todos los tambos que son ventas, desde Quito á Potosí. Dos leguas más adelante de Huamanga es el valle llamado Viñaca, en el cual hay algunas viñas muy buenas que dán buen vino, y parece adivinaron los indios llamándolo así, Viñaca, por lo que en él se ha plantado de viñas. Es caliente, mucho, aunque á su tiempo hiela no mucho y el río arrecia á mano izquierda: por una parte y otra dél se han plantado y plantan viñas.

La ciudad de Guamanga es de buenos edificios y son los mejores que hay en el reino, particularmente las portadas de las casas son muy buenas, de piedra, que la tienen junto al pueblo y la sacan cuan grande quieren, y la cal no está lejos. Los monasterios, que son 3: Santo Domingo, San Francisco y la Merced, las tienen buenas; donde en cada convento se sustentan de ocho á diez religiosos. Es falta de agua, porque no tiene río, empero, tiene una muy buena fuente en medio de la plaza y de muy buena agua. Edificó un vecino desta ciudad llamado Sancho de Orúe un convento de monjas de Santa Clara á su costa, con una iglesia, la capilla mayor de bóveda, el cuerpo de la iglesia bueno y es el mejor del pueblo. Dejóles renta bastante, la cual con las que han entrado se ha augmentado y crecido; puso en él cuatro hijas que todas profesaron: las 3 viven hoy religiosas muy principales y de mucha christiandad y gobierno. El fundador no tenía mucha renta de indios, aunque tenía haciendas. Oí decir que mientras edificaba el convento, le proveyó Nuestro Señor en una mina que labraba bastante plata para el edificio, el cual acabó, cesó la veta y aún las demás del cerro, porque el día de hoy nadie labra en él. Fué dichoso en hijos este varón, tuvo

once: los seis varones y las cinco hembras y de los varones los 4 son religiosos del orden del Seráphico San Francisco, que viven con gran ejemplo de christiandad y virtud, á quienes la orden ha encomendado oficios honrosos. Al fundador deste convento le dió Nuestro Señor una muerte que fué su vida, porque además de la obra famosa deste monasterio era hombre de mucha oración y diciplina, y en esto su mujer le era boníssima compañera, la cual aunque le vió espirar no hizo los extremos ni tragedias que otras suelen hacer, sino con el semblante alegre. ella propia le amortajó; puso en el atahúd y en su casa aquél día no se vieron lágrimas, ni voces, sino un silencio, una tristeza sujeta á la razón, y muchas gracias á Nuestro Señor y conformidad con su voluntad; y si lágrimas ó voces fueron piadosas y christianas, murió esta santa como vivió con gran satisfacción de su vida.

CAPÍTULO LXII.

DEL RÍO Y CAMINOS DE GUAMANGA HASTA EL CUZCO

De la ciudad de Guamanga dista la del Cuzco 60 ó 70 leguas, divididas en 12 jornadas. El camino es malo y destemplado; porque en algunas jornadas hay dos temples diferentes, salidos de uno templado y llegamos á dormir á donde hace un frío insoportable; como saliendo de Guamanga y parando en los tambillos de Illaguasi. En esta distancia encontramos con tres ríos muy grandes, en valles calidíssimos; el primero es en Villcas, á 6 leguas de Guamanga, en tiempo de aguas poderoso; pásase por puente de criznejas en tiempo de seca, y ésto como deja el vado, que unas veces lo deja pedregoso y otras veces sin ellas, y no se puede hacer en él puente de calicanto, por no haber cómodo para ello. Más adelante se sigue el valle llamado Amancay, por unas flores olorosas blancas que en él nacen en abundancia; y al lado un río, el que nunca se vadea por tener puente de calicanto, mandada hacer por el Marqués de Cañete, de feliz recordación, el primero. Aquí hay por ser templado, uno ó dos trapiches, donde se hacen buenas cosas de azúcar. Más adelante llegamos al río de Aporímac. Este tampoco se vadea, pásase por

una puente de criznejas; todos estos tres ríos se juntan con el de Jauja y otro que pasa cuatro leguas del Cuzco por el valle de Yucay, no menor que cualquiera destos y hacen aquel grande y famoso río de Marañón, que desemboca en la Mar del Norte con 80 leguas de bocas; es el mayor río del orbe. Prosiguiendo nuestro camino adelante, 4 leguas antes de la ciudad del Cuzco, entramos en el valle de Jaquijaguana, donde fué desbaratado el tirano Gonzalo Pizarro y sus valedores sin rompimiento de batalla, por el Gobernador Licenciado Pedro de La Gasca y demás servidores de Su Magestad. Valle ancho y largo, donde hay dos ó tres pueblos de indios apartados un poco del camino real. Es más frío que templado, aunque se dá maíz en el y trigo, empero si acierta á helar un poco temprano, arrebata el hielo al maíz; el trigo sufre más y por eso no le hace tanto daño. Es abundante de ganado, de lo nuestro de todo género; las aguas son malas, gruesas y salobres.

CAPÍTULO LXIII.

DE LA CIUDAD LLAMADA EL CUZCO

De aquí á la ciudad llamada el Cuzco ponen 4 leguas buenas. Era el asiento principal de los reyes destos larguíssimos reinos, á quien llamaban ingas. El sitio es malo y las aguas malas; fundaron aquí su ciudad los españoles en el mismo sitio donde la tenían los indios. Siembran trigo é maíz de riego y dáse bien si los hielos no acuden temprano. Casi la mayor parte desta ciudad está fundada en una ladera; no la dividieron los fundadores por cuadras como las demás deste reino, ni tiene calle derecha ni proporcionada. Pasa por medio della un arroyo de poca agua el verano: las casas de los españoles por la mayor parte son sombrías y tristes, si no es la del capitán Diego de Silva que la labró alegre. Es pueblo muy rico por la gran cantidad que tiene de indios de encomienda, los vecinos antiguos todos lo fueron; sus hijos ahora tienen abundancia de deudas y no les alcanza la sal al agua; gastan sin orden y sin discreción. Sustenta

cinco monasterios de religiosos y uno de monjas de Santa Clara. Nuestra casa es la que antiguamente se llamaba, gobernando los ingas, la casa ó templo del Sol, á quien adoraban por principal de todos sus dioses falsos. Permanece en en nuestro convento una pila grande de piedra, ochavada por de fuera, que de ancho tendrá por cualquier parte que la midan más de vara y media y de fondo más de vara y cuarta. A esta pila henchían con cantidad de chicha escogida de la que el inga bebía para que bebiese el Sol y lo que en ella se embebía, creía esta gente bárbara que el Sol lo bebía. Cubría la boca desta pila una lámina de oro en la cual estaba el Sol esculpido. Cuando los españoles entraron en esta ciudad le cupo en suerte á uno de los conquistadores, que yo conocí, llamado Mansio Sierra, de nación vizcaíno y creo provinciano, gran jugador; jugó la lámina y perdióla: verificóse en él, que jugó el Sol. Tiene nuestro convento la huerta que así mismo nombraban del Sol, la que antes venían á labrar y cultivar los ingas y aún se dice que la última vez lo que en ella sembraban eran unas cañas de maíz todas de plata y las mazorcas de oro. Estas no han parecido, ni se sabe donde están. Es fama en nuestra casa haber gran suma de oro enterrado, pero no se sabe dónde ni en qué paraje. Don Carlos inga, salía á este partido: que le dejasen cavar debajo del altar mayor y de lo que sacase daría tanta parte, y si no hallase cosa alguna, tornaría á reedificar lo derribado á su costo, de la mismisma manera que antes estaba. No se le admitió el partido y así se quedó. El monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes tiene el mejor sitio, aunque los teatinos también, por estar en la plaza junto á la Iglesia mayor: el de San Francisco tiene plaza y bien grande; sustenta más de 30 religiosos; el de San Agustín se vá edificando, que sustenta 20 religiosos. Después de la ciudad de los Reyes y Potosí, es el mejor pueblo destos reinos. A la redonda, hay seis ó siete parroquias de indios que abastecen á la ciudad. El valle es muy poblado de muchas chácaras, fuera de que la comarca es muy fértil. Esta ciudad es cabeza de obispado y lo era de todo el reino y aunque así se nombra en los contratos y escrituras que en ella se hacen, ya vá perdiendo este título, porque la ciudad de los Reyes se lo lleva con la asistencia del Virrey, Audiencia y Santa Inquisición. La Iglesia Cathedral es pauperríssima en edificios,

aunque en rentas es la más aventajada de todas las Indias. Hay muchos templos en pueblos de indios muy mejores; la causa porque no se haya edificado, no la sé; unos echan la culpa á personas ya muertas, otros á vivas: no me quiero entrometer en esto. En ornamentos es rica, pero en lo que más florecía era en la celebración de los Divinos Oficios, viviendo el chantre primero que en ella hubo, porque todas las horas se cantaban cada día, el oficio menor de Nuestra Señora á media noche. Carece esta ciudad de leña, por lo cual no ha crecido más; yo la he visto repartir como carne en la carnicería, ni tiene de donde le venga, ni carbones. De cuando en cuando le alcanzan temblores de tierra, y á veces son tan vehementes los truenos que parecen temblar los cielos. Junto á la ciudad, saliendo della, caminando para el Collao, hay una fuente de agua salada claríssima y abundante, la cual recogida en un estanque grande que desde el tiempo de los ingas está hecho, se reparte por la tierra en contorno del estanque, la cual dentro de pocos días se vuelve sal blanquíssima. La tierra en que cae se dividió por chácaras por los vecinos de indios y conventos; tenemos allí nosotros nuestra chacarilla. Hacen los indios desta sal mil pajaritos, leones, tigres y otros animales y así la venden. Un poco más adelante entramos en el llano donde se dió la batalla nombrada de las Salinas, por ser cerca destas, entre Hernando Pizarro y Don Diego de Almagro. Fué la primera que hubo entre españoles, y los suyos fueron vencidos; fué bien reñida, pero tratar del llano hace á nuestro propósito, y ésto cuanto á la ciudad del Cuzco.

CAPÍTULO LXIV.

DE LOS ANDES DEL CUZCO Y COCA

Muchas cosas hacen á esta ciudad muy rica: los muchos indios de repartimiento; los que tienen en contorno del pueblo; la contratación de los mercaderes, pero lo que más la enriquece es la contratación de la coca que comen los indios. Esta coca es un arbolillo pequeño que no se levanta del suelo cuando mucho una vara, las ramas delgadas, casi como el zu-

maque, aunque es más ancha; esta coca no se dá sino en tierra muy cálida y lluviosa, siémbrase á mano. Tres ó cuatro jornadas del Cuzco hay una tierra llamada los Andes, donde hay estas chácaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros han enriquecido, porque se sacan, para Potosí particularmente, cada año más de 60 mil cestos de coca, que cada uno debe pesar de 20 á 25 libras. Sácanla en carneros de la tierra y lleva un carnero 4 y 5. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata á comprar esta coca; vale el cesto cuando menos 3 pesos. Es imaginación ó esta hoja tiene alguna virtud de sustentar, lo cual los indios si han de trabajar y no traen un poco della en la boca, ó si han de caminar luego desmayan y como la llevan trabajan y caminan todo el día, si no es cuando se sientan á comer, que brevemente concluyen. Entre estas chácaras de coca hay muchos animales ponzoñosos que en ellas mismas se crían y la picadura era irremediable hasta de pocos años á esta parte que se halló remedio, y fué así: que andando á caza de perdices un soldado gentilhombre, á un perro suyo picóle una víbora en el hocico, hinchándosele la cabeza como una bota; viniéndose tarde para su casa, el perro veníase así tras su amo, pero en viendo un arroyo de agua que cerca de la casa corría, fuese á toda furia para el agua. El amo pensando que la rabia de la muerte lo llevaba, paróse, vióle poner la cabeza en el agua. Dejóle el amo por muerto, pero ya que quería cenar, entra el perro sano y bueno y halagando á su amo, y aún para más confirmación se experimentó en otro perro, que sanó luego de la misma suerte. La tierra es muy contraria á la salud de los pobres indios y aún á la de los españoles, sino que á nosotros no nos dá la enfermedad de las narices como á los indios. Es tierra llena de montaña, calurosíssima, como habemos dicho, y abundantíssima de lluvias, pero el interés la hace habitable por más indios que en ella perezcan, lo cual deberían considerar y aún remediar los que nos gobiernan.

CAPÍTULO LXV.

PROSIGUE EL CAMINO DEL CUZCO Á VILLCANOTA

Volviendo, pues, al camino real y pasando del llano do fué la batalla de las Salinas, vá corriendo el valle del Cuzco ensanchándose un poco más. Si le queremos prolongar hasta la rinconada llamada Mohina, terná de largo poco menos de cinco leguas, por medio del cual el río los ingas llevaban acanalado. Ahora por descuido de los nuestros á mediana venida anega la mayor parte del valle. Fenecido este valle, diez leguas más adelante, llegamos al pueblo ó valle Quiquijana, la mitad del pueblo fundado de la una parte del río, la otra mitad de la otra. Es río grande y pocas veces se vadea, de gruesa agua. Pásase por puente de criznejas sin riesgo alguno. Luego proseguimos nuestro camino para el Collao, el río arriba, pasando por muchos pueblos de indios que á la mano izquierda de él hay poblados, á la derecha uno solo, hasta llegar á su nacimiento, que es una laguna llamada Villcanota, que se hace de nieves que corren de un cerro alto y nevado, antes de la cual hay unos baños de agua caliente que de lejos no parece sino que hay allí cantidnd de fuego, tanto es el vapor como humo que de los manantiales sale, y tan caliente el agua que hierve á borbollones, y confieso que la primera vez que ví tanto humo juzgué haher allí muchos indios. Tiene virtud esta agua para el dolor de ijada y deshace la piedra de los riñones bebiéndola todo lo caliente que se pueda sufrir. Volviendo á nuestra laguna Villcanota, será tan grande como seis cuadras; es digno de memoria lo que en ella hay. Este asiento es muy alto y muy frío; la laguna y camino real entre dos cordilleras nevadas, vierte á dos partes dél un desaguadero á mano del norte que es el principio deste río grande de Quiquijana, el que juntándose con el de Apurímac, Amancay, Villcas, Jauja y otros, hace el famoso río de Marañón, que dijimos desemboca en la Mar del Norte con 80 leguas de boca. La otra vertiente ó desaguadero hace el río que llamamos de Chungara y Ayaviri, que entra en la laguna de Chucuito, y ésta desagua por una parte á la Mar del Sur. Un poco más adelante, como media legua, vemos una pa-

red de piedra de mampuesto que corre desde la nieve del un puerto al otro, atravesando el camino real. Esta pared dicen los antiguos se hizo por concierto entre los ingas y los indios del Collao, los cuales, trayendo guerras muy reñidas entre sí, vinieron en este medio que se hiciese esta pared en el lugar dicho, de un estado de un hombre, no muy ancha; la cual sirviese como de muralla para que ni los ingas pasasen á conquistar el Collao, ni los Collas el Cuzco. Rompieron por su mal los Collas las paces y quisieron conquistar los ingas, mas estos revolviendo sobre los otros, los conquistaron y no pararon hasta Chile. Esta pared se vé al día de hoy desde la nieve de un cerro, y atravesando el valle y camino real sube hasta la nieve del otro.

CAPÍTULO LXVI.

PROSIGUE EL CAMINO AL COLLAO

Puestos en este paraje de Villcanota, luego comenzamos á bajar hasta el Tambo de Chungara, donde en todo el valle se apacienta copia de ganado vacuno, y á mano derecha no poco ovejuno y ganado de la tierra. Este tambo es muy frío y desde aquí á la provincia de los Charcas ya no se dá maíz sino papas y quinua, y ha de ser muy buen año, por que si los hielos se anticipan, las papas corren riesgo; la quinua mejor lo sufre. De aquí vamos al primer pueblo del Collao llamado Ayaviri, ventoso y frío, pueblo grande y rico de ganado de la tierra, como lo son los demás desta provincia. De Ayaviri, siete leguas adelante, llegamos al pueblo llamado Pucará, también pueblo grande, famoso porque aquí se desbarató el tirano Francisco Hernández Girón. Cególe Nuestro Señor como andaba en deservicio suyo y del Rey; porque si se tuviera 10 días más que no saliera del sitio y fuerte donde estaba, siendo señor de las comidas, y teniendo agua y leña que no se les podía quitar, era imposible el real del Rey sustentarse y se había de deshacer por falta de mantenimientos, pero quiso la Divina Magestad le desbaratasen la gente, por cuyo motivo se puso en fuga con 160 soldados á la vuelta de Quito; pero llegando al valle de Jauja, ó poco más adelante,

salieron á él dos capitanes de la ciudad de Huánuco y lo prendieron y á los pocos que con él iban. Trujéronle á la ciudad de los Reyes, donde como á tirano y traidor á la Corona real, le cortaron la cabeza y la pusieron en el rollo, en medio de la plaza, en una jaula de hierro, á vista de todo el pueblo, con su letrero que decía: Esta es la cabeza del tirano Francisco Hernández.

CAPÍTULO LXVII.

DE LA LAGUNA DE CHUCUITO

Pasando adelante, por el camino real, á pocas jornadas de aquí, no son ocho, dimos en la laguna de Chucuito. Es la más famosa del mundo, la mayor y muy poblada: casi á la playa della son las poblaciones. Los vientos causan en ella tormentas como en la mar, y aún más ásperas por no tener puerto fondeable: lo que sirve de puerto son totorales que son una juncia gruesa como el dedo pulgar; y aunque allá dentro se anda con vientos y tempestades, en llegando á la juncia la ola, cesa toda la tormenta. El agua es muy gruesa, nadie la bebe, con no ser tan salada como la del mar; tiene de travesía 40 leguas y de largo 80. Es abundante de peces por la una y otra costa; algunas veces se mete la tierra adentro, pero por el camino real del inga iba muy derecho no lo torcía, antes por medio de la ensenada, más ó menos conforme á la derecera del camino, se proseguían hechas á mano unas calzadas derechas como una vira y á trechos sus ojos llanos, por los cuales corría el agua. Hay calzadas de dos leguas y más, á lo menos por el otro camino llamado de Omasuyo. También las hay menores, conforme como es la ensenada, pero ya muchas dellas por esta parte se han perdido por descuido de nuestras justicias y se rodean en partes más de dos leguas, y ver aquellas calzadas y caminos derechos perdidos, causa compasión. Lo que no ví en la Mar del Norte, ni he visto en esta del Sur, ví en esta laguna: fué una manga de agua, la cual vista me admiró mucho: no había visto otra. En la compañía caminábamos cuatro ó cinco de conformidad

venía un piloto que huyendo de la mar quiso ver á Potosí, pero volviéndose á su inclinación natural, no le había parecido bien la tierra y volvióse. Pregunté le qué era aquello, entonces me dijo: aquella se llama manga de agua y si cae en navío sin puente, sin remedio le anega y de noche son muy peligrosas porque no las vemos; de día huímos della como de la muerte. Cae de lo alto de las nubes hasta el agua. Al viso parecía tan gruesa como un mástil, y como vá descargando se vá adelganzando á la cual, delgada, el viento la pone como un arco hasta que totalmente la nube queda sin agua. Todo esto ví entonces, he dícholo para probar las tormentas que aquí se padecen, por lo cual y por que no hay puertos no se puede navegar con bergantines. Uno se hizo y se comenzó á navegar en él, pero con una tormenta se perdió, y nunca más se ha hecho otro ni intentado hacerle. Los indios en sus balsas también usan y se aprovechan de velas conforme á lo que la balsa sufre.

CAPÍTULO LXVIII.

DE LOS PUEBLOS QUE HAY EN LA PROVINCIA DE CHUCUITO

Tomó la denominación esta laguna acerca de los españoles, llamándola la laguna de Chucuito, la más rica del Collao, cuya cabeza es un pueblo así llamado y fundado casi á la playa desta laguna por la una parte, y por la otra sobre un cerro, no agrio de subir. Aquí reside el curaca principal y la justicia con título de gobernador. Los pueblos sujetos son á dos leguas, Acora, Arvilavi, Juli, Pomata y Zepita; son grandes y ricos de ganados de la tierra, y de los nuestros no hay faltas. Nuestra sagrada religión la tuvo á su cargo desde que se redujeron á la Corona Real de Castilla para la doctrinar, en que se ocupó muchos años el padre Fr. Melchor de los Reyes, de quien en breve dejamos hecha mención, el padre Fr. Agustín de Formicedo, que hoy muy viejo vive, el padre Fr. Domingo de Narváez, cuyo cuerpo dijimos estar enterrado en el convento de nuestro padre San Diego de los Reyes, que pasados 7 años se halló entero su cuerpo y el hábito sin lesión, y el padre Fr. Domingo de la Cruz, á quien un demonio

perseguía de día y de noche, con otros muchos grandes religiosos con cuyos trabajos, artes, vocabularios, cartapacios, y sermones, otros el día de hoy triunfan, como si ellos lo hubieran trabajado. Sucedió que en un pueblo llamado Copacavana, donde está la imagen deste mismo nombre, había un indio casado que á su mujer daba mala vida y aborrecía grandemente. Ella era buena cristiana y devota de aquella imagen de Nuestra Señora: el marido persuadido del demonio sacóla al campo para ahorcarla, echóle la soga á la garganta y quísola ahorcar. La india muy deveras se encomendó muy mucho á Nuestra Señora y teniéndola ya su marido para lanzarla de un árbol abajo, apareciósele Nuestra Señora. El indio deja la mujer y pone pies en polvorosa mirando para atrás lleno de temor, y la india quedó libre, hallándose en el suelo, la cual también vió á Nuestra Señora en su favor. Vínose á la Iglesia, hincóse de rodillas delante del altar de Nuestra Señora dándole gracias: hácese averiguación del milagro cogiendo al marido que confesó luego por que aún estaba temerosíssimo: llámase al corregidor de aquel partido, que lo era Don Gerónimo Marañón: convocáronse los clérigos comarcanos: hízose una solemne procesión con los indios del pueblo y otros que acudieron y algunos españoles. Luego se comenzaron á multiplicar milagros que pintaron en las paredes de la Iglesia. Los milagros han sido muchos y notables de los que escribiré dos aquí, que oí al bachiller Montero: el uno fué que habiendo falta de agua para las comidas, los indios determinaron hacer una procesión á instancia deste sacerdote, sacando la imagen de Nuestra Señora y para ésto la parcialidad que llaman hanansaya, que es la más principal, tratólo con la menos principal, que llaman urinsaya. Esta no quiso venir en ello: los hanansayas hacen su procesión, y fué Nuestro Señor servido, para confundir á estos indios de poca fé, que con tener las chácaras juntas lloviese en las de los hanansayas y no en las de los urinsayas. El otro fué: dos indios, marido y mujer trujeron, de más de 42 leguas, un hijo solo que tenían contrahecho á Nuestra Señora que se lo curase. En abriendo la puerta de la iglesia por la mañana tomaban su hijo que ya sabía hablar—tenía de 7 á 8 años—y ponían delante del altar de Nuestra Señora; de esta suerte le ponían por diez ó doce días. Sucedió que el niño un día comenzó á hablar con la ima-

gen de Nuestra Señora, y decirla: Señora, ya há muchos días que mis padres me ponen aquí adelante de vos para que me sanéis y no me sanáis, la comida ya se les ha acabado y es tan lejos de nuestra tierra: sanadme ya, Señora, si no volveremos á nuestra tierra. Dicho ésto se levantó el niño sano y salvo, como si no hubiera padecido lesión alguna, y salió á buscar á sus padres que estaban en el cementerio fuera de la iglesia, y con ésto se volvieron á su tierra; y las palabras del niño los demás que allí se hallaron las refirieron. A la fama de esta imagen y milagros concurrían de lejas tierras; hasta de 100 leguas venían. El contador Garnica, que era quebrado, ciñéndose la medida de Nuestra Señora sanó; los hechos es de más escribirlos porque piden un libro entero. Los padres agustinos tendrán cuidado dello. El indio que hizo esta imagen, aunque ha hecho otras, ninguna ha sacado como ella: ha sido llamado á muchas partes y las ha hecho, y estando en la ciudad de la Plata le llamó el Presidente de la Audiencia para conocerle, el Licenciado Cepeda, y dióle silla diciendo quien hace imagen de Nuestra Señora que obra tanta multitud de milagros, merece se le dé silla delante de un Presidente.

CAPÍTULO LXIX.

DEL PUEBLO DE ZEPITA Y DESAGUADERO

De Copacavana volvemos al camino real sobre mano derecha, en demanda del último pueblo de la laguna de Chucuito, ocho leguas tiradas: es pueblo frío y destemplado, como los demás, y ninguno tanto como éste en toda esta provincia, del cual dista el Desaguadero desta laguna dos leguas y media. El Desaguadero tan ancho como un tiro de piedra, el agua parece como embalsada; oí decir que cayendo alguna cosa en el agua era imposible salir, y lancé un perro, el que luego salió á nado. Tiene este Desaguadero una puente la mejor, más fácil y segura del mundo, es llana y totora asentada sobre tres ó cuatro maromas de ichu muy estiraradas; hacen los indios unas balsas fuertemente atadas desta totora, á manera de media luna, cuando muestra después de la conjunción, el combejo que es lomo asientan sobre las ma-

romas muy bien atado, y luego junto á ésta otra, y así las multiplican desde el principio al fin, de suerte que son segurí-ssimas tales maromas, y aún yo he pasado muchas veces dicha puente llevando la cabalgadura del diestro. Hay aquí indios con pescado, los cuales tienen cuidado á su tiempo de renovarla, y son tan diestros en ello y en saber por la experiencia que tienen cuando conviene hacerlo, que no pierden punto, porque ya saben cuando han de renovar las maromas y las balsas. Deste desaguadero se hace otra laguna que llaman de Pariaó de Chalacollo, por otro nombre no tan grande ni con mucho como ésta: desagua contra la Mar del Sur, sumiéndose sin que responda á alguna parte por ventura por las entrañas de la tierra á dar al mar.

CAPÍTULO LXX.

DEL PUEBLO DE TIAGUANACO

Seis ó siete leguas delante del Desaguadero, llegamos al pueblo de Tiaguanaco, donde hay apartado un poco del camino real, unos edificios antiguos, de piedra recia de labrar que parecen labradas con escuadra, y entre ellas piedras grandíssimas. Casi no pasa por aquel pueblo hombre curioso que no las vaya á ver. La primer vez que por allí pasé, con otros dos compañeros, las fuímos á ver, donde vimos unas figuras de hombres de sola una piedra tan grandes como gigantes, y junto á ellas de muchachos la cintura ceñida con un talabarte labrado en la misma piedra, sin tiros, como van los que traen tahalíes. Ahora se aprovechan de aquellas piedras para el edificio de la iglesia deste pueblo. De aquí á Calamarca, otro pueblo de indios, hay dos jornadas largas, donde se junta el otro camino de Omasuyo, que por la otra parte de la laguna pasa, porque es necesario volver á tratar dél.

CAPÍTULO LXXI.

DEL CAMINO DE OMASUYO

Desde el pueblo de Ayaviri, que dijimos ser el primero del Collao, tomando sobre mano izquierda, comienza el camino y sigue la provincia llamada Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna de Chucuito. Esta provincia es muy poblada y por la otra parte son abundantes de ganados de la tierra, y participan de más maíz y trigo que los de la otra parte, por tener sobre mano izquierda la provincia de Larecaja abundante de lo uno y otro. Esta provincia es montuosa, llena de sabandijas ponzoñosas; ésta no la he visto dos veces que por ella he caminado, porque no he encontrado cosa digna de memoria, sino es el pueblo de Guarina, dos leguas delante del cual fué la batalla desgraciada entre el General Diego Centeno, que defendía la parte del Rey, y el tirano Gonzalo Pizarro, éste con cuatrocientos hombres y Centeno con mil y doscientos. Aquí fué desbaratado y la flor de los vecinos y capitanes muertos y presos y enterrados más de cuatrocientos hombres en un hoyo donde ahora está una hermita, harto mal parada, sin que los hijos de los que allí tienen sus padres la reparen, ni aún hayan gastado un real, y son algunos de éstos vivos y muy ricos, más de sus padres creo se acuerdan poco.

CAPÍTULO LXXII.

DE LA CIUDAD DE LA PAZ

De aquí, de Guarina á la ciudad de La Paz son dos jornadas, la cual se llamó así por ser poblada en medio de Potosí y el Cuzco, donde había los años pasados algunos alborotos, y porque aquí se había de salir á apaciguarlos se llama la ciudad de La Paz, en la cual por la mayor parte hay poca entre los vecinos de ella. Poblóse en valle hondo por lugar más abrigado, junto á un río pequeño de buena agua. No lleva

peces por la frialdad del temple, pero provéese de la laguna que la tiene á 8 leguas poco más. En este valle tienen los más de los vecinos sus heredades: el trigo é maíz les traen de la provincia de Larecaja y de otro valle más abajo nombrado Cochapampa: los vecinos de aquí, á lo menos los viejos, eran muy ricos, así de plata como de ganados, particularmente ovejuno, por los muchos y buenos pastos que hay en la comarca y cerca del pueblo, á cuya causa en el mismo pueblo conocí un obraje de paños, donde se hacían blancos y pardos, mejores que los que traen de Castilla: frezadas y otras cosas. Sustenta cuatro monasterios: San Francisco, San Agustín, la Merced y Teatinos, que en breve se han arrendado y muy bien; tienen su sitio en una cuadra de la plaza y en él tiendas no pocas para mercaderes y pulperos. Es pueblo de mucha contratación, á lo menos solíalo ser, y donde se remediaban soldados pobres hasta que se proveyeron corregidores de naturales.

CAPÍTULO LXXIII.

DEL PUEBLO DE CALAMARCA Y DEMÁS PROVINCIAS DEL COLLAO

De aquí al pueblo Calamarca, que quiere decir pueblo fundado en pedregal, y así es, ponen ocho leguas largas y llanas, á donde no una legua de él se junta con el camino real. Fundóse otro pueblo á corta distancia, que llaman los Quillacas, y éstos son del repartimiento de la ciudad de La Plata, provincia más seca, no tan fértil como la otra, pero de la calidad misma en otras cosas, y desde el Desaguadero hasta los Quillacas todo comúnmente se nombra Pacajes. En todas esas naciones hay pueblos de indios grandes y ricos de ganados, faltos de leña para cubrir las casas, y aún para el fuego, aunque les proveyó Nuestro Señor de una que llaman tola, que casi la hoja tira á nuestro romero, y quemada huele bien, no mucho. Hay en estas provincias grandes salinas, por lo cual ahora pocos años se descubrieron unas minas de plata, que por este respecto se llamaron de las Salinas; ya creo ha cesado por su pobreza.

CAPÍTULO LXXIV.

DEL TAMBO DE CARACOLLO Y CAMINO HASTA LA PLATA

De Calamarca al Tambo de Caracollo, asaz, frío y destemplado, se ponen cuatro jornadas, en medio de las cuales se fundó el pueblo llamado Sicasica. Tiene el nombre por una fuente de agua que le trujo, boníssima, y por un espinillo que no crece un palmo, salubérrimo, tomando su sahumerio para catarros, toses y apretamiento de pecho y para otras enfermedades, bebida el agua de su cocimiento, tanto que de España se pide como cosa preciada. De aquí á Caracollo son 12 leguas; las 7 á una ventilla, en torno en la cual solía andar un mestizo, famoso ladrón de caballos y mulas. De Carocollo, tomando el camino por la mano siniestra, 15 leguas andadas, llegamos al valle de Tapacari y pueblo. Esta tierra es algo templada, aunque por estar al pie de la sierra es muy fría. Dáse maíz y trigo, duraznos y membrillos en lugares abrigados. Hay aquí un convento de los padres de San Agustín con título de priorato; los padres que en él residen son dos ó tres, los demás en otros pueblos. De Tapacari hay dos jornadas al gran valle de Cochabamba, que quiere decir tanto como valle cenagoso, porque todo está lleno de ciénegas, si no son á las faldas de los cerros, que por una parte son muy altos y nevados. En estas faldas se dá mucho maíz y trigo y aún algunás parras, frutas de las nuestras todas, y árboles. Es este valle el sustento de Potosí: de trigo, maíz, tocino, manteca y hará 34 años se pobló un pueblo de españoles, el que vá en mucho aumento, cuyos vecinos, algunos ricos de plata, pero de ganados nuestros casi todos. Aquí tenía su repartimiento el Licenciado Polo con una famosa cría de caballos; también se crían chinches pequeñas como las de España. Críanse en todos estos valles muchas víboras de las de cascabel, de que habemos tratado, y en los altos con otras pequeñas, como las de España, y otras que se abalanzan á picar. En las montañas y árboles se suben otras y de allí se arrojan á picar á los caminantes. Éstas dicen ser áspides; todas las picaduras destas víboras son irremediables si lue-

go no se les acude con el remedio que ya dijimos y enseñamos.

CAPÍTULO LXXV.

DE LOS VALLES Y PUEBLOS DESDE CLISA Á MIZQUE

De Cochabamba á Pocona ponen 15 leguas, en medio del cual cae el valle de Clisa, muy ancho, de más de 4 leguas y de largo más de 8. En este valle se coge mucho trigo con la calidad de muy bueno, y el maíz lo mismo. No tiene agua, que si la tuviera, era bastante él sólo á dar trigo y maíz á Potosí. El río que sale de Cochabamba divide estos dos valles, y no es provechoso para sacar acequias por correr casi al fin dél. Críanse allí osos muy grandes, que trastornan las mujeres, y ellas, viéndoles, ninguna resistencia hacen. Hay terribles tigres y ha sucedido llegar un tigre á la casa de muchos indios, y de en medio de ellos, si había alguno no bautizado, llevárselo en las uñas, sin hacer daño á los bautizados. Esto no es fábula. A ocho leguas de aquí entramos en el valle de Mizque y antes de llegar á él pasamos por dos vallecillos pequeños, pero de muchos cedros finíssimos, donde de algunas chácaras de españoles y viñas se coge boníssimo vino. Mizque es valle ancho, con dos ríos, uno mayor que otro. El mayor lleva savalos grandes y buenos. Todos estos valles, con toda la provincia de los Charcas, tienen al cielo por contrario, por los grandes pedriscos que sobre ellos vienen y descargan. La causa natural es ser esta provincia llena de minerales y como los vapores que de ellos saca el Sol sean gruesos, fácilmente se convierten en pedriscos, y si alguno de ellos es combatido, es este valle de Mizque y á la viña que dá ó árbol frutal, en tres años no vuelve en sí. Tiene otra plaga, y es que se crían así en los indios como en los españoles, papos, que acá llamamos cotos, en las gargantas. Yo he visto hijos de españoles nacer con ellos. El remedio experimentado es atarse á la garganta una ó dos cabezas de víboras y con esto se disuelven. Conocí á un hombre llamado Simón Albertos, con uno muy grande, y sabiendo este remedio se echó

dos cabezas de víboras al cuello y le ví sano como si no hubiera tenido tal en su vida. Pues ¿no hay remedio para apocar las víboras? Si hay, y son los puercos. Estos las apocan; pero en el tiempo de las aguas se crían muchas por la constelación del cielo y por la humedad y fertilidad de la tierra. Es cosa de admiración ver pelear un puerco con una víbora: en viéndola eriza todas las cerdas el cerdo; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y ésta se queda; el puerco rodéala hosando y guardando con la tierra el hocico, no le pique en él. Si le pica, como un gamo váse al agua y pone el hocico en ella hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad á la batalla. La víbora se aparta de su lugar, el puerco vásele llegando hosando y cuando vé la suya es prestíssimo, con la una mano pónela encima de la cabeza de la víbora y dando con ella en el suelo, le aprieta tan fuertemente con la tierra, que no la deja volver á picar y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come. He dicho esto para..... del prudente lector.

CAPÍTULO LXXVI.

DE LA PROVINCIA DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Desde este valle Mizque toma el camino sobre mano izquierda para la provincia de Santa Cruz de la Sierra: esta provincia es abundante de maíz y en algunas partes dá trigo. El temple de la ciudad es bueno; dista deste valle más de 120 leguas, en partes de mal camino, falto de agua. Para ir á esta ciudad se pasa por unas montañas, donde viven indios chiriguanos que comen carne humana, y algunas veces suelen salir hasta bien cerca del valle Mizque, donde el daño que pueden y á los caminantes lo hacen, saliéndoles de trauco y si los cogen descuidados lo pasan mal los nuestros, como lo pasaron no ha muchos años, que saliendo de la ciudad de Santa Cruz la mujer del General nuestro, Fulano de Chávez, de quien luego trataremos; salieron al camino y la quitaron á los soldados que con ellos venían peleando, mas viendo los soldados lo sucedido se concertaron como hombres nobles y va-

lientes, morir ó recobrarla, y siguiendo á los enemigos los alcanzaron y sin riesgo de las mujeres quitaron la presa y se volvieron á su camino, sin que los indios se atreviesen más á pelear con ellos. Y tienen una especialidad los chiriguanas, que no comen carne de español, por que habiéndose comido á uno, á todos los que lo comieron les dieron cámaras de sangre y murieron; porque habiéndose extendido este suceso entre la nación, se abstienen de comer carne de españoles. Pasadas las montañas destos chirriguanas se siguen unas montañas, digo unos valles, llanos muy grandes, donde hay gran cantidad de miel y mucho ganado nuestro, vacuno. De aquí á Santa Cruz de la Sierra, todo ó lo más es despoblado y sin agua, sino son unos jagueyes que lo más del año están sin agua, que lo ocasiona el ser tierra llana. Este pueblo pobló el General Ñuflo de Chávez hermano del padre Maestro Fr. Diego de Chávez, doctíssimo y verdadero hijo de Santo Domingo, primer confesor del Príncipe nuestro señor Don Carlos y después del Rey nuestro señor Don Felipe II. El General Ñuflo de Chávez subiendo por el Río de Plata arriba, muchas leguas de la Asunción, pueblo principal de aquella gobernación, dió en este asiento, pobló y púsole el nombre susodicho, en medio de muchos chiriguanas, porque á una y otra parte del pueblo los hay. Cercó la ciudad de tres tapias; fortaleció las puertas,—en todos estos reinos no hay ciudad cercada; y no obstante vinieron á matar al susodicho General Chávez por confiado y no dar crédito á un soldado que le avisó de la celada que los chiriguanas le tenían armada un día que salió fuera; porque habiéndole muerto, atajaron el camino luego los chiriguanas para que ninguno de los que venían con el General pasase á dar cuenta á Don Diego, su cuñado, que era de los Mendozas: el cual luego que tuvo aviso (que no impidieron los chiriguanas) hecho en el real el sentimiento debido, marchó con su ejército luego y dando en los chiriguanas por una parte los pocos, por otra mató muchos, y á los que vinieron á las manos metiéronlos en un buhío y pusiéronles fuego: castigo merecido por la maldad cometida, por que el General era nobilíssimo y valentíssimo. Sucedió esta desgracia gobernando este reino el Licenciado Lope García de Castro. Su Magestad le había hecho merced de aquella gobernación, para sí, hijo y nieto. Dejó dos hijos

pequeños y tres hijas. El gobierno encomendóse á Don Diego de Mendoza hasta que su sobrino el mayor tuviese edad. Después quitóselo Don Francisco de Toledo siendo Visorrey destos reinos y proveyó en él á Juan Pérez de Zurita, más para pelear que gobernar. Después tornóse á proveer en el mismo Don Diego, el cual muerto (como diremos) quedó un poco de tiempo el gobierno en los alcaldes; después de lo cual no sé si por Su Magestad ó por qué virrey se proveyó á Don Lorenzo de Figueroa, un caballero muy noble y de muy buenas partes, y no menos christiano, el cual descubrió una provincia de gente política como esta del Perú, muy poblada, y que fácilmente se le dieron, y aún le convidaron con la paz porque los librase de los chiriguanas que los comían. Murió este caballero; ahora no sé quién la gobierna.

CAPÍTULO LXXVII.

PROSIGUE EL CAMINO DE MIZQUE Á LA CIUDAD DE LA PLATA

Volviendo al valle de Mizque y prosiguiendo el camino, á diez leguas andadas, llegamos al Río Grande que corre por un valle desaprovechadíssimo, si no es para víboras, tigres y osos; caluroso y sombrío respecto de la mucha montaña de una parte y otra y los árboles infructíferos, silvestres, los más espinosos. Aquí no habitan sino las criaturas dichas y no pocos mosquitos. Al tiempo de las aguas el río muy grande no se puede vadear, y aún al de la seca es necesario saber bien el vado, por el riesgo de los que se ahogan y por ser camino muy pasajero. La ciudad de la Plata fué uno de los ricos pueblos del Perú y los vecinos della fueron de los más aventajados de todo este reino. Aquí fué vecino el General Lorenzo de Aldana, Don Pedro de Portugal, Gómez de Solís, el General Pablo de Meneses, Licenciado Polo y otros muchos capitanes y valerosos varones, de todos los cuales ya no hay memoria, sino es de cuál ó cuál. Fueron todos á una mano riquíssimos por las minas que tomaron en Potosí, las cuales entonces acudían á muchos marcos por quintal. Su población es unas lomas llanas, no mucho, pero como las requiere la tierra donde llueve. Es cabeza de obispado, y muy ri-

co. Ahora cuatro años, cuando estuve en ella, estaban los diezmos solamente del distrito de la ciudad y algunos pueblos recién poblados de españoles, hacia las montañas, en 76 mil pesos ensayados, y el año pasado en 82 mil, sin los diezmos de la ciudad de La Paz y provincia de Chucuito, los cuales, todos juntos, pasan de 100 mil pesos. Tiene el señor obispo de su cuarta de la masa principal 25 mil pesos, sin lo que le viene de la cuarta funeral, que yo aseguro no le faltan mucho para 40 mil pesos, que no es mal bocado para un pobre clérigo ó fraile. Ahora 28 años no llegaba la renta del obispo á 70 mil pesos, siéndolo nuestro religioso el reverendíssimo Fr. Domingo de Santo Tomás. Después vinieron clérigos á ser obispos, deseados por los clérigos del obispado, los cuales, cuando vino la nueva para tomar la posesión por el Rvmo. don Fernando de Santillán, haciendo grandes regocijos de noche á caballo, con hachas y repiques de campanas, decían:—capillas afuera, capillas afuera. Empero, sucedióles lo que á las ranas; entablaron estos señores obispos la cuarta episcopal y ahora lloran las capillas pasadas y reniegan de sus deseos. Es cosa de admiración ver lo presto que los prelados hinchen las cajas de plata. Sustenta seis monasterios, uno nuestro, otro de San Francisco, otro de San Agustín, otro de la Merced, otro de Theatinos y uno de monjas sujetas á los padres agustinos, pero ninguno hay acabado. El monasterio de San Francisco es el que tiene más edificado, la iglesia es cómoda, de una nave, cubierta toda á dos aguas. Reside aquí la Audiencia Real, necesaríssima para los pleitos de Potosí y más para la quietud de la tierra, por maravilla alcanzan en esta ciudad. Empero, es toda esta provincia tan combatida (á la entrada de las aguas) de truenos, rayos y pedriscos que parece temblar los cielos. No sé si hay en el mundo provincia más combatida destas cosas; los rayos son muy frecuentes que hacen mucho daño, y si no fuera por dilatar tanto estas noticias dijera cosas raras del tiempo que viví en ella. Llueve poco en toda esta provincia; es grande y poco poblada de indios. Comienzan las aguas á mediados de Diciembre y por Abril han cesado; pocas veces el agua es general, son aguaceros con tanto ímpetu de vientos, trunos, rayos y relámpagos que es cosa temerosíssima. Toda esta provincia de los indios Charcas es abundantíssima de miel de abejas. No crían en colmenas como

en España, porque no se tiene cuidado de recogerlas; crían unas en la tierra, debajo della y por un agujero entran y salen á su labor; ésta suele ser agria. Otras crían en troncos y huecos de los árboles; ésta es mucho mejor. Otras hacen sus panales colgándolos de la rama de un árbol, sobre la cual los fraguan, y algunos como botijas peruleras; ésta es la mejor, más blanca y para muchas cosas buena. A cuatro leguas de la ciudad, al Oriente, entramos en el valle llamado Mojotoro, que quiere decir barrio nuevo, angosto, mas tiene algunas anconadas, todas de riego, en las acequias que del río sacan. Aquí hay muy buenas chácaras y huertas con todos los árboles frutales nuestros, y muy buenas viñas, á donde de Potosí vienen, que dista 22 leguas, á comprar con muy buenos reales desde las cebollas y ajos hasta la camueza y la pera. Todos estos valles son abundantes de las plagas arriba dichas de víboras y otros animales ponzoñosos, pero proveyó Dios de muchas yerbas medicinales y árboles más que en ninguna otra parte destos reinos. Llena esta tierra mechacán tan bueno como el que se trae de México; lo que en más abundancia se cría son molles; aprobadíssimos para muchas enfermedades frías, y estos árboles son como grandes encinas. Los molles dándoles una cuchillada en la corteza y sin que se les dé, pero dada, destilan una goma blanca con un poquito de cárdeno, al gusto, poco mordaz. Usan de ella para purgar flema; yo ja he tomado. Pónenla en un paño limpio, mójanla en agua, exprímenla como cuando se hace una almendrada y cuanto hay una escudilla echánle un poco de azúcar y puesta al sereno, por la mañana se bebe sin más preparación. Hace su efecto admirablemente; llena unas uvillas coloradas que son como las majuelas de España, pero son todas redondas sin la coronilla que tienen las majuelas. De estas uvillas se hace miel y chicha muy dulce y calidíssima. Con la corteza curten suelas, y muy buenas. Hay entre estos árboles macho y hembra: el macho es más coposo y más grato á la vista; la hembro crece más y las ramas más extendidas; la fruta del macho jamás madura, pero la de la hembra la llega á sazonar. Pero de lo que es más abundante esta provincia es de toda suerte de minerales, á cuya causa son las tempestades tan recias y si Potosí faltase, no faltarían otros cerros llenos de plata.

CAPÍTULO LXXVIII.

DE OTRO CAMINO PARA LA CIUDAD DE LA PLATA

Volviendo á Caracollo, de donde proseguimos el camino para la ciudad de la Plata por los valles, y tomándolo por el más seguido, de aquí una jornada llegamos á la venta de las Sepulturas. Llámase así, porque se pobló en un llano donde hay cantidad dellas, y en todo el camino, particularmente desde Siquisica, sepulturas de indios, donde en su infidelidad se enterraban en estos lugares fríos: la causa debía ser porque no se corrompieran los cuerpos. Son altas, de más de estado y medio, todas en general angostas, como una vara, de cuatro paredes; unas puertezuelas, que todas miran al Oriente, junto al suelo. Aquí se enterraban los indios y sus mujeres y para los hijos hacían otras pequeñas junto á éstas, y no dan grima estos cuerpos como los nuestros; y en estas sepulturas no come la tierra los cuerpos, sino consúmese la carne y lo demás queda entero, ni se crían gusanos, porque la frialdad y sequedad del país no dá lugar á ello. Tomando, pues, el camino sobre mano izquierda, 9 leguas dista aquí el pueblo llamado Chayanta, poblado en una llanada bien fría; antes de llegar á él en medio del camino, un arroyo abajo de mala agua con muchos manantiales, con una fuente de buena agua de una peña viva. De aquí son...jornadas al pueblo llamado Macha, en dirtrito del cual hay una mina de plata que hasta ahora no se ha descubierto ni se espera descubrirá. Un religioso nuestro, á quien yo conocí en este reino, siendo seglar, ahora cuarenta años, acaso dió con ella, y conociendo el metal, echó alguno en unas alforjas; llevólo á Potosí, fundiólo; acudió mucha plata, luego conoció ser la mina que tanta fama tiene, empero no lo dijo sino á uno ó dos amigos para ir á ella y registrarla. Sucedióle en este tiempo, antes que la fuese á descubrir, hacer un viaje forzoso á Arequipa, donde se metió fraile nuestro y así se quedó, ya profeso, y viviendo en nuestro convento en Huánuco; y estando á la sazón allí mismo provincial el padre Fr. Francisco de San Miguel, á quien se lo oí decir muchas veces, llega-

ron dos hombres que venían de Potosí en busca del religioso para que les descubriese la mina y cerro. Encuentran con el provincial, dícenle por qué razón tomaron tanto trabajo, viaje largo, y que si el religioso les descubre cerro y mina se obligarán á hacer un convento entero en la ciudad que el provincial señalase. Al provincial no le pareció mal el partido; tratólo con el religioso, y con ser un hombre tosco y no de mucho entendimiento, respondió al provincial era verdad sabía el cerro y mina, pero que no convenía descubrirlo, porque los indios de Macha, en cuyo distrito estaba y suya era, la labraban para pagar sus tributos y para sus necesidades, la cual, si se descubría, la habían de quitar á los indios y quedarían privados de su hacienda. La respuesta del religioso pareció bien al provincial y respondió á los dos compañeros que no la descubría aunque le hiciesen tres conventos, y así se quedó hasta hoy. Desde este pueblo son tres jornadas á la ciudad de la Plata, de muy mal camino, como lo es todo el desta provincia.

CAPÍTULO LXXIX.

DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑOLES EN VALLES CERCA DE LOS CHIRIGUANAS

Saliendo de la ciudad de la Plata, entre el Oriente y el Sur, puso Dios muchos valles, muy buenos y fértiles, donde los indios nunca habitaron ni entraron. De pocos años á esta parte en dos valles destos se han fundado dos pueblos, recogiéndose los chacareros á ellos, uno en el valle llamado Tomina, y otro en el valle de la Lagunilla, fronteras de chiriguanas, con lo cual se les ha puesto freno para que no hagan el daño que solían hacer antes que se redujesen á pueblos, y aún ahora también las casas de las chacáras todas eran fuertes y de noche los amos y los indios dormían debajo de una puerta y llave, y algunas veces se velaban por miedo desta mala gente, que por la mayor parte sus asaltos son de noche; y porque se sepa qué gente es ésta, en breve diré sus calidades.

CAPÍTULO LXXX.

DE LOS CHIRIGUANAS Y SUS CALIDADES

Los indios chiriguanas viven muy cerca destos valles, en unas montañas calurosas y ásperas, por donde apenas pueden andar caballos. No son naturales sino que vinieron allí del Río de la Plata; la lengua es la misma sin diferencia alguna. Son bien dispuestos, fornidos, los pechos levantados, espaldudos y bien hechos, morenazos. Pélanse las cejas y pestañas; los ojos tienen pequeños y vivos, no guardan un punto de ley natural; son viciosos, tocados del vicio nefando y no perdonan á sus hermanas. Es gente supervivíssima, todas las naciones dicen ser sus esclavos, comen carne humana sin ningún asco: andan desnudos, cuando mucho cuál ó cuál tiene una camisetilla hasta el ombligo. Son grandes flecheros, sus armas son arco y flecha; el arco tan grande como el mismo que lo tira y porque la cuerda no les lastime la mano izquierda, en la muñeca encajan un trocillo de madera y allí da la cuerda. Pelean muy á su salvo, porque si les parece que el enemigo les tiene ventaja no acometen; pocas veces con nosotros pelean en campo, si no es á más no poder. Contra estos más que bárbaros hombres entró don Francisco de Toledo, Visorrey del Perú; lo que le sucedió diremos cuando trataremos de lo que le sucedió gobernando estos reinos.

CAPÍTULO LXXXI.

DE EL CERRO DE POTOSÍ

Volviendo á nuestra provincia de los Charcas, es esta ancha y larga, empero poco poblada y muy áspera, de malos caminos; los indios son más bien dispuestos que los del Collao; más fornidos, los otros más llanos, y en sus vestidos más bien tratados. Son muy ricos de plata y ganados, aunque los del Collao les hacen ventaja en ganados. El Visorrey Don Francisco de Toledo, desde Potosí, envió con un yanacona

que le prometió descubrir una mina, un religioso nuestro: fué y halló una veta pobre, aunque trujo della una piedra pasada toda con clavos de oro: túvose por cosa que no se podía seguir y así se quedó. Es Potosí de la forma de un pan de azúcar; sólo á la parte del Poniente se le desgaja una cordillera de un cerro que no creo tiene una legua de largo y baja; por la parte del pueblo, tiene un cerrillo pegado, á quien llaman Guaina Potosí, como si dijesémos el grande, el viejo Potosí. Este cerro es conocidíssimo entre mil que hubiera: parece que la naturaleza se esmeró en criarle como cosa de donde tanta riqueza había de salir. Es como el centro de todas las Indias, fin y paradero de los que á ellas venimos. Quien no ha visto á Potosí no ha visto á las Indias; es la riqueza del mundo, terror del turco, freno de los enemigos de la fee y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones; todos estos epitectos le convienen. Con la riqueza que ha salido de Potosí, Italia, Francia, Flandes y Alemania son ricas, y hasta el turco tiene en su thesoro barras de Potosí y se teme son deste cerro en cuyos reinos corre aquella moneda. Los enemigos del magno Philipo y de los bravos españoles y de su christiandad, en trayendo á la memoria que es señor de Potosí, no se atreven á moverse de sus casas; los herejes quedan como despulsados y cuando los potentados del mundo se quieren conjurar contra la magestad Católica no aciertan á hablar. Es el más bien hecho cerro que se ha visto en todas las Indias y si dijésemos en el mundo, no creo sería exageración; del pie hasta la cumbre y corona de él hay una legua larga; vése de más de veinte leguas. Por todas partes, Oriente y Poniente, Norte y Sur es abundante en vetas de plata, las ricas que se labran y siguen son las que miran al Oriente; todo este cerro era una montaña espesa de árboles que llaman quinuas, torcidos solo buenos para leña carbón, en lo cual puede competir con la encina. Su descubrimiento fué desta suerte; y si no me engaño lo descubrieron unos yanaconas de Fulano Zúñiga, hombre antiguo en este reino, y si no fué thesorero de la Hacienda Real. Cuando los españoles entraron en este reino, conquistado el Collao y esta provincia de los Charcas, no la tenían por rica más que de miel, por lo cual muchos rehusaron los repartimientos y encomiendas en esta provincia, diciendo que no

querían tributos de miel. Verdad es que se labraba el cerro de Porco, de donde se sacaba plata para el Inga antes de la venida de los nuestros; acobardábales el temple, en partes desabrido, y el cielo áspero con tantas tormentas y porque á pocas brazas daba en agua; con todo eso quedaron algunos de los conquistadores antiguos. Sucedió, pues, que yendo ó viniendo algunos indios yanaconas deste Fulano Zúñiga, y pasando por las faldas del Potosí (vá por aquí el camino real) salió un guanaco, á modo de cabra. Los indios échanle los perros; el guanaco huyendo, el cerro arriba, hizo fuerza con los pies en una veta en la superficie de la tierra, y derrumbó un poco de metal. Los yanaconas que le seguían, como quien conocía el metal, viéndolo, dejan de seguir el guanaco y comienzan entre ellos si es piedra de plata, ó madre de plata. Recojen más piedras, llévanlas á su amo, hacen el ensaye, y acudió á muchos marcos por quintal. A la voz vino Zúñiga y vinieron los demás y registraron minas en el cerro. Este fué el principio y origen del descubrimiento de Potosí, y es verdad que desde entonces dejaron de seguir las minas de Porco. La principal veta que se descubrió se llamó veta Rica. Luego la del estaño, porque la plata es sobre estaño, y estas son las que ahora principalmente se labran, de las cuales ha salido tanta cantidad de plata, como no hay en el mundo.

CAPÍTULO LXXXII.

DEL CERRO DE POTOSÍ

A la fama de tanta plata luego se comenzó á despoblar, aunque no del todo, el asiento de Porco y se pasó á Potosí, y poblaron los españoles desta otra parte un arroyo que pasa al pié del Guayna Potosí; los indios de la otra parte del arroyo, al pié del cerro. El asiento, así del pueblo de los españoles como de los indios, no es llano sino en una media ladera, como se requiere en tierra que llueve; el uno y otro asiento lleno de manantiales de agua que Nuestro Señor proveyó allí para el beneficio de los metales. Acudían á mucho más que ahora: no los fundían los españoles sino los indios. La causa no se sabe; el metal cernido y lavado echábanlo á bo-

ca de noche en unas hornasas que llaman guairas, agujereadas, del tamaño de una vara, redondas, y con el aire que entonces es más vehemente, fundían su metal. De cuando en cuando lo limpiaban y el indio fundidor, para guarecerse, estábase al reparo de una paredilla sobre que sentaba la guaira y derretido el metal limpio de la escoria sacaba su tejo de plata y veníase á su casa muy contento, y á este paso, de noche, todo el cerro era luminaria de guairas, fundiendo plata; y se hacían procesiones por viento como por falta de aguas, cuando se detienen. Cesaron totalmente las guairas desde que se empezó el beneficio del azogue, que fué en el segundo año del gobierno de don Francisco de Toledo.

CAPÍTULO LXXXIII.

LAS VUELTAS QUE HA DADO POTOSÍ

Ahora 30 años ya casi estaba para totalmente perder todo su crédito, si Nuestro Señor no proveyera de que se acertase á sacar plata con azogue. Es así que si en esta sazón llegara un hombre con 200 mil pesos, comprara todas las minas del cerro. Las costas muchas, los metales pobres y las minas muy hondas, no parecía se podía sustentar, empero luego el año adelante se descubre el beneficio del azogue y torna á revivir de tal manera, que en estos 30 años es casi innumerable la plata que de él ha salido. Goza Potosí (á lo menos gozaba) de las mejores mercaderías: paños, sedas, linos, vinos, y de las demás de todo lo descubierto de las Indias. Porque como en España se cargase lo mejor para la Ciudad de los Reyes, de allí la flor se llevaba á Potosí. Ahora no es así, porque como sea tierra de acarreo y las mercaderías que sean buenas, que sean malas, se hayan de gastar, no se tiene tanta cuenta como los años pasados. Es pueblo muy abundante de mantenimientos, porque de Cochabamba, que dista dél 50 leguas, le llevan el trigo, harinas, tocino, manteca, y de la ciudad de la Plata todas las frutas nuestras y mucho trigo é maiz; y de la costa, de más de 100 leguas, el pescado casi salpreso, porque ahora cuatro años se obligaron tres ó cuatro de dar el pescado

salpreso en Potosí, con condición que otro que ellos no lo pudiese meter, señalándoles la villa el precio, y salieron con ello, y tenian en paradas caballos con que lo conducían. La plaza es muy proveída, donde casi todo el año se hallan uvas, las demás frutas, camuezas, manzanas, membrillos, durazños, melones, naranjas y limas, granadas á su tiempo, hasta en el mismo cerro hay sus plazas con todas estas cosas; y vinos y pan, hasta en la misma coronilla del cerro, que llevan los indios, donde lo venden, así á indios como á españoles.

CAPÍTULO LXXXIV.

DE LAS PARROQUIAS DE POTOSÍ

Si no me engaño, deben ser las parroquias de Potosí de 8 á 10, las cuales dividió don Francisco de Toledo, siendo Virrey, cada una con 500 indios tributarios para servicio del pueblo, mejor diré del cerro, que todos con hijos é mujeres llegan á 30 mil indios y ninguno hay si quiere trabajar, que no gane plata. Hasta los niños de 6 ó 7 años á mascar maíz para hacer levadura para chicha, la ganan. La iglesia mayor es buena, de adobe y teja, y de una nave, rica de ornamentos y de servicios de plata para el altar, y de esta suerte son las demás iglesias de los monasterios de todas órdenes, ricas de ornamentos y plata para el culto divino. Susténtanse en cada convento domínicos, franciscos, agustinos, teatinos de 8 á 10 religiosos, poco más ó menos. Tiene buenas carnes y buena agua si la traen de una fuente que llaman de Castilla. Aquí se hacía una contratación que llamaban de los aseguros de los metales, aprobada por el Audiencia y dos teólogos, uno agustino y otro teatino de la Compañía, tres cronistas y juristas, que era usura clara sino que no se había entendido bien; fué Nuestro Señor servido, que yendo yo á Chile, contra todo el torrente del pueblo y letrados, se declaró la verdad de ella, y finalmente, de 8 años á esta parte no se ha tratado más de ella. Esto se ha dicho para comprobar que es necesario tener los provincianos hombres doctos en este pueblo, por las muchas contratacio-

nes usurarias que en él se tratan y se inventan con muy poco temor á Nuestro Señor, y menos á sus conciencias, por las cuales debemos, conforme de nuestro estado, mirar y alumbrarlas.

CAPÍTULO LXXXV.

DE LAS COFRADÍAS

Las cofradías de Potosí son muchas y muy bien servidas, con mucha cera, y en los días festivos, ó de solemnidad de cada una, confiesan y comulgan los cofrades, con la mayor asistencia. Es pueblo donde se hacen muchas grandes limosnas. Cuando algún 24 muere (como ya dijimos se nombran) le han de acompañar todas las cofradías de que lo fuere con sus hachas y cirios. Suelen ser más de 100, que es cosa de ver porque aunque se llaman veinte y cuatro el número no es solo de veinte y cuatro, sino de cincuenta, y más. Finalmente, Potosí podremos decir es España, Italia, Francia, Flandes, Venecia, México y China, porque de todas estas partes le viene lo mejor de sus mercaderias; de las naciones extranjeras, hay muchos hombres, que si no los hubiera no perdiera nada el reino, y puedo decir que quien no ha visto á Potosí, no ha visto las Indias, por más que haya visto, como habemos dicho.

CAPÍTULO LXXXVI.

DE LA DESTEMPLANZA DE POTOSÍ

Con tener todo esto bueno, no deja de tener su alguacil y contrario como las demás ciudades y provincias, por que al tiempo de las aguas, y en particular á la entrada y salida del invierno, son muchas las tempestades de truenos, rayos, pedriscos y nieves. Oí decir allí á una señora discreta que cuando corrían los vientos, que acontecen muy contínuos allí, y salía de su casa á oír misa en los días forzosos, á la vuelta traía un fieltro dentro en el pecho por el

polvo, lana y cabellos que le hacía tragar *toma allí* (que así se llama el viento) mal que le pesase; con todo esto, la cobdicia y diligencia para adquirir y sacar la plata, hace en estos días trabajar y pasear las calles á los hombres.

CAPÍTULO LXXXVII.

DE LA PROVINCIA DE CHICHAS

Deste pueblo de Potosí, declinando un poco hacia el Oriente, se entra en las provincias de los Chichas, á dos jornadas, los cuales son indios bien dispuestos, bélicosos: su tierra rica de oro y plata, sino que no la quieren descubrir. Llega esta provincia hasta el último pueblo dellos y de la jurisdicción del reino del Perú, llamado Talina, cincuenta leguas buenas de Potosí. El camino no malo, y los valles donde están los indios de moderado temple, á cuya mano derecha queda la provicia de los Lipes, donde hay unas piedras medicinales para el dolor de ijada, pues comenzando yo á padecer esta enfermedad, tomé dos piedras, que son de color de carne de membrillo, y después que las traigo cosidas en el jubón, cuatro años hace, no me ha repetido el mal como antes. No dejan fraguar piedra; deshácenla y deshecha se lanza por la orina, de que hay experiencia cierta.

CAPÍTULO LXXXVIII.

DEL VALLE DE TARIJA

Quince leguas á la mano izquierda de Talina, declinando más al Oriente, entramos en el gran valle de Tarija, ancho, espacioso, abundante de toda clase de comidas nuestras y de la tierra, y de ganados de los nuentros, donde se dá buen vino con las demás frutas españolas. Hállanse en este valle á la ribera y barrancas del río, sepulturas de gigantes, muchos huesos, cabezas y muelas, que si no se vé no se puede creer cuan grandes serán, por que como estos indios no tengan escrituras, la memoria de cosas raras y notables,

fácilmente se pierde. Certificóme este religioso nuestro, haber visto una cabeza en el cóncavo de la cual cabía una espada mayor que la marca, desde la guarnición á la punta, que por lo menos era mayor que una adarga, y siendo yo estudiante de Theología en nuestro convento de los Reyes, el Gobernador Castro envió al padre prior Fr. Antonio de Hervías que nos la leía, y después fué obispo de Cartagena, por que actualmente estaba leyendo, una muela de un gigante (que le habían enviado de la ciudad de Córdoba del reino de Tucumán, de la cual diremos en su lugar) y un artejo de un dedo, el de en medio de los tres que cada dedo tiene y acabada la lección nos pusimos á ver que tan grande sería la cabeza donde había de haber tantas muelas, tantos colmillos y dientes y la quijada cuan grande y la figuramos como una grande adarga y á proporción con el artejo figuramos la mano y parecía cosa increíble con ser demostración; oí decir más á este nuestro religioso, que las muelas y dientes estaban de tal manera duras que se sacaban de ellas lumbre como de pedernal.

CAPÍTULO LXXXIX.

DE OTROS PUEBLOS EN FRONTERA Y TIERRA DE LOS CHIRIGUANAS

Dos jornadas no largas deste valle de Tarija, sobre mano izquierda, hay un valle que llaman San Lucas, donde un hombre poderoso de hacienda llamado Gerónimo Alanis, manco de la mano derecha, tenía una gran hacienda de vacas y crías de mulas con gente bastante, pero como era muy cerca de las montañas Chiriguanas, porque no le hiciesen daño, pagábales tributo: cuchillos, tijeras, algunas hachas para cortar árboles y alguna chaquira; y para refrenar á estos enemigos comunes del género humano, se ha poblado aquí otro pueblo de españoles, al cual ahora cuatro años, llegando yo á la ciudad de la Plata, volvían más de 50 hombres que con un capitán habían salido á descercar el pueblo porque los chiriguanas le tenían cercado. Estos indios andan ahora más soberbios que antes, por que los bandea un perro

mestizo, nacido en el Río de la Plata. Yo le conocí, gran oficial herrero, llamado Fulano Capillas, ladino como el demonio y blanco que no parece mestizo, casado y con hijos en la ciudad de la Plata. No sé por qué ocasión se fué ó le envió la Audiencia, y ésto es lo más cierto, á tratar con ellos no sé qué medios de paz, y él decía no le enviasen porque no le habían de dejar salir los indios. Fué y quedóse con ellos. Este maldito les hace unos casquillos de acero para las flechas. Vive este mestizo entre los chiriguanas con las mujeres que quiere; anda casi desnudo y para no ser conocido cuando sale á hacer daño en los nuestros se embija como indio y dice al enviado á decir á la Audiencia que de buena gana dejaría aquella vida, porque es cristiano si le perdonasen, pero que teme si se reduce le han de castigar por los daños que ha hecho, pero como desta gente alguna sabe á la pega en ella se queda.

CAPÍTULO LXXXX

DEL CERRO LLAMADO PORCO

Volviendo á nuestro Potosí digo, pues, que de aquí salimos para el puerto de Arica, 100 leguas tiradas. A las 7 ú 8 llegamos al cerro de Porco, de quien habemos tratado un poco, al pie del cual tienen su asiento los españoles que allí viven; y pobres respecto de los de Potosí. No he llegado á este asiento, pero he pasado media legua dél; y quien vive en Potosí puede decir vive en Porco, así por la poca distancia de camino como porque lo que pasa en Porco se sabe en Potosí luego y al contrario; es cerro más alto que el de Potosí, metido entre unos cerros y no tan bien hecho y el metal más fino. He visto alguno que certificaron á don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, acudía á 80 marcos por quintal. Este metal es poco y luego se descubre tanta agua que es imposible desaguarla; dicen no son vetas seguidas de donde se saca la plata como en Potosí, sino pozos. Si estos dos contrarios no tuviera, ó la del agua que es la mayor, mucho más rico era que Potosí y el metal más suave de quebrar; y una de las excelencias que puso Nuestro Señor en Potosí, es no haber dado

en agua todo lo que puso al pie del cerro en una parte y otra del arroyo que divide á los indios de los españoles.

CAPÍTULO LXXXXI.

DEL CAMINO DE PORCO Á ARICA

Media legua de Porco, sobre mano derecha, pasa el camino real de Potosí á Arica, que son 100 leguas muy frías y de algunos arenales, no muy pesados para caballos; empero, para carneros de la tierra, cuando van cargados, sonlo mucho, por lo cual las recuas de carneros que llevan el azogue á Potosí, desde Arica, á las 9 del día ya han de tener su jornada hecha, que son 3 leguas, saliendo para ello á las 3 de la mañana y aún antes, porque en toda la sierra, con ser en partes inhabitable por el mucho frío, son los calores del sol muy crecidos, tanto y más abrasan que en los llanos. Habiendo tratado con la brevedad que prometimos de las ciudades, caminos y otras cosas particulares tocantes á los españoles, ya es tiempo tratemos de las condiciones de estos indios. Lo primero que tienen y es el fundamento de las buenas ó malas costumbres morales, es un ánimo el más vil y bajo que se ha visto ni hallado en nación ninguna; parece realmente son de su naturaleza para servir á los negros. Es gente cobarde, si la hay en el mundo, de donde les viene lo que á todos los cobardes: son cruelíssimos cuando ven la suya. Cuando tienen necesidad de nosotros en cualquiera que se vean de enfermedad, hambre ú otras, con grandes humildades y sumisiones piden nuestro favor; pero si estamos en ella y con palabras mansas y amorosas les pedimos nos socorran, hacen burla de nosotros, mofando y escarneciendo y aunque sea su amo que le haya criado, por lo cual sólo por amor de Dios les hacemos bien. La nación más sin honra que se ha visto y más mentirosa que se puede imaginar, de que les viene no temer levantar falsos testimonios; lo que me admira es que conociendo los que vivimos en estas partes destas gentes lo mismo que acabo de decir, dígannos mal de éste ó aquél les creemos, y esta falta es nuestra, como también la hay en los gobernadores. No es afrenta entre ellos, uno á otro:—mientes. No tie-

nen veneración á sus padres, abuelos, ni demás parientes, ni á sus mayores, contra quienes sucede todos los días volverse á palos, puñadas y bofetadas, por cuyos excesos yo he castido á algunos. No tienen vergüenza de hacer á sus mujeres alcahuetas, las cuales, como son pusilánimes, temiendo el castigo, se las traen, y todos duermen juntos, porque las casas de los indios no tienen apartamiento alguno. Su asiento destos es perpetuamente en el suelo. Solo los curacas de los lugares usan una como banquetilla de zapatero. No guardan los padres á las hijas, ni les buscan maridos ni partido para casarse, ellas se lo buscan y componen como pueden ó les parece. Son dados mucho al vicio sodomítico y las mujeres en estando preñadas lo usan fácilmente, por lo cual á los indios yungas los ha castigado Ntro. Señor, que ya no hay casi en los valles sino muy pocos, como habemos dicho. Son levíssimos de corazón, inconstantíssimos, cualquier cosita los admira; los mayores pleitistas del mundo, por lo cual de la sierra descienden á los Reyes, donde mueren ó enferman. En lo que toca á la doctrina, cómo aprovechan en ella, no quiero tratar, porque no se puede decir sino palabras muy sentidas, y estas me faltan.

CAPÍTULO LXXXXII.

CÓMO LOS GOBERNABA EL INGA

Conocida, pues, la calidad de los indios por el inga y su ánimo peor que servil, los gobernaba con leyes rigurosíssimas, porque las penas eran muerte, no sólo al delincuente, mas á toda su parentela. El que hurtaba, por leve que fuese el hurto, pena de muerte, por lo que nunca faltaba nada de unos á otros; mentir no se usaba, ni por imaginación; verdad se había de decir burlando ó de veras; agravio no se hacía á nadie, so pena de la vida. Acuérdome haber oído decir á algunos antiguos que cuando Atabalipa, el último señor destos reinos, se vió preso en poder del Marqués don Francisco Pizarro, le dijo :—el mejor reino tienes del mundo; pero cada tercer año, si te han de servir bien estos indios, has de matar la tercera parte dellos. El consejo no le alabamos

porque es cruelíssimo, el cual ni se aceptó ni se ha de aceptar, sino comprobamos el ánimo servil destos sino es por miedo; de otra suerte no se aplican á cosa de virtud. Después que los españoles entraron en el reino, mandó el Gobernador Vaca de Castro, que vino á pacificar la rebelión de don Diego de Almagro, y á gobernarlo, que los caminos, tambos, puentes y recaudo para ellos estuviesen á cargo de los mismos indios, como antes estaban; y esto lo conocí y alcancé por muchos años. Después, el marqués de Cañete, de buena memoria, mandó que el trabajo y comida que diesen los indios se les pagase por arancel que los corregidores de las ciudades pusiesen; y así se hacía infaliblemente y los indios vendían sus gallinas, pollos, carneros, perdices y leña, y todo se les pagaba. Ahora los corregidores de los partidos venden todas estas cosas y el vino y lo demás, pan y maíz, y se aprovechan para sus grangerías de buena parte de los indios que están repartidos para el servicio de los tambos y ventas, y cuando los indios tenían á su cargo los tambos les era no poco provecho y ayuda para pagar sus tributos. Después que los corregidores de los partidos se ocupan en sus grangerías con no poco daño, de que soy testigo de vista y he predicado contra ello delante de virreyes y audiencias, y en particular les he avisado de sus costumbres, no por eso se remedia mucho y los indios del servicio del tambo son más trabajados.

CAPÍTULO LXXXXIII.

CÓMO SE HAN DE GOBERNAR EN ALGUNAS COSAS

Teniendo, pues, consideración á la calidad desta gente, parece en ley de buena razón que no deben ser gobernados en muchas cosas como los españoles y particular en los pleitos, en los cuales, por ser tan amigos dellos, gastan sus pobres haciendas y pierden las vidas si no fuesen de tal calidad que requieren sus plazos y traslados y lo demás que el derecho permite y justíssimamente tiene establecido, porque los más de los pleitos son de una chacarilla que no es de media hanega de sembradura y destas cosas de poco momento, por lo cual

si el corregidor aunque las aplique al que tiene justicia, el otro fácilmente apela para la Audiencia, principalmente los sujetos á la de los Reyes, donde van con sus apelaciones y lo primero que hacen es atestarse de vino, y lo más es nuevo. Andan por el sol; son desarreglados; mueren como chinches, y si no vayan á las matrículas de los hospitales de los indios y verán si tratamos verdad, con no correr allí riesgo de la salud, por el temple como el de sus tierras. Conocí un regidor que se malquistó grandemente con los secretarios y procuradores (y á fe que le costó no poca inquietud) porque pretendió con los demás sus compañeros que los pleitos de los indios se averiguasen á su modo y como era quitar los derechos á los secretarios, levantáronse contra él y no salió con su intención. Un curaca halló á su mujer en adulterio y mató al adúltero y á su mujer, y le condenaron á muerte y le justiciaron, porque aunque sea curaca no tienen tanta honra como los españoles á quienes en semejante caso no justiciarían sino que le darían por libre, como vemos. En lo que era menester poner remedio es en las borracheras que éstas van acabando con los indios y poco á poco no ha de quedar ninguno. El daño es evidente, porque si donde habían 30,000 indios tributarios no hay 600 en tan breve tiempo, por qué no se había de poner remedio y ley rigurosacontra este vicio? No hay duda que en Flandes, Alemania y aún en España se emborrachen; pero no se mueren á manadas como éstos. Si en Flandes y Alemania por las borracheras se despoblaran porque los borrachos se morían, el señor de aquellos reinos ¿no estaba obligado, so graves penas, prohibir y castigar las borracheras? No hay duda, pues, por qué acá no se había de hacer lo mismo ¿porque un reino sin vasallos, qué vale? Aquel rey ó reino es más temido cuanto más poderoso es en vasallos, y la riqueza destos reinos consiste en que los naturales se conserven y aumenten. De los demás vicios no quiero tratar, porque no es de mi intento, baste decir las calidades desta servil gente, para que conforme á ellas se les den las leyes que les conviene.

CAPÍTULO LXXXXIV.

EL AZOGUE CONSUME MUCHOS INDIOS

El asiento de las minas de azogue de Huancavilca ha consumido y consume muchos indios tributarios: si no se me cree, véanse los respartimentos más cercanos y pregúntese á este valle de Jauja. La causa es labrar las minas por socavón, porque como no tenga respiradero el humo del metal, al que lo quiebra lo azoga, sentándoseles en el pecho, y como no curan al pobre azogado. cáusale muchos dolores y muerte. Cuando se labraban (que fué al principio sin socavón) ningún indio enfermaba, iban y venían los indios contentos: ahora como mueren tantos, dificultosamente quieren ir allá. Avisamos á los que lo puedan remediar, empero no se nos responde, y de esto no más, porque tratándose de Guancavilca, no sé si decimos más de lo que se quería oír. Lo que he tratado de las calidades y condiciones de los indios es verdad, y es lo común; si alguno se hallare sin ellas será cisne negro, por lo cual lo que dejamos escrito no puede parecer calumnia.

CAPÍTULO LXXXXV.

CÓMO SERÍAN LOS HIJOS DE ESPAÑOLES QUE NACEN EN ESTE REINO

Habiendo dicho la razón por qué los naturales se consumen, estamos obligados á decir que si los hijos de los nuestros se multiplican, cómo serían; críanlos sus padres muy mal ó con demasiado regalo, y no ha nacido el muchacho cuando le tienen hechos los grecuescos, monteras, y lo llevan á la Iglesia cuando le van á bautizar en fuentes de plata grandes: un abuso jamás oído, digno de ser prohibido. Nacido el muchacho, lo entregan á una india ó negra borracha que le críe, sucia, mentirosa, con las demás buenas inclinaciones que hemos dicho, y criándose grandecicos con indiezuelos, ¿cuál sal-

drá este muchacho? Sacará las inclinaciones que mamó en la leche, y hará lo que hace aquél con quien pase, como cada día lo experimentamos; el que mamó leche mentirosa, saldrá mentiroso, y si ladrona, ladrón; y de Cayo Calígula leemos haber salido cruelíssimo por que su ama cuando le criaba untaba los pezones de la teta con sangre humana. Tito, hijo de Vespasiano se crió enfermo porque su ama era enfermiza. Acuérdome que en los sermones que el ilustríssimo Fr. Gerónimo de Loayza predicaba en los Reyes cotidianamente reprendía á los vecinos de Lima la mala crianza de sus hijos, el regalo con que los criaban, y amas que les daban los vestidos é compañías? para que buscan á los hijos de los príncipes y reyes, los medios á más de buenas costumbres y buena leche? Luego, algo vá en ésto, y por que no quiero cansar al prudente lector, le ruego lea el segundo libro del Theatro del Mundo, donde verá los inconvenientes irremediables que de las malas costumbre de las amas han sucedido y ganado los niños, y cuánta ventaja en este particular hacen los animales á los hombres, porque no consienten otros que les críen sus hijos, pues aunque me den con una viga en los ojos de las que dicen que hay en Roma. Si los que gobiernan este nuevo mundo mandasen y con mucho rigor y pena y la ejecutasen en los maridos, que á ningún mero español criase negra ni india, otras costumbres experimentaríamos; y de ésto no más, no se conjure todo el reino contra nós. De las costumbres de los maridos españoles é indios (que llamamos mestizos) ó por otro nombre montañeses, no hay que gastar tiempo en ello.

LIBRO SEGUNDO

DE LOS PRELADOS ECLESIÁSTICOS DEL REINO DEL PERÚ

desde el Rvdmo. Gerónimo de Loaiza de buena memoria, y de los Virreyes que lo han gobernado y cosas sucedidas desde don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, y de los Gobernadores de Tucumán y Chile, etc., etc.

CAPÍTULO I.

DE LOS PRELADOS ECLESIÁSTICOS

Habiendo tratado con la brevedad posible la descripción de este Reino del Perú, sus ciudades, caminos y las costumbres y calidades de los naturales y de los que nacen en él, nos es también forzoso tratar de los obispos y arzobispos que habemos conocido y tratado; y comenzando desde la ciudad de Quito, el obispo primero de aquella ciudad fué el Rvmo. D. García Diez Arias, clérigo, de cuya mano recibí, siendo muchacho, la primera tonsura; varón no muy docto, amicíssimo del choro; todos los días, no faltaba de misa mayor ni vísperas, á cuya causa venían los pocos prebendados

que á la sazón había en la ciudad é Iglesia y le acompañaban á ellà y le volvían á su casa. Los sábados jamás faltaba de la misa de Nuestra Señora. Gran eclesiástico, su Iglesia muy bien servida con mucha música y muy buena de canto de órgano. En esta sazón el Obispo era muy pobre; ahora ha subido los diezmos y tiene bastante renta. Era alto de cuerpo, bien proporcionado, buen rostro, blanco, y representaba bien autoridad y la guardaba con una llaneza y humildad que le adornaba mucho. Murió en buena vejez. Comienza el obispado desde la ciudad de Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta el valle de Jayanca. Sucedióle el Rvmo. Fr. Pedro de la Peña, religioso de nuestra sagrada religión, habiendo sido primero provincial; varón docto y muy cristiano. Murió en la Ciudad de los Reyes; dejó su hacienda á la Inquisición. Después de su muerte, fué gobernado algunos años este obispado por la sede vacante, hasta que se proveyó al Rvmo. Fr. Antonio de San Miguel, religioso del orden de San Francisco, varón apostólico. Á éste sucedió el Rvmo. Fr. Luis López, del orden de nuestro padre San Agustín, varón de gran gobierno y docto, el cual en este Reino fué dos veces provincial, gobernando sus religiosos con vida y ejemplo, libre de toda codicia, y finalmente, con las obras enseñaba en lo que le habían de imitar sus religiosos, porque en los trabajos y observancias era el primero.

CAPÍTULO II.

DEL ILUSTRÍSSIMO FRAY GERÓNIMO DE LOAYZA, ARZOBISPO DE LOS REYES

El Ilmo. Fr. Gerónimo de Loayza, Arzobispo de los Reyes, de nuestra sagrada religión, varón de cuantas buenas partes se puedan imaginar, á quien se puede decir no le hizo ventaja su tío, el Ilmo. Fr. García de Loayza, Arzobispo de Sevilla, de la misma sagrada religión nuestra, con haber sido uno de los valerosos varones que ha producido nuestra España; y en la rebelión y tiranía de Francisco Hernández, fué nombrado por Capitán General del campo de su Mages-

tad, juntamente con otros dos oidores: el Dr. Saravia y el Licenciado Hernando de Santillán, hasta que se nombró á Pablo de Meneses por General. Oí decir que habiendo venido por Virrey don Francisco de Toledo, se le ofreció una consulta con los obispos, y dícese quedó enamoradíssimo de nuestro Rvmo. Loaysa en gran manera. Tenía don Francisco de Toledo unas entrañas piadosíssimas para los pobres, á los que recibía y consolaba como padre de los indios de todo el Reino. Era muy amado porque sabían cuanto en lo justo les favorecía, y así con todas sus cosas venían á él, á los cuales cuando era necesario reprendía y castigaba como padre amantíssimo. Ejecutando lo mismo nuestro Rvmo. en su Iglesia, que mientras vivió fué muy bien servida, los oficios divinos, con gran cuidado celebrados. Adornó su Iglesia de buenos ornamentos de brocado bordados, á su costa, y mandó hacer la custodia que ahora se usa para el Santíssimo Sacramento, de plata, y dió la custodia de oro en que se pone el Santíssimo Sacramento, que vale 3,000 pesos de oro. En su tiempo, gobernando el Marqués de Cañete, de buena memoria, una moza liviana se fingió endemoniada, la cual alborotaba la ciudad, y como era ficción, los conjuros y exorcismos de la Iglesia no aprovechaban más que en una piedra. Llévanla á la Iglesia mayor, á los curas con gran copia de muchachos tras ella, en cuerpo, con un rostro muy desvergonzado. El Arzobispo afligíase; mandó se la llevasen al hospital de Santa Ana, donde la mayor parte del tiempo vivía, lleváronsela; exorcizóla, y era como quien exorciza á una piedra. Sucedió que un día le fué á visitar y besar las manos un religioso nuestro, Fr. Gil González Dávila; hallóle muy afligido y lloroso, y preguntándole la causa, respondió: no me tengo de afligir que sea yo tan desventurado, que en todo mi Arzobispado no haya quien pueda echar un demonio del cuerpo de una moza, que yo propio la he exorcizado. El religioso le dijo:—suplico á V. S.ª mande que me la lleven mañana á casa; yo la exorcizaré. Hízose así, y otro día mandó llevasen la moza á nuestro convento, y llamado el padre Fr. Gil á la capilla de San Gerónimo, donde estaba la endemoniada fingida, en viéndole entrar díjole ciertas palabras afrentosas, llamándole capilludo, que qué quería ó qué buscaba. El religioso luego como halló ser ficción y maldad, y al cura que la lleva-

ba llamado el padre Valle, dícele:—diga vuestra merced al señor Arzobispo, que esta desvergonzada no tiene demonio, y el que tiene se le quitará con muy crudos azotes. Y acertó en esto, porque volviéndola á su casa, no fingió más el demonio, y se conoció que por usar de su cuerpo deshonestamente con un hombre, fingió aquella maldad y remaneció preñada. Muchas cosas (si de años atrasados fuera mi intento hacer este breve compendio) se pudieran escribir; por ventura, otros las tendrán notadas, las que si por extenso se hubieran de tratar, requerían un libro entero: para nuestro intento sea suficiente decir que fué un Prelado en toda virtud consumado, y que la Magestad de nuestro Señor provea de que los sucesores suyos, sean como este Ilmo. señor. Finalmente, lleno de buenas obras, dió su ánima al Señor y está enterrado en los Reyes, en su hospital, en la capilla, llorado de todo el Reino, pobres y ricos.

CAPÍTULO III.

DEL ILUSTRÍSSIMO MOGROVEJO

Sucedió en la Silla Arzobispal, el Ilmo. D. Toribio Alfonso Mogrovejo, que al presente. loabilíssimamente vive. Varón consumado en toda virtud, celossísimo de sus ovejas y en particular de los naturales, por el bien de los cuales nunca deja de andar visitando su Arzobispado; el cual no creo que ha vivido en más de 24 años que tiene la silla 3 en la ciudad de los Reyes, ocupado en caminos bien ásperos. Es gran limosnero, porque le ha sucedido llegar á pedir limosna un buen cristiano que en la Ciudad de los Yeyes se ocupa en tener cuidado de buscar de comer, llamado Vicente, para los pobres y acudirles con limosna de lo que pide, y llegar y decirle:—Señor, los pobres no tienen qué comer; y librarle buena porción de plata en D. Francisco de Quiñones, casado con una hermana del Sr. Arzobispo, y por responderle no había plata, que se había dado en limosnas, echar mano el señor Arzobispo á la tapicería y venderla y socorrer á los pobres. Las penas en que se condena á los clérigos descuidados y que

no cumplen con lo que deben, las aplican á un colegio que hace en la Ciudad de los Reyes, que será cosa principal. Cuando reside en la ciudad, pocos domingos ó días festivos deja de asistir á los oficios divinos, amicíssimo de que todos los domingos del año haya sermones en todas partes. Con el Marqués de Cañete, el segundo, tuvo no sé qué pesadumbres sobre las ceremonias que á los virreyes se hacen en la misa, por lo cual huyó de entrar en la ciudad: más quería vivir ausente de ella en paz, que en ella con pesadumbre; finalmente, hasta ahora hace su oficio como un apóstol.

CAPÍTULO IV.

DE LOS REVERENDÍSSIMOS DEL CUZCO

La Catedral del Cuzco también ha tenido boníssimos prelados: el primero el Rvdmo. Fr. Juan Solano, de nuestra sagrada religión, el cual, gobernando el Marqués de Cañete, se fué á España y de allí á Roma, donde vivió muchos años y acabó loablemente en buena vejez. Sucedióle don Sebastián de Lartaún, doctor por Alcalá de Henares, guipuzcuano, varón doctíssimo, y por sus letras nominatíssimo en aquella Universidad. Tuvo muchos trabajos en este Reino y el mayor fué un falso testimonio que le levantaron, diciendo, que en el Cuzco había hecho compañía para sacar un tesoro con el Licenciado Gamarra, médico, y el Capitán Martín de Olmos, encomendero de la misma ciudad, del hábito de Santiago; pero dejando aparte el extravío que se les causó, interín se hacían averiguaciones, se publicó el falso testimonio, que lo habían depuesto tres clérigos, que los tres tuvieron muy mala muerte, y hallándose el Ilmo. comprendido en el falso testimonio, desterrado en Lima, dióle una enfermedad (de que murió) y en su testamento hizo una declaración del tenor siguiente:

Declaración:—Por cuanto en el Santo Concilio Provincial que se celebra en esta ciudad se han tratado y tratan muchas causas civiles y criminales de parte de muchas personas contra su señoría Rvma. y su señoría contra ellas en defensa de su honra y autoridad episcopal; quiere, y es su voluntad, que las dichas causas se sigan y fenezcan en cuanto toca á

la defensa de su honra y fama, y la definición dello quiere se lleve anta Su Santidad, y del Rey nuestro señor si fuere necesario, para que conste de su limpieza; y en lo demás, que su señoría perdona de todo corazón á todas aquellas personas que le han ofendido é injuriado, por escrito ó por palabra, ó de otra manera, para que Dios Nuestro Señor le perdone sus culpas y pecados.

Siguiéronse sus causas, y por los señores Obispos y Jueces nombrados por el Santo Concilio, conviene á saber: don Fr. Francisco de Victoria, Obispo de Tucumán, Don Alonso Dávalos Granero, Obispo de La Plata y Don Fr. Alonso Guerra, Obispo del Paraguay, se pronunció la sentencia siguiente:

Sentencia.—Fallamos, que la parte del Bachiller Sánchez de Renedo, fiscal, no probó cosa alguna de lo contenido en su acusación, hecha por la delación del dicho Diego de Sabredo, y puesta contra el dicho Rvmo. del Cuzco: damos y declaramos su intención por no probada, y el dicho Rvmo. del Cuzco y sus procuradores, en su nombre (por haber muerto) probaron sus excepciones y defensiones cumplidamente, y así lo declaramos. En cuya consecuencia debemos dar y damos al dicho Rvmo. Obispo D. Sebastián de Lartaún por libre de todo lo contra él pedido y acusado en esta causa; y declaramos haber sido injustamente acusado por estar inocente y sin culpa de lo contenido en los capítulos y querellas que le fueron puestos; condenando, como condenamos, al dicho delator y al fiador por él dado en las costas y gastos por el dicho Rvmo. Obispo hechos, cuya tasación nos reservamos por esta nuestra sentencia definitiva, la cual es fecha en los Reyes, á 7 de noviembre de 83.

Sucedióle el Rvmo. Fr. Gregorio de Montalvo, de nuestra sagrada religión, Obispo primero de Yucatán, en los Reinos de México, varón religioso y muy docto, que vivió poco en la silla, y al presente acaba de llegar de España el Rvmo. de la Cámara y Raya. No le conozco; su fama es mucha de cristiandad y todo género de virtudes. Nuestro Señor le conserve por muchos años.

CAPÍTULO V.

DE LOS REVERENDÍSSIMOS DE LA PLATA

El primer obispo nombrado para la ciudad de La Plata fué el Regente Fr. Tomás de San Martín, de nuestra orden, varón de mucho pecho y valor, y muy docto; después del cual, sucedió el Rvmo. Fr. Domingo de Santo Tomás, doctíssimo, gran predicador y de todas las demás buenas partes que se pueden imaginar. A este santo obispo sucedió el Rvmo. D. Fernando de Santillán, que fué Oidor en Lima y Presidente de Quito, donde tuvo muy grandes trabajos y testimonios falsos que le levantaron. Sacóle Nuestro Señor dellos y sublimóle á la Catedral de La Plata. No llegó á sentarse en su silla porque murió en Los Reyes. Su muerte fué bien llorada; no hacía un mes que se había tomado la posesión del obispado por él, cuando luego llegó la nueva de su muerte. Varón de grandes prendas y de mucha virtud, aunque fué primero casado.

A este famoso varón sucedió el Rvmo. Granero de Abalos, clérigo; no sé que dejase memoria de sí, mas de haber entablado la cuarta funeral en su obispado, y con todo lo que se aumentó la renta hacia sí, se dice que al tiempo de espirar sólo había quedado en su casa un candelero de plata con una vela ardiendo, sin más prenda de valor, y que llegó un criado, y que poniendo la vela entre dos ladrillos, se llevó el candelero; y de esta suerte acabó sus días. La hacienda no sé qué se hizo. Más vale morir pobremente con bendición del Señor, que rico y desamparado. Dicen estaba muy mal quisto con sus prebendados y otros, por cuya causa se hallaron tan pocos en su casa al tiempo de su muerte.

Después sucedió en esta silla el Rvmo. Fr. Alonso de la Cerda, de nuestra sagrada religión, hijo del convento nuestro de los Reyes. Acabó loablemente; vivió poco en el obispado, varón religioso, ejemplar y limosnero.

Al Rvmo. Fr. Alonso de la Cerda sucedió el Rvmo. don Alonso Ramírez de Vergara, varón de grandes prendas y

muy docto, gran predicador, limosnero, y en su iglesia Catedral de los Charcas labró, según soy informado, dós capillas y las dotó con abundante renta, de quien yo recibí y me envío quinientos reales de á ocho de limosna para ayudar á venir á este Reino de Chile al obispado de la Imperial, que si con ella no me favoreciera, con dificultad viniera á él. Fué Dios servido de llevarlo cuasi súbitamente con una sangría que sin discreción de los médicos se le hizo. A la hora que esto se escribe, tengo por nueva cierta, es promovido á aquel obispado el Rvmo. de Quito, de quien arriba tenemos hecha mención, Fr. Luis López.

CAPÍTULO VI.

DE LOS REVERENDÍSSIMOS DE TUCUMÁN Y PARAGUAY Y RÍO DE LA PLATA

La provincia de Tucumán (con distar lejos del obispado de los Charcas por más de 200 leguas, las más despobladas, como trataremos adelante) era del obispado de los Charcas; dividióse hará 30 años, poco más ó menos. El primer obispo D. Fr. Francisco de Victoria, de nación portugués, hijo de nuestro convento de la Ciudad de los Reyes en el Perú, varón docto, fuése á España, donde murió, é hizo heredero á la Magestad del Rey Felipe II de mucha hacienda que llevó. Sucedióle el Rvmo. don Fr. Hernando Trejo, que ahora reside en su silla, y resida por muchos años.

De los Rvdmos. del Paraguay ó Río de la Plata, después que el Rvmo. Fr. Alonso Guerra salió de aquel obispado, promovido á otro en el Reino de México, como dejimos arriba, no sé cosa en particular que tratar, mas de que le sucedió el Rvmo. Liaño, varón apostólico y de grandes virtudes. Fué Nuestro Señor servido llevarlo para sí dentro de pocos años después que llegó á su obispado, á quien sucedió el Rvmo. don Fr. Ignacio de Loyola, fraile descalzo, que está ahora y lo gobierna loablemente.

CAPÍTULO VII.

DEL LICENCIADO VACA DE CASTRO Y DON ANTONIO DE MENDOZA

Habiendo brevemente tratado, no conforme á las calidades de las personas, de los Reverendíssimos obispos é Ilustríssimos arzobispos de este Reino, por no quedar cortos, con la brevedad que más se pueda, trataré con toda verdad sin género de adulación de los virreyes que he conocido en estos reinos de cincuenta años á esta parte.

El primero que lo gobernó después de la muerte del Marqués Pizarro por su Magestad, fué el Licenciado Vaca de Castro, el cual; cuanto al gobierno de los indios y españoles lo que del se trata que fué buen gobernador porque desembarcó en la Buenaventura, y de allí atravesando la gobernación de Benalcázar, vino á la Ciudad de los Reyes, vió la tierra y la calidad della y de los indios, que es gran negocio para entrar gobernando, y halló alterado á don Diego de Almagro y tiranizado el Reino. Juntó campo contra él; dióle batalla, y venciéndolo le cortó la cabeza como á traidor.

Sucedióle el Visorrey Blasco Núñez Vela, que por no dejar las cosas para su tiempo, perdió en la batalla de Quito la vida, y puso el Reino de que perpetuamente se apartase de la Corona de Castilla. Á este sucedió el prudentíssimo y boníssimo Visorrey de México D. Antonio de Mendoza, el cual por venir muy enfermo y haber vivido pocos días, no sé cosa notable que dél se pueda tratar, sino que así enfermo y tendido en la cama era temido y amado de los españoles y naturales.

CAPÍTULO VIII.

DEL MAQRUÉS DE CAÑETE

Al Visorrey don Antonio de Mendoza sucedióle D. Andrés Hurtado de Mendoza, cuya memoria permanece con alabanza perpetua, varón de muchas y admirables virtudes, dignas de eterna memoria, y porque no es decente que muchas ó algunas de sus acciones queden anegadas en el río del olvido, diré en breve lo que todo este Reino de su gran cristiandad experimentó. Animo generosíssimo, entrañas más que de padre para los pobres, afabilidad para los humildes y pecho para rebatir los ánimos soberbios, y finalmente mereció ser llamado Padre de la Patria.

CAPÍTULO IX.

DEL MARQUÉS DE CAÑETE

Por el motivo de algunas guerras que se ofrecieron en el tiempo de su virreinado, sucedió que embarcándose el Marqués de Cañete en Panamá con su casa, mucha y muy buena, y con muchos caballeros pobres que salieron de España con el Adelantado Alderete para Chile, el cual murió en la isla de Perico ó Taboga, los dejó pobres y desamparados. mas el buen Marqués los recogió y á la mayor parte dellos recibió en su casa, á los demás dió pasaje con próspero viento en el navío de Balthazar Ríos: y en breve tiempo desembarcado en el puerto llamado Mal abrigo se supo la nueva en Trujillo, donde á la sazón le estaban aguardando muchos caballeros y capitanes de su Magestad que en la guerra contra Francisco Hernández le habían servido, y entre ellos el General Pablo de Meneses, aunque no había venido sino á besar las manos al Virrey y á darle noticia del estado del Reino, y finalmente fué un hombre el dicho Marqués, que por haber injuriado un hijo suyo de palabras á indios de aquel valle

estuvo para cortarle la cabeza y fué menester mucho para haberlo de templar, en que se vino á conocer el fervor con que miraba á sus vasallos.

CAPÍTULO X.

DEL MARQUÉS LLEGADO Á TRUJILLO

Aquí en Chicama, fué servido el Marqués con todo el regalo posible, por que así lo mandó doña Ana de Valverde, mujer que fué del Capitán Diego de Mora, en cuyo ingenio fué hospedado como se merecía con toda la comitiva que traía, adonde se fué á posar el dicho Marqués, á quien hizo doña Ana un agasajo no muy pequeño, que fué conociendo le faltaba al Marqués dinero para sus gastos, buscarle 12,000 pesos ensayados. Volvióselos de la Ciudad de los Reyes en oro.

Entre otros caballeros pobres que habían bajado á Trujillo á matar la hambre. bajó el Capitán Rodrigo Nuño, que á la sazón se hallaba en cama enfermo en casa de doña Isabel Justiniano, señora principal, que movida de caridad le regalaba y curaba en su casa; el que así enfermo, pidiendo albricias que ya el Marqués había desembarcado en la tierra y costa del Perú, preguntó que dónde; respondiéndole que en Mal abrigo.-Más quisiera (dijo) desembarcara 500 leguas más abajo, porque quien desembarca en Mal abrigo no nos puede abrigar bien. Más engañóse diciéndolo, porque luego que el piadosíssimo Marqués supo estaba enfermo y sus servicios, le envió con un paje 1.500 pesos ensayados para su enfermedad, diciendo procurase por su salud, que su Magestad le haría mercedes, como con efecto, mediante el Marqués, por sus servicios, le asignó 5,000 pesos de renta.

Á la llegada del Marqués hiciéronse fiestas de toros y cañas y el Marqués como aficionado á caballos y ejercicios dellos, los domingos y fiestas salía á caballo y hallábase en la carrera; hízose allí un picón gracioso. En la ciudad vivia Salvador Vásquez. muy buen hombre de caballo de ambas sillas, pero de la gineta mejor; tenía boníssimos caballos hechos de su mano. Un día en la carrera trató con el General

Pablo de Meneses y Comendador Mayor de hacer el picón y puesto aparte con su caballo, ya se le caía la capa, ya la gorra, ya estaba en las ancas del caballo, ya en el pescuezo; finalmente paró y fingiéndose muy enojado vuelve á pasar delante del Marqués; cuando emparejó, díjole el Marqués:—Bueno está, señor, no os pongáis en más riesgo, la culpa fué del caballo. no paséis adelante.– Por mi vida, respondió Vásquez:—suplico á V. E. sea servido darme licencia para pasar otra vez la carrera porque estoy corrido y afrentado. Los que sabían el caso suplicaron al Marqués lo dejase volver á pasar la carrera. Consintiólo y puesto en ella parte con su caballo como un gamo, y antes de parar el caballo echa mano á la capa y espada y desnuda jugó de ella muy bien y tornó á ponerla en la vaina y su capa en su lugar. El buen Marqués recibió mucho gusto y dijo riéndose:—Bueno ha estado el picón; yo me he holgado de ver la segunda carrera, porque delante del Príncipe nuestro señor se pudiera hacer.

CAPÍTULO XI.

PARTE EL MARQUÉS DE TRUJILLO

Partió desta ciudad de Trujillo para la de los Reyes en un machuelo bayo que trujo desde Tierra Firme, en el cual llegando al río de Santa, en todo tiempo grande y pedregoso, lo pasó á vado, por más que le suplicaron tomase un caballo. Al valle de Guatoney, que es la mitad del camino, le salió á besarle las manos Don Pedro Portocarrero, vecino del Cuzco. Maestre de campo en la guerra contra Francisco Hernández, el cual fué haciendo la costa al Marqués con todo lo necesario. trayéndolo todo en sus camellos y mulas hasta la Ciudad de los Reyes; llegando media legua de la ciudad á una chácara ó viña de Hernando Montenegro, de los antiguos conquistadores donde le tenía aderazada la casa como se requería. Se detuvo hasta el día de San Pedro, que debieron ser dos días, mientras la ciudad acababa lo necesario á su recibimiento. Antes de llegar á esta viña le hicieron los vecinos viejos una escaramuza; holgó mucho el Marqués de verla y dijo así:—Esto hay

por acá? esto hay por acá? Galantíssimamente han escaramuzado, casi parecía de veras. Luego se hizo un combate de un castillo por infantería, los infantes muy bien aderezados; la cual acabada entró en la viña y estuvo el tiempo que habemos dicho.

CAPÍTULO XII.

ENTRA EL MARQUÉS EN LOS REYES

Día de San Pedro partió desta viña, después de comer, y llegando á la ciudad fué recebido de la Audiencia debajo de palio, en un boníssimo caballo muy ricamente aderezado; los regidores llevando las varas y dos de los más antiguos el caballo del diestro, con ropas rozagantes de terciopelo carmesí, con grande alegría de todo el pueblo, como aquel que se esperaba debía ser Padre de la Patria, como lo fué. Desta suerte llegó á la Iglesia Mayor, donde el Deán y Cabildo della con toda la clerecía le recibió con la cruz alta, cantando el Tedeum laudamus, y hecha oración y la ceremonia acostumbrada, fué aposentado en las casas llamadas de Antonio Rivera á una esquina de la plaza, que son las más cómodas. De allí á pocos días llegaron los Procuradores de las ciudades, y los más principales vecinos de ellas, y luego trató de reformar el Reino: envió por corregidor del Cuzco al Licenciado Muñoz, que trajo consigo de España, hombre docto en su facultad, el cual cortó las cabezas á los capitanes Thomás Vásquez y á Pedrahita y á otros vecinos porque fueron los principales en la tiranía de Francisco Hernández Girón. Esto hizo por orden del Marqués y éste por orden del Emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria. Día de San Andrés adelante se celebraron fiestas en la ciudad con una sortija y muy costosas libreas; los más principales del Reino corrieron. Hallóse presente el Marqués y dió perdón general á los culpados en la tiranía de Francisco Hernández, si no fueron aquellos cuyas causas estaban pendientes y presos. Llegó á noticia del Marqués que el Capitán Martín de Robles, suegro del General Pablo de Meneses, se descomidió (segun dicen) á decir que el Virrey ve-

nía mal criado y era necesario bajar á los Reyes á poñerle crianza; mandó por una carta al Licenciado Altamirano, Oidor de la Audiencia, á quien había hecho corregidor de la ciudad de la Plata y Potosí—entonces este corregimiento, como ahora, era uno—que hiciese justicia dél. Prendiólo y ahorcólo. Que fuese justamente justiciado, ó nó, no es de mío juzgarlo; era el Capitán Martín de Robles, hombre que se picaba de gracioso y decidor, y no perdonaba por un buen dicho, siendo mal dicho y pernicioso, ni á su mujer ni á otro, y por eso por donde pecó pagó. Era fama en los Reyes que el Marqués enfadado desto decía al General Pablo de Meneses, yerno de Martín de Robles:—Escribid á vuestro suegro venga á esta ciudad; pero que el General Pablo de Meneses le escribiese ó nó, no lo sé; á lo menos del ánimo generosíssimo del Marqués se colige que si bajara no muriera como murió. Fué su muerte en Potosí, donde á la sazón estaba.

CAPÍTULO XIII.

CÓMO PROVEYÓ POR GOBERNADOR DE CHILE Á SU HIJO DON GARCÍA DE MENDOZA

Hecho esto, luego determinó remediar el Reino de Chile porque demás de la guerra con los indios araucanos, que se habían rebelado y muerto al Gobernador D. Pedro Valdivia, entre dos capitanes, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán, había disensiones sobre el gobierno, pretendiéndolo cada uno para sí, por lo que nombró por Capitán general á su hijo Dn. García de Mendoza, de 23 á 24 años, de grandes esperanzas, como las ha cumplido, con quien fueron muchos y muy buenos soldados, viejos y bisoños, y caballeros principales desta tierra, con los cuales y con el favor de Nuestro Señor en breve redujo á la Corona Real los indios rebelados. Compuesto el Reino hizo muchas mercedes á diferentes capitanes y soldados beneméritos, y que en servicio de Su Magestad habían gastado lo poco que tenían, con que aseguró del todo la paz en este Reino. Y en esta guerra contra Francisco Hernández nunca se derramó gota de sangre, porque con él nunca,

llegaron á las manos, y cuando el dicho Hernández se desbarató y perdió, como dijimos, no hubo quien contra los traidores echase mano á la espada, de tantos como se mostraban leales, pero con su mucha prudencia el buen don García les fué dando á cada uno su merecido, enviándolos á España como desterrados.

CAPÍTULO XIV.

NOMBRÓ EL MARQUÉS GENTILES—HOMBRES LANZAS Y ARCABUCES

Embarcados estos no muy prudentes capitanes, no con poco asombro de la ciudad para enfrenar la soberbia de los soldados de la necia valentona y para gratificar á otros más cuerdos, visto se humillaban, instituyó cien gentiles-hombres que llamó lanzas, con mil pesos ensayados cada uno, con su capitán general y alférez; por su capitán nombró á don Pedro de Córdoba, caballero muy principal y discreto, del hábito de Santiago, su deudo, con 5.000 pesos de renta. Alférez fué nombrado Muñoz Dávila, vecino de Los Reyes, con 3,000 pesos, estos se pagaban por sus tercios de cuatro en cuatro meses. Los lanzas eran obligados á tener caballos y armas y cuartago; désta suerte procuraban los soldados estar siempre á punto de guerra con buenos caballos y listas armas. Esta paga perseveró todo el tiempo que vivió el Marqués, y después algunos años; más ahora no se paga con tanta solemnidad ni tan bien, y un Virrey les quita un pedazo y otro, otro. Para esta paga señaló ciertos repartimientos que halló vacos y otros que vacaron; de donde bastantemente se pagaba dia á dia. A sus cinco capellanes también señaló á mill pesos ensayados y se les pagaban el mismo día que á los lanzas: y es cierto que si los lanzas fueran pagados y arcabuces. y de hambre los unos no hubieran comido las armas y lanzas, cuando el corsario capitán Francisco inglés entró en el Callao, no se saliera riendo, ni robara lo que robó; pero ni los unos tenían lanzas ni los otros escopetas ni pólvora, porque no les pagaban: habíanselos comido y por eso el enemigo se

fue riendo. Nombró también al capitán Gimeno por capitán de la artillería, hombre en quien cabía muy bien el cargo.—Esta artillería se guardaba en Palacio con bastante copia de municiones para cuando fuese necesaria; desta suerte enfrenó los ánimos indómitos y necios deste Reino que les parecía para cada uno el Perú era poco.

CAPÍTULO XV.

EL MARQUÉS QUISO PRENDER AL DR. SARAVIA

Gobernando pues el valeroso Marqués con la prudencia suya este Reino, no se qué cizaña se comenzó á sembrar entre él y el Doctor Saravia, Oidor más antiguo de la Audiencia, por lo cual el Marqués enfadado, y con razón, determinó prenderlo; y una noche envió á don Pedro de Córdoba, General de las lanzas á llamarle; el Doctor Saravia que entendió la balada acababa de cenar, y dijo:—Enorabuena, luego salgo mientras me visto. Levantóse de la mesa donde estaba con una ropa de levantar, entróse en su cámara y por una ventana no muy alta descolgóse á la huerta, y de allí al río, y dió consigo en nuestro convento, donde le pusieron en la casa de novicios. Don Pedro viendo se tardaba entró en el aposento; no le hallando se volvió al Marqués, el cual viendo que no se le trujo luego de mañana despachó á Chancay á nuestro Provincial, que á la sazón era fray Gaspar de Carvajal, que estaba en una hacienda del convento, dándole relación de lo pasado, que luego se partiese y viniese á tratar de las amistades, sin que se entendiese que por su parte se comenzaba primero. Nuestro Provincial vino luego; se trató de la confederación; salió el Doctor Saravia de nuestro convento; fuese á su casa y de allí á la Audiencia sin que más sobre este particular se tratase.

Hay en este Reino grandes noticias de entradas y nuevos descubrimientos, los más son sobre mano izquierda al Oriente. Entre las guerras y levantamientos que hubo en aquella provincia fué uno el tirano y sacrílego (que así se puede llamar) Lope de Aguirre, pues entre las crueldades é impiedades que ejecutó fué una hacer al sacerdote que dijese una misa

y consagrase dos hostias y que consumiendo la una, le diese la otra, la cual partió con otros dos compañeros suyos capitanes de su rebelión, á quienes mató él mismo á puñaladas; hasta que cansada la Magestad Divina permitió pagase con su vida tantas de que era causa y agresor. No trato de las cartas que dicen escribía éste á Su Magestad, algunas ví en pedazos, llenas de mil disparates, aunque daba algún poco gusto leerlas por solo ver el phrasis, que no se quién se lo enseñó. Su Magestad mandó que á todos los que con él llegaron á la Venezuela y la Burburata, hiciesen las justicias castigo con ellos. También mandó aprestar dos navíos en que envió á descubrir el estrecho de Magallanes; en uno envió al Capitán Ladrillero, vecino de la Paz, y el otro navío lo mandaba el Capitán Cáceres. Salieron del Callao el Capitán Cáceres pudiendo sufrir los temporales de Chile arribó á Valparaíso, el Capitán Ladrillero pasó más adelante, pero no entró en el estrecho, y si entró, por ser el tiempo de nieves, habiéndosele muerto marineros y soldados, volvió al puerto de la Concepción, donde una negra, viendo la tierra y puerto, de alegría se quedó muerta; y sin hacer ningún efecto cesó este descubrimiento.

CAPÍTULO XVI.

EL MARQUÉS MANDÓ TRAER Á LOS REYES LOS CUERPOS DE LOS INGAS

Cuando aquel más que impío tirano Lope de Aguirre trataba de hacer crueldades y grandes ofensas contra Nuestro Señor, el Marqués de Cañete trataba de componer la tierra y quitar á los naturales cualquier ocasión del deservicio de Dios Nuestro Señor, por lo cual, sabiendo que en el Cuzco los indios tenían en mucha veneración y como por dioses suyos reverenciaban los cuerpos de Guainacápac y de otros ingas que fueron señores destos Reinos, mandó los sacasen de su lugar y los trajesen á Los Reyes para dar á entender á los indios no eran más que cuerpos muertos. Hízose así y trujéronlos á Los Reyes enteros sin corrupción, á causa de que cuando morían

con aplicarles unas yerbas que ellos sabían no se corrompían. Había un inga entre algunos de que se compone las montañas de los Andes á quien habían persuadido algunos religiosos nuestros se bautizase y viniese á Los Reyes, que ellos le ofrecían alcanzar un buen partido, y no obstante que los demás ingas (con cuyas tierras confinaban las de éste) le habían amenazado no cometiese tal, pudieron reducirle las cartas que el Marqués le escribió ofreciéndole cualquier partido en nombre de su Magestad, y habiéndose venido el tal inga á Los Reyes y entregado su tierra á la Corona Real, se bautizó y casó allí, con 12,000 pesos que el Marqués le señaló de renta en nombre de Su Magestad. Los demás ingas que quedaron en los Andes y en aquellos valles, luego levantaron por cabeza á otro inga de la casa destos señores, de los cuales tratando de don Francisco de Toledo y de lo sucedido en su tiempo, habremos de volver á tratar dello.

CAPÍTULO XVII.

EL MARQUÉS SE MOSTRÓ GRAN REPUBLICANO

En todo el tiempo que el generosíssimo Marqués gobernó se mostró gran republicano, y quien lo es merece el nombre de Padre de la Patria; y al contrario, el que no mira por el bien de la república, pues el príncipe lo es tal por el reino; y no el reino por el príncipe; de donde luego el buen príncipe con todas sus fuerzas procura la conservación de su república y augmento della, que se guarde justicia, se haga que los vasallos sean ricos y prósperos. Todo esto pretendía el buen Marqués, en esto se desvelaba; la justicia siempre estuvo en su punto y los indios muy favorecidos y amparados, y muchas veces entre semana iba á las huertas y animaba á los labradores del contorno á que plantasen; y entre otras cosas sucedió un año que habiendo mucha falta de trigo llamó á los vecinos que lo tenían sobrado, persuadíalos lo trujesen á la plaza y moderasen el precio; hízoles de mal, tomó cantidad de plata, envióla en barcos grandes por los valles, trujo bastante trigo, socorrió á su ciudad, hizo alhondigas y los

vecinos quedáronse con su trigo comido de gorgojo. Fué amicíssimo de que todo el Reino viviese en servicio de Nuestro Señor y casó mujeres principales y no principales, y todos los casamientos subcedieron bien. Los vecinos que tenían hijos diéronselos para que le sirviesen, á los cuales en su casa les enseñaba toda buena crianza y policía y les daba estudio dentro de Palacio. Muchas veces tomaba un plato y llamaba al que le parecía y decíale:—vé á tu madre y dile que porque me sabía bien ésto, por amor de mí lo coma. Partía el paje, llamábale, y preguntándole—¿qué te dije?—Señor (respondía) ésto y ésto. Decíale más:—mira que cuando entres delante tu madre le haz de hacer la reverencia con el pie izquierdo, con el derecho á Dios y sus imágenes; y cuando volvía preguntábale cómo la habló, cómo hizo la reverencia. Parcerá esto cosas muy menudas y no dignas de un Virrey del Perú, que es lo mejor que su Magestad tiene que proveer: no es sino muy esencial, porque la crianza de los muchachos conviene mucho les sea enseñada y mejor la toman del señor que del maestro solo, y más le temen. Cuatro años más ó menos hacía que gobernaba el Marqués Padre de la Patria y era amado y temido de los buenos y de los malos, cuando Nuestro Señor fué servido llevarle para sí, recibido devotíssimamente todos los sacramentos, que muchas veces frecuentaba, sabida ya la venida del Conde de Nieva por Visorrey destos Reinos. Fué muerte muy sentida, y en particular de los pobres. Enterróse en el convento del seráfico padre San Francisco, de donde sacados sus huesos fueron llevados á España por el Padre Fr. Juan de Aguilera, comissionado de aquella orden en estos Reinos. Era hombre de mediana estatura, más alto que pequeño, espaldudo y de miembros fornidos, de gran ánimo y generoso, nada amigo de derramar sangre, empero de que se hiciese justicia. Sucedió que á un vecino del Cuzco se le imputó quería levantarse con mucha gente, y habiéndole preso y traído á Los Reyes, un día en la visita de cárcel salió el pobre muy aherrojado y leída en breve la causa de su prissión, llamóle y díjole:—vos os queríades alzar con el Cuzco? El miserable respondió:—no señor ¿quién soy yo, ni qué calidad tengo para eso? Enemigos que en el Cuzco tengo me han impuesto ese testimonio. El Marqués llamó al Alcaide (el pobre ya pensó estaba ya ahorcado) y dícele:—quitad las prisiones

á ese hombre, y al hombre dícele:—andad, id luego derecho al Cuzco y alzaos con aquella ciudad, si no, por vida de la Marquesa que tras vos envío para que si no hiciéredes os hagan cuartos. El tal, en saliendo de la cárcel, no pareció más ni fué al Cuzco. Bien sabía el magnánimo Marqués de que no había de ir aquel miserable al Cuzco: en manos de otro cayera que por lo menos fuera á remar á las galeras.

CAPÍTULO XVIII.

DE LAS VIRTUDES DEL MARQUÉS

En tiempo que vivió en estos Reinos fué castíssimo y muy amigo que todos los de su casa, como es justo, lo fuesen; y miraba por ésto en gran manera, como por el buen ejemplo; tratamiento malo, ni desdeñoso ninguno lo experimentaba de su Exca. ni de sus criados, porque de ello estaban muy advertidos. Habiendo muerto nuestro Marqués, su hijo D. García de Mendoza bajó de Chile bien pobre, y estando hablando con D. Juan de Velasco, dijo éste á Dn. García de Mendoza, como baldón y mofándose:—¿qué hizo su padre de Vmd. en este Reino? Al que con mucha prudencia respondió D. García: —un monasterio de San Francisco donde se enterró y un hospital de españoles donde como pobre me dén de comer; y guárdele Dios á Vmd. no muera su padre en el Perú y Vmd. entonces se hallara en él, porque se verá uno de los más desventurados caballeros del mundo. Parece le fué profeta, porque se vió paupérrimo y con suma pobreza; y ésto que allí le vimos y tratamos. Las vísperas de Pascua en las visitas de cárcel, jamás ningún Virrey (sin les hacer agravio) dió tantas limosnas, pagando por los pobres que no tenían, lo cual con suma liberalidad hacía. Ninguna destas visitas le costaba menos de 1,000 pesos, pues para cobrarlo no era necesario más que pedirlo al mayordomo. Quién ha hecho tal? pero no lo echaba en saco roto: Nustro Señor se lo ha dado cien doblado, y porque para todas limosnas y mercedes que hacía de su hacienda no había libramientos, mandó en su testamento que no pidiesen á su mayordomo sus herencias más cuenta de la

que el quisiese dar, ni libramiento para lo que hubiese dado de limosnas. Bien seguramente lo mandó, porque el Mayordomo no le hiciera menos un grano.

CAPÍTULO XIX.

CUÁN ENEMIGO ERA DE ACRECENTAR TRIBUTOS

Siempre miró mucho por la conservación de los naturales para que con el descanso posible, pagasen sus tributos. Sucedió, pues, que proveyó por corregidor de la provincia de Chucuito á García Diez de San Miguel, hombre muy cuerdo, benemérito y noble, al cual mandó que visitase toda aquella provincia; hasta entonces no se habían hallado más que 17 mil indios tributarios. Estos pagaban de tributo 24 mil pesos en plata ensayados y 12 mil pesos en ropa de la tierra. Visitados, parecieron mil indios más, cuyo aumento participó al Marqués el corregidor, diciendo (que) podía acrecentar el tributo, y le respondió que si le escribiera para rebajarles el tributo, lo ejecutaría, pero que para acrecentarlo, nó. Fué gran vengador de juramentos falsos en daño de tercero; mandó quitar los dientes á un fulano de Quintana porque juró falso delante de la Justicia. Tenía publicado un bando, que ningún negro cargase á indio ninguno con botijas de agua ni canastas de ropa, pena de capar al negro, y el primero en quien se ejecutó la sentencia, porque delinquió, fué un esclavo suyo; y de allí adelante no se atrevió negro ninguno á cargar indio, porque era muy común el que los negros y negras cargaban, como si ellos fueran libres, á los indios de todo cuanto traían del río, que era una indecencia, aunque duró poco esta ley, no más de cuanto vivió el Marqués.

CAPÍTULO XX.

DEL CONDE DE NIEVA

Al liberalíssimo y cristrianíssimo Marqués de Cañete, sucedió el Conde de Nieva; buen caballero y buen gobernador, de quien no podemos decir cosas notables que en su tiempo sucedieron. No las hubo porque el Reino gozó de mucha paz: entre otras cosas buenas que tenía, era una gran paciencia para oír á los pretensores y demás negociantes. Diré una cosa en prueba de ello: acabando de comer se levantaba y oía á los negociantes y pretensores, arrimado á una ventana; llegó un pretensor y por ventura fatigado de la hambre, y por otra parte, demasiadamente atrevido por sus servicios, y pidiendo renumeración de ellos, levantó la voz más de lo justo, á quien el Conde con gran paciencia y con voz baja, le dijo: —habla más paso. El necio pretensor, no curando del buen consejo, levantó más la voz. Díjole otra vez el Conde:—ya os he dicho que habléis paso. Respondió el pretensor:—oh, señor, soy colérico. Respondió el buen Conde:—también yo lo soy, y me modero en mis palabras; andad con Dios, y otro día venid más moderado. Los circunstantes admiraron tanta paciencia y salieron alabándola. Después desto, dijéronle que un soldado escribía á su Magestad cosas del gobierno del Perú, y algunas no muy en favor del Conde. Mandóle llamar y díjole:—dícenme que escribís al Rey nuestro señor. El soldado respondió:—sí señor; han dicho verdad á V. E., á quien no dijo más palabra:—Enhora buena escribidle, pero advertid que le escribáis verdad, porque si no, la carta que escribiereis. ha de volver á mis manos, y lo que no fuere verdad, pagaréis. Este caballero, no bebía vino sino agua con exceso y muy fría, y es así que el Licenciado Alvaro de Torres, médico muy experto, estando comiendo, le dijo:—V. E. no beba tanto y tan frío. porque si frecuenta esa bebida, dentro de pocos días morirá de apoplegía y dejará á todo el Reino muy lloroso. Hizo burla de ello y murió en breve, no habiendo estado en el gobierno más de cuatro años. Su hijo, don Juan de Ve-

lasco, se halló presente, y muerto su padre se vió en la Ciudad de los Reyes uno de los caballeros más pobres que se han visto en ella: sucedióle el pronóstico de don García.

CAPÍTULO XXI.

DEL GOBERNADOR CASTRO

A pocos meses de la muerte del nobilíssimo Conde de Nieva, entró en la Ciudad de los Reyes con título de Gobernador el Licenciado D. Lope García de Castro, del Consejo de las Indias y aun que con título de gobernador, con todo el poder que traen los virreyes. Hízosele el recibimiento que á los virreyes, quien gobernó poco más de cinco años con mucha paz y tranquilidad, y aunque en su tiempo hubo algunos rumores de motines, con todo eso los apaciguó sin derramar gota de sangre. Proveyó su Magestad por Virrey destos reinos, á D. Francisco de Toledo, el cual, llegando á la Ciudad de los Reyes, tomó residencia al Gobernador Castro, contra quien no halló en qué condenarle; y porque su Magestad le mandaba que dada la residencia subiese á visitar la Audiencia de la Cuidad de la Plata, subió á visitarla, lo cual hizo con toda rectitud y cristiandad; y me hallé entonces en aquella ciudad; á unos privó, á otros condenó, á otros de los oidores suspendió: contra quien no halló querella ni otra cosa, fué el Fiscal el Licenciado Rabanal, que hacía su oficio muy cristianamente. Hecha esta visita, volvó á la Ciudad de los Reyes, y dende á España, con próspero viaje, donde dentro de pocos meses murió (dicen) Presidente del Consejo de Indias, loablemente.

CAPÍTULO XXII.

DEL VIRREY DON FRANCISCO DE TOLEDO

Sucedió (como acabamos de decir) al humaníssimo Gobernador Castro, D. Francisco de Toledo, caballero del hábito de Alcántara, de boníssimo y delicado entendimiento. Fué re-

cibido en los Reyes con la solemnidad acostumbrada; luego dentro de pocos meses, procuró reformar algunas cosas en la ciudad, que fueron ciertos públicos amancebamientos, los cuales reformados, y aún castigados, y acabada la residencia del Gobernador Castro, salió á visitar todo el Reino como traía orden de su Majestad, cosa necesaríssima para todo el Reino, de Lima hasta Potosí. Reformó muchos pueblos trayendo muchos indios que vivían en despoblados, para lo que fué menester no poco trabajo para reducirlos á ésto, por lo mucho que sentían dejar sus casillas, que fué esta una obra de mucho aumento á la Real Corona en sus intereses, como también lo fué para que los tales que vivían sin guardar en lo más la Ley de Dios, estuviesen sujetos á sus divinos preceptos. Puso enmienda en las usuras de los corregidores y sus aprovechamientos, en gravíssimo perjuicio de los indios de sus partidos, que también ésto fué añadir alabanzas á su buen obrar en lengua de pobres y ricos, pues en el modo de hacer los repartimientos los corregidores, defraudaban la tercia parte de su monto, por cuya causa se extrajeron tanto los pueblos, y se motivó á que los indios, la mayor parte dellos desamparasen los lugares y se fuesen á vivir á despoblados. Pues siendo verdad que tenían en lo más dellos mucho ganado, y principalmente vacas y ovejas nuestras, cuando los padres de San Agustín que doctrinaban estos indios, eran los administradores de sus haciendas, por institución del General Lorenzo de Aldana, que viviendo yo en la Ciudad de la Plata, donde cae este repartimiento, que es el de Paria y Capinota, se vendieron en la plaza en pública almoneda, 3 mil cabezas de vientre de vaca, puestas donde el comprador las quiso: y ahora no hay 300 en la provincia, á lo que como dicho llevo, mucho remedió D. Francisco de Toledo. Yo sé de un corregidor proveído por su Exca. que era hijo de un oidor de Lima, de quien habiendo dado noticia á su Excelencia trataba con la plata de la comunidad, envió á hacer información secreta contra él, y le castigara por mal hijo de oidor, que fuera por las penas puestas, sino que fué avisado y cuando el que había de hacer la información, llegó y halló las cajas llenas y enteradas, y desta ocasión no se yo decir más, en el tiempo que gobernó D. Francisco de Toledo, de que los corregidores tratasen y contratasen con el dinero de los reparti-

mentos, pero al día de hoy, públicamente lo ejecutan. Oí decir á uno, y delante de muchos:—el Visorrey no me envía para que me esté mano sobre mano, sino para que me aproveche, y así juro á tal que en viendo la ganancia al ojo, no se me ha de ir de las manos; y en dos años sacó con qué vivir honradamente.

CAPÍTULO XXIII.

DE LA GUERRA QUE HIZO AL INGA

Prosiguiendo su viaje el Visorrey Dn. Francisco de Toledo desde Huamanga al Cuzco y llegando á esta ciudad, fué recebido solemníssimamente por el Cabildo della y demás ciudadanos; como llevase desde Huamanga noticia de los daños que hacían los indios que se quedaron en los Andes cuando el Marqués de Cañete (como dijimos) sacó al inga, determinó, por más servir á su Magestad, sacarlos, allanarlos y reducirlos al servicio de su Magestad por los robos y muertes que causaban en el distrito desde Guamanga al Cuzco, para lo cual nombró sus Capitanes: á Martín de Arbieto de Mendoza, capitán general y á Martín Meneses, capitán, vecino del Cuzco, y á otros, y publicó la guerra; envió algunos criados de su casa, lanzas y arcabuces que salieron desde Lima acompañándole; y entraron en las montañas de los Andes. Los ingas habían alzado y jurado á su modo por rey á un inga muchacho de 18 á 20 años, por ser único descendiente de la casa de los ingas, los cuales, viendo la pujanza de los españoles, no los esperaron á batalla y se fueron huyendo un río grande abajo, en pos de los cuales, en balsas, los nuestros se echaron; alcanzáronlo y prendieron al pobre muchacho y los principales de sus capitanes, con los cuales se volvieron al Cuzco muy victoriosos, y luego en el fuerte de dicha ciudad le mandó poner preso el Virrey al tal inga, (creo) sin prisiones, de las que no reservó á los capitanes. Mandó que algunos religiosos enseñasen la doctrina cristiana é imposturasen en nuestra santa fe al inga y los capitanes, bien que el inga como muchacho de poca edad aprendió

prontamente las oraciones y á poca instancia se bautizó; y lo que resultó de todo esto, que hecha información de quién era causa de tantos robos como se habían hecho, como con efecto lo eran los capitanes presos y el inga, aunque á éste por su poca edad no se le contemplaba muy culpado, no obstante, substanciada la causa les condenó Don Francisco de Toledo á muerte. Al inga lo degollaron en un cadalso, el que al tiempo de morir, dijo:—¿pues para quitarme la vida me han hecho christianar? lo que causó mucha tristeza al pueblo, y á los capitanes los ahorcaron; de que se siguió ir poblando poco á poco toda la tierra de los Andes. A los demás ingas dellos desterró para Lima, y aún juzgo que para Tierra Firme, los cuales, he oído decir, murieron en Los Reyes, como mueren muchos de los serranos, y de los que volvieron de sus causas al Cuzco libres de la Audiencia, venían tales de la tierra caliente, que en llegando acabaron sus días: de suerte que de los ingas descendientes de Huayna Cápac ninguno ó pocos han quedado.

CAPÍTULO XXIV.

EL VIRREY EN SU VIAJE SE ENCUENTRA CON EL GOBERNADOR CASTRO

Todas estas cosas concluídas y dado asiento en otras, salió el Virrey Don Francisco de Toledo del Cuzco, prosiguiendo su visita para el Collao, en el cual, en el pueblo llamado Pucará, famoso (porque allí se desbarató el tirano Francisco Hernández) se encontró ó halló al Gobernador Castro, que bajaba de la visita de la Audiencia de la Ciudad de la Plata á quien preguntando el Virrey y diciendo:—¿qué le ha parecido á V. S. de la tierra que ha visto, y yo tengo de ver? respondió:—paréceme, señor, que su Magestad debe hacer merced á los hijos descendientes de los conquistadores muy crecidas, porque sinó, nosotros que caminamos en hombros de caballeros, comiendo á cada paso gallinas, capones y manjar blanco con todo el regalo posible, no nos podemos valer de frío por destemplanza del aire y altura de la tierra, los des-

venturados que andaban por aquí descalzos, las armas á cuestas, con maíz tostado y papas cocidas ¿qué no merecen? Palabras verdaderas que procedieron de un ánimo christiano y muy prudente.—En el Reino de Chile hay una ciudad llamada Valdivia, que la pobló Dn. Pedro de Valdivia, el primer Gobernador de aquella tierra, que fué muy rica de oro y de indios, y estando el tal Don. Pedro en la plaza, sentado en un poyo arrimado á la pared de la Iglesia, en buena conversación con otros vecinos conquistadores, levantóse á deshora y comenzóse á pasear delante dellos, la cabeza baja y mustio, y uno de los que con él estaban le preguntó:—Señor no está Vmd. ahora aquí con nosotros en buena conversación y alegre, ¿qué tristeza es esa? Respondió:—rueguen Vmds á Nuestro Señor por mi salud; paréceme tengo de vivir poco (y no vivió seis meses). Y la causa de parecer estoy triste es que se me ha representado aquí ahora que están en Valladolid los niños en las cunas, y otros que se andan paseando, ó pasearán por ella (residía entonces allí la Corte) han de venir á gozar de nuestros trabajos y nuestros hijos y nietos han de morir de hambre: testigo es de esta profesía, todo el Reino.

CAPÍTULO XXV.

LLEGA Á POTOSÍ DON FRANCISCO DE TOLEDO Y DE ALLÍ Á LA PLATA

Despidiéndonse en Pucará el Visorrey del Gobernador Castro, el uno para España y el otro para Potosí, el Visorrey llegó á Potosí, donde se le hizo un costoso recebimiento, donde habiéndose detenido poco tiempo, pasó á la Ciudad de la Plata, donde reside la Audiencia, y en ella presidía el Licenciado Quiñones, y los Oidores Licenciado Haro, Licenciado Ravanal, todos eminentes y buenos jueces. Sirvióle la ciudad con un caballo del más galano pellejo que se ha visto, no parecía sino un brocado, de tres altos, (así) crin y cola blanca y muy bueno, en quien entró debajo de su palio.

CAPÍTULO XXVI.

DE LAS TASAS Y COSAS DE POTOSÍ

En esta Ciudad de la Plata concluyó la tasa de los indios á ella sujetos y los de la provincia de Chucuito y dió asiento á muchas cosas acerca del cerro de Potosí y azogue; tasó los jornales que se habían de dar á los indios señalados para el cerro, hizo muchas ordenanzas acerca del buen gobierno de los naturales y españoles, justas y aprobadas después por el Consejo Real de las Indias, empero, pocas se guardan. Había en esta ciudad, como en otras muchas, ciertos amancebamientos con indias, quízolos castigar públicamente y cierto día á deshora, vemos entrar al Presidente Quiñones, Matienzo y Recalde y ellos propios sacar las indias de los tales españoles, y entregándolas á los alguaciles las llevaron á la cárcel; así las desterró y condenó á plata á los españoles, y algunos resultos con mujeres casadas: también en esta ciudad acabó las cuentas que había comenzado á tomar en el asiento de Potosí á los oficios reales, de que resultó privar de los oficios propietarios que tenían el Tesorero Robles y y al Fattor Juan Anguziana.

CAPÍTULO XXVII

SALIERON LOS CHIRIGUANAS Á B. L. M. Á DON FRANCISCO DE TOLEDO

En esta misma ciudad salieron ocho indios chiriguanas á besar las manos al Visorrey Don Francisco de Toledo, y alegrándose dello recibióles muy bien, agasajóles, y fingidamente le dijeron no querían más guerra ni enemistad con los christianos, ni hacer mal en chácaras, como dos años antes lo habían hecho, y que si su excelencia quería admitr el pacto, traerían curacas é indios principales con quienes se sen-

tase el trato; y como el Virrey respondiese que sí, desde luego enviaron á sus tierras y vinieron algunos curacas é indios, y llegados que fueron á la ciudad y las casas del Virrey les mandó entrar á su cuarto, y después de haberle hecho su embajada, le dicen que todos los curacas de los chiriguanas y demás indios los envían al Apo (que así nombran ellos á nuestro Virrey) para hacer saber como ya ellos no quieren guerra con christianos, ni comer carne humana, ni tener acceso á sus hermanas, sino servir á Dios y al rey de Castilla y ser bautizados y christianos, porque Dios les había enviado un ángel, á quien después llamaron San Yago, que de parte de Dios les dijo se apartasen destos vicios, y enviasen al Apo del Perú á pedirle hombres de la casa de Dios para bautizarlos é industriarlos en cosas de la fe; y en señal désto ser verdadero traían aquellas cruces, y pues no dijeron se las había dado aquel ángel fueron inadvertidos, porque también fueran creídos.

CAPÍTULO XXVIII

DEL VISORREY D. FRANCISCO DE TOLEDO CONVOCA AUDIENCIA SEDE VACANTE Y PRELADOS DE LAS ÓRDENES PIDE PARECER

Hecho ésto, otro día el Visorrey, para las dos después de medio día, convocó la Audiencia, Sede vacante, prelados de las órdenes, Cabildo de la ciudad y letrados de la Audiencia, y los más principales del pueblo para leerles la relación que se había tomado de los chiriguanas que trujeron las cruces. En nuestra casa á la sazón porque el superior estaba ausente, el vicario del convento mandóme fuese á verlo, que el Visorrey quería no sabíamos qué. Llegada la hora y entrando en la cuadra donde el Visorrey yacía en su cama, á la cabecera se sentó el Presidente Quiñones y luego los oidores por su antigüedad; de la media cama para abajo corrían las sillas para los prelados de las órdenes. Yo tomé el lugar de mi orden, luego el guardián de San Francisco, prior de San Agustín y comendador

de Nuestra Señora de las Mercedes; leyóse la relación de tres pliegos de papel, los que vienen á plazeno, admirándose hacían muchos visajes con el rostro y cuerpo; otros, los menos, reiánse que se diese crédito á indios chirriguanas. Finalmente, el Virrey habló en general refiriendo algunas cósas de las en la relación puestas y luego volvió á hablar con las órdenes pidiendo parecer sobre lo que los indios pedían, haciendo grande hincapié en la veneración y reverencia que hicieron al adoratorio y la que tenían ó mostraban tener á la cruz. Y repitiendo como visto el adoratorio, se humillaron sin hacer caso del mismo Visorrey ni de los demás que allí estaban, y pidió parecer si sería bien enviar á la tierra chiriguana algunos sacerdotes, creyendo ser milagro la ficción destos come-gente; porque pedir parecer si era ficción no le pasó por el pensamiento; siempre el Visorrey y los de su casa creyeron ser verdad. Es así cierto que como se iba leyendo la relación y viendo el crédito que se daba á estos más que brutos hombres, come-gente, me carcomía dentro de mí mismo y quisiera tener autoridad, para con alguna cólera, decir lo que sentía. Sabía y había oído decir de las costumbres destos chiriguanas y sus tratos; empero, guardando el decoro que es justo, luego que el Visorrey pidió parecer á las órdenes, yo, aunque no era prelado, sino representaba el lugar de nuestra religión, levantándome y haciendo el acatamiento debido, sin saber hasta aquel punto para qué éramos llamados y, tornándome á sentar, dije:—no se admire VE. que estos indios chiriguanas hagan tanta reverencia á la cruz, por que yo me acuerdo haber leído los años pasados dos cartas que el reverendíssimo desta ciudad, fray Domingo de Santo Thomas, que está en el cielo, de nuestra sagrada religión, llevó consigo á Los Reyes yendo al sínodo episcopal, de un religioso carmelita, escritas al señor Obispo, el cual entre estos indios andaba rescatando indios chaneses (en diciendo estas palabras no habiendo concuído SSª. sin dejarme pasar más adelante, el Presidente de la Audiencia, el Licenciado Quiñones; diré:—no hubo tal carmelita; empero, estando yo cierto de la verdad que quería tratar, respondí:-si hubo; el Presidente por tres veces y más contradiciendo, y yo por otras tantas afirmando mi verdad. En fin, el Licenciado Recalde, Oidor de la Audiencia, volvió por ella y dijo:—señor Presidente razón tiene

el padre fray Reginaldo, un religioso carmelita anduvo cierto tiempo entre ellos. Callando el Presidente y esta verdad declarada, prosiguió mi razonamiento y dije:—Estas cartas, el reverendíssimo cierto día después de comer y de una conclusión, que cotidianamente se tiene de Teología en el general de ella, las sacó al padre prior que á la sazón el padre fray Alonso de la Cerda (después obispo de esta ciudad) dijo:—mande V. P. se lean estas cartas que dará gusto oírlas á los padres. El señor prior me mandó las leyese y en ellas el padre carmelita, después de dado al reverendíssimo alguna cuenta del sitió de la tierra, le decía haber no sé cuántos años, de tres ó cuatro, que entraba y salía en aquella tierra, trataba con estos chiriguanas y les predicaba y no le hacían mal alguno, antes le oían de buena gana á lo que mostraban, y tenían hechas iglesias en pueblos á las cuales llamaban Santa María, en cuyas paredes había pintadas muchas cruces, mas que no se atrevía á bautizar á ninguno, ni decir misa, ni para esto llevaba recado: dejábalo en la tierra de paz; á los niños juntaba cada día á la doctrina y se les enseñaba nuestra lengua y la letanía.

Delante de las iglesias había hecho su placeta en medio de la cual tenía puesta una cruz de madera, muy alta al pie de la cual, en cada pueblo, enseñaba la doctrina y otras veces en la iglesia; persuadía á todos los indios grandes y menores que pasando delante de la cruz hiciesen la reverencia y más decía; que faltando un año las aguas y las comidas secándose (no es tierra muy lluviosa) vinieron á él los chiriguanas del pueblo donde reresidía, y le dijeron, las comidas se nos secan, ruega á tu Dios nos dé aguas sinó te mataremos; el cual oyendo la amenaza dice que se recogió en su oración lo mejor que pudo, encomendándose á Dios con todos los niños de la Doctrina; pusose con ellos de rodillas en la plaza, delante de la cruz, comenzando la letanía con la mayor devoción que pudo. Al medio de la letanía, revuélvese al Cielo y llovió de suerte que no pudiendo acabarla donde la había comenzado, se entró con los niños en la iglesia para acabarla y dende entonces les proveyó Nuestro Señor de aguas; el año fué abundante de sus comidas. Hecho ésto y pasado aquella agua, luego hizo su razonamiento á todos los indios que á la letanía se hallaron presentes, persuadiéndoles diesen gracias á Dios Nuestro Se-

ñor, se encomendasen y reverenciasen mucho la cruz. Decía más: que entre otras cosas que les procuraba persuadir, y algunas veces salía con su intento, era que no comiesen carne humana, por lo cual viendo que ya tenían á pique de matar al chanes para se lo comer, se los quitaba, y aún casi por fuerza y no se enojaban contra él; otras veces no podía tanto, reprendíales gravemente ser deshonestos con sus hermanas y refería que un chiriguana enamorado de su propia hermana y ella no arrostrando á esta maldad, hallándola un día en parte donde le pareció poner su maldad en ejecución, ella se le escapó de las manos y corriendo se le entró en la iglesia, donde el pecho chiriguana y bestial no se atrevió á entrar; y visto por la hermana le dijo:—bellaco, yo diré al padre te castigue, no se te acuerda que nos dice que nos manda Dios no hagamos esta maldad? La muchacha diciéndoselo reprendió al hermano ásperamente; reprendíales gravemente el vicio bestial de comer carne humana, lo cual algunas veces le respondían la comían asada ó cocida, pero que no 30 leguas de allí habían otros indios muy dispuestos llamados Tobas, que la comían cruda. Estos eran malos hombres y no ellos, por que cuando van en el alcance, al indio que cogen echándoselo al hombro y corriendo tras los enemigos se lo van comiendo vivo á bocados, y que si quería le llevarían á la tierra de estos gigantes; á los cuales por verlos hizo le llevasen allá y decía que los había visto desde un cerro; mas que no se atrevieron á bajar á lo llano, y á su parecer, serían de estatura tres varas y media ó cuatro de alto fornidazos, y visto dió priesa á los chiriguanas se volviesen antes de ser sentidos; y este valle dista á su parecer no 100 leguas de la Ciudad de la Plata. Todo esto, dije, yo leí en el lugar referido, por lo cual no es milagro revérencien tanto á la cruz enseñados por aquel padre carmelita. En lo tocante al milagro que dicen Dios le ha enviado un ángel que les predica y ha mandado vengan á VE. á pedir sacerdotes y lo demás, téngolo por ficción, y aún por imposible, porque esta es una gente que no guarda un punto de ley natural, tanta es la ceguera de su entendimiento y á estos enviarles Dios un ángel, no es creíble, porque es doctrina de varones doctos que si hubiese algún hombre gentil que en la edad presente guardase la ley natural, volviéndose á Nuestro Se-

ñor con favor suyo, su Magestad le proveería de quien le diese noticia de Cristo; por que dice San Pedro que en otro no hay ni se haya salud para la ánima, como envió á San Pablo á Cornelio y á Philipo Diácono al eunuco, y á los reyes magos trujo con una estrella, aunque no niego que Nuestro Señor, usando de su infinita misericordia, no pueda hacer con éstos lo que dicen, pues los hombres igualmente le costamos su vida y sangre; más lo que ahora éstos dicen, téngolo por falsedad y ficción.

En lo que toca irles á predicar, si la obediencia no me lo manda; no me atreveré á ofrecerme á ello; iré trompicando, lo que estos pretenden es: saben que VE. hizo guerra al inga le sacó de las montañas donde estaba, trújolo al Cuzco é hizo de él justicia y temen VE. ha de hacer otro tanto con éstos, por los daños qne en los vasallos de su Magestad y en los pobres inocentes han hecho y hacen y quieren entretener á VE. hasta que tengan todas sus comidas puestas en cobro; y los chiriguanas que están ahora en esta ciudadá la primera noche tempestuosa se han de huír y dejarán á VE. engañado. Dicho esto y otras cosas, hecho mi acatamiento, concluí mi razonamiento. El padre guardián de San Francisco, llamado fray Diego de Illanes, pidiéndole su parecer, dijo:—no parece, excelentíssimo señor, sino queremos negar los principios de philosophia, sino que Nuestro Señor ha guardado la conversión destos chiriguanas para los felicísimos tiempos en que VE. gobierna estos reinos, y poco más dicho cesó. El padre prior de San Agustín, fray Guillermo, no era hombre de letras, buen religioso, remitióse al parecer de los que mejor sintiesen; lo mismo hizo el padre comendador de las Mercedes; el padre fray Juan de Vivero, que acompañaba al padre prior de San Agustín, dijo: que iría de muy buena gana á predicarles como en público y en secreto había dicho muchas veces. El Virrey, oído ésto, pidió parecer al padre fray García de Toledo, de quien habemos dicho ser hombre de muy bueno y claro entendimiento, que un poco apartado de nosotros tenía su silla, diciéndole:—y á vuesamerced, señor padre fray García ¿qué le parece? No respondió palabra al Visorrey, sino vuelto contra mí, dice:—con el de mi orden lo quiero haber, y yo púseme un poco sobre los estribos viendo ser una hormiguilla y mi contendor un gigante, y dijo—¿Cómo dice

V. Reverencia lo afirmado? ¿no sabe que Dios envió un ángel á Cornelio?—Respondí:—si sé; y también que antes que se lo enviase ya Cornelio, dice la Escritura, era varón religioso y temeroso de Dios y cuando llegó San Pablo hacía oración al mismo Dios; luego nos barajaron la plática, y yo quedé por gran necio y hombre que había dicho mil disparates sin haber quien por la verdad , ni por mi se atreviese hablar una palabra.—Es gran peso para inclinarse los hombres aún contra los que sienten ver inclinados á los principios á lo que pretenden, por ser necesaraio pedir del cielo para declararles la verdad, no digo lo tuve ni lo tengo, más dióme Nuestro Señor entonces aquella libertad cristiana.

CAPÍTULO XXIX

HACE EL VISORREY INFORMACIÓN DEL MILAGRO

Persuadido el Visorrey don Francisco de Toledo que los indios chiriguanas le trataban verdad; para más en ella confirmase y confirmar á otros, determinó hacer una información de todo, y fué con toda solemnidad, con asistencia del Virrey, Presidente de la Audiencia, Deán de la Plata, el Doctor Urquisa, el Licenciado Villalobos, Vicario general por la Sede vacante, tres secretarios, tres lenguas, un religioso nacido y lego del Río de la Plata y el mestizo Capillas, yo me hallé á toda ella, iba por compañero del religioso lego, que así lo pedí, para ver en qué paraba esta ficción. Entraron examinando y ninguno concordaba con lo que el otro decía y yo me abrasaba viendo no podía desencajar al Virrey de creer esta ficción, como otros de los circunstantes, y por fin en el capítulo siguiente se verá que viendo los chiriguanas les daban con la entretenida de información, y recelándose tal vez alguna cosa, una noche se huyeron y se dejaron burlados á los incrédulos después de haber escrito en la información ochocientas y cinco fojas, poco más ó menos.

CAPÍTULO XXX

LOS CHIRIGUANAS SE HUYEN

El Visorrey Dn. Francisco de Toledo, hecha la información, fué deteniendo á los indios chiriguanas sin dejarles volver á sus tierras, lo cual ellos sintiendo determinaron huírse; ésto fué descubierto y el Virrey mandó que de una casa que les había dado un poco apartada del pueblo en la parroquia de San Sebastián, se mudasen á otra dentro del pueblo donde se tuviese un poco de más recaudo con ellos y si se huyesen luego fuese sabido. Sucedió, pues, así: que venida una noche tempestuosa, como las suele haber en aquella ciudad y en toda la provincia, se huyeron todos los que habían quedado, y entre ellos Baltazarillo y el chiriguana llamado inga Condorillo. Luego que el Visorrey antes de amanecer lo supo, dijo á sus criados que sin quedar ninguno los fuesen á buscar y los trajesen; alborotóse el pueblo y saliendo mucha gente con caballos dan con Baltazarillo y otros tres, los que trajeron al Virrey; los demás se escaparon y antes de llegar á su tierra hicieron cuatro ó cinco muertes en el camino; y ésto era porque venían contritos á pedir la Ley divina; y por fin, se conoció que lo que yo dije era verdad, pero primero que saliese andaba como corrido sin atreverse á hablar, ni haber quien se atreviese de los pocos que conmigo concordaban y sentían, aunque después que los recogieron de la Plata, algunos libremente y sin rebozo decían su parecer.

CAPITULO XXXI

EL VISORREY DETERMINA IR Á LOS CHIRIGUANAS EN PERSONA

Sintió gravemente el Visorrey la huída de los chiriguanas, como á quien unos indios bárbaros así burlaron, por lo cual y porque convenía hacerles guerra ó sujetarlos, deter-

minó él en persona ir á castigarlos y de allí entrar en Santa Cruz de la Sierra y sacar á Don Diego de Mendoza y justiciarle, como lo hizo después, y de un tiro matar dos pájaros. Sacó tiendas, las cuales se armaron delante de su casa, nombró Capitán General á Don Grabiel Paniagua, vecino de la Plata, hombre muy rico, Comendador de Calatrava; por Maestre de Campo á Don Luis de Toledo, su tío; tuvo para esta determinación muchos consejos con la Audiencia, la que nunca vino en que el Virrey fuese en persona á los chiriguanas, sino que cerca de allí había hombres que toda la vida estaban guerreando con los chiriguanas y como experimentados, si se les hacía el encargo, no hay duda darían cuenta de sus personas, pero nunca se pudo convencer al Virrey á que dejase de ir.

CAPÍTULO XXXII

EL VIRREY PIDE PARECER SI DARÁ POR ESCLAVOS Á LOS CHIRIGUANAS

Determinado el Virrey de entrar en persona contra estos come-hombres, enemigos comunes del género humano, llamó á consulta á la Audiencia, Sede vacante, Cabildo de la ciudad y á las órdenes, y algunos letrados; si podía dar lícitamente por esclavos á los chiriguanas que se prendiesen en aquella guerra, á que respondió el Deán y demás circunstantes que sí, y aunque preguntándome á mí el Visorrey, respondí, que me conformaba con el asentir de los demás señores, excepto que se debían dar libres á los niños inocentes, en esta forma: que vencidos, su Excelencia los entregase donde le pareciese y á quien gustase, pero no en sonido de esclavos para venderlos, si solo para servirse dellos.

El Virrey dijo era piadoso parecer, empero no lo queriendo admitir, mandó al general Dn. Grabiel saliese á la plaza y con la solemnidad acostumbrada publicase á sangre y á fuego la guerra contra estos chiriguanas, declarándolos y dando por esclavos á todos cuantos en ella se rindiesen y prendiesen, lo cual hizo luego y en la plaza públicamente se publicó y pregonó como el Virrey lo mandaba.

CAPÍTULO XXXIII

EL VISORREY MANDA SE ENTRETENGA Á LOS CHIRIGUANAS POR EL CAMINO DE SANTA CRUZ

Publicada la guerra á fuego y sangre y dados por esclavos los chiriguanas, mandó el Virrey al General Don Grabiel que con 120 soldados, sin la gente de su casa, entre contra estos enemigos por el camino que vá á Santa Cruz de la Sierra y procure allanar al cacique Vitapue, que está en medio del camino, ó á lo menos impedirle que no pueda ir á socorrer á los demás contra quienes el Visorrey entraba; apercibióse el General de lo necesario y con los soldados dichos tomó su camino; lo que le sucedió diremos en concluyendo con el Visorrey.

Partió pues el Virrey llevando en su compañía las lanzas y arcabuces para la guarda de su persona; salieron con el Visorrey poco más de 400 soldados, deseosos de concluir con esta canalla; la primera jornada fué legua y media en un valle que llaman Yotala, donde se acabó de juntar el bastimento necesario de carnes y demás para la gente. Llegando pues á las puertas de las montañas chiriguanas, luego despachó al Capitán Juan Ortiz de Zárate con su compañía de 50 soldados. sin otros diez que le dió, viejos, á un pueblo llamado Tucurube, el cual llegó á tan buen tiempo que no halló en él indio que le pudiera hacer resistencia, por haber cuatro días se habían partido á cazar indios chaneses; hallóse aquí comida de maíz, fríjoles, zapallos, yucas y otros mantenimientos. Oí decir pasaban de treinta fanegas de las especies dichas; apoderáronse los nuestros de todo: las mujeres que huyeron al monte dieron parte á sus chiriguanas de que los christianos se habían apoderado del pueblo, y dentro de pocos días volvieron los chirriguanas, no todos, sino los más principales, entrando como de paz; y de aquella suerte fueron engatando al Capitán y los soldados, y una noche hicieron los chiriguanas un destrozo fatal y luego se huyeron al monte.

CAPÍTULO XXXIV

EL VIRREY NOMBRA POR CAPITÁN Á SU CAMARERO Y LO ENVÍA Á MARUCATE

Prosiguiendo la tierra adentro el Visorrey con su campo, lo sentó en cierta parte cómoda, de donde nombrando por Capitán á Francisco Barraza, su camarero, le mandó escogiese 50 hombres en todo el ejército y con ellos fuese á su pueblo del curaca Marucate. Hízolo así, tomando los cincuenta hombres, y saliendo con sus caballos hasta el pie de una cuesta por donde no se podían aprovechar dellos, y el pueblo estaba fundado en lo alto della; y finalmente, llegando á lo alto y viendo los indios no les podían hacer resistencia, se huyeron con sus hijos á la montaña, dejando las casas desamparadas. Los nuestros, cuando llegaron, ya llevaban alguna hambre, y entrando en las casas dieron en una olla grande llena de maíz cocido: metían las manos y á puñados sacaban el mote, lo que comían con mucho gusto; empero, uno metiendo la mano un poco más adentro, encontró con un brazuelo de un niño; sacólo afuera sin saber lo que sacaba, en viéndolo todos que era carne humana fué tanto el asco que recibieron que lo comido y lo que más tenían en el cuerpo con grande asco lo lanzaron fuera, y sin hacer otro efecto se volvieron al Real: no hallaron bastimentos porque los indios los tenían puesto en cobro.

CAPÍTULO XXXV

EL VISORREY MANDA VOLVER EL CAMPO AL PERÚ

Habiendo vuelto al campo hallaron al Visorrey enfermo y los soldados con más hambre que comida, por cuyo motivo determinaron volver al Perú. Viendo, pues, el Virrey su poca salud y que el Licenciado Recalde le aconsejaba saliese

con el campo de aquella tierra, determinó mandar se diese la vuelta al Perú, por estar el campo muerto de hambre, y los que más la padecían eran los pobres indios, que si encontraban algunas sillas se comían los cordobanes y guarniciones; todo el Real venía casi á pie, porque los caballos de cierta yerba que comían se quedaban estacados haciendo es pumarajos: con mucho trabajo salió el Virrey á la tierra del Perú, á un valle llamado Tomina, sin que en el camino recibiese daño alguno de los chiriguanas, que no hay duda fué ésto obra de Dios Nuestro Señor, porque con ser gente que no pelea sino de noche y á traición, si de noche fueran dando arma en el campo, no hay duda los desvelaran é hicieran estar en arma toda la noche: hambrientos y sin fuerzas para tomar las armas, era muy contingente no volvieran la quinta á este Reino. Habiendo dado parte á la Audiencia y á la ciudad cómo venían todos hambrientos y destrozados, salió con la brevedad posible el Presidente Quiñones á les llevar refresco, el cual llegando al valle de Tomina y sabiendo cuanta más necesidad traían de las que en cartas se habían significado, y que los gastadores estaban ya cerca, y casi arrimados á los árboles, tomando su mula y en ella unas alforjas, y los demás que con él iban haciendo lo mismo, con la priesa posible llegaron donde los gastadores estaban, entre los cuales hallaron dos ó tres ya arrimados á unas peñas, los ojos vueltos en blanco, de hambre. Animóles y dióles del refresco que llevaba, con lo cual los volvió en sí, y avisó al campo cómo habían llegado con bastimento y otro día sería con ellos, y con ésto unos con otros se animaron y llegaron al valle nombrado Tomina, donde fueron muy caritativamente recebidos de los que en él habitaban, españoles chacareros, que con toda liberalidad les daban de comer vaca, ternera, cabritos, y éllos y sus mujeres masando de día y de noche pan para los que á sus casas llegaban con no poca pérdida del crédito español.

CAPÍTULO XXXVI.

LO QUE SUDEDIÓ AL GENERAL DON GRABIEL PANIAGUA

El General Paniagua prosiguiendo su viaje por donde le fué mandado con 120 soldados, entró en la tierra chiriguana sin que los indios se le atreviesen á salir al camino ni estorbar el paso. Puesto, pues, en medio de las montañas chiriguanas no sabía cosa alguna del Virrey, hasta que de un cerro le dijeron los enemigos todo lo que pasaba en el campo del Virrey, la mucha enfermedad y hambre, y que el Virrey había dado la vuelta al Perú. El General viendo ésto y que las aguas iban entrando, determinó de dar también la vuelta al Perú y saliendo sacó toda su gente sana y salva, sin que nadie le hubiese hecho la menor contradicción, si solo unos caballos que se le huyeron una noche por haberse desatado de los sitios donde estaban. En llegando á tierra de paz, luego fué cierto de lo que los chiriguanas le habían dicho, y viniendo para la Ciudad de la Plata halló en ella, días había, al Virrey enfermo.

CAPÍTULO XXXVII.

DESPIDE LOS SOLDADOS EL VIRREY Y LLEGA Á LA CIUDAD DE LA PLATA

En este vallé de Tomina despidió los soldados y descansó el Virrey hasta adquirir unas pocas de fuerzas, las cuales en dándole los aires del Perú comenzó á recobrar, pero no de manera que se pudiese tener en pié ni dar un paso; y sintiéndose con algunas más fuerzas se puso en camino para la Ciudad de la Plata, donde llegó en una literilla de hombros, en que le traían dos iacayos, tan flaco y desfigurado que se tuvo poca esperanza en su salud; pero Nuestro Señor se la dió. Sano ya del todo y compuestas algunas cosas to-

cantes al gobierno de aquella provincia, de allí á cinco meses tomó el camino para Potosí y hallando que muchos de los que tenían indios para sus ingenios se habían ocupado más en recoger metales de los desmontes y traspasar la ordenanza por él hecha que en beneficiar y labrar sus minas, les condenó á tres tomines ensayados por quintal, con los cuales entró en la Caja Real lo que délla había sacado para la guerra chiriguana, y lo demás repartió en los que más habían gastado, como fué el Licenciado Recalde y á otros. Partió de Potosí, asentado todo lo necesario para su buen gobierno, para la ciudad de La Paz, de allí á Arequipa, de donde se fué á embarcar, creo á la playa de Chilca. Embarcado, pronto llegó al puerto del Callao de la Ciudad de los Reyes, donde fué muy bien recibido.

CAPÍTULO XXXVIII

DEL CAPITÁN FRANCISCO DRAQUE, INGLÉS, QUE ENTRÓ POR EL ESTRECHO DE MAGALLANES

El año de 77, así como en España y toda Europa pareció en la misma región del aire el más famoso cometa que se ha visto, también se vió en estos reinos á los 7 de octubre con una cola muy larga que señalaba el estrecho de Magallanes, que duró cuasi dos meses; el cual pareció ser anuncio que por el estrecho había de entrar algún castigo enviado de la mano de Dios por nuestros pecados, como sucedió que dende á dos años poco más ó menos que se acabó y el Visorrey Dn. Francisco de Toledo residiendo en la Ciudad de los Reyes, entró en el puerto de ella un navío inglés enemigo con un capitán llamado Francisco Draque, de noche, sin que tal se imaginase. Este capitán inglés, luterano, con orden de la Reina María, inglesa, y también luterana, una de las malas hembras que ha habido en el mundo, se aventuró con tres navíos á venir á robar estos reinos y hacerse señor de la mar; caso jamás imaginado y de ánimo más que inglés. El estando en el puerto anduvo preguntando si el navío de San Juan de Antón estaba en el puerto, que no sabemos quién le dijo

se había fletado en él la cantidad de plata que le tomó; pero de un maestro ó piloto fué conocido, el cual de su navío, echándose á nado, salió á tierra diciendo arma. Alborotóse toda la gente, que sería poco menos que á media noche, luego despáchase al Virrey no sabiendo ni diciendo si era navío de luteranos alzados en el Reino ó en Chile. El Virrey, oída la nueva, tocan cajas y en las calles arma, arma, sin saber contra quién. Con todo eso, al amanecer entró en el puerto y toda la ciudad en él sin arcabuces ni artillería. El Francisco no se atrevió ni le convenía saltar en tierra, porque en las ventanas de las casas rompiendo sábanas y por la puertas hicieron mechas y las encendieron y aquel luterano creyóse eran arcabuces. Habiendo picado muchos cables y los navíos sin amarras andando de aquí allí, él se apartó y pretendió salir del puerto y seguir su viaje, sino que le faltó el viento y cuando el Virrey llegó al Callao le vió y todos los demás en calma, las velas pegadas á los mástiles; empero, como no tenía armas ofensivas más que espadas, cotas pocas. no se atrevió á enviar contra él algunos bateles grandes y barcos de pescadores, que si hubiera con qué equiparlos y arcabuces, armando cinco ó seis contra él antes que viniese la marea, pudiera ser le rindieran y le hicieran pedazos el timón; pero no habiendo un grano de pólvora en la ciudad no se podía hacer ésto.

El navío inglés luego que entró la marea salió fuera del puerto, y navegando, descubrió el navío de San Juan de Antón donde iban más de 400.000 pesos, los 300.000 para su Majestad. Luego que el inglés lo tuvo á tiro, disparóle una pieza de artillería, y los nuestros pensando se burlaba y que sería navío de los que habían quedado en el Callao, no hicieron caso, conque arrimándose más el navío inglés le abordó y quitó (sin que los nuestros hiciesen la menor defensa) todo el dinero y demás hacienda que llevaban, y ésto que en el puerto de Arequipa habían robado á otro navío 82.000 pesos y en la costa de Chile había dado otros muchos asaltos.

El dicho inglés prosiguió su viaje á la costa de México, donde tomó otro navío que del puerto de Aguatulco había salido destos Reinos cargado de mercaderías, y como no venía por ropa sino por plata, dejóle ir, y tomando algunas

cosas de que tenía necesidad, cuales eran velas y jarcias, y sus soldados tomaron algunos fardos de ropa, no en mucha cantidad. Pasando adelante, siguió la derrota á la China sólo (porque no pudo descubrir los otros dos navíos que sacó de Inglaterra). De allí volvió á entrar en el mar Océano y de allí á Inglaterra, cargado de barras de plata.

CAPÍTULO XXXIX.

LA INQUISICIÓN VINO Á ESTE REINO

Al mismo tiempo que su Magestad proveyó por Visorey de estos Reinos á Don Francisco de Toledo, proveyó también inquisidores que residiesen en la Ciudad de los Reyes; un proveimiento acertadíssimo y necesaríssimo, en lo cual se manifestó cuanta verdad sea que el corazón del Rey está en las manos de Dios. Envió, pues, su Magestad dos varones tales cuales convenía para sentar la Inquisición. Uno fué el Licenciado Bustamante, que murió en Tierra Firme, y el Licenciado Cerezuela; á Bustamante sucedió el inquisidor Don Antonio Gutiérrez de Ulloa, todos en sus facultades muy doctos, grandes christianos, de mucho pecho y no menos prudencia; dotados del mismo Dios de las partes requisitas para el ofiicio. Vino Fiscal el Licenciado Alcedo, Secretario Ambrosio de Arrieta, todos cuales se requerían. Entraron en la Ciudad de los Reyes, é hízose el recebimiento conforme á lo ordenado por su Magestad. Sentaron la Inquisición prudentíssimamente y comenzaron á hacer su oficio con tanta rectitud y christiandad como se requiere; luego se vió la que della había y cómo fué inspiración divina que su Magestad la enviase, pues corría gran riesgo la christiandad en estas partes por los muchos luteranos, como luego les echó mano el Santo Tribunal; y hecho el primer auto, que fué famoso, el Licenciado Cerezuela proveyéndole Su Magestad una silla episcopal de los Charcas, no la aceptó, antes pidió licencia para se volver á España, la cual fué alcanzada; llegando á Cartagena dentro de pocos meses, loabilíssimamente acabó sus días. De allí á poco tiempo murió el inqui-

dor Ulloa con gran sentimiento de la ciudad y aún del Reino. También murió antes el Secretario Arrieta y el Licenciado Alcedo, Fiscal, ambos acabaron loablemente. En lugar del señor Arrieta los inquisidores nombraron por Secretario, mientras de España venía, á Melchor Pérez de Maridueña, suficiente para el oficio por su mucha virtud y christiandad, y en lugar del Licenciado Alcedo á Don Pedro de Arpide, el cual murió en Cartagena de camino para España. En lugar del Secretario Arrieta vino de España proveído Gerónimo de Lugui, varón de muchas y muy buenas prendas y loables costumbres, con las demás partes que para el oficio se requieren, como la experiencia lo ha mostrado y muestra.

CAPÍTULO XL.

DE LAS VIRTUDES DEL VIRREY DON FRANCISCO DE TOLEDO

Al Virrey Don Francisco de Toledo dotó Dios Nuestro Señor de muchas y muy buenas calidades y partes, como quien lo había criado para gobernar; dióle boníssimo entendimiento, subtilíssimo, era amigo que en pocas palabras le propusiesen y respondiesen. En su tiempo, como hemos dicho, se descubrió el azogue; envió mucha plata al Rey nuestro señor, así de los quintos como de otras cosas, y de un año á otro prometía más y lo cumplía; no admitía dádivas ni cohechos; sacó la Universidad y púsola donde como dijimos dió principio el Sr. Dn. Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, de gloriosa memoria; fundó el Regimiento de San Juan de la Penia; dábale mucho gusto se dijese dél deshacía motines. Fué el primer Virrey que mandó le predicasen en Palacio; salía pocas veces á caballo á pasear por la ciudad, lo que era frecuente en sus predecesores; y por fin, con haber reducido á los indios desvariados, (que eran sin número) á pueblos, hizo una cosa digna de eterna memoria; y habiéndose retirado á España, después de trece años de virreinato, murió de una apoplegía que aún no le dejó testar.

CAPITULO XLI

DON MARTÍN ENRÍQUEZ VIRREY DESTOS REINOS

Importunado su Magestad del Rey Philipo nuestro señor por Don Francisco de Toledo, Visorrey, proveyó en su lugar á Don Martín Enríquez, Visorrey de México, el cual vivió en este Reino poco más de dos años, gran gobernador, christiano y limosnero; su salario, que son cuarenta mil ducados, repartía entre los pobres, hecho tres partes: la una á éstos, la otra para su plato y la otra para sus hijos, y ésto era con gran economía. Gobernó en este poco tiempo todas las cosas del Reino con no menos prevención que los demás, así en lo que toca á mirar por el augmento de la christiandad, como por los intereses de la Real Corona, sin para ésto acrecentar los repartimientos á los indios, ni que ninguno le motejase de tirano á la Patria; mas como Nuestro Señor fué servido llevarle para sí, á todo el Reino dejó en gran tristeza; fué muy llorada y sentida su muerte de toda la tierra en general y en particular de los pobres; murió recebidos todos los sacramentos. Hízosele solemníssimo entierro en el convento de San Francisco.

CAPITULO XLII

EL CONDE DEL VILLAR VISORREY DESTOS REINOS.

Por la muerte del excelentíssimo y gran limosnero Don Martín Enríquez, su Magestad proveyó á Don Fernando de Torres y Portugal Conde del Villar, boníssimo caballero y de acendrado ingenio para gobernar, amicíssimo de hacer justicia y que de ninguno de sus criados se oliese recebía la menor cosa del mundo. Sucedió en el tiempo de su gobernación que por el Estrecho de Magallanes entró el capitán Candelin, luterano inglés y desembocó en esta mar con tres navíos, el

uno de alto bordo, los dos pequeños, y descubriéndose en la tierra de Chile, luego el Gobernador Don Alonso de Sotomayor en un navío despachó avisando de lo que había, y llegando á Los Reyes dió su aviso al Visorrey, que lo agradeció mucho y aún prometió hacer mercedes; la ciudad se puso en arma, y el Callao. Los capitanes nombrados por su excelencia fueron por su mandado participando á las ciudades y pueblos circunvecinos acudiesen para tal día con sus armas y caballos, y aunque es verdad pasó por delante del puerto del Callao el enemigo con sus navíos, pero no se atrevió á entrar y prosiguiendo su camino hasta el puerto de la Navidad, en la costa de México delante de Guatulco, donde vienen á reconocer los navíos de la China, allí vino uno muy grande; dicen traía gran porción de oro de mercadería. Como venía descuidado, sin armas, facilíssimamente le rindió, y dejando azotado al Reyno de México, volvióse á su tierra con mucha más hacienda que llevó el otro luterano Francisco Draque. En el tiempo que el Virrey vivió gobernando, que fueron 6 años, siempre tuvo la ciudad y puerto muy abastecidos de pan y demás necesario; tuvo ánimo para hacer lo que ninguno de sus antecesores desde Don Francisco de Toledo acá, que fué asentar las alcabalas. Mandábaselo así su Magestad expresamente. Oí decir á un criado suyo, y fidedigno, que muchas noches se le pasaban sin poder dormir antes que las pregonase, buscando unos y otros medios cómo sin riesgo del Reino se sentasen, y viendo las dificultades que se le ofrecían todo era superior; por una parte temía alguna rebelión; por otra, si no lo hacía, perdía mucho de su crédito con su Magestad que le mandaba con los mejores medios que pudiese las asentase, y no las dejase de asentar; finalmente, dióse tan buena maña que las publicó, asentó é hizo recebir, y aunque se temió algún escándalo (no en la ciudad de Los Reyes) sino en las demás del Reino, fué Nuestro Señor servido se aceptasen como justíssimo derecho debido á su Magestad y no se paga sino á Dios.

CAPITULO XLIII

QUITO SE REBELA SOBRE RECEBIR LAS ALCABALAS.

Entre todas las ciudades destos reinos sola la de Quito no quiso acudir á lo que al servicio de su rey debía; en la cual no sé cuantos criollos de poco juicio, particularmente al que tomaban por cabeza, un muchacho de 30 años, de poca cordura y menos experiencia, hijo del contador Francisco Ruíz, á quien conocí con bastantes haciendas; éstos con otros nacidos en España no quisieron recebirlas y casi se pusieron en arma; á los cuales la Audiencia Real no pudo refrenar, porque tenían juntado un escuadrón de 1,800 hombres arcabuceros, todos gente de guerra; y aunque el Marqués con cartas les persuadía se quitasen de aquella quimera en la que ninguna ciudad ni pueblo del Reino se había puesto, no había remedio de sosegarse; finalmente, quizo la Magestad de Dios Nuestro Señor que habiendo nombrado el Marqués á Pedro de Arana por Capitán general y enviándole con 200 hombres á ver si podía aquietar los motores de aquel ruido, se dió tan buena maña Pedro de Arana que sin la menor disención, fué aplacando las iras de tanto necio hasta que viéndolos sosegados entró en la ciudad de Quito, y á pocos días fué prendiendo y ahorcando á los que justificó haber sido motinadores; lo cual quieto y sosegado proveyó el Visorrey por Correjidor y con título de Capitán general á Don Diego de Portugal, caballero muy conocido y partes muy necesarias para aquella ciudad; mandando se viniese el general Pedro de Arana á la ciudad de Los Reyes para hacerle mercedes en nombre de su Magestad, al cual llegando al Callao por la mar, donde el Marqués estaba despachando contra un inglés, como luego diremos, que ojalá llegara un mes antes, le recibió muy bien y dióle 6,000 pesos de renta por dos vidas: empero, como era muy viejo gózolo poco: dentro de breves meses murió. Otras sombras de rebelión hubo en el Cuzco de gente muy baja que excuso tratar sus oficios ni ponerlos en historia, un botijero y un no se qué pagaron su desverguenza en la horca, por que otro lugar mejor no merecían.

CAPITULO XLIV

TIENE AVISO EL MARQUÉS QUE UN PIRATA INGLÉS ESTÁ EN LA COSTA

Acabado con tan buena suceso lo que de Quito se temía, á pocos meses tuvo el Marqués aviso por un navío despachado del puerto de Valparaíso de Chile, que un pirata luterano inglés, había sin se haber descubierto en otros de aquella costa, entrado en él con un solo navío de 300 toneladas, muy fuerte y muy bien artillado, y una lancha, y que derrepente como entró se había hecho señor de los navíos, donde halló matalotaje bastante de vino, tocino, bizcocho y otras cosas y luego puso bandera de paz y de rescate. Rescatáronse los navíos; pues aunque no hay orden de su Magestad para tal lo ejecutaron, por que si no los hubiera quemado el luterano. Este pescó en uno de los navíos á un piloto muy nombrado nuestro, para llevárselo mientras anduviese en nuestra costa, y siendo el tal pilotò hombre muy sagaz, dispuso dar aviso (sin que el luterano lo entendiese) al Visorrey lo que había de ejecutar, armando tres navíos y dos galeras, y diciendo tuviese esta armada á la boca del puerto del Callao prevenido, que á su cuidado quedaba ponerle el navío inglés allí, sin que el luterano entendiese. El Visorrey dispuso con tan buen arte todo lo que decía el piloto nombrando diferentes capitanes en los navíos y galeras; hombres expertos en la mar que días antes que el inglés llegase estaba todo prevenido con muchas municiones y gente de guerra

CAPITULO XLV

PARTE LA ARMADA DEL PUERTO EN BUSCA DEL ENEMIGO

Con tanto y buen recado los navíos y con tanta buena gente y mejores ganas de se ver con el enemigo (ofreciendo el Marqués hacer mercedes á todos y animándolos) salimos de

la isla en busca del enemigo, que no sé si fué acertado por tenernos ganado el enemigo el barlovento, que en esa mar es mucha ventaja, y en particular por esta nuestra costa. Sucede, pues, que habiéndonos hecho un poco la mar adentro, y llegado el enemigo á la playa de Chincha, luego que el Marqués lo supo, despachó un barco de pescadores con orden que no parase hasta hallar la armada, avisando al General dónde había llegado el corsario. El piloto que iba con el inglés venía cumpliendo todo lo que le había avisado al Marqués. Sábado víspera de la Trinidad del año de 94 por la tarde, hallándonos un poco en alta mar, siete leguas más abajo de donde el enemigo estaba, llega el aviso del Marqués á la capitana: el General disparó luego una pieza de artillería; llegáronse los dos navíos grusos y pataches, y resuelto fuésemos en busca del enemigo (¡oh! que disparates cometen los más expertos en la mar) y luego que nos descubrió, como nos tenía ganado el barlovento, hizo lo que le pareció, burlándose de todos los navíos, y aunque la almiranta nuestra le llegó á dar fuertes alcances, como iba sola donde no podíamos socorrerla ni ayudarle y era de menos fuerzas que el navío inglés, no se atrevió jamás á embestirle: antes sí el enemigo pudo haberla echado á pique sin estorbo de las demás embarcaciones; y el enemigo conociendo no le podíamos esperar, no quiso acometernos, y la mar andaba tan alta, que ni los de barlovento ni los de sotavento se podían aprovechar de pieza ni de arcabuz; y llegados á aferrar, mejores éramos que ellos

CAPITULO XLVI

VUÉLVESE LA ARMADA AL PUERTO

El Almirante viéndose solo en alta mar, púsose mar al través para ver si algún navío de los nuestros parecía y particular el del Capitán Manrique, el cual á hora de medio día, llegó donde estábamos, á que el Almirante mandó no se desabrazase de nuestro navío: y habido consejo, pareció se debía ir al puerto en busca del General para seguír su orden; y no le ha-

llando en el mar, cuatro leguas antes de entrar en el puerto, despachó el Almirante á un criado suyo dando parte al Virrey de lo que pasaba, y que sin su orden y mandato no volverían al puerto; y vista por el Visorrey la relación mandó se viniese al puerto y que tomando la provisión necesaria, dentro de tres días, con el título de general, en el navío del Capitán Maurique, saldría en busca del enemigo, aun que fuese hasta Inglaterra. Con esta orden volvimos al puerto (donde aún no había entrado la capitana) no poco tristes de que á seis velas se nos hubiese ido el enemigo; no hay duda, fueron la causa nuestros pecados y soberbia, y el que aconsejó aquella noche nos viniésemos á tierra, no tuvo la culpa el General, pues éste hasta haber rendido al enemigo, ó muerto en la demanda, no hubiera venido al puerto, en que no se puede dudar lo ejecutara así por su mucha honra y crédito adquirido en los ejércitos; el cual habiendo llegado al puerto, supo la orden que había dado el Virrey, enviando á la almiranta por general, de que se ofendió mucho y dijo que él había de ir cuando no de general de soldado; y viendo esta resolución el Virrey le mandó con la almiranta salir en busca del enemigo, los que habiéndose puesto en viaje, á los cuatro días de su navegación, más abajo del puerto nombrado de San Francisco, dan con el enemigo, y acometiéndole se peleó todo aquel día fuertemente, hasta que la noche nos separó á unos y otros; llegada la mañana volvemos en busca del inglés y como le descubriésemos (que fué disparate en él, conociendo la ventaja nuestra no haber huído aquella noche) dimos otra vez con él y llegando á aferrar entró mucha gente dentro y se venció; y habiéndonos retirado con la presa al puerto de Panamá, á donde se rehizo nuestro General las quiebras de los navíos, nos detuvimos allí unos días para curar algunos de nuestos heridos. Sucedió esta victoria día de Nuestra Señora de la Visitación, 2 de julio del año de 94. Luego despachó el General un criado con el aviso de la victoria al Virrey, que caminando de día y noche sin parar seis días, llegó á Los Reyes, y habiendo recibido el Virrey el pliego á las diez de la noche, mandó á aquellas horas avisar á la iglesia mayor y monasterios repicasen las campanas y saliendo de su casa acompañado de toda la ciudad á caballo anduvo las estaciones por los monasterios, dando gracias á

Nuestro Señor por la victoria y con tan poca pérdida de los nuestros. Estuvo en este Virreynato 6 años, hasta que su Magestad le hizo merced de mandarle ir á su marquesado, porque estando acá le heredó, dejando en el gobierno deste Reino al Virrey don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, que gobernaba los reinos de México, el cual ahora con mucha rectitud y cristiandad nos gobierna.

CAPÍTULO XLVII.

DEL DESCUBRIMIENTO QUE HIZO EL ADELANTADO ÁLVARO DE MENDAÑA

Aunque arriba brevemente tratamos del descubrimiento que hizo Alvaro de Mendaña gobernando los reinos del Perú el Licenciado Castro, y el segundo gobernando don García de Mendoza, Marqués de Cañete, salió Alvaro de Mendaña con dos navíos y una fragata, bien equipados de gente guerrera, marineros y bastimentos y municiones y habiendo caminado 38 días desde el puerto de Paita, antes de anochecer descubrieron una isla, al parecer de 15 leguas de donde se hallaban, de que todos se alegraron mucho, porque cansados de navegar no podían descubrir tierra, y después hube á mis manos una relación larga de lo sucedido en este segundo viaje, la cual abreviaré todo lo posible. Dos años poco más ó menos antes que don García de Mendoza Marqués de Cañete acabase de gobernar, despachó por orden de su Magestad del Rey Felipo Segundo (que goza el cielo), aunque contra su votad, á Alvaro de Mendaña, con dos navíos grandes y una galeota y fragata á que volviese á descubrir é poblar las islas que antes había descubierto, que llamaron de Salomón, y á una muy grande que le pusieron por nombre Guadalcanal. Llevaba el Adelantado por Almirante á Lope de la Vega y por Capitán de la gente, que se hizo en Lima, á don Lorenzo, su cuñado, y por maestre de campo á Merino; llevaba consigo casi 600 personas, soldados, marinos, hombres casados y gente de servicio, muchos bastimentos, piezas de artillería y municiones bastantes. Todos se embarcaron en el puerto de

Saña y por que allí no hubo cómodo para hacer aguada bajaron á Paita, donde la hicieron, y hecha, siguieron su derrota, procurando ponerse en el altura del Callao en 12 grados de esta parte acaba de la línea y polo Antártico y dentro de 38 días que partieron de Paita, antes que anocheciese, descubrieron una isla, al parecer 15 leguas de donde se hallaron, fué grande el alegría que todos recibieron y al amanecer se hallaron como 3 legnas de ella y la mar cubierta de canoas pequeñas, de que se aprovechan los indios, llegando cerca de ellos que hacían mucha algazara y muestras de espanto, los cuales llegándose á los navíos y particularmente á la galeota, entraron muchos tan dispuestos, aunque desnudos, que les parecían gigantes, pretendieron tomar la galeota, mas los soldados que iban dentro fácilmente los rebatieron y echaron fuera; también quisieron entrar en los navíos grandes y se les consintió en la capitana; entraron admirados de ver gente vestida y en navíos tan grandes. Sucedió allí que uno de estos naturales tomó un perrillo de falda en las manos y luego como que jugaba con él se lanzó al mar, zabulléndose debajo del agua y salió más de dos tiros de arcabuz adelante con el perrillo en la mano y se embarcó en una canoa de las suyas: desde allí este indio con otros muchos en sus canoas hacían señas á los marinos que fuesen á ellos, enseñándoles como con la mano otras islas, por donde se entendió que no eran todos de la que solamente hasta entonces se había descubierto; empero, como la intención del Adelantado fuese ver aquella isla y tomar puerto en ella, declinó el piloto sobre ella y descubrió una playa al parecer deleitosa, poblada de muchas casas, y cerca de ellas gran cantidad de platanales, palmas y otros árboles frutales. En esta playa se descubrió una ensenada, muchas con ríos y muchas casas y mayor concurso de gente que se ponían á defender el puerto, el cual no se tomó por ser el viento contrario. Y visto no se poder tomar, el Adelantado mandó disparar una pieza de artillería y arcabucería que oído el trueno, no paró natural en la mar ni en la costa y como no se pudo surgir en este puerto, prosiguieron adelante en demanda de otras tres islas que á diez ó doce leguas se descubrían, una de ellas mayor que las otras. Otro día al amanecer se hallaron como dos leguas cerca de ella, de donde salieron muchas canoas con muchos indios, también desnudos

y entre ellas una muy grande, encima de la cual estaba armada una barbacoa, en la cual cabían 70 hombres, sin los que iban remando por banda, y así como los pasados se admiraban de ver gente nueva lo mismo hacían éstos. Usan arco y flecha de palma y macanas y piedras, que tiran con tanta fuerza y doquiera alcanzan no es necesario otro golpe. Los navíos se fueron llegando para ver si se hallaba puerto en unas ensenadas que se descubrían; en esta isla había 3 cordilleras muy alegres á la vista, muy verdes y también se descubrían sábanas apacibles. No se pudo tomar puerto y los navios desembocaron por un estrecho que se hacía entre esta isla y otra, en lo más angosto de media legua la una y otra playa muy poblada de caserías y gente desnuda, los cabellos en hombres y mujeres tan largos que les llegaban á los pies. Pasado este estrecho, que no tenía de largo legua y media, se determinó tomar puerto en la isla de mano izquierda, que parecía la mayor; los soldados bien apercibidos para lo que se ofreciese; echóse al mar un batel y en el 25 soldados y la galeota y fragata les fuesen haciendo espaldas para descubrir algún puerto conveniente. Salió el Maestre de Campo Merino con ellos, á los cuales cercaron muchas de aquellas canoas, llegándose tan cerca que parecía los querían coger á manos, mas con los arcabuces los hicieron desviar que no pasó canoa ni indio delante. De esta suerte prosiguieron hasta llegar á tierra y saltaron los soldados en ella sin haber quien les estorbase el paso y llegaron á ponerse debajo de un árbol muy grande que parecía á los que en el Perú llaman ceybas. Los naturales que se habían acogido al monte como en número de diez en diez salían dando unas carrerillas y luego se sentaban y no se atreviendo á llegar á los nuestros uno de estos gigantes se mostró más atrevido y llegó más cerca, lo cual visto por el Maestre de Campo se fué solo para él con su espada y daga en la cinta y llegando, el indio tomó de la mano al Maestre de Campo y le abrazó en señal de mucha amistad, y trayéndolo consigo el Maestre de Campo donde estaban los soldados le hicieron muchas caricias y regalos; lo cual visto por los demás se llegaron á los navíos aunque con algun temor. Mandó el Maestre de Campo no se hiciese ningún agravio: algunos traían plátanos, cocos y palmitos y otras raíces no conocidas, con que se sustentan. Mues-

tra de oro, ni plata no se halló. La disposición de los miembros es proporcionada, más colorados que blancos; las mujeres también son desnudas y algunas traen cubiertas sus vergüenzas con hojas de plátanos ó cortezas de árboles, no tan dispuestas como los varones. Por que aquí en la playa no había puerto seguro para los navíos se determinó que en la fragata se volviesen 16 soldados y en el batel en que se saltó á tierra se quedó el Maestre de Campo con 6 soldados y 4 marineros; los cuales fueron costeando esta isla, y pasado como espacio de una hora descubrieron una ensenada y puerto más seguro con dos ríos y pueblo formado con cantidad de gente y multitud de árboles frutales, limpio y de mucho fondo. Saltaron en tierra el Maestre de Campo y los soldados, y los marineros volvieron á dar aviso al Adelantado del puerto y seguridad de él, con lo cual todos recibieron mucho contento. Partido el batel, los naturales de la isla se llegaron á los pocos soldados que habían quedado, tocándoles las manos (por ventura para ver si eran de otro metal) con no poco temor los nuestros por ser tan pocos; empero, para atemorizarlos, el Maestre de Campo mandó á un soldado, boníssimo arcabucero, llamado Andrés Díaz, tirase á un pajarito que revoleteaba en un árbol, el cual lo hizo y lo derribó; y los naturales con admiración lo tomaron en sus manos espantados del caso. Aquí los naturales determinaron matarlos desenlazando los cabellos de la cabeza, que es señal entre ellos de acometer. Los marineros, viéndolos de mal talante, se fueron recogiendo á una ramada junto á la playa á manera de tarazana, donde labraban los naturales una canoa muy grande, donde tuviesen las espaldas seguras, primero disparándoles los arcabuces, que hizo á los naturales huír y los nuestros sin peligro ninguno se recogieron é hicieron fuertes. Era ya tarde y temerosos los nuestros no les cogiese la noche en aquel puesto por tener muy pocas municiones, fué Dios servido vieron entrar en el puerto la nave capitana disparando el artillería, lo cual visto por los naturales se fueron todos al monte; luego llegaron los demás navíos, dando gracias á Nuestro Señor que les aparejó tan buen puerto. Amanecido, el Adelantado mandó hacer aguada y que saliesen los que quisiesen á tierra; los cuales todos casi salieron, y los sacerdotes, y se dijo misa, la cual todos oyeron con mucha devoción; y viendo los natura-

les no se les hacía mal ninguno se llegaron á los nuestros. Entre otras frutas se halló una en árboles grandes, tan grande como una naranja, muy verde en la corteza; cómese lo que está dentro de ella asada, que es blanca como manteca, y aunque había muchos árboles destos y con mucha fruta, en pocos días no se hallaba una. Además destos se hallaron en esta isla muchos cocos, plátanos, palmitas, cañas dulces y otras frutas no conocidas de los nuestros, puercos de monte el ombligo en el espinazo, tortugas y gallinas. Al fin de tres á cuatro días los naturales les dieron un arma para echarlos de su tierra, y el mismo día, sosegado este alboroto, se vieron venir por una punta 10 á 12 canoas cargadas de gente caminando hacia la capitana, y el Adelantado temiéndose alguna desgracia ó trato doble, mandó á los soldados estuviesen á punto con sus arcabuces y al artillero cargase dos ó tres pedreros y llegando á tiro mandó disparar uno de ellos que dando en las canoas hizo mucho daño, y los que quedaron heridos y vivos se volvieron huyendo por donde habían venido. A esta sazón el batel que venía con agua los siguió y trujo las canoas á la capitana, con plátanos, cocos y otras frutas. Visto ésto por los naturales huían de los nuestros.

Hecho ésto con toda la seguridad del mundo se hizo la aguada y leña, y pasados 15 días después de llegados los nuestros, desampararon la isla y puerto; salieron en demanda de las islas que en el primer viaje descubrió el Adelantado. Otro día siguiente se descubrieron unas islas bajas, de muchos arrecifes y detrás dellas tierras altas, con lo cual se alegró el Adelantado, diciendo ser aquellas las que buscaban. Mandó al piloto arribase sobre ellas, por el mucho viento contrario, con mucho descontento de todos prosiguieron adelante, consolándoles el Adelantado y certificándoles que poco más adelante descubrirían muchas más islas por que de 5 grados á 15 eran sin número. No fué cuerdo el Adelantado en desamparar lo que Nuestro Señor le había dado, por que de allí se pudiera descubrir lo demás: en breves horas perdieron de vista estas islas y navegó muchos días sin ver tierra; mas veían gran cantidad de pájaros de la mar. Desahuciado de verla, navegando de diez á once y doce grados, se descubrió un farelloncillo, redondo, de media legua, con algu-

nos arbolillos, despoblado, blanco con el estiércol de los pájaros; pensóse se hallaría alguna isla cerca, mas salióles al revés su pensamiento, por que desde que desampararon las islas en dos meses, poco menos, no encontraron con tierra, por lo cual toda la gente iba muy disgustada, perdidas las esperanzas de hallar otra ocasión como la pasada, faltos de mantenimientos y de agua, aunque Nuestro Señor proveyó de algunos aguaceros con que recogieron alguna. Pasados estos; hubo unas nieblas muy grandes y obscuras por 8 ó 10 días; al fin de ellos se descubrió tierra; salieron todos á verla como si vieran su salvación. Era una isla muy larga y á la una parte de ella se descubrió un volcán que de rato en rato lanzaba mucho fuego. Cuando llegaron á este paraje faltó la nao almiranta y preguntando á la galeota y fragata por ella, respondieron no la haber visto después que la noche antes la vieron á sotavento de la capitana; de la cual respuesta se entendió haber arribado á otras islas que en aquel rumbo se descubrían. La capitana y fragata y galeota se arrimaron á tierra y descubrieron una ensenada grande, de más de 10 leguas, en cuyo medio estaba el volcán arriba dicho, y con buen viento entraron en ella, en la cual se descubrían grandes poblaciones. El Adelantado mandó se arrimasen los navíos á tierra para tomar puerto antes que anocheciese; finalmente, entraron muy adentro de la ensenada y surgieron en 40 brazas, con gran admiración de los naturales y contento del Adelantado y demás soldados, aunque no parecer el almiranta les ponía no poco temor no se hubiese perdido. Luego otro día, de mañana, el Adelantado mandó al capitán y piloto de la fragata fuese en busca de ella y si dentro de cuatro días no la hallase se volviese; esperábase hobiese arribado á alguna de aquellas islas que de allí se parecían. Este mismo día acudieron á la capitana muchos de los naturales, que todos son negros alterados y otros como membrillos cochos, de cabellos largos con sus armas en las manos; arcos y flechas, muchos de estos eran potrozos y con incordios y llenos de sarna. Entre ellos venía un negro que parecía ser rey por el respeto que le tenían; el cual, así como entró en el navío, lo primero que dijo fué, capitán, capitán, que admiró mucho por oír nombre español en tierra tan remota. El Adelantado mandó que todos delante de él estuviesen destocados para que aquellos bárba-

ros entendiesen era el general de todos. Este negro se llegó al Adelantado diciendo capitán, capitán muchas veces; Malope capitán, y dándose en los pechos, por donde se entendió pedía al Adelantado su nombre para trocar el suyo, porque como le respondió Mendaña el negro hizo señas cuál se llamaba Mendaña y el Adelantado Malope. Hiciéronles buen tratamiento, dándoles algunos juguetes y cosas de comer; las cuales por ninguna vía gustaron, aunque fueron importunados; pidieron por señas fuese alguno de los soldados con ellos á tierra y ofreciéndose á ello uno de más de 50 años á quien el Adelantado dió licencia, quedando dos negros en rehenes. Aquella misma tarde, lo volviéron al navío por que no se atrevió á hacer noche con aquellos naturales. Preguntósele qué le había parecido de la tierra, no supo dar razón de cosa alguna, por que apenas hubo saltado en ella cuando pidió le volviesen al navío. Dentro de pocos días volvió la fragata, no trayendo nueva alguna del almiranta, diciendo había descubierto unas islas bajas y con ellas un bajío muy grande por el mismo rumbo que había llevado la almiranta, por que luego se entendió era perdida, porque nunca más pareció. Fué mucho el sentimiento que en todos se hizo, por ir en ella casi la mitad de la gente. El Adelantado determinó saltar en tierra y aguardar por ventura arribaría si nó fuese perdida, luego se echó el batel al mar á traer agua y leña; se entraron por un río arriba, poco trecho de donde desde el mismo batel se tomaba el agua dulce, la cual tomando salieron del monte muchos de aquellos negros disparando sus flechas con mucha algazara. Los nuestros se retiraron; dos soldados mal heridos, el uno de muerte, el otro tuerto de un flechazo; por lo cual juró el Maestre de campo se lo habían de pagar con las septenas; y luego se determinó que aquella noche saltasen en tierra algunos soldados bien apercebidos y diesen al amanecer sobre un pueblo que de allí se veía cerca, entre árboles, de que toda la tierra es muy poblada. Hízose así, y siguiendo el Maestre de Campo por una senda lodosa una cuesta arriba y como media legua de camino, se descubrió una centinela; un soldado pidió licencia al Maestre de Campo para derribarle y alcanzada, dió con él en el suelo; lo cual hecho entraron todos de tropel, que serían 30 soldados, por las casas que parecían estar vacías de gente, porque la habitación de estos

negros es entre-suelos cubiertos, cubierto el suelo con hojas de palma y allí duermen y hacen su habitación; las casas son redondas y por todas partes descubiertas. Un soldado mirando para arriba metió una espada por el entresuelo y los que en él estaban se alborotaron é hicieron mucho ruido y el soldado dió voces diciendo se advirtiese había mucha gente. Visto ésto, el Maestre de Campo repartió por las casas los soldados para que pudiesen socorrer los unos á los otros, el cual sitio donde se descubrió la gente de los entresuelos por el agujero que hizo la espada del soldado, se disparó una flecha é hirió á un soldado en un ojo, que no parecía sino un rasguño pequeño; empero murió dentro de 24 horas, por donde se entiende la punta de la flecha traía yerba. El Maestre de campo mandó poner fuego á los buhíos, porque no se quisieron dar á paz, y los que salían huyendo del fuego peleaban defendiendo sus vidas valientemente; á las voces acudieron otros naturales con sus armas y piedras arrojadizas. Más de dos horas pelearon con los nuestros y viendo el Maestre de Campo que se defendían, mandó á los soldados que de tropel los acometiesen, lo cual apenas hecho los naturales se desgalgaron por aquellas peñas abajo, dejando sus casas, en las cuales había poco más que nada. Sacáronse cantidad de plátanos verdes, cocos, palmitos y doce puercos de monte, que los perros que llevaban los soldados cogieron. Con esta rica presa se volvieron á la playa donde hallaron algunos soldados y otra gente menuda que había desembarcado, así para socorrer si fuese necesario, como para espaciarse. El Maestre de Campo mandó hiciesen señas á la capitana, para que les enviase el batel y para que fuesen á dar cuenta de lo sucedido; la comida que se trujo se repartió entre los soldados, marineros y demás gente. Aquí se determinó se fuese á buscar puertos más apacibles, porque dentro la ensenada se descubrían playas y tierra y muchas poblaciones y la costa llena de naturales, lo que se hizo yendo el Adelantado en la galeota, y Maestre de Campo. Iban tan cerca de tierra que los naturales casi querían entrar en la fragata, metiéndose en la mar hasta la cintura; sondóse el puerto, hallóse limpio; dejóse una boya en lugar conveniente para que allí surgiese la capitana, á quien se avisó, y surgió donde había quedado la boya, teñiendo muy cerca de allí un

río caudaloso. Surta la nao capitana y volviendo á ella el Adelantado y Maestre de campo, se entró en acuerdo lo que se debía hacer y salió acordado se saltase en tierra para ver lo que prometía de sí, y si fuese tal, poblar en ella. Los negros se metían en la mar, casi hasta perder pié; de donde arrojaban flechas hasta los navíos. El Adelantado viendo este atrevimiento mandó saliesen algunos soldados con sus arcabuces para que los espantasen y por capitán D. Lorenzo, su cuñado; el cual saltantando en tierra los negros huyendo, fué siguiéndolos al alcance, excediendo de lo que se le había mandado, lo cual visto el Maestre de campo llegándose á bordo la fragata y galeota saltó en ella con gente para ir á socorrer al Capitán D. Lorenzo, temiendo los naturales no le tuviesen armada alguna emboscada. Saltó en tierra y fué á alcanzar al Capitán á una legua de camino, junto á un río, donde le reprendió ásperamente, el cual no respondió palabra y todos tuvieron temor que de aquella reprensión sucediese alguna cosa en daño de todos, como después sucedió; y pareciendo al Maestre de campo ser muy bueno el puerto para fundar pueblo, avisó de ello al Adelantado, á quien le pareció bien porque de allí se podría tornar á buscar al almiranta. Desembarcóse la gente y el Adelantado señaló los solares para hacer las casas, entre tanto haciendo cada uno su ranchillo donde albergarse.

Viendo los naturales que los españoles poblaban, al punto dejaban sus casas lo poco que en ellas había, que visto por los nuestros con mucha prisa fueron á ellas pensando hallar algo y no encontraron sino cocos para beber agua y unas esportillas de palma con unas raíces á forma de bizcocho. En todas las casas no se halló memoria de oro ni plata; solo se aprovecharon para la nueva población de la madera, había algunas casas grandes que parecían adoratorios, donde tenían pintadas unas figuras con demonios, y lo que les ofrecían colgaban allí, como plátanos, cocos y palmitos; y habiéndose ofrecido algunas palabras puntosas entre el Adelantado y Maestre de Campo, procuró tomar venganza el Adelantado haciendo matar al Maestre de Campo y á su Alférez Buitrago, siendo así que el pobre Alférez con unos soldados solo se empleaba en buscar de comer para todos, esponiéndose todas las horas del día á riesgo con los naturales.

Los soldados que andaban con el Alférez Buitrago quedaron con grande pesadumbre de lo sucedido, pero callaban por no poder hacer otro. Al cabo de cinco ó seis días dió al Adelantado una calentura acompañada de grandíssima tristeza, de la cual murió. Dentro de siete ú ocho días, murió también el padre Serpa, que era el confesor que llevaban, espantado de la muerte del Alférez, tan injusta. Sintióse mucho la muerte de este padre porque ya no quedaba sino otro sacerdote, que era vicario.

Muerto el Adelantado, quedó en su lugar el Capitán D. Lorenzo y D. Isabel Barreto, mujer del Adelantado, á quien se obedecía en todo. En el pueblo crecían las enfermedades y muertes, falta de comida y abundancia de armas que los negros daban, hiriendo á los nuestros; lo cual visto por D. Lorenzo salió á castigarlos con poca gente, y le dieron un flechazo en un muslo y le hirieron tres ó cuatro soldados y se volvieron al pueblo. Y visto que poco á poco se iban consumiendo, fué acordado dejar aquella mala tierra y buscar otra más cercana de christianos. Los pilotos dijeron que la más cercana era la China, pero que los navíos no tenían aparejos para ir allá; no obstante, viendo perdidos y que D. Lorenzo también era muerto, y que poco á poco se habían de quedar allí todos, se embarcaron y fueron á parar á las Filipinas, de donde algunos volvieron al Perú, de quien supe ésto que he referido; y lo más que les sucedió no es de mi intento tratarlo.

CAPÍTULO XLVIII.

SOLO UNA DESGRACIA LE SUCEDIÓ AL MARQUÉS.

Avisado el Marqués uno de los caballeros dichosos en nuestras edades, si todos estos sucesos no se le aguaran con la muerte de la ilustríssima y cristianíssima Marquesa, que dejó enterrada en Cartagena, lo que en estos reinos dolió mucho; empero, llevóla Nuestro Señor á gozar del Cielo, donde tiene otro mejor y más perpetuo marquesado, y al Marqués con próspero viento á España, sin borrasca ni tormenta, ni cosa que le diese pena. La flota llena de plata, así de su

Magestad como suya y de particulares, donde su Magestad le recibió muy alegre, haciéndole muchas mercedes, le hará más por sus méritos y partes y virtudes tan excelentes cuantas en nuestros tiempos juntas no se hallan en un supuesto, de gran entendimiento, como quien nació para mandar y gobernar. Dió mucha limosna de su hacienda y otras buenas obras dignas de eterna memoria. Esto breve que es más recopilación de historia que historia, habemos dicho, dejando á los que son dotados de más facundia, y mejor estilo que el nuestro, para que sus libros se enriquezcan con las obras heroicas del Marqués, á quien Su Majestad, esperamos, le haga mercedes muy copiosas.

CAPÍTULO XLIX.

DEL ILUSTRÍSSIMO ARZOBISPO DE MÉXICO

Dentro de breve tiempo que el Marqués de Cañete entró en la Ciudad de los Reyes vino á ella por orden de Su Magestad, el Iltmo. Arzobispo de México, á la sazón en la misma ciudad Inquisidor. D. Alfonso Fernández Bonilla, varón integríssimo en todo género de virtud y no de pequeña penitencia y oración, como su vida y ejemplo fueron bastantíssimos testigos, de boníssimo y claro entendimiento y de prudencia admirable, amado grandemente de todo el Reino por su mucha virtud, y temido por la mucha rectitud de su vida, amigo y favorecedor de los que administraban juticia. Proveyóle su Magestad siendo fiscal de la Inquisición de México conociendo todas estas partes para que visitase la Real Audiencia desta Ciudad de los Reyes, y para que tomase cuentas á los oficiales, reales á quienes había mucho tiempo que no se visitaban ni tomaban cuentas. Luego que su Magestad le hizo merced del Arzobispado no quizo gozar más del salario de visitador, contentándose con la renta que por tal le pertenecía, por que no era persona que trataba de riquezas temporales sino eternas y del cielo; mas, como los hombres seamos mortales, fué Nuestro Señor servido llevársele para sí de una enfermedad que casi no fué conocida de los médicos.

Hizo su testamento y está enterrado en nuestro convento de los Reyes, á donde dejó 4 mil pesos de limosna; hiciéronsele sus exequias con la pompa riquíssima, con no poco dolor de todo el pueblo y más del Virrey D. Luis de Velasco, que en todo le consultaba para el bien del Reino de Chile. Diósele sepultura en la capilla principal, junto al altar mayor, en medio de dos obispos que allí están enterrados. Mucho tenía que decir de este ilustríssimo varón, pero quédese para que otros ingenios tiendan sus alas en las muchas y muy heroicas obras de su ilustríssima y trataré de algunos sucesos y cosas de la provincia de Omaguaca, la que ha sido de mucho provecho á la Hacienda Real en las excesivas cantidades de oro y plata que ha dado y dá de sí, pero también diré costó no poca sangre para reducirla al dominio real, que eso fuera empezar á contar y nunca acabar, y quédese para otro de mejor adaptación. Es tierra muy abundante de víboras de las de cascabel y otras que se llaman volantinas, por que éstas se abalanzan más de diez pasos á picar; pero proveyó Dios en esta provincia de unas culebras pequeñas que no hacen daño alguno, antes son provechosas; las cuales tienen domino sobre las víboras, de manera que en viendo la víbora de cascabel esta culebra, luego se vuelve boca arriba y llegando la culebra la degüella y mata; y así lo afirman los nuestros que viven en aquella región. Vientos al invierno recíssimos, y muchas tempestades de truenos, relámpagos y rayos. En los parajes donde es montuosa se crían leoncillos y tigres en conformidad, que no dejan de noche dormir á los caminantes con sus bramidos; los tigres son dañosos si no ven candelada. Los indios para guarecerse de ellos en los caminos que hay montañas, sus dormidas tienen en los árboles, á los que suben por unos escalones hechos á mano. En toda esta provincia se dan viñas, membrillos, granadas, manzanas, aunque el vino que se hace dura muy poco porque se vuelve vinagre. Los ríos de esta provincia, particularmente el de Esteco y el de Santiago, que así se nombran, al invierno son como el Nilo, salen de madre y estiéndense por aquellas llanadas regando la tierra, que allá llaman bañados, y aquel año es más abundante que hay más bañados; aran y en ellos siembran, por que así prevalece más la semilla. Los campos y llanos son espaciossísimos, porque así como estando en alta mar no ve-

mos sino cielo y agua, así en aquella provincia no vemos sino cielo y llanuras, y estas corren más de 400 leguas sin que se vea un cerrillo, ni casi una piedra. Camínanse casi todos estos llanos en carretas. las cuales no llevan una punta de hierro, ni los caballos gastan mucho herraje por ser tierra floja.

CAPÍTULO L.

DEL VALLE DE SALTA, COMARCA Y CALCHAQUI

Volviendo á prosegir el camino y descripción de la provincia de Tucumán, de Jujui se llega en una jornada al valle de Salta y pueblo del mismo nombre de españoles, muy moderno, aunque más antiguo que el de Jujui, valle espacioso, alegre, de buenas aguas, por estar más á la Cordillera participa de algunas sierras llenas de arboleda. El asiento es bueno y llano; es abundante de las plagas que acabamos de decir; poblólo el Licenciado Lerma, Gobernador de aquella provincia para freno, como lo es, de los indios de Calchaqui. Dánse en él todos los árboles frutales nuestros y viñas, mucho maíz y trigo. Al lado de Poniente le demora la provincia de Calchaqui: indios belicosos, el vestido como el de los homaguacas. Estos indios por dos veces se han llevado dos pueblos de españoles y esta última, habrá 14 años, por orden de don Francisco de Toledo el Capitán Pedro Zárate fué con 60 hombres á reducirlos; tenía allí cerca indios de encomienda. Esta provincia de Calchaqui es tierra alta, de muchas sierras y rica de oro y plata. Cuando se les antoja sirven un poco de tiempo al pueblo, y cuando nó, vuélvense á las armas. Eran antes muchos, ahora son pocos por las guerras civiles entre ellos los han consumido. Llegando yo á Salta los ví allí y un mestizo criado entre ellos, el cual los acaudillaba y tenía tan avasallados á los Calchaquis que les forcé á venir á pedir favor á Juan Ramírez de Velasco contra el mestizo, y si se lo daban le servirán en Salta. Salió Juan Ramírez con la gente que le pareció bastante y en breve á los unos y á los otros redujo; prendió al mestizo, trájolo á Salta, donde le ví. No

sabía nuestra lengua por que no la había oído; ahora no sé como están.

CAPÍTULO LI.

DE LA CIUDAD DE ESTECO

Del valle de Salta dista la ciudad de Esteco, así llamada, la tercera en orden de Tucumán, 50 leguas de buen camino carretero; es abundante de mantimentos y frutas de las nuestras, en especial las granadas, son de las buenas del mundo. Edificada á la ribera de un río grande, que en verano solo se vadea, los vecinos estaban descontentos del asiento porque la madre del río es arenisca y no pueden hacer molinos en él y trataban mudarse, como dicen se han mudado 5 leguas más hacía Salta á un asiento de mejor terreno y buenas calidades, llamado Palcatucumán, donde del río grande que tiene se pueden sacar acequias y hacer molinos, y es un sitio donde para el suelo de las casas tienen mucha madera; y es terreno salitroso, piedra para cal y buena tierra para teja; un suelo y otro son abundantes de pastos y el segundo mucho más, y para ganados mejor que el de Esteco y más cerca del Perú.

CAPÍTULO LII.

DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DEL ESTERO

De la ciudad de Esteco á Santiago del Estero ponen 50 leguas, todas pobladas, á lo menos las 40. Esta ciudad es la cabeza de la Gobernación y del Obispado. Es un pueblo grande y al tiempo de su conquista de muchos indios, poblados á la ribera del río, como los demás de la ciudad de Esteco, pero se van consumiendo por sus borracheras, que este clima tiene perdido á todo el Reino en toda esta tierra y llanuras. Hay cantidad de avestruces; son pardos y grandes á cuya causa no vuelan, pero á vuela pie corren ligeríssimamen-

te y los cazan con galgos. Hay también liebres mayores que las nuestras y no corren la mitad que éstas. Es abundante de todo género de ganado de lo nuestro, en particular vacuno, caballar se sacaban muy buenos, pero ya se ha perdido la casta. El edificio de las casas es de adobes, como en las demás ciudades; la tierra cenagosa y es cosa de admiración que pisando aquí, tiembla la tierra diez pazos más atrás. Carece de molinos á causa de no poderse fundar por la tierra arenisca, porque se componen con tahonas y cualquiera que en ellas quiera molver ha de llevar caballo propio. Hacen unos molinillos que traen á una mano, de madera, con una piedra pequeña traída de lejos; muelen á los pobres indios que las traen, porque para una hanega son necesarios tres indios de remuda; empero, el pan es el mejor del mundo. A la mano derecha desta ciudad, á las faldas de la sierra, hay otra ciudad llamada San Miguel de Tucumán, pueblo más fresco y de mejores edificios y aguas que los otros nombrados en esta sierra.

CAPÍTULO LIII.

DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA

Desta ciudad de Santiago á la de Córdoba, que es la última en esta provincia, hay poco menos de 90 leguas, todas llanas, sin encontrar una piedra y casi todas despobladas, porque saliendo de un pueblo de indios á 15 leguas de Santiago, no se encuentra más poblado que uno de 12 casas. Pobló esta ciudad y conquistó los indios que la sirven don Gerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de avestruces, venados, vicuñas y otros animales y sabandijas. Desde aquí se toma el camino á Buenos Aires y se camina en carretas, que habrá docientas leguas, y solo se caminan cuatro leguas cada día. La ciudad de Córdoba es fértil de todas frutas nuestras, fundada á la ribera de un río de mejor agua que los pasados. Dánse viñas junto al pueblo; el río abajo en la barranca dél se han hallado sepulturas de gigantes. Hllanáse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas

de piedras llenos de unas puntas de cristal que naturaleza allí cría, y es cosa que llegando el verano con el rigor del sol, dan estas bolas unos estallidos horrorosos y saltan los cascos, como los he visto y tenido en mis manos; y si aquellas puntas las labrase algún lapidario no hay duda serían de algún precio y valor, aunque allí no las estiman en cosa alguna.

CAPÍTULO LIV.

DE LOS GOBERNADORES DE TUCUMÁN

Los gobernadores que en esta provincia de Tucumán he conocido, el primero fué el General Francisco de Aguirre, que por su Magestad la gobernó, aunque siendo acusado á la Santa Inquisición tiró de él y en medio de que salió de allí acabó su vida miserablemente. Sucedióle un fulano Pacheco, que salió en paz de su gobernación, digo en paz. A Pacheco le sucedió don Gerónimo de Cabrera, hermano de don Pedro Luis de Cabrera, á quien el Marqués de Cañete embarcó para España. Don Gerónimo era muy diferente en trato y condición que su hermano; muy noble, afable, con otras muy buenas calidades de caballero. Amplió aquella gobernación porque pobló la ciudad de Córdoba y conquistó los indios de su comarca. Sucedióle un caballero de Sevilla, Pedro Abreu, dicen deudo suyo; y no obstante, en la residencia que le tomó muy rigurosamente á don Gerónimo, con testigos falsos le sacó reo por traidor al Rey, diciendo se quería alzar con la provincia, y le cortó la cabeza. Sus hijos siguieron la causa en la Audiencia y no fué dado por traidor, pero se quedó degollado. A cabo de pocos años á Pedro Abreu sucedió el Licenciado Lerma, el cual procediendo en la residencia contra Abreu, le degolló el Licenciado Lerma; de los de Tucumán unos le alaban otros le vituperan. A este sucedió Juan Ramírez de Velasco caballero bien intencionado; el cual pobló dos pueblos de españoles, el uno donde fué poblada los años pasados la ciudad de Londres y se despobló por no se poder sustentar, por ser los indios muchos y muy belicosos. El otro, más adelante, es pueblo fértil y muy abundante de oro y plata. En esta provincia hay algu-

nos religiosos del Seráfico padre San Francisco y en todos los pueblos tiene desde Salta á Córdoba conventos, aunque pequeños; pasando yo por esta provincia hallé seis ó siete religiosos nuestros divididos en doctrinas; de Nuestra Señora de las Mercedes, hay cuál ó cuáles religiosos, y ésto de la provincia de Tucumán.

CAPÍTULO LV.

DEL REINO DEL PARAGUAY

A la parte del Oriente de la provincia de Tucumán demora el río de la Plata; no sé la causa por qué le pusieron este nombre: acá llamámosle el Paraguay. Tiene á su ribera algunas ciudades y grandes, la mayor y más principal se llama la Asunción, cabeza de aquel reino, con mucha gente, los más allí nacidos mestizos y mestizas. Es abundante de mucho mantenimiento: caña dulce, vino boníssimo, y es fértil en muchos generosos y muy buenos pescados en el río que tiene al lado, donde todos los allí nacidos, así varones como mujeres, se enseñan á nadar y nadan pulidamente. Esta provincia del Río de la Plata es toda ella abundantíssima de todo género de mantenimientos, así de la tierra como nuestros, y de azúcar, fertilíssima y si como es abundante en lo dicho, lo fuera en oro y plata como otras, fuera la mejor del mundo, pero Nuestro Señor puso el oro y plata en tierras inhabitables; el oro por la mayor parte por el calor, y la plata por mucho frío. Es la tierra abundante del mal francés, y proveyóle Nuestro Señor de palo que llaman santo en mucha cantidad. Hay pocos médicos; púrganse de las demás enfermedades con el agua de un pescado que en ella cuecen, y el pescado sirve como gallina el día de la purga. Los indios son todos Chiriguanas, más tratables que los de la provincia de los Charcas; son bien dispuestos y valientes, pero grandes holgazanes, como los demás; y como uno de estos tenga una víbora de cascabel que comer, no ha menester más; y por ésto no quieran trabajar, por que con cualquier porquería, ó yerba, se mantienen. Toda esta provincia tiene muchos árboles de la tierra frutales, más que Tucumán,

y mejor madera para las casas; y el temple, como el río vá declinando más á la mar, se vá subiendo á este nuestro polo y así es más fresco. Santa Fé está en treinta grados, que es una ciudad desta provincia, y Buenos Aires en 37, donde hiela y nieva como la altura lo pide.

CAPÍTULO LVI.

DEL PUERTO Y PUEBLO DE BUENOS AIRES

El puerto de Buenos Aires de pocos años á esta parte se ha tornado á poblar respecto de la contratación con que hay del Brasil con el Río de la Plata y Tucumán; dista de la boca del río treinta leguas; tiene este rio por aquí más de tres leguas de ancho, y la boca más de diez. Cuando se despobló fué la causa por no tener servicio de indios. De la otra parte del río hay una provincia de indios que llaman Charrúas, no muy bárbara, en algunas cosas son hombres que guardan palabra y quieren se les guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos, Chiriguanas, y la guerra es sobre las comidas. Los Chiriguanas no labran la tierra sino cuando están maduras las sementeras. Pasando yo por aquel país encontré un muchacho portugués que había servido en uno de aquellos pueblos y preguntándole de algunas cosas, si los Charrúas era mejor gente que los Chiriguanas, me decía que los viejos de cuando en cuando juntaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal á nadie, no fuesen holgazanes, comiesen de su trabajo. Es entre estos indios gran maldad el adulterio; empero, conciértanse con el marido y fácilmente dá licencia á su mujer que vaya á servir por tantos días al que se la pide: esta es mucha ceguera y no nos habríamos de espantar que hombres sin lumbre de fe tengan el adulterio con esta condición por pecado ni infamia.

CAPÍTULO LVII.

DE LA PROVINCIA DE CUYO EN TÉRMINOS DE CHILE

De la ciudad de Córdoba al primer pueblo de españoles del Reino de Chile, desta parte acá de la Cordillera, llamado Mendoza, hay cien leguas tiradas, de despoblado y llanas, camino carretero, en el cual hay algunos ríos, al tiempo de las aguas, grandes, que son: el de Córdoba primero, luego hay segundo, tercero, cuarto y quinto; estos tres últimos son boníssimas aguas; el tercero y cuarto poblados de indios apartados del camino real, llamados Comechingones, bien dispuestos y valientes, sujetos á la ciudad de Córdoba, de do habiendo yo salido á primeros de diciembre y llegado á Mendoza antes de Navidad, no se podía sufrir el calor. El río que pasa cerca desta ciudad auméntase de las aguas que corren derretidas de la Sierra nevada y ensánchase tanto, que debe tener más de tres cuartos de legua de ancho. Pasámosle por 37 brazos, unos más agua que otros y de piedra menuda, que si en uno de sus brazos se juntara, era imposible vadearle; pues que si me fué preciso nadar en un brazo donde había mucha agua. Los que venían en pos de mí, bajaron más abajo y pasaron más fácilmente y las carretas sin mojarse nada de lo que en ellas venía. Pasado el río, á medio cuarto de legua, está la ciudad de Mendoza.

CAPÍTULO LVIII.

DE LA CIUDAD DE MENDOZA

Fundó esta ciudad el General Juan Jofré, vecino de la ciudad de Santiago de Chile, por orden de Don García de Mendoza, ahora Marqués de Cañete, y fué Virrey destos Reinos, de quien habemos tratado. También fundó otro pueblo, veinte leguas más adelante, hácia el Norte, llamado San

Juan de la Frontera, en el mismo paraje que Mendoza, á las vertientes de estas sierras nevadas; la ciudad es fresquísima, donde se dan todas las frutas nuestras, árboles y viñas y sacan muy buen vino que llevan á Tucumán ó de allá lo vienen á comprar; es abundante de todo género de mantenimientos y carnes de las nuestras. Destos dos pueblos salen indios todos los años para ir á trabajar á Chile: los de San Juan á Coquimbo, y los de Mendoza á Santiago, del cual trabajo pagan á sus amos parte del tributo, y á ellos se les dá el cuarto en su tierra; no tienen de qué tributar, es gente poco sujeta á sus curacas y bárbara. Túvolos el inga sujetos y algunos hablan la lengua general del Perú, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del inga.

CAPÍTULO LIX.

DEL CAMINO DE MENDOZA Á SANTIAGO DE CHILE

Desde estos dos pueblos se camina para el Reino de Chile, por donde se pasa la cordillera nevada y si no se aguarda á que las nieves estén derretidas, es imposible pasar, so pena de quedarse helados. Lo alto de la cordillera que encumbramos, no tiene medio cuarto de legua llano, por la cual en llegando arriba y comenzando á bajar, todo es uno. Para bajar ha de ser por una peña tajada y para subir lo mismo, tan tajada, que se pasa desta manera: á pie, con alpargatas, por que no se deslice el pasajero, atada á la cintura unas sogas, una delante de otra; tras la trasera tienen los que quedan atrás y vánla largando poco á poco, porque el que pase no resbale y dé consigo en el cóncavo del río, y en pasando, arrojan la soga delantera á los que están de la otra parte. Yo no pasé por esta puente sino por otra, de madera que se había hecho un poco más arriba; mas dende á breve tiempo la mandó el gobernador quemar porque no se le huyesen los soldados á la provincia de Cuyo, y permaneciendo aquella puente. Ya pasada esta cordillera no hay animal ponzoñoso en todo lo descubierto de Chile y es tan lim-

pia tierra, cuanto de las vertientes á Tucumán es sucia. Desde esta puente á Santiago se camina en tres días, ya por tierra apacible y fértil.

CAPÍTULO LX.

PROSIGUE EL CAMINO DE COPIAPÓ Á COQUIMBO

Esto en breve es dicho cuanto ha sido posible habemos de volver al otro camino de Chile que corre por la costa has ta la misma ciudad de Santiago. Dijimos que Morro Moreno era como término del Perú y Chile, dividiendo los linderos, desde donde vientan Nortes, y mientras más arriba más recios. El primer pueblo de la jurisdicción de Chile es el valle Copiapó, es uno de indios, llamado como su puerto que se llama Copiapó: es valle angosto, y pequeño el río, fértil de mantenimientos y se da en él cañas dulces, y es bueno para viñas. Es falto de aguas: hay en las dormidas del camino jagüeyes de agua salobre, pero á falta, bebedera. Del Huasco en día y medio, se ponen en Coquimbo los que van despacio.

CAPÍTULO LXI.

DE LA CIUDAD DE COQUIMBO

La ciudad de Coquimbo es la primera del Reino de Chile, puerto de mar capacíssimo; el surgidero á dos leguas del pueblo, y seguro; carece de agua y leña. Fundose sobre una barranca, no media legua de la playa, donde la mar es de tumbo. Es el mejor temple que creo hay en el mundo, porque ni hace frío ni calor en ningún tiempo. El río de buena agua que riega toda la campiña, donde se dan muchas frutas nuestras, viñas y aceitunas. Las minas de oro que en esta ciudad se labran á quince leguas de esta ciudad, por una perdiz se descubrieron, y ésta es tradicion. Llegando el Capitán General que iba conquistando, cerca destas minas, que se llaman Andacollo, trujéronle unas perdices, en cuyos papos halla-

ron unos granillos de oro. Los indios no conocían tal cosa; trujerónselos al Capitán, y preguntando dónde habían muerto aquellas perdices, respondiéronle que en aquel asiento donde se hallaba acampado el real; mandó lavar y sacó mucha cantidad, y perseveró en esta riqueza muchos años, aún en tiempo de los españoles. Este asiento sólo se labra en los términos desta ciudad, un poco dentro de la cordillera, donde hace muy buen frío y labran en él todos los años nueve meses, pasados de 250 indios, y cada año se sacan 70,000 y 80,000 pesos, sin los que los indios aplican para sí. Dista esta ciudad de la Cordillera tres leguas y con todo eso el calor á su tiempo de día y de noche es crecido; y suelen venir algunas borrascas del Norte, que arrancan los árboles de cuajo y trae muchos catarros y dolores de costado, como actualmente lo experimentamos en este valle de Jauja, donde escribimos esto. Los vecinos y moradores todos tienen sus viñas, cuál mayor y cuál menor, y tierras donde cogen trigo, maíz, garbanzos, lentejas melones y las demás semillas y frutas nuestras. Todo este Reino es faltísimo de sal, desde Coquimbo hasta Osorno; y á Chile llévase en navíos desde el Perú. Vale en Santiago de Chile una fanega de sal doce pesos de oro de veinte quilates. Es de cuando en cuando molestada de temblores vehementes, y es cosa no creíble, las casas cuyos cimientos son sobre la tierra, no padecen detrimento; conócese fácilmente cuando ha de venir el temblor: á la puesta del sol ó dos horas antes á la parte de la mar hay una varda (así la llaman los marineros) de nubes que corre de Norte á Sur, es cierto aquella noche y otro día el temblor. Uno ví en esta ciudad: más miedo me puso que los que he visto en este Reino.

CAPÍTULO LXII.

DE LAS DEMÁS CIUDADES DE CHILE

De la ciudad de Santiago, de quien acabamos de decir, á la ciudad de la Concepcion, ponen setenta leguas, de las buenas. Todo el camino es fértil para ganados de toda suerte, para trigo, maíz y demás legumbres y viñas; en cuyo camino

encontramos con algunos ríos, malos de vadear, y que vienen crecidos al verano, con mucha agua, como son: Maipo, Cachapoal, Maule, Ñuble y el río de Itata.

Esta ciudad es puerto de mar, seguro, con abundancia de pescado. Era esta tierra muy poblada de indios, pero ya se han consumido con las guerras mucho. Ahora cuarenta años se retiró la mar, y después salió con tanta furia y bramidos que casi anegó todo el pueblo, y sucedieron terremotos muy frecuentes que echaron la mitad del pueblo por el suelo. De aquí á la ciudad Imperial ponen 18 leguas, en medio de las cuales está la Quebrada Honda, que llaman, donde cotidianamente se hallaban indios emboscados para hacer suerte en los nuestros que pasaban por allí.

Esta ciudad antiguamente, cuando la pobló Valdivia, era abundantíssima de indios, más que otra alguna, pues llegó á tener 25,000 indios en tiempo del Gobernador Villagra; tiene cerca la Provincia de Puren, que siempre la ha fatigado con guerra. De aquí á la Villa Rica, un poco más metida á la Cordillera, ponen 17 leguas, con dos ríos en medio que no se dejan vadear: pásanse en balsas ó canoas. El suelo es rico de oro y por eso la llaman la Villa Rica. Muerto Loyola, que era quien la gobernaba, se rebelaron los naturales y la pusieron en tanto aprieto de hambre, que murieron casi todos los nuestros della, y no quedaron sino doce ó quince soldados, tan sin fuerzas y flacos para defenderse, que fácilmente los indios entraron en la ciudad y mataron los pocos que habían quedado; robáronla y quemáronla, y así se está hoy destruída. Esta ciudad tuvo continuamente guerra con los indios de la Cordillera, que usan de yerba casi irremediable.

CAPÍTULO LXIII.

DE LA CIUDAD DE VALDIVIA

Desde esta Villa Rica á Valdivia ponen otras 15 á 20 leguas, muy rica de oro, que subía de la ley; parte de ello se sacaba en sus términos y parte ó lo más venía de la Villa Rica á fundirse allí. Pobló el Gobernador Valdivia esta ciudad á la

ribera de un río navegable y seguro, á donde los navíos llegaban á surgir tan cerca de la baranda del río donde se fundó el pueblo, que las gavias estaban en las ventanas, y para embarcar y desembarcar no era necesario batel sino echar una tabla ancha y entrar y salir por ella. Es abundante de buena madera y mucha para edificios, que era el trato de esta ciudad, que era el ingenio para sacar y aserrar la madera; el suelo para maíz, abundante; el trigo se siembra diez á doce leguas de la ciudad, en unos llanos que llaman de Valdivia donde acudía con abundancia. Ahora cinco años sucedió un temblor de tierra que asoló cinco ciudades de este reino, la Concepción, Imperial, Villa Rica, Osorno y esta de Valdivia, y á un navío que estaba surto en este río lo sacó y echó en tierra buen trecho de donde estaba, que nunca más se aprovecharon dél: este río procede de una laguna grande de la cordillera nevada, desemboca por entre dos cerros y con el terremoto se juntaron los cerros y el río quedó en seco, y así como Nuestro Señor castigó á la ciudad, castigó á los naturales, porque se volvieron á las antiguas bestialidades de sus padres, matándose los unos á los otros, como lo hacen, así en borracheras como con ponzoña. Será muy dificultoso reedificarse esta ciudad por la falta de los naturales y aspereza de la tierra y para nosotros ser infructífera.

CAPÍTULO LXIV.

DE LA CIUDAD DE OSORNO

De Valdivia á Osorno, que la pobló don García de Mendoza Marqués de Cañete de mucha gente, á 22 leguas de camino; cuando se pobló era abundante la comarca de naturales que fácilmente al parecer recibieron la fé y comenzaron á recibir la policía humana, vistiéndose como nosotros y acudiendo á las iglesias en sus pueblos con mucho cuidado; el suelo era muy abundante para comidas y ganados. Muerto Loyola también estos indios se rebelaron, que no llegaban á 8,000 y entrando en ella la quemaron, y las iglesias, y entonces sacaron una monja profesa de San Francisco y llevándosela la tuvieron allá muchos años, hasta que el capitán la sacó y

restituyó á su orden; y finalmente, lo pusieron en tanto aprieto al pueblo que les fué preciso á los cercados desamparlo. Luego de apoderados del pueblo los naturales, en aquellos dos primeros años no sembraron, y faltándoles las carnes y las comidas, sobre la hambre dieron en comerse unos á otros y así se han consumido y acabado, que no hay dos mil indios.

CAPÍTULO LXV.

DE LA CIUDAD DE CASTRO

En 42 grados de altura hay cantidad de islas, unas mayores y más pobladas que otras, entre las cuales está la mayor nombrada Chilué, de tres leguas y de 7 á 8 de circuito. Fué muy poblada de naturales, donde los españoles fundaron una ciudad llamada Castro, á donde se recogieron los que vivían en Osorno. En esta isla dáse poco y mal trigo, por ser la constelación lluviosa; para cebada es mejor y para papas, que son como turmas de tierra de Castilla. Nuestros ganados multiplican no con tanta abundancia como en la tierra firme, y es abundante de madera, y desde esta isla hasta el estrecho de Magallanes, que son 12 grados, toda la tierra es muy áspera y poco poblada, aunque los que en ella viven son como gigantes. Algunos naturales de la tierra firme inquietan á los nuestros, por lo cual se ha puesto un presidio de soldados en un puerto, veinte leguas de Castro, llamado Calermapo con que se refrenan estos indios; y ésto cuanto á los pueblos de españoles de este Reino de Chile.

CAPÍTULO LXVI.

DE LOS OBISPOS DE ESTE REINO

El primero, aunque no se consagró, fué don Rodrigo González, clérigo, que se halló en la conquista deste Reino con don Pedro de Valdivia y fué su confesor, afable varón y gran predicador. Murió de gota, recibidos los Santos Sacramentos,

á quien sucedió el Obispo Barrionuevo del orden de San Francisco, varón religioso, de muchas y buenas partes, y habiendo muerto sucediéronle dos obispos, porque se dividió el Reino en dos obispados: el de Santiago, que llega 6 á 7 leguas adelante de los Cauquenes del río Maule,—en éste sucedió Fray Diego de Medellín, deudo nuestro, gran religioso de la orden de San Francisco; el obispado se llamó de la Imperial desde los términos de los Cauquenes hasta Chilué, fué proveído por primer obispo Fray Antonio de San Miguel, del mismo orden, varón de muchas y loables virtudes, gobernó con mucho ejemplo y cristiandad. Sucedió á éste don Agustín de Cineros, arcediano, varón docto en cánones, muy principal y de muchas y loables costumbres; gobernó cinco á seis años con muy buen ejemplo de vida, á quien sucedió sin merecerlo, Fray Reginaldo, donde era necesario un varón de grandes portes y virtudes para ayudar á los pobres en sus necesidades; empero, falta lo principal, que es la virtud y posibilidad por ser el obispado tan pobre que apenas me puedo mantener, sin tener casa donde vivir, que si en San Francisco no me diesen dos celdas donde asisto, en todo el pueblo no había cómodo para ello. Con todo eso, tengo más de lo que merezco, por que si lo merecido se me hubiera de dar eran muchos azotes.

CAPÍTULO LXVII.

DE LOS PRELADOS Y RELIGIOSOS DE LAS ÓRDENES

La primera religión que pasó há este Reino creo fué la de Nuestra Señora de las Mercedes; no sé las calidades de los religiosos porque de ellos hay poca memoria. Después entró la orden de San Francisco, y entre sus religiosos el padre Fray Francisco de Montalvo, gran predicador y provincial, á quien sucedió el padre Fray Domingo de Villegas, religioso de buen gobierno y esencial, á quien sucedio el padre Fray Juan Tobar, á quien los indios mataron con dos compañeros, cuando el Gobernador Loyola; el primero que de nuestros religiosos entró en este Reino con don García de Mendoza fué el padre Fray Gil González Dávila, varón

docto, gran predicador y de muy esencial ejemplo. Después le sucedió el padre Fray Lope de la Fuente, muy buen religioso y gran lengua en la del Perú. Vino este religioso padre por vicario provincial, á quien en el mismo cargo sucedió el padre Fr. Gerónimo de Valenzuela, buen predicador. A éste sucedió el presentado Fr. Diego de Niebla, después de lo cual el Rvmo. General de nuestra orden desde Lisbona, sin yo imaginarlo, habiendo dividido esta Provincia de la del Perú, me nombró por Provincial. Hice lo que se me mandó, y vine por tierra desde la ciudad de los Reyes, donde era Prior de nuestro convento; de donde hay más de ochocientas leguas. Acabado mi provincialato me sucedió el padre fray Francisco de Rivera, á éste sucedió fray Acacio de Naveda, que ahora gobierna, hijo de este Reino, que hace bien su oficio.

El primero de los gobernadores de Chile y el que lo conquistó fué don Pedro de Valdivia, hombre hidalgo, de guerra y mucho ánimo. El segundo fué don García de Mendoza, ahora Marqués de Cañete, hijo del valeroso y gran limosnero don Andrés Hurtado de Mendoza, que pobló la ciudad de Osorno y la provincia de Cuyo, como habemos dicho. Después le proveyó su Magestad en Francisco de Villagrán, desgraciadíssimo en sus recuentros, y para gobernar no sé si de tanto talento como el antecedente. A éste sucedió el Doctor Saravia, Presidente de una Audiencia Real, á quién subcedió Rodrigo de Quiroga, caballero del hábito de Santiago y de boníssimas partes, y en su lugar subcedió Martín Ruíz de Gamboa, Mariscal de Campo, gran soldado, y muy industrioso en ardides de guerra; y en su tiempo, que solo gobernó dos años, pobló á San Bartolomé de Chillán, con que refrenó la soberbia de los indios comarcanos y aseguró el paso para la Concepción y Angol; en cuyo tiempo fué nombrado por Teniente General por su Magestad para las cosas de Justicia el Licenciado Lope de Azoca, hombre hidalgo y buen juez, y después de muchos días fué con su residencia á España, donde en breve tiempo fué vista por el Consejo Real de Indias y dado por buen juez.

CAPÍTULO LXVIII.

DEL GOBERNADOR DON ALONSO DE SOTOMAYOR

Al Mariscal Martín Ruíz subcedió don Alonso de Sotomayor, caballero del hábito (sic) el cual desembarcando en Buenos Aires con su gente, algunos se le quedaron en aquel pueblo, pero con cuatrocientos hombres, habiendo padecido grandes trabajos en los despoblados hasta llegar á la ciudad de Córdoba, de la provincia de Tucumán, llegó á ella: de allí á la de Mendoza, en su gobernación, de donde pasando la Cordillera en buen tiempo, llegó á la de Santiago,—donde yo me hallé á la sazón—con cuatrocientos hombres, soldados, muy derrotados del camino, á quienes los vecinos con mucha liberalidad vistieron y regalaron en sus casas y ayudaron con caballos; el cual con 120 soldados que le dió al General Lorenzo Bernal mandólo á descubrir unas minas de plata en la Cordillera, á las espaldas de Angol, no faltando quien al Gobernador se lo contradijese, pero con todo eso le mandó marchar. El cual partió con sus soldados á la ribera del río Bío Bío, llegó arriba á la Cordillera, halló famosas minas de guijarros, peñascos y breñas, llevaba picos, almadanes y lo demás necesario para la fundición, pero como aquellas minas no llevan plata, ninguna halló, pasó la Cordillera que por ser por enero ó febrero no tenía nieve. Volvió después el General Lorenzo Bernal antes que las nieves le cerraran el paso por que si se detuviera quince días más no volviera tan presto, y habiendo llegado á Santiago, el Gobernador le hizo gran desprecio, pareciéndole no había hecho la diligencia, por lo que se vió abatido. Lorenzo Bernal retiróse á Angol y allí acabó sus días pobremente. Después de esta salida, don Alonso de Sotomayor se ocupó en la guerra mucho tiempo, permaneciendo en su gobernación; lo que en particular le sucedió no es de mi intento escribirlo, los que á su cargo lo han tomado, lo escribirán. Sólo diré que tuvo muchas y buenas ocaciones pero no por eso habemos de culpar á los que dellas no se saben aprovechar, porque les parece lo hecho en aquella cu-

yuntura es bastante para lo que se pretende y tienen sus razones que les convence para no pasar adelante. Gobernando el mismo don Alonso de Sotomayor se descubrieron en el pasaje del puerto de Santiago de Chile, en 32 grados, dos ó tres islas grandes, despobladas, los puertos llenos de pescado, mucha arboleda y gran cantidad de aves, que se dejaban tomar con las manos: tórtolas, palomas torcaces y otras, de donde se ha traído mucho pescado y bueno. Los puertos no son muy seguros; de las travesías distan de tierra poco más de cien leguas.

CAPÍTULO LXIX.

DEL GOBERNADOR MARTÍN GARCÍA DE LOYOLA

Al cabo de siete años del gobierno de don Alonso de Sotomayor le sucedió Martín García de Loyola, caballero del hábito de Santiago, el cual llegando á este Reino y tomando el pulso á las cosas comenzó á gobernar con mucha cristiandad, entró en la tierra de guerra y llevando las cosas con mucha mansedumbre tuvo este Reino en punto que la guerra se acabase. porque si castigara á ciento setenta indios capitanes belicosos á quienes tuvo convencidos habiéndole venido de paz y ayudándole como amigos y vasallos del Rey Filipo, la tierra quedara castigada y con menos de estos valentones; pero usó de más clemencia que convenía á gente traidora, los que después le mataron viniendo de la Imperial á Angol con otros cuarenta hombres, los mejores de todo este Reino, capitanes expertos y de muchas partes; y con él mataron también dos religiosos de San Francisco, con cuya muerte toda la tierra se rebeló y mataron los indios en diferentes ocasiones más de trecientos soldados de los bravos y viejos. Luego se rebelaron los indios sujetos á la Imperial y la tuvieron en gran estrecho de hambre, pues aunque traían los indios harina de trigo y maíz venía con polvos ponzoñosos. Fué Dios servido que de los nuestros ninguno muriese, hasta que don Francisco de Quiñones, Gobernador, fué á socorrerlos y despobló aquella ciudad. Rebelada la gente de indios de la Imperial y muertos

algunos principales, determinaron ir sobre la ciudad de Valdivia, lo que hicieron y hallando descuido una noche, víspera de Santa Catalina, el año de 599, entraron y mataron muchos españoles y quemaron los templos, hicieron pedazos las imágenes y robaron las sacristías, matando algunos clérigos y religiosos y llevándose cautivas más de trecientas mujeres con criaturas. Fué lo que se perdió de hacienda más de 350,000 pesos y á pocos días ejecutaron lo mismo con la ciudad de Osorno. Sabido en el Perú por don Luis de Velasco, Virrey que á la sazón era, la muerte del Gobernador Martín García de Loyola, despachó con docientos hombres al Coronel Francisco del Campo, el cual llegando desde el puerto del Callao en 29 días al de Valdivia, halló la ciudad arruinada y despoblada; pasó á Osorno y reprimió algún tanto la soberbia de los rebeldes, de donde salió á socorrer á la ciudad de Castro en la isla de Chilué, donde mató algunos luteranos y al pirata hizo retirar de su navío; empero, volviendo á Osorno, en el camino le mataron los indios rebelados, trayendo por capitán un mestizo que se había ido á ellos, aunque el mestizo murió en aquella refriega. Después, viéndose los españoles en grande estrecho de hambre y pocas fuerzas para resistir á los enemigos, despoblaron y dejaron al fuerte donde estaban, dellos á pie y dellos á caballo y algunas mujeres á talón, se recogieron á la isla de Chilué, cuarenta leguas de camino, la mitad por tierra y la otra mitad por unas bahías de mar y llegaron bien trabajados á la ciudad de Castro, en la isla, fundada como ya arriba dijimos.

CAPÍTULO LXX.

DEL GOBERNADOR DON FRANCISCO DE QUIÑONES

Visto por el Virrey don Luís de Velasco los sucesos de este Reino de Chile tan lastimosos, proveyó mientras su Magestad determinaba otra cosa, saliese, como salió de Lima, don Francisco Quiñones con ciento cincuenta hombres; llegó al puerto de la Concepción que la halló bien trabajada, comenzó á usar de rigor, que es lo que quieren estos naturales,

y castigarlos ejemplarmente con lo cual se hizo temer y temblaban de él todos los indios rebelados. Salió de esta ciudad con cuatro cientos hombres para la Imperial á socorrerla y en el camino tuvo dos recuentros con los rebelados, en los cuales mató más de cuatro cientos indios y con los castigos que en los presos hizo era muy temido, despobló la Imperial contra el parecer de muchos, y con toda la gente volvióse á la Concepción. Por su orden también se despobló la ciudad de Angol que por otro nombre decían de los Infantes, lo cual los naturales de aquel distrito quedaron más soberbios. Vinieron sobre Chillán, saquearon el pueblo y lleváronse la mayor parte de las mujeres. A la sazón residía en la Concepción don Francisco de Quiñones, lo que parece le atemorizó y comenzó á perder el brío y vigor y tratar de volverse á su casa á Los Reyes. Importunó al Virrey don Luis de Velasco con cartas le quitase el gobierno. Hízole así y proveyó al Licenciado García Ramón, que fué Maestre de Campo de don Alonso de Sotomayor, el cual llegando á este Reino y estando en la ciudad de Santiago, supo que otras veces los indios habían entrado en San Bartolomé de Gamboa, llamado Chillán y se habían llevado algunas mujeres y niños; tomó la ligera y en breve tiempo sesenta leguas de camino y más dió en los enemigos y quitó lo que más pudo, aunque no todo porque los más de los enemigos se dieron más priesa á huir. Gobernó año y medio, en cuyo tiempo no pudo hacer más de lo dicho.

CAPÍTULO LXXI.

DEL GOBERNADOR DON ALONSO DE RIVERA

Sabido por su Magestad la muerte de Martín García de Loyola, proveyó por Gobernador á Alonso de Rivera, buen caballero, muy experto en la guerra de Francia, do había tenido muchos y muy principales cargos, el cual llegando á este Reino, luego Alonso García Ramón le entregó la gente que tenía y se le ofreció á quedarse en la tierra como soldado suyo; no lo admitió, por lo cual se volvió á su casa á Los Reyes. Alonso de Rivera halló la tierra muy trabajo-

sa y falta de mantenimientos, y la ciudad de la Concepción, donde desembarcó, toda cercada de guerra. Dióse tan buena maña, que pacificó y redujo los alterados, de suerte que la ciudad gozaba de una época de paz. Viniéronle de paz unos indios que eran los que más daño hacían, llamados Coyuncheses, y su capitán Longotegua, que quiere decir "cabeza de perro", indio valiente y belicoso, que ha perseverado en la amistad y ha servido fielmente. Y ahora dos años corriera mucho riesgo Alonso de Rivera si Longotegua no se opusiera á los enemigos. Con su compañía, que no llegaba á cuatrocientos indios, comenzó Alonso de Rivera á hacer muchos fuertes con presidio de soldados, lo cual unos aprueban y otros reprueban. La guerra la hacía diferente de lo que hasta aquí se usaba: con infantería de á pie y poca caballería, lo cual si los indios esperaran en campo raso y la guerra que nos hacen tuviera cuerpo, era muy buena manera de proceder, pero como se la habemos de hacer á saltos y los hemos de buscar como quien va á caza de conejos, no se ha tenido por acertada esta manera de proceder. En lo demás es muy buen capitán, gran trabajador, que provee bien y puede ser Capitán General de un ejército de veinte mil hombres, porque como los rebelados conozcan y experimenten rigor y castigo conforme á sus delitos, no hay guerra, por ser gente de un ánimo servil y esclavo. Los naturales rebelados viendo el poco rigor que con ellos se ha usado, en viendo al soldado español desmandado, le quitan la vida echando la culpa á otros indios que han venido de paz, y fácilmente se les cree. Empero, en lo que más daño nos hacen es en hurtar cuantos caballos pueden, que son las fuerzas y nervios de la guerra de nuestra parte para contra ellos.

En este estado dejó la guerra y tierra Alonso de Rivera á Alonso García Ramón, que vino á este Reino poco menos ha de un año, el cual con el socorro que su Magestad le ha enviado de mil hombres, que ya casi están en los fuertes, esperamos en Nuestro Señor nos ha de dar paz cumplida, y la que estos naturales dieron fingida, mal que les pese, la han de hacer verdadera. Tratan ahora con gobernador que les entiende sus pensamientos y conoce sus traiciones, y no se han de burlar de él; el cual si los saca de sus cuevas y redu-

ce á pueblos compeliéndoles á que les den las armas y caballos que tienen, muchos más que nosotros, con el favor divino gozaremos de paz; donde nó, la guerra es infinita.

CAPÍTULO LXXII.

DE LAS CALIDADES DE LOS INDIOS DE CHILE

Tiempo es ya tratemos de las calidades de los indios de Chile: las mismas son que de las de los indios del Perú: enemigos nuestros capitales, como los demás, exceden á los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de mayores cuerpos y más belicosos, y son mucho más bárbaros y más temerarios, porque no creo se ha hallado alguna nación que no adorase alguna cosa y tuviesen por Dios, pero éstos ni á Sol, Luna, ni estrellas. El capitán del inga llegó hasta Santiago de Chile, y doce leguas más adelante, y viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua *purun auca*, que quiere decir indios barbaríssimos. No tenían vestidos: de pieles de gatillos hacían unas mantas con que se cubrían. El invierno se estaban en sus casas metidos, las que son redondas, mayores ó menores, como es la familia. Al verano, grandes holgazanes, las mujeres trabajan en todo lo necesario; fuera desto, sin ley ni rey. El más valiente entre ellos es el más temido. Castigo no hay para ningún género de vicio; á padre ni á madre no tienen reverencia alguna ni sujeción; deshonestíssimos, pues no perdonan á otra mujer que á la madre. Entre éstos hay grandes hechiceros que dan bocados para matarse los unos á los otros, y dicen está en su mano llover ó nó. No adoran cosa alguna, hablan con el demonio, á quien llaman Pilan; dicen que le obedecen porque no les haga mal. Creen que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres y se emborrachan: que es el paraíso de Mahoma. Amancebarse con dos hermanas es muy usado, no sólo

los infieles sino los bautizados, por lo cual á los españoles que tienen cautivos, si el español es casado y tiene alguna cuñada, le compelen á que tenga acceso á ella delante dellos mismos, sino le matarán. Conozco á quien le sucedió, y el pobre por huír de la muerte cometió tan grave incesto.

Han hecho grandes crueldades con las mujeres españolas por haber acceso á ellas. El padre que más hijas tiene es más rico, porque desde niñas las venden á otros por mujeres y el que compra es perpetuo tributario. No saben perdonar enojo, por lo cual son vindicativos en gran manera; no creen hay muerte natural sino violenta, acaso porque si alguno muere es porque otro le dió riñendo un bofetón ó puñada, ó con un palo, ó le tiró de los cabellos. Muchas veces nos dan ponzoña en nuestras comidas y como no nos hacen daño dicen es la causa porque las comemos calientes.

Sus consultas son en las borracheras muy frecuentes; en ellas donde tratan las cosas de guerra, llevan allí sus armas y borrachos se matan fácilmente. No tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulos angostos de frente, lo son. Cada uno vive por sí; una casa de otra apartada más de un tiro de honda, á los cuales sino se reduce á pueblos y les quitan armas y caballos y les hacemos hombres políticos, no los haremos christianos. En la guerra obedecen á los capitanes por ellos nombrados: acabada á el verano no hay obediencia. Finalmente, es gente sin ley, sin rey, sin honra, sin vergüenza &, y de aquí se inferirá lo que inferirse puede. Es entre ellos lenguaje de dar la paz por estos tres años, en los cuales nos descuidarán, y nos dividiremos y nos descuidaremos, y descuidados divididos nos matarán, y se quedarán en infidelidad y bestiales costumbres. Si el que gobierna no los puebla, como habemos dicho, y quita armas y caballos, y castiga á los culpados, después de haberles notificado la benignidad que con ellos su Magestad usa, no habrá paz en Chile. Si á los indios adultos, é indias, persuadimos se bauticen, responden que tienen vergüenza de ser christianos y que harán burla dellos los indios rebelados; empero, que al fin de sus días se bautizarán. Tienen por gran pecado castigar ó corregir á sus hijos; no miran los padres por sus hijas; ellas buscan

lo que les conviene, si acaso no las han vendido á otros indios para mujeres, como habemos dicho. Son envidiossísimos: si un encomendero tiene en su casa tres ó cuatro indias pagándoles su trabajo como á mozas de soldada, si acaso regala más á ésta que á aquélla, fácilmente la matan con un bocado.

ÍNDICE

Página.

—Dos palabras sobre el libro y su autor.—Carlos A. Romero..... 1
Capítulo I.—De la descripción del Perú.—De qué gente proceden los indios..... 1
Capítulo II.—De la descripción del Perú 3
Capítulo III.—..... 4
Capítulo IV.—De la punta de Santa Elena..... 5
Capítulo V.—Del pueblo de Guayaquil..... 6
Capítulo VI.—Del valle de Chicama..... 11
Capítulo VIII.—Del río de Motape..... 13
Capítulo IX.—Del puerto de Paita 14
Capítulo X.—De la ciudad de Piura..... 14
Capítulo XI.—Río de Motape..... 15
Capítulo XII.—De los Llanos..... 15
Capítulo XIII.—Del camino de la costa..... 17
Capítulo XIV.—De los demás valles 18
Capítulo XV.—De Nuestra Señora de Guadalupe..... 19
Capítulo XVII.—De la ciudad de Trujillo..... 20
Capítulo XVIII.—De la guaca de Trujillo..... 22
Capítulo XIX.—Del valle de Sancta..... 24
Capítulo XX.—De los demás valles á Los Reyes..... 25
Capítulo XXI.—Del valle y ciudad de Los Reyes..... 25
Capítulo XXII.—De nuestro convento..... 30
Capítulo XXIII.—De las capillas 31
Capítulo XXIV.—De la capilla de las reliquias..... 33
Capítulo XXV.—De los Provinciales que han aumentado el convento..... 34

Página

Capítulo XXVI.—De los Provinciales de nuestra orden 35
Capítulo XXVII.—De los religiosos que sustenta..... 38
Capítulo XXVIII.—Del convento de San Francisco..... 40
Capítulo XXIX.—Del convento de San Agustín..... .. 41
Capítulo XXX.—Del convento de la Merced..... 42
Capítulo XXXI.—Del convento del nombre de Jesús... 42
Capítulo XXXII.—Del convento de los Descalzos..... 43
Capítulo XXXIII.—Del monasterio de la Encarnación 43
Capítulo XXXIV.—Del monasterio de la Concepción... 44
Capítulo XXXV.—Del monasterio de la Trinidad..... 45
Capítulo XXXVI.—De la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe..... 46
Capítulo XXXVII.—De la Universidad..... 49
Capítulo XXXVIII.—De la capilla de Nuestra Señora de Copacabana..... 50
Capítulo XXXIX.—De la Iglesia mayor..... 52
Capítulo XL.—De los edificios. 52
Capítulo XLI.—Del acompañamiento del Santísimo Sacramento..... 53
Capítulo XLII.—De la christianidad de este pueblo..... 55
Capítulo XLIII.—Las cosas contrarias á esta ciudad.. 56
Capítulo XLIV.—De las calidades de los nacidos en ella..... 57
Capítulo XLV.—De los valles que se siguen..... 59
Capítulo XLVI.—Del valle de Cañete..... 60
Capítulo XLVII.—Del valle de Chincha..... 61
Capítulo XLVIII.—Del valle de Pisco..... 63
Capítulo XLIX.—Del valle de Ica..... 63
Capítulo L.—Del valle de Nasca..... 64
Capítulo LI.—De otros valles siguientes..... 65
Capítulo LII.—Del valle de Camaná (año de 604, víspera de Santa Catalina mártir, lo destruyó un temblor de tierra..... 65
Capítulo LIII.—Del puerto de Arica..... 67
Capítulo LIV.—De los demás valles hasta Copiapó..... 68
Capítulo LV.—De la ciudad de Quito..... 69
Capítulo LVI.—De Ríobamba y Tumibamba..... 71

Página

Capítulo LVII.—De la provincia de Cajamarca..... 73
Capítulo LVIII.—De la ciudad de Chachapoyas..... 73
Capítulo LIX.—De la villa de Oropesa, por otro nombre Guancavilca..... 75
Capítulo LX.—Del asiento de minas de Choclococha y por otro nombre Castrovirreina..... 76
Capítulo LXI.—De la ciudad de Guamanga..... 77
Capítulo LXII.—Del río y caminos de Guamanga hasta el Cuzco..... 78
Capítulo LXIII.—De la ciudad llamada el Cuzco..... 79
Capítulo LXIV.—De los Andes del Cuzco y coca..... 81
Capítulo LXV.—Prosigue el camino del Cuzco á Vilcanota..... 83
Capítulo LXVI.—Prosigue el camino al Collao..... 84
Capítulo LXVII.—De la laguna de Chucuito..... 85
Capítulo LXVIII.—De los pueblos que hay en la provincia de Chucuito..... 86
Capítulo LXIX.—Del pueblo de Zepita y Desaguadero..... 88
Capítulo LXX.—Del pueblo de Yiaguanaco..... 89
Capítulo LXXI.—Del camino de Omasuyo..... 90
Capítulo LXXII.—De la ciudad de La Paz..... 90
Capítuio LXXIII.—Del pueblo de Cajamarca y demás provincias del Collao..... 91
Capítulo LXXIV.—Del Tambo de Caracollo y camino hasta la Plata..... 92
Capítulo LXXV.—De los valles y pueblos desde Clisa á Mizque..... 93
Capítulo LXXVI.—De la provincia de Santa Cruz de la Sierra..... 94
Capítulo LXXVII.—Prosigue el camino de Mizque á la Ciudad de la Plata..... 96
Capítulo LXXVIII.—De otro camino para la Ciudad de la Plata..... 99
Capítulo LXXIX.—De los pueblos de españoles en valles cerca de los Chiriguanas..... 100
Capítulo LXXX.—De los Chiriguanas y sus calidades 101

Página

Capítulo LXXXI.—De el Cerro de Potosí..... 101
Capítulo LXXXII.—Del Cerro de Potosí..... 103
Capítulo LXXXIII.—Las vueltas que ha dado Potosí 104
Capítulo LXXXIV.—De las parroquias de Potosí..... 105
Capítulo LXXXV.—De las cofradías..... 106
Capítulo LXXXVI.—De la destemplanza de Potosí.... 106
Capítulo LXXXVII.—De la provincia de Chichas..... 107
Capítulo LXXXVIII.—Del valle de Tarija..... 107
Capítulo LXXXIX—De otros pueblos en frontera y tierra de los Chiriguanas..... 108
Capítulo LXXXX.—Del cerro llamado Porco..... 109
Capítulo LXXXXI.—Del camino de Porco á Arica..... 110
Capítulo LXXXXII.—Cómo los gobernaba el Inga..... 111
Capítulo LXXXXIII.—Cómo se han de gobernar en algunos casos..... 112
Capítulo LXXXXIV.—El azogue consume muchos indios..... 114
Capítulo LXXXXV.—Cómo serían los hijos de españoles que nacen en este reino..... 114

LIBRO SEGUNDO

Capítulo I.—De los prelados eclesiásticos..... 117
Capítulo II.—Del Ilustríssimo fray Gerónimo de Loayza, Arzobispo de los Reyes..... 118
Capítulo III.—Del Ilustríssimo Mogrovejo..... 120
Capítulo IV.—De los Reverendíssimos del Cuzco..... 121
Capítulo V.—De los Reverendíssimos de la Plata..... 123
Capítulo VI.—De los Reverendíssimos de Tucumán y Paraguay y Río de la Plata..... 124
Capítulo VII.—Del Licenciado Vaca de Castro y Don Antonio de Mendoza..... 125
Capítulo VIII.—Del Marqués de Cañete..... 126
Capítulo IX.—Del Marqués de Cañete..... 126
Capítulo X.—Del Marqués llegado á Trujillo..... 127

Página

Capítulo XI.—Parte el Marqués de Trujillo..... 128
Capítulo XII.—Entra el Marqués en Los Reyes..... 129
Capítulo XIII.—Como proveyó por Gobernador de Chile á su hijo don García de Mendoza..... 130
Capítulo XIV.—Nombra el Marqués gentiles-hombres lanzas y arcabuces..... 131
Capítulo XV.—El Marqués quiso prender al Dr. Saravia..... 132
Capítulo XVI.—El Marqués mandó traer á Los Reyes los cuerpos de los Ingas..... 133
Capítulo XVII.—El Marqués se mostró gran republicano..... 134
Capítulo XVIII.—De las virtudes del Marqués..... 136
Capítulo XIX—Cuán enemigo era de acercentar tributos..... 137
Capítulo XX.—Del Conde de Nieva..... 138
Capítulo XXI.—Del Gobernador Castro..... 139
Capítulo XXII.—Del Virrey Don Francisco de Toledo. 139
Capítulo XXIII.—De la guerra que hizo al Inga..... 141
Capítulo XXIV.—El Virrey en su viaje se encuentra con el Gobernador Castro..... 142
Capítulo XXV.—Llega á Potosí don Francisco de Toledo y de allí á la Plata..... 143
Capítulo XXVI.—De las tasas y cosas de Potosí..... 144
Capítulo XXVII.—Salieron los chiriguanas A. B. L. M. á don Francisco de Toledo..... 144
Capítulo XXVIII.—Del Visorrey don Francisco de Toledo convoca Audiencia, sede vacante y prelados de las órdenes; pide parecer..... 145
Capítulo XXIX.—Hace el Visorrey información del milagro..... 150
Capítulo XXX.—Los Chiriguanas se huyen..... 151
Capítulo XXXI.—El Visorrey determina ir á los Chiriguanas en persona..... 151
Capítulo XXXII.—El Visorrey pide parecer si dará por esclavos á los Chiriguanas..... 152

Página

Capítulo XXXIII.—El Visorrey manda se entre contra los Chiriguanas por el camino de Santa Cruz... 153
Capítulo XXXIV.—El Virrey nombra por capitán á su camarero y lo envía á Marucate..... 154
Capítulo XXXV.—El visorrey manda volver el campo al Perú..... 154
Capítulo XXXVI.—Lo que sucedio al General D. Grabiel Paniagua..... 156
Capítulo XXXVII.—Despide los soldados el Virrey y llega á la ciudad de La Plata..... 156
Capítulo XXXVIII.—Del Capitán Francisco Draque inglés, que entró por el Estrecho de Magallanes. 157
Capítulo XXXIX.—La inquisición vino á este Reino.. 159
Capítulo XL.—De las virtudes del Virrey Don Francisco de Toledo..... 160
Capítulo XLI.—Don Martín Enríquez, Virrey destos Reinos..... 161
Capítulo XLII.—El Conde del Villar Visorrey destos Reinos..... 161
Capítulo XLIII.—Quito se rebela sobre recebir las alcabalas..... 163
Capítulo XLIV.—Tiene aviso el Marqués que un pirata inglés está en la costa..... 164
Capítulo XLV.—Parte la Armada del puerto en busca del enemigo..... 164
Capítulo XLVI.—Vuélvese la Armada al puerto. 165
Capítulo XLVII.—Descubrimiento que hizo el Adelantado Alvaro de Mendaña..... 167
Capítulo XLVIII.—Solo una desgracia le sucedió al Marqués..... 176
Capítulo XLIX—Del Ilustríssimo Arzobispo de México..... 177
Capítulo L.—Del valle de Salta, comarca y Calcachi... 179
Capítulo LI.—De la ciudad de Esteco..... 180
Capítulo LII.—De la ciudad de Santiago del Estero.... 180
Capítulo LIII.—De la ciudad de Córdoba 181
Capítulo LIV.—De los Gobernadores de Tucumán..... 182

Página

Capítulo LV.- Del Reino del Paraguay..... 183
Capítulo LVI.—Del puerto y pueblo de Buenos Aires.. 184
Capítulo LVII.—De la provincia de Cuyo en términos de Chile..... 185
Capítulo LVIII.—De la ciudad de Mendoza..... 185
Capítulo LIX.—Del camino de Mendoza á Santiago de Chile 186
Capítulo LX—Prosigue el camino de Copiapó á Coquimbo 187
Capítulo LXI.—De la ciudad de Coquimbo..... 187
Capítulo LXII.—De las demás ciudades de Chile..... 188
Capítulo LXIII.—De la ciudad de Valdivia..... 189
Capítulo LXIV.—De la ciudad de Osorno..... 190
Capítulo LXV.—De la ciudad de Castro..... 191
Capítulo LXVI.—De los obispos de este Reino..... 191
Capítulo LXVII.—De los prelados y religiosos de las órdenes..... 192
Capítulo LXVIII.—Del Gobernador don Alonso de Sotomayor..... 194
Capítulo LXIX.—Del Gobernador Martín García de Loyola..... 195
Capítulo LXX.—Del Gobernador don Francisco de Quiñones 196
Capítulo LXXI.—Del Gobernador don Alonso de Rivera..... 197
Capítulo LXXII.—De las calidades de los indios de Chile..... 199

Date Due

CARREL NO.

Library Bureau Cat. no. 1137

918 L789D 166469
Lizarraga
Descripcion y Poblacion de
918 L789D 166469

Duke University Libraries
D01267240M